

REINOS OLVIDADOS

Vengador

ESPADAS DEL MAR DE LA LUNA. LIBRO III

Richard Baker Lectulandia

Geran Hulmaster tuvo que elegir entre rescatar a Mirya o proteger Hulburg, la ciudad gobernada por su familia. Al regresar a la ciudad con Mirya, Rhovann, un antiguo rival decidido a arruinarlo, los obliga a exiliarse junto a su familia.

Ahora la guerra ha llegado a Hulburg pero ¿cuál será el resultado?, ¿la destrucción de los Hulmaster?, ¿el final del opresivo reinado de Rhovann?, ¿o la aniquilación de la pequeña ciudad que se ha convertido en campo de batalla? Geran tendrá que arriesgar su vida y su alma para conseguir que su familia y su gente tengan por fin la vida que merecen.

Lectulandia

Richard Baker

Vengador

Reinos Olvidados: Espadas del Mar de la Luna. Libro 3

ePub r1.0

Huygens 13.04.14

Título original: *Avenger*
Richard Baker, 2010
Traducción: Olaya Muñiz Fondevila
Ilustración de cubierta: Raymond Swanland
Diseño de cubierta: Matt Adelsperger

Editor digital: Huygens
Digitalizadora: Maperusa
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre.org

Para Hannah.
Tú tenías razón y yo estaba equivocado.
Había demasiada nieve en el camino.
La próxima vez te haré caso.

PRÓLOGO

5 de Nightal, Año de la Revuelta Hereje (1473 CV)

Cuando Geran Hulmaster oyó los lejanos acordes de una canción que en alas del aire de la tarde venían a posarse en sus hombros como copos de nieve, supo que había llegado a Myth Drannor. No podía ver aún la ciudad, pero se detuvo en la vieja carretera élfica cubierta de nieve y escuchó, cautivado por aquellas voces de pureza y dulzura inhumanas que entonaban antiguas melodías de los elfos. Sólo conocía unas cuantas palabras de la lengua élfica, pero en lo más profundo de su corazón podía sentir lo que significaban las canciones. Era una canción triste, hermosa y sabia, que hablaba del letargo invernal que había descendido sobre aquella tierra, recordando el año que terminaba y la añoranza por los seres queridos que estaban lejos... Pero también pudo percibir en la contramelodía una celebración de la belleza del invierno, la excitación ante la proximidad de la primavera y los largamente esperados reencuentros. Los copos de nieve descendían en silencio para posarse sobre su rostro como helados besos y quedarse atrapados entre sus cabellos, pero él siguió escuchando, haciendo caso omiso del frío que se le había ido metiendo en los huesos a lo largo de los días que había pasado viajando desde el viejo valle de la Rastra en dirección al corazón del reino élfico. La ciudad de los elfos estaba cerca, pero Geran no se decidía a dar otro paso por miedo a perder aquella canción maravillosa que llegaba débilmente a sus oídos.

El tenue brillo dorado de los faroles en el cielo invernal lo esperaba más adelante, como si, de algún modo, el bosque hubiera dado paso a una gran sala con esbeltos troncos plateados a modo de pilares. Geran permaneció en silencio, al igual que las adormecidas hayas bajo la nieve. Era un hombre alto y delgado de veinticinco años, con el pelo negro como ala de cuervo y los ojos de un gris acerado, que ahora entornaba mientras concentraba toda su atención en la canción. Debajo de la capa, azotada por los elementos, y de la capucha empapada, vestía una chaqueta de ante azul de primera calidad, una camisa de buen algodón turmishano, calzas de lana grises y unas botas hasta la rodilla de cuero de Cormyr: la ropa de un hombre de posibles, quizá un noble que había heredado vastas propiedades, o un mercader de gran fortuna. Pero no era así, ya que su fortuna la había obtenido de un modo bien distinto. A la altura del cuello se podía percibir el brillo plateado de la cota de malla que llevaba bajo la camisa, y de la cintura le colgaba una espada larga que había sido encantada hacía quinientos años en el viejo Chondath. Era el tesoro más valioso que había obtenido en cinco años de aventuras por las tierras del Mar Interior.

Podría haber permanecido allí hipnotizado durante horas, pero un ruido nuevo

sonó a sus espaldas: un débil tintineo de campanillas y el sonido amortiguado de unos cascos. Geran se dio cuenta de que estaba en medio del camino y logró despertar a tiempo para apartarse y dejar pasar al carruaje o trineo que se acercaba. En tierras humanas, un conductor que fuera a gran velocidad no tendría ningún problema en atropellar a cualquier necio que se cruzara en su camino. Dudaba de que los miembros del bello linaje fueran tan crueles, pero ¿quién podía decir lo que harían o no harían los elfos? Eran gente extraña, y a veces resultaban peligrosos de manera inesperada. Se había encontrado con algunos a lo largo de sus viajes, incluido uno al que había llegado a contar entre sus mejores camaradas. Pero incluso después de tantos años viajando, luchando, bebiendo y compitiendo mano a mano con Sonnelor en la Compañía del Escudo del Dragón, apenas había llegado a conocer en profundidad al elfo. Le gustaba pensar que Sonnelor lo había considerado un amigo, y quizá no tan estúpido y corto de miras como el resto de los humanos, pero aun así no podía estar seguro de ello.

—Supongo que ahora nunca lo sabré —masculló en voz alta.

Sonnelor llevaba muerto más de un año, y el viaje de Geran a Myth Drannor era una especie de adiós a su amigo caído. Los parientes de Sonnelor habían tenido noticias de su muerte hacía ya muchos meses, pero Geran pensaba que merecían conocer la historia completa de la última aventura de los Escudos del Dragón y el papel que Sonnelor había desempeñado en ella. Para ser más exactos, Geran se lo debía a Sonnelor... y a sí mismo. Nunca se lo había dicho a Hamil ni a ninguno de sus otros amigos de Tantras, pero sencillamente no lo satisfacía del todo seguir adelante con sus asuntos y dejar atrás para siempre la Compañía del Escudo del Dragón, al menos no hasta que hubiera encontrado una mejor manera de decirles adiós a aquellos que habían muerto.

Vislumbró una sombra blanca y gris que se aproximaba por el camino y se apartó un poco más. Un trineo de madera blanca, tirado por un único caballo pinto, apareció entre la nieve, que caía suavemente. Del arnés colgaban diminutas campanillas plateadas que emitían un alegre tintineo mientras el animal avanzaba. En el trineo iban dos elfos, un señor y una dama envueltos en largas togas para resguardarse del frío de la tarde. Eran elfos de la luna, casi tan pálidos como la nieve y de ojos y cabellos oscuros. Geran se inclinó cortésmente mientras se acercaban y esperó a que pasaran. Pero para su sorpresa, la elfa tiró de las riendas y detuvo el trineo. Le dio la impresión de que su compañero le dirigía una mirada severa, quizá de enfado, pero no estaba seguro.

—Bien hallado, extraño —dijo la fémina.

La elfa hablaba el común con un ligero acento cantarín y tenía el aspecto de una esbelta muchacha humana de no más de veinte años. Por supuesto, para los humanos resultaba muy difícil adivinar la edad de un elfo. Tenía un rostro de facciones

delicadas, unos ojos violetas que resultaban fascinantes y la elegancia inconsciente de una bailarina. Geran se quedó prendado sin remedio.

—¿Te has perdido en la nieve?

—No, mi señora —contestó—. Tan sólo me he detenido un instante para escuchar la música.

Ella inclinó la cabeza mientras prestaba atención y después rió quedamente.

—Entonces, es posible que te quedes aquí un buen rato. Es la *Miiraeth len Fhierren*, la canción del solsticio de invierno, y acaba de empezar. Ésta es la noche más larga del año, y la melodía no terminará hasta que amanezca. Muchos te llamarían afortunado por tener la ocasión de oírla entera, pero creo que la seguirías mejor si te detuvieras algo más cerca.

Geran sonrió, pensando en la pinta de estúpido que debía ofrecer, allí parado, en medio del bosque, escuchando una lejana melodía élfica. El compañero de la joven le sonrió, como si supiera lo ridículo que se sentía, pero en sus ojos captó un destello de cautela.

—No todos los que vagan por estos bosques son amigos, Alliere —dijo—. Sería prudente averiguar quién es este hombre y qué está haciendo a nuestras puertas. ¿Qué te trae a Myth Drannor, señor?

A Geran no le importaron los modales del elfo, pero aquélla era una buena pregunta.

—Soy Geran Hulmaster, de la familia Hulmaster. Pretendo visitar la Casa Ysfierre, ya que conocí a uno de sus parientes. —Se encogió de hombros—. Después de eso... tengo entendido que algunas veces la coronal admite espadachines consumados a su servicio. Pensé en ofrecerme, si me admiten.

—¡Ah!, entonces eres uno de éstos —contestó el elfo con una risita—. Parecen venir de todos los rincones de Faerun para poner sus espadas a los pies de Ilsevele. En ocasiones, llegan hasta doce en el espacio de diez días. Lamento informarte de que la Guardia de la Coronal está completa en este momento. Probablemente, hayas caminado hasta aquí en vano.

Geran tuvo que morderse los labios para no contestar. Dudaba de que aquel elfo lo creyera si afirmaba ser algo más experimentado o hábil que la mayoría de los soñadores sin raíces que acudían allí. En su lugar, dirigió la mirada hacia la hermosa elfa e inclinó la cabeza.

—No ha sido en vano —dijo con voz pausada—. He escuchado al bello linaje cantando el *Miiraeth len Fhierren* entre las hayas plateadas de Cormanthor, y eso me enriquece.

Ella sonrió y, al revés que la de su compañero, su sonrisa fue cálida y alegre.

—¡Buena respuesta, Geran Hulmaster! Por favor, únete a nosotros y permítenos que te llevemos el resto del camino. Veo que has tenido un viaje largo y frío, pero al

menos podemos ahorrarte el último trecho. Mañana será otro día.

En otras circunstancias, Geran no hubiera aceptado, ya que estaba claro que el acompañante de la elfa prefería disfrutar de la compañía femenina a solas. Pero aquel tipo se había reído a su costa un par de veces, y Geran no tenía prisa por perder de vista a la elfa, cuyo nombre era Alliere, según se dijo a sí mismo.

—Te doy las gracias, hermosa dama —respondió.

Antes de que pudiera cambiar de idea, se subió al trineo y se hizo un hueco en el confortable asiento que había junto a ella, haciendo caso omiso deliberadamente de la mirada irritada que le dirigió el elfo.

—Eres muy amable —añadió.

Ella extendió la manta que le cubría el regazo para abrigarlo también a él y agitó ligeramente las riendas. El trineo dio una pequeña sacudida al empezar a moverse de nuevo, y las campanillas del caballo comenzaron a tintinear bajo la nieve.

—Soy Alliere Morwain, de la Casa Morwain —le dijo—, y éste es lord Rhovann Disarnnyl, de la Casa Disarnnyl.

—Lady Alliere —murmuró Geran y dirigió la mirada hacia Rhovann, que consiguió esbozar una sonrisa bastante sincera, aunque no del todo. Geran hizo un gesto con la cabeza—. Lord Rhovann. Es un honor conoceros. No os importaré durante demasiado tiempo.

—Tonterías —dijo Alliere—. Los Ysfierre son muy buenos amigos míos y será un placer conducirte hasta su casa, pero espero que antes te demores un rato en la Torre Morwain y entres en calor. Nunca he salido de Myth Drannor y me encanta oír las historias de los viajeros acerca de las tierras que se extienden más allá de nuestro bosque.

—Estoy a tu disposición, mi señora.

—¡Excelente! —Alliere se volvió hacia Rhovann—. No te importa, ¿verdad, Rhovann?

—Por supuesto que no, querida —contestó Rhovann, que entrelazó el brazo con el de la elfa y le dio unos golpecitos en la mano, atrayéndola hacia sí—. Sé que no puedes evitar preocuparte por todas las criaturitas perdidas del bosque con las que te vas topando. Supongo que se debe a tu naturaleza compasiva.

Alliere enarcó una ceja y miró al lord elfo; después, se volvió hacia Geran.

—Entonces, permíteme ser la primera en darte la bienvenida a Myth Drannor, Geran Hulmaster. Espero que encuentres lo que has venido a buscar a nuestra hermosa ciudad.

—Eso espero yo también —respondió.

Geran, se acomodó en el asiento, disfrutando del calor de las mantas. Los cantos se hicieron más audibles a medida que el trineo avanzaba por la nieve blanda y húmeda, y supo que ya no estaba perdido.

UNO

3 de Martillo, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Las luces de Thentia brillaron con luz trémula a los pies de Geran al llegar el anochecer, mientras él descendía desde los solitarios páramos a las pobladas tierras que rodeaban el viejo puerto. Cabalgó a través de campos cubiertos de nieve, de empinados pastizales rodeados de muros de piedra ruinosos, de huertos negros de los que sobresalían ramas desnudas que apuntaban a un cielo cada vez más oscuro. El valle de Thentia era más ancho y más agradable que el de Hulburg, y el cinturón de granjas que lo circundaban se extendía muchos kilómetros a la redonda desde la muralla de la ciudad. Llegó a un sendero para carros que se alejaba de la ciudad hacia el norte y guió a su fatigada montura hacia el camino lleno de barro.

Las casas y los graneros de Thentia no le parecieron muy diferentes de los de Hulburg. Ambas ciudades mantenían una especie de rivalidad mercantil, ya que producían bienes similares y tenían más o menos las mismas necesidades, pero sus gentes provenían de la misma casta: los resistentes colonos del Mar de la Luna, que habían domado aquella tierra fría e implacable en los días del antiguo Thentur. Muchos hulburgueses tenían parientes en Thentia; cuando era un muchacho, Geran siempre había visto a Thentia como la «gran ciudad» y había buscado cualquier excusa para visitarla. Conocía aquel lugar casi tan bien como Hulburg o Myth Drannor.

Después de haber recorrido otro kilómetro más, llegó a lo alto de una pequeña elevación y comenzó a descender en dirección a una vieja mansión que había en una hondonada, muy por debajo del nivel de las laderas cubiertas de niebla que rodeaban la ciudad. «Mi hogar, teniendo en cuenta los tiempos que corren», se dijo. Espoleó el cansado caballo y aceleró el paso, ansioso por refugiarse del frío.

La mansión, a la que conocían con el nombre de Lasparhall, no era exactamente un palacio ni un castillo. Era una casa grande, con gruesos muros de piedra, puertas resistentes y almenas en los tejados, que se erguía en un solitario valle justo por debajo de los promontorios de los Altos Páramos, a poco más de seis kilómetros de las murallas de Thentia. En las estaciones más cálidas, las ovejas pastaban en las ventosas y verdes laderas de las colinas que se elevaban tras la vieja propiedad, pero en los oscuros meses de invierno, los rebaños de la mansión permanecían en pastos vallados y establos bajos de piedra que se encontraban en la parte de atrás de la casa. La propiedad había llegado a la familia de Geran como dote cuando su abuelo Lendon Hulmaster se casó con Artissta, que era prima del príncipe que gobernaba Thentia. En las décadas que siguieron a la muerte de los abuelos de Geran, los

Hulmaster habían dejado el lugar a cargo de los caseros durante la mayor parte del tiempo, visitándolo cada uno o dos veranos, según se les antojara. Cuando era un niño, Geran se había pasado muchas horas explorando los amplios pastos verdes y los salvajes páramos que se extendían más allá de un fino cerco de huertos de manzanos, o jugando al escondite con los hijos de los sirvientes por los largos pasillos, iluminados por los finos rayos del sol y llenos del inconfundible aroma de las vigas de madera de laspar, de un color marrón dorado, que le daban a la casa su nombre. No era ni mucho menos una propiedad acaudalada (las escasas rentas que pagaban los pastores y los horticultores apenas subvenían al mantenimiento de la casa), pero igualmente era un hogar confortable en el exilio para la familia Hulmaster y para aquellos sirvientes lo bastante leales como para haberlos seguido hasta Thentia.

«¿Cuánto tiempo ha de pasar hasta que una casa en el exilio se convierta en tu hogar?», se preguntaba Geran con hastío. Tres meses antes, el usurpador Maroth Marstel y Rhovann, viejo rival de Geran, habían expulsado al harmach Grigor y al resto de la familia Hulmaster del castillo de Griffonwatch. El otoño había dado paso al invierno, y seguían sin estar cerca de poder recuperar su hogar. El mago de la espada suspiró mientras estudiaba la vieja casa: era un buen lugar, en cierto modo, pero estaba muy lejos de los grandes salones y las altas torres de Griffonwatch. Cada día que Marstel seguía en el poder, los límites de Lasparhall le resultaban a Geran más familiares y aceptables..., y también más parecidos a una jaula.

Entró al trote en el patio frontal de la mansión, desmontó y condujo el caballo al establo, que estaba allí cerca. Después de dejar el animal al cuidado de uno de los mozos de cuadra, se puso las alforjas al hombro y se dirigió a la puerta de la mansión. Un par de miembros de la Guardia del Escudo, con las sobrevestes azules y blancas del harmach, estaban haciendo guardia dentro, demostrándoles a los visitantes que los Hulmaster, aun en el exilio, contaban con una pequeña compañía de hombres leales y que eran lo bastante importantes como para tener enemigos a los que temer.

—Bienvenido a casa, lord Geran —dijo el sargento que estaba junto a la puerta.

—¿A casa, Noram? —Geran emitió un bufido y meneó la cabeza—. Apenas es mi casa. Aun así, me alegro de haber vuelto.

El sargento Noram enrojeció de vergüenza. Era un joven soldado, recién ascendido tras las graves pérdidas en el enfrentamiento contra la horda de los Cráneos Sangrientos hacía nueve meses.

—Te ruego que me perdones, mi señor. No pretendía ofenderte —tartamudeó.

Geran hizo una mueca. No había sido su intención ser brusco con el muchacho. Se detuvo en el umbral y dijo:

—No ha sido por nada que hayas dicho, sargento. Acepta mis disculpas; ha sido un día muy largo.

Noram sonrió, al hacerlo, y se relajó un poquito.

—Nos ocuparemos de tus alforjas, lord Geran —dijo—. Creo que el harmach y el resto de la familia están cenando, por si quieres unirte a ellos.

—Te lo agradezco —dijo Geran.

El mago de la espada dejó que el sargento cogiera las pesadas alforjas que llevaba al hombro y se quitó la capa mojada. Su ropa no era muy apropiada para cenar a la mesa del harmach, pero estaba deseoso de tomar una comida caliente y se imaginó que su tío le perdonaría la informalidad. Intentó aliviar la rigidez del cuello, cruzó el salón frontal de la mansión hacia la puerta que quedaba bajo la amplia escalinata y se dirigió a las cocinas. Lasparhall tenía una buena sala de banquetes que resultaba más vistosa, pero era demasiado grande para un grupo de menos de veinte o treinta personas; el harmach prefería el pequeño comedor que había en la parte trasera de la casa. Pasó junto a varios de los sirvientes, gente de Griffonwatch que había seguido a los Hulmaster al exilio, y los saludó mientras avanzaba. A continuación, llegó a la puerta del comedor y la atravesó.

El harmach Grigor, su tío, presidía la mesa, y frente a él había medio pollo asado que no había tocado. A la derecha estaba la hermana de Grigor, Terena, la tía de Geran, y junto a ella, Kara, su prima, que lucía un sencillo vestido de lana verde en vez de la armadura que solía llevar durante el día como capitana de la Guardia del Escudo de los Hulmaster. Al otro lado de la mesa estaban Erna y los jóvenes Natali y Kirr, la viuda y los hijos de Isolmar, el hijo de Grigor, que había muerto hacía casi cinco años. Antes de que Geran pudiera siquiera abrir la boca para saludar a su familia, Natali y Kirr se levantaron de forma apresurada de la silla y rodearon la mesa rápidamente para abrazarlo.

—¡Geran ha vuelto! ¡Mirad, Geran ha vuelto! —exclamaron los Hulmaster más jóvenes—. ¿Qué ha sucedido, Geran? ¿Marstel sigue atribuyéndose el título de harmach? ¿Te ha reconocido alguien? ¿Has visto a Mirya y a Selsha? ¿Podemos volver ya a Griffonwatch?

—¡Uno a uno, por favor! ¿Y quién ha dicho nada sobre Hulburg? —protestó el interpelado.

Geran había hecho todo lo posible por mantener en secreto sus viajes, ya que no quería que los niños se preocuparan por él mientras estaba ausente, pero al parecer lo habían descubierto, de todos modos. Se inclinó para abrazar a sus jóvenes primos. A lo largo de sus cortas vidas, Natali y Kirr habían oído muchas historias acerca del Hulmaster que se había marchado para ver mundo, e incluso después de varios meses viviendo bajo el mismo techo que él, todavía lo observaban maravillados. Natali era la mayor, una muchacha de diez años, inteligente, de ojos oscuros y mirada reflexiva. Kirr tenía el pelo rojizo dorado de su madre, y era inquieto e inagotable, lo cual era suficiente para sacar de quicio y molestar a la mitad de los adultos de la mansión, tanto daba que fueran Huknaster, miembros de la Guardia o sirvientes. «Lo único

bueno acerca de la suerte que ha corrido la familia en los últimos meses —reflexionó Geran— es que finalmente he conocido a los hijos de Isolmar».

—¡Geran, muchacho!, ¡qué alegría volver a verte! —dijo el harmach Grigor, que señaló hacia el extremo opuesto de la mesa—. Por favor, siéntate y come algo. Es seguro que hoy has cabalgado largo rato.

—Calculo que casi cincuenta kilómetros. Acabo de llegar.

Geran le sonrió a su tío con expresión cansada, pero se sorprendió al ver el aspecto pálido y demacrado que tenía el anciano. En los diez días que Geran había tardado en ir a Hulburg y volver, de algún modo había olvidado lo cansado que estaba su tío. La derrota a manos de Marstel y la posterior huida al exilio se habían cobrado un alto precio con el harmach; Grigor tenía más de setenta y cinco años, y para empezar nunca había gozado de muy buena salud. El mago de la espada se liberó de sus jóvenes primos y se acercó para estrecharle el brazo a su tío a modo de saludo. El apretón del harmach fue sorprendentemente débil.

—¿Y bien? —dijo la tía de Geran.

Terena era la hermana más joven de Grigor, y la madre de Kara, una mujer que aguantaba bien el paso de los años. Tenía unos modales amables y suaves, pero en su voz dejaba entrever una indudable firmeza. Gran parte de la tozudez de Kara era herencia materna.

—Ya que el secreto de tu viaje se ha desvelado, ¿qué noticias traes de Hulburg?

—Las cosas no han cambiado demasiado. Siento decir que Marstel todavía se mantiene en Griffonwatch, y la Guardia del Consejo domina la ciudad a la fuerza.

Geran dio la vuelta a la mesa para besar a su tía Terena en la mejilla, le puso la mano en el hombro a Kara y después se sentó en el siguiente sitio, que estaba libre. Los sirvientes de la cocina le pusieron rápidamente un plato de pollo asado, además de una copa de vino tibio con especias, antes de volver a retirarse de la estancia. Entre bocado y bocado, les relató una versión cuidadosamente retocada de su viaje a Hulburg y sus andanzas por la campiña, omitiendo la mayor parte de los nombres. Desde que su traicionero primo Sergen había muerto, no había ningún otro Hulmaster en el que no confiara, pero los niños eran pequeños y podría escapárseles algo en el lugar menos apropiado. Si a Rhovann le llegaban noticias de que había recibido ayuda de los Sokol o de que había hablado con Mirya, o con los Tresterfin o algún otro de sus antiguos partidarios, sus vidas podrían correr peligro. Pero se aseguró de exagerar todas las dificultades y momentos de peligro a los que se había enfrentado por el bien de Natali y Kirr, para que aquellos diez días tan monótonos y tediosos se convirtieran en una danza con la muerte que pusiera los pelos de punta a la hora de volver a relatarlos.

Cuando hubo terminado, los dos jóvenes Hulmaster tenían los ojos como platos. Erna frunció el ceño y miró a Geran con expresión severa, ya que era consciente de

que había exagerado la verdad más de una vez.

—Se pasarán media noche despiertos pensando en esa historia —dijo—. ¡Deberías estar avergonzado, Geran!

—Es todo cierto, hasta la última palabra —contestó él—. Además, Hamil no está aquí para contarles un cuento antes de dormir. He hecho lo que he podido para sustituirlo.

Los jóvenes Hulmaster le tenían mucho afecto a Hamil Alderheart, su viejo compañero de aventuras. Éste se había vuelto en barco a Tantras hacía un mes para supervisar el negocio de la Vela Roja, su compañía mercante.

—Claro, hasta la última palabra —masculló Erna—. Vamos, Natali, Kirr. Id a estudiar vuestras lecciones y después a la cama. ¡Y no quiero oír ni una palabra de protesta!

Erna cogió a sus hijos y los sacó de la habitación. Terena se excusó y la siguió para echarle una mano con los niños, de modo que Kara y el harmach Grigor se quedaron solos con Geran.

Kara miró a Geran y enarcó una ceja.

—Me conocen como una de las mejores rastreadoras al norte del Mar de la Luna y debo decir que jamás me he encontrado con ningún gigante de hielo ladrón ni con un duendecillo bandido rondando por los caminos que hay entre este lugar y Hulburg. —Lo miraba divertida con sus brillantes ojos azules, que habían sido alcanzados años atrás por el fuego azul celeste de la Plaga de los Conjuros—. Natali no se creyó ni una palabra, ¿sabes?

—Lo sé —contestó Geran—. Sencillamente no quería hablar demasiado acerca de lo que hacía en realidad en Hulburg. Las palabras imprudentes pueden resultar peligrosas.

Se quedaron callados unos instantes, escuchando los ruidos cada vez más apagados de los niños mientras se iban a sus habitaciones. El harmach Grigor sonrió con tristeza, y después volvió a dirigir su atención hacia sus sobrinos.

—Hablando de peligro, te precipitaste al volver a Hulburg, Geran —dijo—. Tenemos otras fuentes de información. No merece la pena que arriesgues tu vida.

Geran meneó la cabeza.

—No estoy de acuerdo. Hay una diferencia entre leer acerca de lo que ocurre en la ciudad y verlo con tus propios ojos. Además, si queremos tener alguna oportunidad de organizar una resistencia al gobierno de Marstel, debemos contar con la confianza y el respeto del Hulburg leal. Vamos a pedirle a la gente que ponga en peligro su vida por nosotros. Deben ver que no los hemos abandonado.

—Geran tiene razón, tío —dijo Kara con firmeza—. Incluso los corazones más leales pueden perder la esperanza si creen que no pretendemos volver.

Debido al azul celeste de sus ojos y a la conocida cicatriz que le habían dejado los

conjuros, a Kara no le resultaba tan fácil como a Geran disfrazarse. Él sabía que le estaba resultando difícil dejar en sus manos el espionaje más peligroso, pero para ella hubiera sido el doble de arriesgado introducirse en Hulburg en ese momento. Ella lo miró.

—¿Así que cómo van las cosas en Hulburg en este momento? —preguntó.

—Los que nos apoyaron lo están pasando mal —admitió—. Marstel..., bueno, supongo que Rhovann, no me imagino a Marstel urdiendo semejante plan..., en fin, está cargando de impuestos a los terratenientes y los comerciantes de siempre, llevándolos a la miseria. Después está concediéndoles como premio las propiedades conquistadas a las bandas de extranjeros, para granjearse su apoyo. Yarthin, Errolsk, Baudemar..., todos han quebrado.

—¿Y los Puños Cenicientos siguen comprados?

Geran asintió.

—Por ahora, sí. Su sacerdote, Valdarsel, tiene un lugar en el Consejo del Harmach como supuesto alto prelado de la ciudad. Las cosas podrían cambiar en unos meses, cuando los recaudadores de impuestos de Marstel se queden sin gente a la que robar y no tengan más oro o tierras que darles a los Puños Cenicientos, pero ese día aún no ha llegado.

—¿A quién has visto? —preguntó Grigor.

—A Mirya, por supuesto. También a Sarth, Burkel Tresterfin, Theron Nimstar, a los Osting y a alguno más. Es muy probable que Nimessa Sokol sepa que me colé en Hulburg como parte de una caravana Sokol, pero no he hablado con ella ni con su gente.

—¿Cuántos de la Hermandad de la Lanza estarían dispuestos a luchar por nuestra causa? —preguntó Kara.

—Si Tresterfin, Nimstar y los Osting están en lo cierto, un par de compañías. Diría que unos cien en total. Creo que se unirían algunos más una vez que la batalla hubiera empezado en serio. Hay pocos que estén dispuestos a ser los primeros en oponerse frontalmente, pero si alguien lo hiciera, más lo seguirían.

—No —dijo el harmach Grigor—. Aún no. Animar a los que nos son leales sólo provocaría represalias contra las que no podemos protegerlos. Si no podemos protegerlos, entonces debemos asegurarnos de que no sufren por nuestra causa.

—Aguardamos día tras día, los que nos son leales se debilitan y Rhovann se fortalece —respondió Kara—. Si esperamos demasiado, perderemos nuestra oportunidad.

—Lo entiendo, Kara. Pero aún no ha llegado el momento. Por ahora es mejor no hacer nada en absoluto y dejar que Marstel controle la ciudad a su antojo que provocarles más sufrimientos a los nuestros. —Grigor se levantó con un gruñido y se dirigió a la puerta—. Creo que me retiraré a descansar.

Geran frunció el ceño, reticente a dejar el tema sin zanjar. A pesar de lo duro que había sido viajar todo el día con aquel tiempo tan frío, todavía no estaba dispuesto a irse a la cama. Aun así, realmente necesitaba cambiarse de ropa, y un baño caliente no le vendría mal. Los tres Hulmaster se dieron las buenas noches y se separaron. Kara fue a hacer las rondas por la mansión y los terrenos, para echarles un ojo a los guardias, y Geran y Grigor se dirigieron al ala de la mansión donde tenían sus aposentos. Subieron hasta el segundo piso, Grigor iba despacio y con cuidado, mientras Geran intentaba mantenerse cerca sin llegar a obstruirle el paso.

Grigor hizo una pausa para recuperar el aliento en lo alto de la escalera.

—Los inviernos son más duros cada año —dijo, apoyándose pesadamente en el bastón—. Parece que el frío nunca me deja. En fin, es el precio por haber visto tantos. Es estupendo que hayas vuelto de una pieza, Geran. Nos preocupamos por ti cuando no estás.

—Trato de ser cuidadoso.

Geran dudó, sopesando si debía seguir con el tema de pasar a la acción de manera más directa contra Marstel. Finalmente decidió intentarlo una vez más.

—Acerca de Marstel..., creo que podemos hacer más de lo que imaginas, tío. En diez días, Kara y yo podríamos reunir un centenar de jinetes para hostigar los puestos fronterizos y las fronteras de Marstel. No será mucho, pero les mostraría tanto a amigos como a enemigos que todavía no nos han derrotado. Aunque fuera una muestra de resistencia, podría ser suficiente...

—¡Todavía no! —dijo el harmach con brusquedad, y posó con fijeza sus ojos claros y acuosos sobre el joven Hulmaster—. Ya he hablado acerca de esto, Geran. No tiene sentido derramar más sangre si todavía no disponemos de la fuerza necesaria para ganar.

Geran se quedó callado, sosteniéndole la mirada a su tío durante un largo instante antes de asentir con reticencia.

—Entendido, tío. No habrá lucha por ahora.

—Bien —dijo Grigor, que volvió a sonreír y se dirigió a sus aposentos—. Buenas noches, Geran. Hablaremos mañana.

—Buenas noches, tío Grigor —contestó.

Geran vio como su tío se alejaba cojeando, apoyándose en el bastón, y a continuación, se encaminó hacia sus propios aposentos.

DOS

4 de Martillo, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Geran estaba profundamente dormido cuando llegaron los asesinos. Sólo lo salvó el hecho de haber dejado sus botas tiradas descuidadamente sobre el suelo, a los pies de la cama.

Se despertó de un letargo sin sueños al oír un amortiguado traspíe; se despertó justo en el momento en el que unas garras duras como el acero avanzaban hacia su garganta. Se removió frenético y le agarró los brazos al atacante. Notó una piel escamosa y dura, tan caliente como una piedra que hubiera estado al fuego, y oyó un siseo de enfado que provenía de la criatura que estaba inclinada sobre él. El aireapestaba a azufre, lo bastante acre e intenso como para ahogar su grito de alarma.

—¡Se ha despertado! —siseó una voz desde un punto cercano—. ¡Mátalo de prisa!

La primera criatura no contestó, pero concentró todas sus fuerzas en imponerse a Geran. Era terriblemente fuerte, y poco a poco fue acercándole las garras al cuello. Pudo ver unos colmillos amarillentos y cariadados brillando en la oscuridad por encima de su cabeza, y una barba de gruesos zarcillos que se retorcían y goteaban a pocos centímetros de su pecho. En los lugares donde la saliva entraba en contacto con la piel desnuda, ésta se quemaba y echaba humo. No podría mantener las garras de aquella criatura fuera del alcance de su garganta durante mucho más tiempo, y estaba indefenso contra su compañero mientras no se atreviera a soltar los brazos de la criatura.

Se le ocurrió una idea desesperada y, antes de que pudiera pensarlo mejor, Geran apostó a que tendría éxito. De algún modo, fue capaz de encontrar un lugar de calma y paz en medio de todo su dolor y su miedo, concentrándose en los símbolos arcanos de los conjuros que guardaba bajo llave en su mente. El suave toque de la magia que se dirigía hacia él agitó el aire frío de la habitación y las sábanas en las que se enredaban sus movedizos miembros.

—¡*Shieroch!* —gritó, finalizando el conjuro al mismo tiempo que soltaba los brazos de su enemigo.

Las letales garras de la criatura se precipitaron hacia abajo, pero Geran ya no estaba allí. Su hechizo de teletransportación lo había llevado al otro lado de la estancia. Se puso en pie con dificultad mientras los monstruos chillaban de frustración y se volvían para enfrentarse nuevamente a él.

—Has sido listo, mortal —gruñó la primera de las criaturas. Era poco más que una sombra recortada en la penumbra de la habitación—. Habrías sido más sabio si te hubieras muerto mientras dormías.

«¿Qué diablos está ocurriendo?», pensó Geran, furioso.

Terminó de despejarse, pestañeando con fuerza. Le latían las manos debido al calor y a las escamas dentadas de la criatura. Hablando de diablos, si esas criaturas no lo eran, que vinieran los dioses y lo vieran. Algún enemigo había invocado a unos asesinos infernales para matarlo mientras dormía. Después se le agolparon más preguntas en su mente, pero las descartó. Ya habría tiempo más tarde para respuestas si conseguía sobrevivir a los instantes siguientes.

Para empezar, necesitaba ver mejor.

—¡*Elos!* —dijo Geran, lanzando un conjuro menor de luz.

Un orbe de color dorado pálido apareció con un destello a poca distancia de él, llenando la habitación con su luz mortecina. Los dos monstruos hicieron una mueca y retrocedieron, sorprendidos por la repentina luz. Apenas eran del tamaño de un hombre, estaban cubiertos por escamas de un rojo opaco y tenían afiladas púas córneas en hombros, rodillas y codos, así como espolones similares a los de un raptor en los pies, y una larga cola también cubierta por púas. De la barbilla les sobresalían unos zarcillos retorcidos de un rojo más oscuro, lo cual les daba el aspecto de tener una barba enredada y movediza. Geran no se había encontrado antes con ninguno de su clase, pero sí había oído hablar de ellos (barbazus, o demonios barbudos, unos enemigos fieros y mortíferos). Desconocía cómo habrían llegado hasta Lasparhall, pero su propósito estaba bien claro.

—¡Hazlo pedazos! —gruñó el segundo demonio.

Los dos se lanzaron súbitamente a por él, cruzando la habitación y extendiendo las garras. Geran dirigió la mirada más allá de los monstruos, hacia el lugar donde estaba su espada, cuya funda colgaba junto a la mesita de noche.

Estiró la mano y realizó un conjuro de invocación de cosecha propia:

—¡*Cuilledyr!*

El sable élfico tembló por un instante en la vaina antes de liberarse de un tirón y acudir flotando a su mano, empuñadura por delante, justo a tiempo para enfrentarse a la furiosa carga de los demonios. Se dejó caer entre las garras del primero y le clavó la punta de la espada en pleno torso, por debajo del esternón. La antigua espada emitió un sonido estridente al penetrar en la carne infernal; tiempo atrás, en la Guerra de las Lágrimas, sus creadores la habían encantado con conjuros de ruina contra monstruos salidos del infierno como éstos. La criatura emitió un horrible chillido al quedar ensartada en la hoja de la espada y después se deshizo en una ruidosa nube negra. Entonces, la otra criatura se arrojó contra Geran y le hizo profundos arañazos en pecho y hombros, al mismo tiempo que lo estampaba con fuerza contra el frío suelo.

A Geran le cayó sobre la mejilla el crepitante veneno de los zarcillos del demonio y aulló de dolor. El monstruo le inmovilizó el brazo con el que sostenía el arma con

una de las garras, mientras lo hería con la otra. De alguna manera, el mago de la espada consiguió reunir fuerzas para arrojar a un lado al barbazú. El demonio no lo soltó, pero al haberse liberado de su peso en el pecho, Geran fue capaz de rodar hacia un lado y agarrar la empuñadura de la espada con la mano izquierda, que estaba libre. Antes de que su asaltante pudiera atrapar también ese brazo, Geran lanzó un tajo con la brillante hoja a la escamosa piel con un único y amplio movimiento. El demonio barbudo siseó de dolor y se apartó con dificultad del brillante acero. Geran se puso de pie y se lanzó contra la criatura con una descarga de golpes furiosos. Aun así, las escamas resistían casi todos los ataques.

—¡Ah, delicioso! —dijo la criatura, esbozando una sonrisa sarcástica—. Mientras bailamos, el resto de tu familia muere. Quizá debería dejar que acudieras junto a ellos antes de matarte.

—¡Mientes! —replicó Geran automáticamente.

Debía creer que el demonio estaba jugando con él, intentando que le lanzara un ataque precipitado. Si hubiera más barbazús sueltos por Lasparhall, introduciéndose silenciosamente en los aposentos del harmach (o, peor, en los de Natali o Kirr), entonces cualquier mínimo instante que se entretuviera allí tendría un precio terrible.

Volvió a intercambiar golpes con el barbazú, levantando chispas cada vez que su acero chocaba contra las fuertes garras mientras ambos variaban posiciones. Apartó rápidamente de su mente el incipiente miedo que sentía por su familia y trató de calmarse para poder lanzar conjuros. Esa vez cargó su espada con una crepitante aura de rayos blanquiazules que arrojaba sombras espeluznantes sobre la pared mientras bailaba en el filo. El demonio barbudo descubrió los colmillos en un gesto de desafío y saltó para enfrentarse a él nuevamente, pero esa vez sus duras escamas no detuvieron los golpes de la espada. Los rayos le chamuscaron la piel rojiza, dejándolo paralizado mientras lo sacudían potentes convulsiones. Antes de que el monstruo pudiera recuperarse, Geran le lanzó un tajo a la garganta. Al igual que el otro, se desvaneció en una súbita nube de humo negro, y se hizo el silencio momentáneamente en el dormitorio.

La sangre de sus heridas goteaba sobre el suelo de madera. Geran apretó los dientes, intentando resistir el dolor y la quemazón, y se dirigió tambaleante hacia la puerta. Tan sólo se detuvo un momento para invocar un conjuro de escudo mejor para defenderse; después abrió la puerta de par en par y salió apresuradamente al pasillo. Por toda la mansión resonaban gritos de alarma, chillidos y el entrecocar metálico de las espadas.

Se dio cuenta de que alguien tenía la intención de exterminar a los Hulmaster aquella misma noche. Era la segunda vez en seis meses que trataban de destruirlos en su propia casa. Su primo Sergen había pretendido asesinar a la familia con el fin de derrocar al harmach la primavera pasada, atacando Griffonwatch con espectros a los

que había invocado mientras sus mercenarios evitaban que cualquiera pudiera huir del castillo. Ahora Sergen estaba muerto, pero quedaba claro que había alguien más que los quería eliminar. Se preguntó si sería Rhovann. Sabía que su antiguo rival le tenía un odio sin límites, pero el asesinato indiscriminado no era su estilo. ¿Quizá los Veruna? ¿O había alguien más que quisiera asegurarse de que los Hulmaster jamás regresaran a Hulburg?

—¡Maldita sea! —gruñó mientras salía a la oscuridad del pasillo.

Geran se volvió, intentando ubicarse en medio de aquel caos. A la derecha estaban los dormitorios de los jóvenes Hulmaster. En dirección opuesta estaban los aposentos del harmach Grigor. Seguramente este último sería el primer objetivo de los atacantes, pero Geran sabía lo que su tío querría que hiciera: que se asegurara de salvar a Natali y Kirr de aquella matanza, costara lo que costase.

Se oyó gritar a un niño en la oscuridad.

—Natali —murmuró Geran.

Sin pensárselo dos veces, se volvió hacia la derecha y corrió por el pasillo a toda velocidad, empuñando la espada desenvainada. Probablemente, el harmach ya tendría cerca varios guardias del Escudo; si la fortuna les sonreía un poco, podrían resistir el ataque durante un corto período de tiempo. Dobló la esquina en la gran escalinata de la mansión y se encontró con varios hombres y mujeres, que llevaban los colores del harmach, muertos o inconscientes en lo alto de la escalera. Había dos hombres, a los que Geran jamás había visto, tirados en los peldaños, junto a los guardias. No llevaban los colores de nadie y vestían coseletes de cuero muy desgastados y capas oscuras con capucha, el tipo de indumentaria propia de los mercenarios que se podían encontrar en cualquier taberna del puerto de Thentia. Quienquiera que estuviese tras el ataque probablemente había contratado a todos los asesinos que había encontrado (o al menos, quería que así pareciera), para después reforzar la acometida con la invocación de los demonios.

Geran no se paró a estudiar la escena más de cerca, sino que saltó por encima de uno de los guardias y siguió pasillo adelante. Llegó a la habitación de Natali y se encontró con que la puerta estaba abierta de par en par; había sido forzada.

Encontró los cadáveres de otros dos sirvientes frente a él. Había tres mercenarios sobre ellos, que ya se dirigían hacia el cuarto de los niños, donde Erna se acurrucaba junto a sus hijos. Uno de los mercenarios, un hombre calvo con tatuajes theskianos en el cráneo, alzó un arma similar al cuchillo de un carnicero y cogió a Kirr por el brazo para apartarlo de su madre. Natali y Kirr comenzaron a gemir, pero Erna alcanzó a ver a Geran más allá de sus atacantes.

—¡Geran! —chilló—. ¡Ayúdanos!

Los dos mercenarios que se interponían entre él y el theskiano que sujetaba a Kirr se volvieron al oírlo gritar.

—¡Si das un solo paso más, los matamos a todos! —rugió el primero—. ¡Suelta la espada y dejaremos libres a los pequeños!

Dudó un instante, hasta que se dio cuenta de que aquel hombre debía estar mintiendo. No tenían intención de dejar con vida a ningún Hulmaster esa noche. En vez de soltar el arma, fijó la vista en Kirr y el mercenario que lo tenía sujeto por el brazo y formó un conjuro de teletransportación en su mente.

—*Sierollanie dir mellar* —dijo con voz clara.

Lo invadió una sensación momentánea de frío y total oscuridad; después se encontró donde Kirr había estado antes, con la mano del theskiano cerrada alrededor de su brazo izquierdo, mientras que Kirr estaba, estupefacto, en la puerta, en el lugar donde antes se hallaba Geran. Casi nunca tenía la oportunidad de utilizar el conjuro de transposición, pero en aquel momento fue la sorpresa que Geran necesitaba. El mercenario theskiano se quedó atónito, y abrió la boca para decir algo antes de que la pesada empuñadura de la espada de Geran lo golpeará con fuerza entre los ojos y sonara un escalofriante crujido. El tipo se tambaleó hacia atrás y cayó al suelo. Geran se volvió para enfrentarse a los dos espadachines que quedaban.

—¡Kirr, apártate de la puerta y encuentra un lugar donde esconderte! —exclamó—. ¡Erna, llévate a Natali al baño y bloquea la puerta!

A continuación, paró con la espada la fuerte arremetida de uno de los dos enemigos a los que ahora se enfrentaba, y la pelea se puso seria.

Al contrario que el mercenario theskiano que permanecía inmóvil en el suelo, aquellos dos eran ahora plenamente conscientes de sus habilidades y su magia. No les depararía más sorpresas y eran demasiado buenos para vencerlos con un asalto rápido. Aun así lo intentó, y consiguió que retrocedieran un par de pasos hacia la puerta, entrechocando acero contra acero mientras sus espadas bailaban al son de la suya. Kirr, que estaba detrás de los dos mercenarios, miró a izquierda y derecha del pasillo.

—¡Vienen más, Geran! —exclamó.

De inmediato, Kirr desapareció rápidamente hacia la izquierda. Geran esperaba que pudiera encontrar algún lugar seguro en el que los asesinos no pudieran encontrarlo. Se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro y vio a Natali y a su madre empujando la puerta del armario ropero que había tras ellas.

—Un gesto inútil —dijo uno de los espadachines con los que Geran se batía—. ¡De todos modos, los tendremos a todos en un cuarto de hora!

—No; mientras yo siga en pie, no lo haréis —replicó Geran.

El mago de la espada volvió a atacar, intentando pillar al mercenario con la guardia baja, pero ahora ambos oponentes trabajaban juntos. Aquel al que atacaba, cedía terreno y se ponía a la defensiva, mientras el otro pasaba a la ofensiva y trataba de cogerlo desprevenido. Sonrió, empezando a preguntarse si, después de todo, la

transposición al interior del dormitorio había sido lo más inteligente. Había sorprendido al que sujetaba a Kirr, pero al hacerlo había puesto dos buenos espadachines entre él y la puerta. Aquel golpe rápido lo había dejado atrapado en la habitación de los niños, incapaz de abrirse paso rápidamente luchando ni de influir en los acontecimientos de ninguna otra parte de la mansión. El Hulmaster más joven estaba en algún lugar del oscuro pasillo, seguramente necesitando la ayuda de Geran, y pudo oír más ruidos de lucha por todas las habitaciones de Lasparhall.

Hubo otro intercambio de golpes y destellos acerados, y a Geran le rechinaron los dientes, presa de la frustración. ¡Tenía que librarse de aquellos dos y averiguar qué más estaba ocurriendo! Intensificó la lucha de manera temeraria, con un conjuro de ataque y con otro de rayos aplicado a la espada, y consiguió arrancarle el arma de la mano a uno de los hombres. Éste gritó y se echó atrás, sujetándose la mano, pero el precio que tuvo que pagar Geran fue un corte poco profundo en la pantorrilla cuando el otro hombre lo atacó. Entonces, la puerta quedó nuevamente bloqueada, esa vez con dos asesinos más y el hedor caliente y sulfuroso de otro demonio barbudo.

—¡Tengo aquí a Geran Hulmaster! —exclamó el espadachín que luchaba con él—. ¡Hay dos más en el guardarropa! ¡Reducidlo!

—*Cuillen mharriel* —dijo Geran, lanzando un conjuro por toda respuesta.

A su alrededor, aparecieron finas hebras de neblina plateada, la mejor defensa que podía invocar en ese momento. Podría haber escapado con uno o dos conjuros, pero no podía abandonar a Erna y a Natali. Adoptó una postura de combate agazapada, conservando su posición en el centro del dormitorio y mostrando los dientes en una sonrisa llena de determinación. Permanecería allí plantado y, si el destino así lo quería, moriría, pero no cedería terreno. En ese momento, todos los asesinos y la sonriente criatura infernal se abalanzaron sobre él.

Durante un único instante imposible, Geran se mantuvo sin ceder, con su espada élfica convertida en una mancha borrosa mientras paraba ataques y los devolvía tan rápidamente y con tanta furia como jamás lo había hecho en su vida. Los asesinos lo atacaban desde todos los flancos; las puntas de las espadas zigzagueaban y arremetían como serpientes de acero ansiosas por probar su carne, mientras el demonio barbudo siseaba y cargaba contra él, arañándolo salvajemente con sus garras de acero. La punta de una espada le hizo un rasguño en las costillas, otra le dejó una marca rojiza en el muslo izquierdo, y las garras le abrieron surcos en el pecho. Por desgracia, Geran dio un paso en falso, intentando utilizar a sus enemigos como escudo contra los ataques de los otros, pero eran demasiados para él solo y estaban muy cerca. «Así sea», pensó con amargura. Intentaría llevarse consigo a tantos como pudiera, con la esperanza de evitar que los asesinos que entretuviera allí tuvieran la oportunidad de matar a más miembros de la familia Hulmaster.

El asesino que estaba más atrás gritó de repente, arqueando la espalda al mismo

tiempo que alzaba los brazos. Dio un par de pasos vacilantes y a continuación cayó boca abajo. Tras él estaba Kara Hulmaster con su cota de malla, sosteniendo una espada que goteaba sangre. Sus ojos, marcados por los conjuros, brillaban con una luz azul celeste y su rostro tenía una expresión de ira absoluta.

—¡Asesinos! —rugió—. ¡No llegaréis a ver la luz del día, os lo prometo!

Kara se introdujo de un salto en la refriega, cargando contra los dos espadachines restantes, que se volvieron para enfrentarse a ella. Kara era casi igual de hábil con la espada que Geran, y dos guardias del Escudo la seguían de cerca. Geran aprovechó la súbita distracción ocasionada por Kara para agacharse y escapar de las garras del demonio barbudo, y arrojándose sobre la espalda de uno de los que se enfrentaban a la mujer, lo empujó contra la pared. Cogió al aturdido asesino y lo lanzó de cabeza contra el demonio, que iba tras él, haciendo que se enredaran brevemente. Mientras los asesinos luchaban por liberarse, el mago de la espada pronunció un conjuro de fuerza y atravesó el torso del hombre con la punta de la espada, y después, el cuerpo del demonio que tenía detrás. Gracias al poder del conjuro de fuerza, Geran dio tres pasos con sus enemigos ensartados hasta la pared más cercana y empujó la espada hasta que rechinó contra la piedra. Cuando liberó la espada de un tirón, el asesino gimió y se deslizó hacia el suelo, mientras que el demonio barbudo dio un grito de rabia antes de desaparecer en una repulsiva nube de humo al igual que habían hecho los otros. Se volvió justo a tiempo para ver cómo Kara acababa con su último oponente con un elegante tajo en la garganta. La calma invadió momentáneamente la habitación.

—¡Natali, Kirr! ¿Están a salvo? —preguntó Kara.

—Natali está aquí. Kirr salió corriendo a esconderse. No sé dónde está.

Geran se dio cuenta de que le goteaba sangre por la frente; salía de un corte que no recordaba haber recibido. Se la limpió con el dorso de la mano izquierda.

—¿Qué hay del harmach?

Kara palideció.

—Esperaba que tú lo supieras. Estaba haciendo la ronda fuera cuando oí la pelea.

A Geran lo asaltó una terrible sospecha. Miró a los guardias del Escudo que seguían a Kara.

—Vosotros dos, quedaos aquí y proteged a lady Erna y a Natali —les ordenó—. También cuidad de Kirr, si lo veis. Kara y yo vamos a buscar al harmach.

El mago de la espada se abrió camino entre los dos soldados y salió al pasillo a oscuras; después corrió en la dirección de la que había venido. Kara lo siguió de cerca. Pasaron por delante de la puerta de los aposentos de Geran y siguieron por el corto vestíbulo que conducía a los del harmach. Allí encontraron a más mercenarios y guardias muertos. Estaba claro que había tenido lugar una batalla encarnizada para defender las puertas de la habitación de Grigor, que ahora estaban abiertas. Pudo oír

más ruidos de entrecuchar de espadas y el siniestro siseo de otro demonio que venían de dentro. Sin dudarle un solo instante, el mago de la espada irrumpió en la habitación con la esperanza de no llegar demasiado tarde.

Un guardia del Escudo estaba todavía de pie, haciendo todo lo posible para esquivar a dos asesinos a la vez. Un par de sirvientes (ni siquiera eran guerreros, sino simples mozos) estaban intentando rechazar el ataque de uno de los demonios barbudos, encogidos por el miedo que les causaba el enemigo infernal. Justo detrás de ellos, Grigor Hulmaster se debatía mientras una segunda criatura lo tenía aprisionado. El harmach sostenía una varita en la mano derecha e intentaba con todas sus fuerzas dirigirla contra su atacante; pero el monstruo sonrió con malicia, divertido, mientras sus crueles garras se cerraban sobre la muñeca del harmach y hacían que la varita apuntara hacia el techo.

Frente al harmach y el demonio había una mujer encapuchada que llevaba una cota de malla oscura y la sotana negra de un clérigo sobre la armadura. En su mano destelló una larga daga. Se volvió súbitamente cuando Geran y Kara irrumpieron en la habitación, esbozando una sonrisa feroz.

—¡*Arochen nemmar!* —gritó Grigor con voz quejumbrosa—. ¡Suéltame, horrible bestia!

El harmach tenía algo de talento como mago, pero no lo suficiente como para enfrentarse al monstruo que lo aprisionaba. La varita descargó un brillante rayo de danzarinas motas blancas y abrió un agujero en el techo con un golpe helado. El demonio rió en voz alta, produciendo un horrible sonido chirriante.

—¡Soltadlo! —exclamó Kara.

La capitana corrió hacia la clérigo, pero en ese momento el último de los guardias del Escudo cayó, y el mercenario que había estado luchando contra él le bloqueó el paso. Su espada emitió destellos azulados mientras intentaba abrirse paso peleando.

—No lo creo —dijo la clérigo con expresión despectiva. Levantó la daga y se volvió hacia el harmach.

Geran también avanzó, sólo para darse cuenta de que el demonio que estaba jugando con los sirvientes del harmach le bloqueaba el paso. En un instante, invocó el conjuro de teletransportación.

—¡*Sieroch!* —dijo, liberando la magia contenida en los símbolos que bailaban en su mente.

En un abrir y cerrar de ojos se encontró junto a la clérigo de sotana negra y le lanzó una estocada.

No fue lo bastante rápido.

La punta de la espada de Geran atrapó la manga de la sotana mientras el brazo de la clérigo descendía sobre el harmach. En vez de atravesarla a ella, la hoja élfica dio con la malla que llevaba debajo. A continuación, la daga que la clérigo empuñaba se

hundió hasta el puño en el pecho de Grigor Hulmaster. El anciano gruñó mientras se desplomaba; la sacerdotisa oscura arrancó la daga de la horrible herida y se volvió rápidamente para apartarse de Geran.

—¡Destruílos! ¡Destruílos a todos! —les gritó a los demonios que estaban en la habitación.

—¡Tío Grigor! —gritó Kara.

Una furia negra e inexorable inundó a Geran. Saltó hacia la clérigo con muerte en la mirada, pero el demonio que sostenía al harmach Grigor arrojó al hombre de rostro ceniciento a un lado, con desprecio, como si fuera un juguete roto, al mismo tiempo que se abalanzaba sobre Geran por el flanco. Éste sintió cómo las garras le desgarraban la carne y la quemazón producida por los zarcillos, y respondió con un arrebato furioso. Estaba demasiado cerca para clavarle la punta, o asestarle un golpe con el filo, por lo que agarró un manojo de zarcillos con la mano izquierda, haciendo caso omiso del ácido que rezumaban y que le quemaba los nudillos, y tiró hacia abajo de la cabeza del demonio, a la vez que le daba un fuerte rodillazo con la derecha. Unos afilados colmillos se le clavaron en la pierna, pero se partieron o se astillaron con el impacto. Golpeó a la criatura en la coronilla con la empuñadura en forma de rosa de su espada, con fuerza suficiente como para partir el hueso, y después descargó un segundo golpe, un tercero y un cuarto, hasta que el cráneo de la criatura cedió y ésta se desvaneció en una nube de humo negro.

Levantó la vista justo a tiempo para ver como el último de los mercenarios le lanzaba una estocada a Kara por la espalda, mientras ésta luchaba con otro de los demonios que había en la habitación. Pero uno de los sirvientes heridos —Dostin Hillnor, el menudo chambelán del harmach— agarró una pesada silla de madera y se la arrojó al mercenario. El golpe lo derribó, y un instante después, Kara acabó con su oponente infernal con un golpe abierto que prácticamente le arrancó la mitad de la horrenda cara.

La clérigo de negra túnica retrocedió hacia la puerta al ver que sus demonios y sus mercenarios perdían terreno. Se volvió a mirar a Geran.

—Saludos de Hulburg —gruñó, y a continuación salió corriendo pasillo abajo y se perdió de vista.

Geran, aún dominado por su oscura furia, fue tras ella mientras Kara, Hillnor y los demás sirvientes se enfrentaban al último mercenario. La mujer corrió hacia la escalera, a unos doce pasos de él. En un acto desesperado, Geran cambió el modo en que sujetaba la espada y la arrojó hacia el frente, haciéndola girar. Gracias a su habilidad, o por pura suerte, la hoja alcanzó a la clérigo en las pantorrillas. La había arrojado con demasiada torpeza como para hacerle daño, pero la clérigo tropezó y cayó sobre codos y rodillas, al mismo tiempo que la daga se le escapaba e iba a parar a las losas que tenía delante. Comenzó a incorporarse de nuevo, pero Geran se lanzó

y chocó contra ella con toda la fuerza de su apresurada carrera. La intensidad del impacto los llevó hasta la barandilla que daba a la gran escalinata de la mansión.

—¡Suéltame! —siseó la mujer. La clérigo blandió su símbolo sagrado, un amuleto adornado con una calavera plateada, mientras Geran luchaba por mantener a raya el símbolo y someterla. La obligó a dar media vuelta y la golpeó contra la barandilla de madera de laspar, que cedió. Ella intentó recuperar el equilibrio antes de caer hacia las duras losas que había a seis metros de distancia. Geran consiguió sujetarse un instante antes de precipitarse tras ella.

Se encontró de pie junto a la barandilla rota, mirando fijamente a la clérigo que estaba tirada ahí abajo, sobre el suelo, mientras sostenía su símbolo sagrado entre los dedos.

—Cyríc —escupió.

El dios de las mentiras y del asesinato tenía seguidores entre las bandas extranjeras que habían infestado Hulburg. De hecho, era probable que el mismo Valdarsel fuera el que había enviado a la clérigo y a sus sirvientes infernales para que acabaran con el harmach Grigor.

Su furia oscura desapareció cuando se acordó de su tío.

—¡El harmach! —dijo. Se volvió y corrió hacia la habitación de Grigor.

Kara estaba arrodillada junto al harmach, sosteniendo una sábana empapada en sangre sobre el pecho del hombre como vendaje improvisado. Grigor tenía el rostro ceniciento, y un hilillo de sangre salía por la comisura de su boca. Respiraba entrecortadamente, con jadeos cortos y gorgoteantes. Kara tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

—¡Quédate con nosotros, tío! —le rogó con voz queda—. ¡Encontraremos un sanador, una poción curativa! ¡Todavía no ha llegado tu hora!

—Kara, mi... querida niña..., me temo que estás equivocada —dijo Grigor débilmente. Alzó la vista hacia los dos jóvenes Hulmaster y consiguió esbozar una sonrisa—. Es hora... de que tú y Geran... recojáis el testigo.

—¡No digas esas cosas! —exclamó Kara.

Geran se arrodilló al otro lado de Grigor y cruzó una mirada con Kara. Meneó la cabeza lentamente. Había visto suficientes batallas como para reconocer una herida mortal, al igual que ella. Incluyó la cabeza y le cogió la mano a Grigor.

—Di lo que piensas —dijo en voz baja—. Te estamos escuchando.

—Geran, muchacho..., me alegra... que hayas vuelto de tus viajes. —Grigor alzó la vista para mirarlos a ambos, boqueando como si quisiera encontrar el aliento que le permitiera seguir hablando—. Tú... y Kara... debéis decidir quién será... el harmach después de mí..., si alguna vez reconquistáis Hulburg.

—No descansaremos hasta que las cosas vuelvan a ser como antes, tío —respondió—. Te prometo que los Hulmaster volverán a Hulburg.

Grigor asintió y se quedó callado un rato. Su respiración se hizo más superficial. Geran pestañeó para quitarse las lágrimas de los ojos y esperó lo inevitable. Kara lloraba en silencio mientras agarraba la otra mano de Grigor. Entonces, cuando Geran había empezado a pensar que no volvería a moverse, el harmach tosió débilmente y dijo:

—Geran, acércate.

—Geran se inclinó, aproximándose al rostro del harmach, y puso la oreja justo sobre su boca.

—El Rey de Cobre espera... —susurró Grigor—. Hay un... juramento... que debe respetarse... en la cripta de Rivan... —Suspiró, y el sonido se perdió en la nada.

—Se ha ido —dijo Kara en voz baja, e inclinó la cabeza un momento, limpiándose las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano.

—Lo sé. —Geran se incorporó, aturdido.

Ya no se oía ruido de lucha en la vieja mansión, sólo los gemidos de los heridos, las órdenes y los informes de los soldados entremezclados, mientras buscaban más atacantes, y los agudos gemidos de dolor cuando los vivos encontraban a algún ser querido muerto.

—Ven, Kara. Será mejor que nos aseguremos de que Natali y Kirr están a salvo, y también tu madre. Maese Hillnor puede cuidarlo por ahora.

Kara asintió y se puso en pie. La expresión de su rostro era inescrutable cuando volvió a coger la espada.

—¿Quién ha hecho esto, Geran?

Él le mostró el símbolo sagrado que le había arrebatado a la seguidora de Cyric.

—La sacerdotisa está muerta —le dijo, pero creo que sabemos quién la metió en esto.

TRES

6 de Martillo, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

El valle del Winterspear estaba cubierto por una persistente niebla húmeda y fría mientras Mirya Erstenwold conducía una carreta en dirección norte, por la carretera que lo cruzaba. Ya era por la tarde, pero la niebla todavía seguía allí, y Mirya pensó que probablemente duraría todo el día. Se había pasado toda la vida en Hulburg y conocía bien sus inviernos, pero eso no quería decir que le gustaran demasiado. Nieve, niebla, viento, lluvia... Aquel día le tocaba a la niebla, húmeda y triste, lo bastante densa como para que no pudiera ver las altas colinas rocosas que rodeaban el valle de Hulburg ni los tejados y muros de la ciudad que estaba a ochocientos metros a su espalda. Se arrebujó aún más en la manta con un suspiro y dedicó un momento a hacer lo mismo con Selsha. Su hija alzó la vista hacia su rostro con una pequeña sonrisa y se acurrucó contra Mirya.

—Mamá, ¿cuánto tiempo tendré que quedarme con Niney y la tía Elise? —preguntó Selsha. La niña, de nueve años, delgada como una vara de sauce y con el cabello negro y la nariz pecosa de su madre, tenía un carácter rebelde e independiente que Mirya sólo podía atribuirle a su padre (un noble de Phlan al que Selsha no había conocido ni conocería nunca). Normalmente, Selsha habría discutido durante horas acerca de tener que marcharse a la campiña. El hecho de que hubiera accedido a la decisión de Mirya sin oponer resistencia era indicativo de lo preocupada que estaba la niña.

Mirya pensó, con afecto, que era juiciosa para tener nueve años. Decidió no hacerse la valiente con ella; Selsha vería a través de la máscara.

—No lo sé, cielo —contestó—. De un modo u otro, tengo la sensación de que las cosas se arreglarán en un par de meses. Para Verdor ya sabremos algo más de lo que Marstel y su mago tienen pensado para Hulburg. Pero hasta entonces creo que estarás más segura con los Tresterfin. Te cuidarán tan bien como lo haría yo, y te visitaré con frecuencia, lo prometo.

—¿Volverá algún día el harmach Grigor? ¿Y Geran?

—Eso espero, cielo. Hulburg ya no es lo mismo sin ellos.

Mirya accionó las riendas, haciendo que el caballo que tiraba de la carreta torciera hacia un amplio camino que iba al oeste, hacia la parte más alejada del valle. Allí, el Winterspear corría deprisa, frío y con fuerza bajo las empinadas colinas occidentales que subían hacia los Altos Páramos. Una vieja granja rodeada de manzanos y pastos vallados se acurrucaba sobre un recodo del río. La granja Tresterfin estaba a tan sólo tres kilómetros a las afueras de Hulburg, pero Mirya esperaba que eso fuera suficiente

para escapar a la atención del falso harmach y su mago con la mano de plata. Dudaba de que Rhovann fuera a olvidarse de ella (después de todo, el mago elfo no era precisamente estúpido), pero en su breve intercambio antes del asalto a la Luna Negra le había dado la impresión de que su clase específica de malicia era más bien pragmática, y no malintencionada. No era de los que perdían el tiempo con actos insignificantes de maldad. Por otro lado, el sacerdote Valdarsel y la chusma que lo seguía no eran tan indiferentes. Ya había visto a bastantes vecinos a los que la gente de las Escorias y de los Puños Cenicientos había golpeado y había robado.

—Selsha, quiero decirte algo —dijo Mirya mientras entraban en los terrenos de la granja—. Espero que no llegue a ocurrir, pero si las cosas siguen como hasta ahora, es posible que tengamos que marcharnos.

—¿Marcharnos de Hulburg? —Selsha se incorporó y posó su inteligente mirada sobre Mirya.

—Sí. Tenemos algunos ahorros, quizá lo suficiente para comenzar de nuevo en Thentia o Phlan. Sería duro, pero podría ser mejor que quedarnos aquí si las cosas empeoran esta primavera.

—No quiero —dijo Selsha.

—Yo tampoco, pero tal vez tengamos que hacerlo de todos modos. —Mirya consiguió esbozar una leve sonrisa y le apartó a Selsha el pelo de los ojos—. Tú no te preocupes por eso ahora. Ese día aún no ha llegado, y podría no llegar jamás. Sólo quería que lo supieras por si fuera a ocurrir.

La puerta de la casa se abrió y los Tresterfin —Burkel, Elise, y su hija Niamene— salieron a recibirlas presas de una gran agitación. Los Tresterfin y los Erstenwold eran hulburgueses de pura cepa, pero ambas familias eran algo más que vecinos. Burkel y Elise eran lo más parecido a unos padres que Mirya tenía, ahora que los suyos habían muerto, y Niamene había estado prometida con su hermano Jarad antes de que éste encontrara la muerte en los Altos Páramos.

—Bienvenida, Mirya —dijo Burkel—. Bienvenida, Selsha. Nos alegramos de veros.

Burkel era un hombre cargado de espaldas, con el pelo gris y una barba corta y redondeada. Antes de que Marstel arrebatara el poder a Grigor Hulmaster, había pertenecido al Consejo del Harmach, pero nunca se había sentido a gusto como consejero.

—Dichosos los ojos, papá Burkel —respondió Mirya, que puso el freno a la carreta, descendió y ayudó a Selsha a hacer lo mismo.

Selsha corrió hacia Niamene y la abrazó.

—¡Niney! —exclamó.

—¡Selsha! —Niamene se agachó y la abrazó afectuosamente.

Era una hermosa joven de veinticuatro años, y había llegado a intimar con Selsha

durante el tiempo que había estado comprometida con Jarad. Selsha la veía casi como una hermana mayor, cosa que a Niamene le gustaba.

—Espero que te quedes algún tiempo con nosotros.

—Entrad a refugiarnos de la humedad —dijo Elise.

Mientras Burkel sacaba un baúl con la ropa de Selsha de la carreta, su esposa hizo pasar al interior a las Erstenwold. La casa era cálida y confortable, un alegre fuego crepitaba en la chimenea y de la olla salía un delicioso olor a estofado. En poco tiempo se encontraron disfrutando de un almuerzo caliente que consistía en estofado de ajo y pan rústico, algo que Mirya y Selsha no solían disfrutar. Al tener que ocuparse de Erstenwold, Mirya no sabía cocinar para las dos en mitad del día, así que normalmente se arreglaban con un trozo de queso y algo de pescado ahumado.

Una vez que hubieron terminado, Burkel miró a Mirya, y después a su hija.

—Niamene, estoy seguro de que a Selsha le gustaría ver el resto de la granja.

Niamene asintió, comprendiendo.

—Ven Selsha, te voy a enseñar la granja —dijo—, y todos los lugares en los que me gustaba esconderme cuando tenía tu edad.

—¿De veras? —dijo Selsha, que se levantó de un salto y siguió a Niamene hasta la puerta. Se pusieron sendas capas y salieron.

Mirya la observó mientras se iba, intentando acallar las punzadas que sentía en el corazón. Sabía que la iba a echar de menos muchísimo, y de mil maneras que todavía no era capaz de adivinar. Pero no soportaba la idea de ser la causante de cualquier peligro que su hija pudiera correr, otra vez no; las desventuras vividas en la Luna Negra le habían enseñado todo lo que debía saber acerca de ello. Miró a Burkel y Elise, y suspiró.

—Gracias por acogerla —dijo—. Podré dormir más tranquila por las noches sabiendo que ella está a salvo aquí, con vosotros.

Elise agitó la mano.

—No tiene importancia, Mirya. Es una niña adorable. Será un placer para ambos.

—Puede ser que os dé más trabajo de lo que pensáis. —Mirya sonrió, armándose de valor para lo que tenía que decir a continuación. Se sacó un sobre del bolsillo que tenía en la falda y se lo tendió—. Escuchad, si algo me ocurriera, dadle esto a Selsha cuando llegue el momento. Es..., es sobre su padre. Ahora no sabe nada de él, pero si las cosas se pusieran aún peor, tiene parientes en Phlan. No creo que tenga derecho a reclamar gran cosa de ellos, pero espero que, si en algún momento llega a necesitarlos, la ayuden de alguna manera.

Los Tresterfin intercambiaron una mirada. Tras un instante, Elise alargó la mano para coger el sobre.

—Por supuesto, nos ocuparemos de ello —dijo—. Pero, Mirya, ¿qué es lo que pretendes hacer?

—Será mejor que no lo sepáis —contestó.

Mirya hizo una pausa y se puso a mirar por la gruesa ventana de vidrio de la puerta de la cocina mientras pensaba en lo que iba a decir a continuación. Pudo distinguir el granero detrás de la casa, además de unos cuantos manzanos raquíuticos, pero más allá de la granja de los Tresterfin, el mundo permanecía oculto tras una capa de niebla grisácea.

—Pretendo hacer lo que sea necesario. Marstel, su mago, los Veruna, los Cadenas Rojas, los Puños Cenicientos... no se detendrán hasta que todas las personas decentes de Hulburg estén en la ruina o esclavizadas. Los Hulmaster no nos han olvidado, pero esta lucha no es solamente suya..., también es nuestra. Tengo pensado cumplir con mi parte.

—Ése es un pasatiempo peligroso —dijo Burkel—. Ya estás bajo sospecha a causa de tu amistad con Geran. Y aunque no estés preocupada por tu propia seguridad, sabes muy bien que si tú, y otros que piensen de igual modo, les devolvéis los golpes a todos esos mercenarios y ladrones que manejan el cotarro últimamente, lo primero que harán será tirarnos a todos al suelo y ponernos un pie en el cuello. Se derramará sangre, Mirya.

—Lo sé —dijo débilmente—, pero ya tenemos un pie en el cuello, ¿no es cierto? Más allá de los Altos Páramos la vida es muy dura, y no me gusta la idea de que me expulsen de aquí sin una sola moneda de cobre a mi nombre. Es mejor que les plantemos cara y luchemos por el Hulburg que recordamos.

Permanecieron en silencio durante unos largos instantes.

Mirya oyó reír entusiasmada a Selsha en el exterior por algo que Niamene había dicho. Burkel volvió a mirar a su esposa y suspiró.

—No puedo negar que he tenido pensamientos parecidos a los tuyos —le dijo a Mirya—. ¿Los Hulmaster van a volver? ¿Lo sabes?

—He visto a Geran —contestó—. Confío en él, al igual que en Kara. No nos dejarán a merced de Marstel y su mago ni un segundo más de lo necesario.

—Está bien. ¿Qué puedo hacer?

—La tuya será la tarea más difícil: no debes hacer nada más que mantener a Selsha oculta y a salvo. En los días venideros necesitaremos urgentemente personas en las que confiar que estén fuera de toda sospecha, gente que pueda circular por la ciudad a cara descubierta, sin miedo, y pasar mensajes sin que parezca que lo hacen. Más allá de eso, aún no sé nada.

Los Tresterfin intercambiaron otra mirada, y Elise hizo un leve gesto de asentimiento. El antiguo miembro del Consejo inclinó la cabeza.

—Así sea. Ya sabes dónde encontrarnos cuando nos necesites, Mirya. Y no te preocupes por Selsha: la cuidaremos como si fuera nuestra propia hija.

Mirya sonrió.

—Lo sé. Por eso os lo pedí.

Se levantó y fue a abrir la puerta trasera para mirar hacia fuera. Selsha y Niamene estaban observando las cabras que los Tresterfin tenían en los pastos que había detrás de la casa.

—¡Selsha, entra un momento! ¡Me vuelvo a la ciudad!

—¡Ya voy, mamá! —exclamó Selsha. Corrió hacia la puerta jadeando, presa de una gran excitación.

Mirya sonrió y la hizo pasar adentro, decidida a no dejar que su hija pensara que estaba preocupada lo más mínimo por ninguna de las dos.

—Quiero que te portes lo mejor que sabes con la tía Elise y el tío Burkel —dijo—. Hazles el mismo caso que me harías a mí... No, más caso que a mí. No quiero que haya discusiones por las tareas ni nada parecido.

—Lo prometo.

—Bien. Entonces, pórtate como una invitada ejemplar ¡Y no te olvides de tus lecciones! —Se inclinó para abrazar fuertemente a Selsha, apretándola hasta que ésta protestó, y a continuación le dio un beso en la mejilla—. Volveré a visitarte dentro de tres días. Hasta entonces, cuídate.

—Tú también —contestó Selsha—. Estaré bien, mamá.

Mirya suspiró y se enderezó. Dejar atrás a Selsha era más difícil de lo que había creído, pero sabía que era lo mejor. Se dijo que sólo estaría a unos cinco kilómetros, y que podría verla cada día si quisiera. Se volvió para darle un rápido abrazo a Elise Tresterfin, además de dedicarle una sonrisa agradecida a la mujer, que la superaba en edad. A continuación, se apresuró a partir por si empezaba a llorar. Burkel la siguió para ayudarla con la carreta.

Después de despedirse del hombre, Mirya condujo lentamente el vehículo (que ahora iba cargado con varios toneles de sidra de Tresterfin) de vuelta a Hulburg. Pasó junto a varios viajeros que se alejaban de la ciudad, la mayor parte gente de Winterspear que había ido allí a hacer algún recado y ahora volvían a casa. La mayoría de las carretas que llevaban provisiones a las plantas madereras o mineras de las Montañas Galena ya habían recorrido un buen trecho, puesto que habían partido por la mañana temprano. A un kilómetro y medio de la ciudad, pasó junto a un pequeño grupo de soldados a caballo, con los tabardos de la Guardia del Consejo, que habían salido a patrullar la carretera, pero no la molestaron. Supuso que la mayoría de los mercenarios contratados por la compañía mercante tenía órdenes de dejarla en paz, ya que los Hulmaster estaban en el exilio. En ausencia de Geran y los demás, no tenían especial interés en ella.

«Esto podría cambiar pronto», reflexionó. No sería prudente confiar en que no le fueran a hacer caso por mucho más tiempo.

Una hora después, llegó a Abastecimientos Erstenwold e hizo que los empleados

almacenaran la sidra, metieran el caballo en el establo y se llevaran la carreta. Faltaba poco para el anochecer, así que se dedicó a ponerse al día con varias tareas en la tienda (dispuso los pedidos que saldrían a la mañana siguiente, actualizó los libros de contabilidad y juntó sus propios pedidos a peleteros, herreros, sogueros, cerveceros, queseros y ahumaderos de distintos puntos del valle). El establecimiento había visto mejores días, pero por el momento todavía podía ganarse la vida decentemente con la tienda, y también pagar a media docena de personas. Tras las seis campanadas, cerró las puertas del almacén y envió a casa a los últimos empleados que quedaban; después, cerró la tienda.

—Está todo tan silencioso sin Selsha —murmuró para sí misma.

La vieja tienda estaba silenciosa como una tumba sin la súbita risa de su hija o sus despreocupados pasos mientras corría como un torbellino sobre los desgastados tablones del suelo. Se tomó una comida fría con lo que encontró en la despensa de la parte de atrás de la tienda, se pasó una hora recogiendo y luego se dispuso a esperar. Cuando las campanadas resonaron por las calles de la ciudad, se puso una pesada capa, introdujo una capucha oscura en uno de sus bolsillos y cogió la ballesta que guardaba bajo el mostrador. En una de las habitaciones para almacenaje que había en la parte de atrás, hizo rodar un pesado barril a un lado y levantó la trampilla que conducía a la bodega.

Encendió una lámpara y descendió hacia la oscuridad.

Las bodegas eran muy hondas y estaban vacías. En cosa de un mes, Mirya contrataría a varios trabajadores para cortar bloques de hielo del lago Hul antes del deshielo, para después introducirlos en la ciudad en trineos tirados por caballos. Nadie necesitaba almacenaje frigorífico en ese momento, pero con algo de suerte sus bodegas llenas de hielo durarían todo el verano, y sacaría unos buenos beneficios vendiéndolo bloque a bloque. Se dirigió a la pared del fondo de la bodega, donde había una puerta pequeña y gruesa, con doble cerramiento. Abrió ambos cerrojos, empujó la puerta y echó un vistazo al pasadizo sosteniendo la lámpara en alto.

—No seas cobarde, Mirya —se dijo—. No hay nada que temer ahí abajo, sólo ratas y polvo. —Respiró profundamente y atravesó la puerta.

Hulburg estaba construida sobre las ruinas de una ciudad mucho más grande. La ciudad que ella conocía había crecido sólo en los últimos cien años, pero la que estaba debajo era unas cinco veces más vieja. La habían quemado, arrasado, saqueado y reducido a escombros dos o tres veces a lo largo de su triste historia, y cada una de esas veces la gente había vuelto para reconstruirla. La mayor parte de los actuales edificios de madera de Hulburg se asentaban sobre cimientos de piedra de la antigua ciudad. En muchos lugares, viejas bodegas, e incluso calles enteras, habían sido sepultadas o cubiertas, dejando un polvoriento y viejo laberinto de sótanos olvidados que no tenían ningún edificio encima o pasadizos cegados que conectaban con los

subterráneos de negocios como el de los Erstenwold. La mayoría de los viejos pasadizos estaban sellados, por supuesto, pero a lo largo de los años bastantes personas los habían encontrado útiles para moverse en secreto por debajo de las calles. En otras ciudades, las sombras de los muertos podrían haber rondado por sitios como aquéllos, haciendo que resultara muy peligroso vagar a través del esqueleto oculto de la vieja Hulburg..., pero los antiguos harmachs habían llegado a algún tipo de acuerdo con el gran lich Esperus, el Rey de Cobre, y las criaturas no muertas no acechaban bajo las casas y los talleres de Hulburg.

Puso el pie en el estribo de la ballesta y amortilló el arma, poniendo un virote en la cuerda. Quizá, no hubiera fantasmas o ghouls de los que preocuparse, pero eso no significaba que la Hulburg enterrada fuera segura. A continuación, Mirya se puso en marcha a través de los viejos pasadizos llenos de escombros. De vez en cuando, pasaba por delante de puertas que daban a otras bodegas o sótanos, intersecciones donde se unían varios túneles, e incluso un espacio abierto donde había quedado enterrada toda una taberna, con los enormes toneles de cerveza allí de pie, secos y polvorientos. Cuando era una adolescente, había explorado algunos de aquellos pasadizos con Jarad y Geran, husmeando en busca de tesoros perdidos o de la guarida oculta de algún contrabandista. En aquel entonces, no le gustaban mucho los viejos pasadizos, y lo mismo le ocurría ahora.

Torció una esquina y cruzó una pequeña puerta que conducía a una bodega polvorienta bajo el taller de un zapatero. Después ascendió por una escalera de piedra hasta la calle. Apagó cuidadosamente la lámpara y la puso junto a la parte superior del marco de la puerta, mientras esperaba unos instantes a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Seguidamente, se cubrió el rostro con una simple máscara de tela de saco antes de volver a salir al frío de la noche.

Las estrellas emergieron en un oscuro callejón detrás de la calle Gold, no muy lejos del complejo de vendedores ambulantes del Anillo de Hierro. Varias figuras encapuchadas esperaban entre las sombras con los rostros cubiertos por las mismas máscaras que ella. De todos modos, los conocía a todos, como era de suponer: Brun Osting, el robusto cervecero propietario de la taberna El Bock del Troll; su prima, Halla Osting, una mujer joven, de gran estatura, que podía abatir a un conejo con una honda a una distancia de cincuenta pasos; Senna Vannarshel, una semielfa de sesenta años que era la mejor fabricante de arcos de Hulburg; Rost Therndon, carpintero y calafate casi tan corpulento como Brun Osting, y el enano Lodharrun, cuya herrería era la más grande de Hulburg entre las que no pertenecían a una de las compañías mercantiles extranjeras. De repente, se pusieron tensos, alarmados ante la aparición de Mirya, y el acero brilló en sus manos antes de reconocerla.

Mirya inspeccionó el oscuro callejón y se permitió sonreír fríamente.

—Pensé que teníais suficiente sentido común como para no seguir adelante con

esto —murmuró—. Bueno, lo primero es lo primero: ¿os ha visto alguien?, ¿os ha seguido alguien?

Todos menearon la cabeza, pero Brun habló en voz baja.

—Hay más guardias grises en el Paso del Harmach y en el Puente Medio —dijo—. He contado ocho más esta noche mientras venía. No me vieron, pero si salen más a la calle, será difícil evitarlos.

—Lo tendré en cuenta —contestó apenada Mirya.

Los guardias grises eran cosa de Rhovann, estaba segura. Hacía un mes, la primera de aquellas cosas silenciosas y altas apareció en las almenas de Griffonwatch, guerreros con armadura, de más de dos metros de alto y con poderosas extremidades. Sus rostros estaban cubiertos por yelmos negros, y en su carne gris había escritos extraños sellos mágicos. A veces, acompañaban a la Guardia del Consejo en sus patrullas, y otras simplemente hacían guardia en las esquinas o en las puertas. Estaba claro que cada día cobraba más importancia el hecho de averiguar qué eran y cómo los creaba el mago de Marstel..., pero ésa no era su única misión aquella noche. Por lo que sabía, ninguno de los guardias grises estaba cerca, y ella y su pequeña banda de rebeldes tenían una tarea distinta que realizar.

—¿Tenéis noticias de Darsen?

—Sí —contestó Halla—. Los hombres de Jannarsk están en La Gaviota Negra, con dos mercenarios más. Darsen está allí.

Mirya asintió. Había un enemigo más con el que no había contado, pero pretendía seguir adelante con aquello de todos modos. Dos días atrás, uno de los sargentos de la casa Jannarsk y su escuadrón habían destrozado la tienda de Perremon el quesero y lo habían golpeado con saña cuando el hulburgués había protestado ante las groseras insinuaciones que le hacían a su hija. Ya era hora de ponerles algunos límites a los mercenarios extranjeros que ocupaban Hulburg. Se deslizó hasta la entrada del callejón y echó un vistazo a ambos lados; todavía había un puñado de viandantes por la zona, pero ninguno estaba cerca.

—¿Deberíamos dirigirnos a La Gaviota Negra? —preguntó Rost Therndon—. Podríamos cubrir las entradas delantera y trasera rápidamente...

—No, esperaremos a que las campanadas del reloj den las once —respondió Mirya. Ése era el plan que habían trazado con anterioridad, y no quería estropearlo por culpa de la impaciencia. Hacía frío y el aire estaba cargado de humedad. Una ligera neblina cubría las calles. Volvió a ocultarse entre las sombras del callejón y se arrebujó en la capa. Los demás integrantes de la pequeña banda hicieron lo mismo y esperaron un rato en silencio. Finalmente, la campana de la sala del Consejo dio las once; Mirya se estremeció y se enderezó, al igual que sus compañeros.

Calle abajo, fuera de su línea de visión, se oyeron unas repentinas carcajadas y el sonido de la música al abrirse la puerta de la taberna. Unos instantes más tarde, una

figura esbelta pasó rápidamente junto a la entrada del callejón. Era Darsen Ilkur, el hijo de Deren. El joven Ilkur trabajaba como dependiente en el complejo mercantil, y estaba bien situado para vigilar las idas y venidas de los extranjeros.

—Tres justo detrás de mí —murmuró mientras pasaba de largo, teniendo cuidado de no volver siquiera la cabeza hacia el callejón.

Mirya hizo señas a Brun, Rost y Lodharrun. Los tres se acercaron sigilosamente a la entrada del callejón. El fuerte sonido de pasos, el tintineo de la cota de malla y una ruda broma de borrachos anunció la proximidad de los hombres de Jannarsk. Los soldados pasaron tambaleantes junto a la entrada del callejón sin apenas mirar hacia las sombras... y los hombres de Mirya atacaron. Los tres hulburgueses salieron a la calle y llevaron a cabo un asalto rápido y silencioso; se situaron detrás de los mercenarios, blandiendo garrotes con sus fuertes manos. Mirya, Halla y Vannarshel los siguieron, desplegándose para cubrirlos a ambos lados.

—¿Qué es esto? —rugió el sargento de Jannarsk, echando mano a la espada que llevaba al cinto.

—No sois bienvenidos aquí —escupió Mirya.

Los demás soldados hicieron amago de volverse mientras intentaban desenvainar sus armas, pero no fueron lo bastante rápidos. Los hulburgueses se abalanzaron sobre ellos como una marea furiosa y oscura, elevando y descargando los garrotes una y otra vez. El sargento consiguió sacar la espada y se mantuvo en pie el tiempo suficiente como para lanzarle una estocada a Rost mientras el carpintero derribaba a uno de los mercenarios con un golpe de garrote. Mirya alzó la ballesta, buscando el ángulo de disparo, pero Brun Osting se acercó y, con un fuerte garrotazo, le arrancó la espada de la mano al sargento, a quien seguramente le rompió el pulgar. A continuación, los tres mercenarios estaban en el suelo y los hulburgueses se pusieron a golpearlos y patearlos furiosamente.

Mirya se estremeció ante la violencia del asalto, pero se obligó a no apartar la vista. Habría asaltos peores si pretendía seguir adelante con aquello.

—¡Dejadlos con vida! —les dijo entre dientes a sus vecinos—. Aún no es el momento de derramar sangre.

No tenía un interés especial por perdonarles la vida a los enemigos de Hulburg, pero esperaba que dejar a los hombres de Jannarsk con vida trajera menos consecuencias que matarlos a sangre fría.

Todo terminó enseguida. Mirya indicó por señas a Brun y Therndon que arrastraran a los mercenarios hasta el callejón mientras se paraba a echar un último vistazo a la calle. No había nadie lo bastante cerca como para llamar su atención; esa noche la niebla era su amiga, o al menos eso parecía. Se agachó junto a los maltrechos mercenarios, buscando signos de vida. Todos ellos respiraban, pero, según su parecer, se pasarían diez días con cabestrillos o escayolas. Bueno, no era un daño

mucho mayor que el que le habían infligido al pobre Perremon.

—Coged sus armas —le dijo a Therndon. El carpintero introdujo rápidamente en un saco las espadas y las dagas, y se lo echó a la espalda.

—¿Algo más para estos villanos? —preguntó Vannarshel.

—Dejadlos para que los encuentren sus amigos —respondió Mirya—. Ya veremos si aprenden la lección o no. Ahora marchémonos antes de que vengan la Guardia del Consejo o los guardias grises. Pronto tendremos más trabajo.

Una caravana de suministros de la Casa Veruna se dirigiría a sus colonias mineras en un par de días; Mirya ya estaba pensando en cómo podrían abordarla ella y su pequeña compañía.

—Ni una palabra a nadie —gruñó Lodharrun.

El enano extendió su grueso puño; Mirya puso la mano encima. Los demás hicieron lo mismo.

—Ni una palabra —repitió—. ¡Y ahora largaos todos!

Los hulburgueses se estrecharon brevemente las manos antes de alejarse cada uno en una dirección y desaparecer silenciosamente en la niebla nocturna.

CUATRO

10 de Martillo, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

La madre de Geran llegó a Lasparhall la mañana de la víspera del funeral de Grigor. Un chambelán Hulmaster mandó llamar a Geran, que estaba en el jardín practicando sus movimientos, un refugio para ejercitarse que había utilizado más de una vez en los últimos días para perderse durante una hora y dejar de pensar. Se secó rápidamente con una toalla, se puso un jubón gris perla y acudió presuroso al salón principal de la mansión, donde había dos sirvientes esperando para ayudar a Serise Hulmaster a quitarse su pesada capa de invierno y la capucha. Serise era una mujer alta y enjuta, de cincuenta y cinco años, elegante y reservada; Geran había heredado de ella gran parte de su altura y su rapidez. Bajo las pieles llevaba el suntuoso vestido azul y el corsé color marfil de una iniciada de Selune, y sujetaba su largo cabello negro (en el que las canas aún eran escasas) con una peineta de plata salpicada de perlas en un elegante peinado. Hacía ya unos años se había retirado a un templo de Selune en Ilmateran, que estaba a unos cuantos kilómetros al oeste de Thentia, ya que Hulburg no tenía ningún aliciente para ella después de la muerte de Bernov Hulmaster y de la partida de Geran a sus largos viajes.

—¡Madre! —Geran acudió presuroso a estrecharle las manos y la besó en la mejilla—. ¿Qué tal el viaje?

—Bastante bueno, pero más frío de lo que me hubiera gustado —contestó Serise con un estremecimiento.

El viaje en carruaje desde Ilmateran recorría un trayecto de unos diez kilómetros, y normalmente duraba más de una hora. Con las bajas temperaturas, los caminos estaban congelados, y Geran sabía por propia experiencia que un viaje en carruaje en esas condiciones estaba lleno de fuertes sacudidas y dolorosos botes.

—La suma sacerdotisa insistió en que debía usar su carruaje, cosa que le agradezco, ya que está bien provisto de mantas. Si hubiera tenido que alquilar un coche de la ciudad, habría viajado mucho más incómoda.

Geran extendió el brazo.

—Bueno, entremos. Hay un buen fuego en el salón y estoy seguro de que la señora Laren estará encantada de traerte alguna bebida caliente.

Su madre lo cogió por el brazo y le permitió guiarla desde el vestíbulo. Recorrió la habitación con la mirada, interesada.

—Lasparhall ha estado vacía durante más de quince años —dijo—. ¡Resulta extraño verla tan llena de gente ocupada! Tu padre y yo solíamos traerte aquí cuando no eras más que un muchacho, normalmente cuando tu padre estaba preocupado y se

le metía en la cabeza que necesitaba alejarse de Hulburg unas semanas.

—Lo recuerdo.

—Estoy segura de que sí. Nunca tuvimos a más de doce personas en esta casa tan enorme en aquellos tiempos. Ahora... tanta gente, ¡tanto movimiento!

Llegaron al estudio, y Geran le pidió al primer sirviente que vio que trajera algo de sidra caliente o vino especiado para su madre. Se sentaron en las sillas que había junto a la chimenea, tan cerca del fuego como pudieron.

—Me alegra que hayas venido —dijo—. Es estupendo volver a verte, madre.

—Lo mismo digo, Geran. ¡Ojalá fuera una ocasión más alegre! —Serise suspiró, y se inclinó hacia delante para mirarlo con expresión grave—. ¡Tienes el cuello lleno de arañazos! ¿Te hirieron durante la pelea? ¿Estás bien?

Hizo un gesto despreocupado con la mano, alegrándose de que no pudiera ver las costras y los vendajes que tenía bajo la camisa.

—Unos cuantos arañazos y cortes, pero nada serio. Ilmater sabe que he sufrido heridas peores. Además, he sobrevivido, algo que la mayoría de los miembros de la Guardia del Escudo no pueden decir. Perdimos a once, eso sin contar al tío Grigor.

Se puso pálida.

—¡Eso es terrible! Tan sólo sabía que había habido un ataque y que el pobre Grigor había muerto. ¿Qué fue lo que ocurrió, Geran?

—Una sacerdotisa de Cyric contrató a varios mercenarios y conjuró demonios para atacar Lasparhall —contestó.

Geran le relató los terribles acontecimientos de aquella noche, haciendo un esfuerzo para minimizar el peligro que había corrido; Serise Hulmaster no era ninguna pusilánime, pero tampoco tenía sentido darle más motivos de preocupación de los que ya tenía.

—Cuando registramos el cadáver, encontramos correspondencia de Valdarsel, el alto prelado de Hulburg —finalizó.

Por supuesto, aquello podría haber sido un montaje, pero Geran lo dudaba; había visto el fanatismo lleno de odio en los ojos de aquella mujer.

—Al parecer fue él quien le ordenó a la sacerdotisa que nos atacara.

—No he oído hablar demasiado de ese Valdarsel. ¿Quién es?

—Un sacerdote de Cyric. Hace unos meses, Mirya descubrió que era el líder de los Puños Cenicientos, bandas de extranjeros sin recursos que se han establecido en Hulburg en los últimos años. Muchos son gente decente que simplemente intenta ganarse la vida, pero hay demasiados criminales y esclavistas entre ellos. —Hizo una mueca llena de amargura—. Valdarsel ha estado agitando a los extranjeros y sus bandas durante meses, a pesar de que en su momento no lo sabíamos. Apoyó a Marstel cuando derrocó al tío Grigor. Marstel lo recompensó con un lugar en el Consejo del Harmach.

Serise miró por la ventana, que estaba blanca debido a la fuerte helada.

—Hace ya seis días —murmuró, pensando en voz alta—. Si contamos con que hay tres días hasta Hulburg debido al mal tiempo, seguramente ese Valdarsel, y supongo que también Marstel, sabe ya que el pobre Grigor ha muerto, pero también sabe que su ataque no tuvo el éxito esperado. Deberás tener cuidado, Geran. Es probable que vuelvan a intentarlo.

—Lo sé. Kara y yo hemos hecho todo lo que se nos ha ocurrido para proteger la casa y al resto de la familia.

—Bien —le dio un sorbo a la sidra—. Tu tío era un buen hombre; quizá demasiado bueno para gobernar un reino como Hulburg. No merecía ese final.

Geran se puso en pie y se acercó a la chimenea.

—Es culpa mía —dijo con amargura—. Marstel jamás se habría hecho con Griffonwatch sin la magia de Rhovann ni su astucia, y la única razón por la que Rhovann vino a Hulburg fue para hacernos daño a mí y a todos mis seres queridos. Y cuando tuve la ocasión de ponerle fin a todo quedándome en Hulburg tras el asalto de la Luna Negra, cogí el *Dragón Marino* y acudí a rescatar a Mirya. Me advirtieron de lo que pasaría si abandonaba Hulburg, pero no quise escuchar. He traído la ruina a nuestra Casa.

—Tonterías, Geran —dijo Serise con brusquedad—. Quizá el mago de Marstel te siguiera desde Myth Drannor; tú lo sabrás mejor que yo. Pero recuerdo que, la primavera pasada, Sergen intentó matar a Grigor y al resto de la familia, y fuiste tú el que se lo impidió. Si tú no hubieras vuelto a Hulburg, no quedaría ningún Hulmaster vivo a día de hoy. —Lo miró con expresión severa—. Tú no asesinaste a tu tío, ni por acción ni por omisión. Lo hicieron los enemigos de la Casa Hulmaster. Lo único que hiciste fue tomar las decisiones más adecuadas en cada momento, y nadie, ni siquiera los dioses, pueden prever todos los resultados. Al pensar que deberías haber actuado de otro modo, lo único que estás haciendo es abandonarte a la autocompasión.

Hizo una mueca de dolor. Su madre no era ninguna tonta, y nunca había tenido pelos en la lengua. Sabía que ella tenía razón, pero eso no quería decir que él no debería haber estado más alerta. Por supuesto, eran sus enemigos los que se habían manchado las manos con la sangre del harmach..., pero a Geran se le ocurrían muchas cosas que podría haber hecho de otro modo para proteger a su familia de un ataque. Seguramente, la muerte de Grigor no había sido culpa suya, pero era algo que podría haber evitado, y lamentaba profundamente no haberlo hecho.

—Lo entiendo —admitió finalmente—. Ni siquiera puedo decir que me arrepiento de mi elección, ya que la Hermandad de la Luna Negra ya no existe, y Mirya y su hija están vivas y a salvo. Pero ojalá mis decisiones no hubieran tenido un precio tan elevado.

—A todos nos pasa de vez en cuando, aunque también es cierto que pocas

personas sufren consecuencias del calibre de las tuyas. —Serise dio otro sorbo a la sidra caliente y dejó la copa sobre la mesa—. Ya me siento bastante recuperada, y me encantaría ver a los pequeños Natali y Kirr. De algún modo, los niños ayudan a levantar el ánimo ¿sabes?

—¿Eso es una indirecta, madre?

—No me atrevería a preguntarme en voz alta cuándo mi hijo de treinta y un años encontrará una esposa por fin y me dará nietos.

—¡Últimamente tengo mucho en lo que pensar! —protestó.

Pero sonrió y le volvió a ofrecer su brazo, escoltándola hasta los dormitorios de la familia.

Encontraron a la tía de Geran, Terena, en la sala de estar de la familia, ayudando a Erna mientras ésta intentaba que Natali y Kirr se concentraran en sus lecciones, una tarea que pronto abandonaron. La madre de Geran no había visto a los pequeños Hulmaster desde hacía varios años, y éstos estaban ansiosos por conocer a un familiar al que casi habían olvidado. Geran se pasó una hora haciéndoles compañía y escuchando las viejas historias de Serise y de Terena acerca de un Grigor más joven y saludable, y las desventuras de sus maridos fallecidos (en el caso de Terena, no se trataba de Kamoth Kastelmar, sino de su primer marido, el padre de Kara, Arvhun, en una época en la que Geran tenía más o menos la misma edad que Kirr). Pensaba que las historias acerca de épocas más felices serían demasiado tristes para soportarlas con el funeral de Grigor tan cercano, pero, para su sorpresa, se encontró riendo en voz alta más de una vez con historias que había escuchado una docena de veces cuando era un muchacho.

Tras almorzar un estofado de carne de venado y pan recién horneado, Geran se excusó con la intención de cabalgar hasta Thentia para hacer averiguaciones acerca de los mercenarios que habían sido contratados para el ataque. Pero antes de que pudiera ponerse las pieles de montar para protegerse del frío, lo detuvieron el señor Quillon, un escriba halfling que había ejercido como secretario privado del harmach durante casi dos décadas, y su prima Kara.

—Un momento, Geran —dijo Kara—. El señor Quillon me ha comentado una cosa importante.

Geran se detuvo y observó al halfling. Quillon se estaba quedando calvo, tenía unas largas patillas y un grueso par de gafas haciendo equilibrio en el extremo de la nariz; llevaba un tabardo azul y blanco, los colores de la familia Hulmaster, y un gorro a juego.

—Continúa —dijo.

Quillon le tendió un fajo de cartas que sostenía en una mano manchada de tinta.

—Estamos empezando a recibir correspondencia dirigida al harmach de Hulburg —dijo—. En su mayoría, son condolencias, cartas que simplemente expresan su más

sentido pésame ante nuestra pérdida e indignación ante el asesinato del harmach Grigor. Este tipo de cosas son normales después de la muerte de un dirigente, incluso si se trata de una ciudad como Hulburg. Las envían varios de los nobles y los reinos que rodean el Mar de la Luna. Tan sólo hemos recibido unas pocas hasta ahora, pero seguro que en las próximas semanas recibiremos más.

Geran miró a Kara y después nuevamente a Quillon.

—Si es una correspondencia típica, no veo cuál es el problema. ¿Cómo contestaríamos las cartas normalmente?

—¡Oh!, yo me puedo ocupar de eso, lord Geran. Responderlas no entraña ninguna dificultad..., aunque hay algunas que deberían ser leídas por algún miembro de la familia, y no sólo por mí. La dificultad estriba en que, bueno, no estoy muy seguro de quién debería firmarlas. —El halfling se colocó las gafas, incómodo—. Verás, milord..., esto..., no sé quién se convertirá en harmach. Le he llevado las cartas a lady Kara, ya que ella ha ayudado al harmach Grigor con este tipo de cosas en los últimos años, pero me ha dicho que aún no se ha tomado ninguna decisión.

—No se trata sólo de la correspondencia —añadió Kara—. Como el funeral es mañana, también hay algunas cuestiones de protocolo. Hemos pospuesto esta discusión tanto como hemos podido.

Se quedó de pie, en silencio, mirando las cartas que Quillon tenía en la mano. Él y Kara habían estado supervisando conjuntamente la casa en los últimos días, pero estaba claro que aquello era algo temporal.

—¿Hay que tomar una decisión? —preguntó al fin—. Supongo que el harmach Grigor habrá dejado instrucciones al respecto. ¿O es que las leyes de sucesión sencillamente dictan la respuesta?

—Mucho me temo que el harmach Grigor no nombró ningún sucesor tras la muerte de lord Isolmar —respondió Quillon—. Además, las leyes de sucesión son poco claras. Creo que esto debe decidirlo la familia, milord.

—Ya veo. —Geran frunció el ceño—. Kara, ¿tú qué opinas?

—Creo que lo mejor es que nos reunamos todos y lo discutamos. Cuanto antes, mejor.

Él asintió.

—Señor Quillon. ¿Te reunirás con nosotros en el estudio cuando suenen las dos campanadas? Tus conocimientos sobre leyes pueden resultarnos útiles.

—Por supuesto, lord Geran. Cogeré pluma y papel. —Quillon hizo una reverencia y se marchó apresuradamente.

Los dos Hulmaster observaron como se alejaba, y Geran se permitió hacer una mueca de aprensión. Sabía que no quería el trono..., quería que Grigor fuera harmach, tal y como había sido desde que tenía uso de razón, pero la daga de un asesino había cambiado eso, y los deseos de Geran no tenían el poder de arreglar las

cosas. No, la cuestión no era si quería o no ser harmach, sino si estaba dispuesto a serlo en el caso de que fuera lo mejor para su familia.

Kara lo observó mientras él luchaba con sus pensamientos.

—Sé que no puedo ser yo, Geran —dijo en voz baja—. Decidas lo que decidas, te apoyaré.

Asintió, lleno de gratitud, aunque no tenía ni idea de cuál era el mejor camino que seguir.

—Supongo que será mejor que reunamos a todo el mundo.

Casi una hora después, el clan Hulmaster se reunió en el estudio de Lasparhall. Natali y Kirr estaban excusados, pero Erna estaba presente por si tenía que hablar en nombre de sus hijos. Terena y Serise se habían sentado junto al fuego, y Geran se encontraba al lado de la ventana, sin reparar casi en el frío que despedían los cristales cubiertos de escarcha. El señor Quillon se situó en un lugar discreto, en una esquina de la habitación, con su material de escritura frente a él.

Kara despidió a los sirvientes, que cerraron la puerta de la estancia al salir, y se dirigió a los Hulmaster.

—Me temo que hay una cuestión que debemos zanjar hoy —dijo—. Cientos de nobles de Thentia y embajadores de otras ciudades llegarán mañana para asistir a los ritos funerarios del harmach Grigor. La pregunta que todos se harán es sencilla: ¿quién será el siguiente harmach?

—Geran y tú os habéis estado ocupando de las cosas desde..., bueno, durante los últimos días —dijo Terena—. ¿Qué dicen las leyes de sucesión?

—Me temo que muy poco —contestó Kara, que dirigió la mirada hacia el señor Quillon—. ¿Has encontrado algo más?

El halfling meneó la cabeza.

—Mucho me temo que no. La dificultad estriba en que las leyes de Hulburg proporcionan poca orientación. La tradición dicta que el harmach es el que nombra a su heredero. Hasta hace cuatro años estaba claro quién era, lord Isolmar, pero el harmach Grigor no llegó a nombrar a un nuevo heredero tras la muerte de aquél. He podido determinar que hace más de ciento cincuenta años desde que un harmach murió sin un hijo que estuviera dispuesto y preparado para recibir el título, así que no hay ningún precedente que podamos seguir.

—¿Y por qué sencillamente no eligió a uno? —dijo Erna con voz triste—. Entonces sabríamos con exactitud lo que debemos hacer.

—Le preocupaba poner en peligro a quien nombrase —dijo Terena. Los demás la miraron, sorprendidos; ella se encogió de hombros—. Lo hablamos un par de veces. Después de todo, Isolmar, su propio hijo, acababa de ser asesinado, muy probablemente porque estaba cerca del trono. Sospecho que Sergen pudo haber influido también en su decisión, bien aconsejándole que no nombrara a nadie más, o

quizá haciéndole saber que le gustaría ser considerado como heredero potencial. Geran estaba constantemente viajando, los hijos de Isolmar eran apenas unos infantes, y dada la afección de Kara, no había nadie más.

Geran miró a Kara, que hizo una rápida mueca, pero sin decir nada. El espeluznante brillo azulado de sus ojos y la marca serpenteante de color azul que tenía en la mano izquierda resplandecían bajo la débil luz que iluminaba la habitación. Resultaba indudable que era la candidata más cualificada, ya que había pertenecido al Consejo del Harmach y había sido la mano derecha de Grigor durante años, pero nadie querría un harmach cuyos hijos pudieran resultar seres anómalos.

—Dudo que podamos adivinar las intenciones de Grigor —dijo la madre de Geran—. Mirémoslo de otro modo. Ni Erna ni yo somos Hulmaster de sangre. Eso deja únicamente a Terena, Geran, Natali y Kirr. Por supuesto, Terena es la mayor, y la mismísima hija del harmach. Geran es el varón Hulmaster de más edad. Si creemos que la sucesión debería pasar a la hija mayor de la hija de Grigor, entonces ésa sería Natali, pero es tan sólo una niña. Necesitaría que un regente gobernara por ella.

—Disculpad. La ley no es clara acerca de si tiene preferencia el mayor de los Hulmaster o el varón Hulmaster de más edad —dijo Quillon—. Por suerte, ambos han resultado ser el mismo durante numerosas generaciones hasta ahora.

—¡Yo no deseo ser harmach! —dijo rápidamente Terena—. En estas circunstancias, necesitamos un nuevo líder para la guerra, alguien fuerte y valiente. Yo tengo poco de ambas cosas. Nuestros amigos, y nuestros enemigos, deben saber que los Hulmaster no han renunciado a sus derechos, pero yo no inspiraría confianza ni miedo a nadie.

Geran sintió que todas las miradas se posaban en él. Bajó los ojos hacia la mesa, pensando en la cuestión. Si hacía valer su derecho, no tenía ninguna duda de que su familia lo apoyaría encantada.

—Asumiré el cargo si debo —dijo despacio—, pero probablemente no sea el más indicado para ello. No sé nada acerca de los deberes del trono.

—Geran, ese tipo de conocimientos no son un requisito —dijo su madre—. La capacidad de liderazgo, en cambio, sí. Creo que te subestimas. ¿Acaso Grigor no se hubiera alegrado de que te convirtieras en harmach? ¿Estás dispuesto a hacerlo?

—Me he pasado la mitad de mi vida evitando ese tipo de responsabilidades —dijo.

—Nadie lo sabe mejor que yo. Sé lo inquieto que has sido siempre. Aun así, eres la única elección posible si buscamos un harmach que pueda gobernar en este momento.

Meneó la cabeza.

—Pretendo exponerme a situaciones de peligro. Un harmach debe ser más cuidadoso con eso. Dejad que el trono recaiga en los hijos de Isolmar, y nombrad un

regente. Kara es con mucho la mejor preparada. Ha capitaneado la Guardia del Escudo en combate, y aconsejó al harmach Grigor durante buena parte de los últimos diez años. Además (perdóname por decir esto, Kara), la marca de conjuro que lleva no tendría que ser un impedimento para ser regente. De hecho, podría verse como una ventaja, ya que la gente pensará que no tiene ambiciones dinásticas propias.

Se hizo un largo silencio en la habitación. Finalmente, habló Kara.

—Lo haré si así lo decide toda la familia, pero hay dos cosas que, en mi opinión, deberíamos plantearnos: la primera es que el harmach sería visto como una figura más poderosa que un regente. Después de todo, un regente, por naturaleza, es alguien cuyo reinado acabará pronto; pero un harmach ocuparía el trono durante décadas. Las promesas de un harmach tienen más peso, al igual que sus amenazas. En segundo lugar, nuestros enemigos nos acaban de demostrar que están dispuestos a atacar a cualquiera que sea harmach. Sería muy peligroso nombrar harmach a Natali o Kirr en este momento.

Erna palideció.

—¡Por los dioses! —susurró—. No había pensado en eso.

Geran se cruzó de brazos y frunció el entrecejo. Tampoco él se lo había planteado. Lo que había dicho Kara acerca de las apariencias era una cosa, pero no podía soportar la idea de poner en peligro a sus jóvenes primos sólo porque no estaba dispuesto a cargar con el título. Miró a Quillon y preguntó:

—¿Hay alguna razón por la que un harmach no pueda abdicar y nombrar un regente para un joven sucesor?

El escriba halfling alzó la vista, pensativo, planteándose la pregunta.

—No, lord Geran. La ley es generosa en cuanto a la renuncia de un harmach.

—Muy bien. —Cuadró los hombros y se volvió para mirar a su familia—. Kara me ha convencido; será mejor que yo lo haga. Pero no me llamaré a mí mismo harmach, no hasta que Hulburg sea liberada, y Marstel y Rhovann hayan respondido por lo que han hecho. Reclamar un título que no tenemos poder para hacer valer nos haría parecer más débiles que no reclamarlo en absoluto. Alguien debe ser el señor de los Hulmaster nominalmente, pero le demostraremos al Mar de la Luna con hechos y no con palabras que no hemos abandonado nuestras pretensiones con respecto a Hulburg.

Quillon tomó notas en un trozo de pergamino y después carraspeó.

—Discúlpame, lord Geran, pero de hecho seríais conocido como barón Hulmaster, ya que ése es el título que se le concede a vuestra familia en otras tierras.

—Lord Hulmaster es suficiente.

Geran paseó la vista por la habitación; su madre hizo un gesto de aprobación, Terena parecía aliviada y Erna tenía el entrecejo fruncido, pero también le dedicó una señal de asentimiento. Ya podía sentir que sus expectativas lo rodeaban; en los

oscuros y caóticos días desde que Grigor había sido asesinado, todos habían estado ocupados en el proceso de duelo, con las respuestas automatizadas propias de vérselas con una muerte en la familia..., algo a lo que los Hulmaster estaban muy acostumbrado. El padre de Geran, el padre de Kara, también Isolmar y ahora Grigor... Casi podría creer que alguien le había echado una oscura maldición a la línea sucesoria Hulmaster.

—Aun así, sigo pensando que no soy la mejor elección para desempeñar el cargo de harmach, pero haré lo que pueda para recuperar el derecho de nacimiento del siguiente harmach para nuestra familia.

—¿Deberías nombrar un sucesor por si...? —preguntó Erna.

—No, y por las mismas razones que el tío Grigor no lo hizo. Al menos no haré ningún tipo de anuncio formal. En privado..., bueno, si fuera necesario un sucesor, yo ya no estaré, así que deberéis hacer lo que en ese momento creáis mejor. Pero mi recomendación sería que si algo me ocurriera, Natali se convirtiera en la siguiente harmach, y Kara fuera su regente. —Esperó por si alguien quería decir algo, e hizo un gesto de asentimiento a Quillon—. Señor Quillon, ¿te parece que está todo en orden?

—Lo está, milord har..., barón..., eh, Hulmaster. Redactaré los edictos y las notificaciones apropiadas inmediatamente. —El viejo halfling se levantó y colocó sus papeles—. Y tengo correspondencia que requiere de tu atención, milord.

—Iré enseguida, señor Quillon —contestó Geran.

Aguardó a que el halfling saliera de la habitación, sopesando la férrea determinación que se estaba gestando en su corazón. Serise, Terena, Erna y Kara lo observaban, quizá midiéndolo en comparación con lo que esperaban que hiciera un harmach —aunque sólo lo fuera sobre el papel— a continuación. Pensó que lo mejor sería empezar a acostumbrarse a ello. Los guardias del Escudo, los sirvientes, los empleados, los escribas, incluso su propia familia estarían observando para ver cómo afrontaba cada decisión y cada acontecimiento que se les presentara. Se estremeció sólo de pensarlo, se le revolvió el estómago y tuvo que cerrar los ojos para reponerse. Ni siquiera tenía un reino que gobernar aún, y Hulburg era realmente pequeña. ¿Cómo podría alguien soportar el convertirse en el rey de Tethyr o la coronal de Myth Drannor?

Se dijo a sí mismo que no tenía sentido desear que todo aquello se desvaneciera. Antes de que pudiera replantearse la resolución que crecía en sus pensamientos, se volvió hacia el resto de la familia y habló:

—Mañana vamos a enterrar al tío Grigor —dijo, y dejó que las palabras calaran durante un rato para que pensaran en ellas—, pero al día siguiente, comenzaremos la guerra para retomar Hulburg. Madre, creo que sería una buena idea esconder a Erna y sus hijos en el templo de Selune..., y a la tía Terena, si está dispuesta. Demasiada gente sabe que estamos aquí, y tenemos enemigos que pueden conjurar magia muy

poderosa. Natali y Kirr estarían más seguros en otro lugar. Kara, tu cometido será formar un ejército, con la Guardia del Escudo y todo hulburgués exiliado que esté dispuesto a unirse a nuestra causa, que pueda vencer a la Guardia del Consejo de Marstel. Contrata a mercenarios, recluta a compañías de aventureros, haz tratos con los mercaderes del Mar de la Luna..., lo que haga falta. Quiero marchar a la batalla en primavera.

Kara asintió, pero frunció el entrecejo.

—Tienes algún otro objetivo en mente, ¿verdad?

La miró directamente a los ojos, y dejó que la ira que había ido acumulando durante días endureciera su voz.

—Venganza —dijo—. Antes de hacer cualquier otra cosa, aquellos que ordenaron el asesinato de Grigor van a morir bajo mi espada.

CINCO

17 de Martillo, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Seis días después del entierro de Grigor Hulmaster, Geran volvió a poner los pies en Hulburg. Caminaba con dificultad junto a las carretas llenas de barro de una caravana de la Doble Luna, fingiendo ser un mercenario de Vastar. Lo habían contratado por media docena de monedas de oro para escoltar a la caravana desde los atestados almacenes de los comerciantes en Thentia hasta Hulburg. Mientras el hielo invernal siguiera bloqueando el puerto de Hulburg, el único comercio con la ciudad consistía en un puñado de caravanas que acudían por tierra, recorriendo la carretera barrida por el viento que bordeaba la costa. Era un trayecto duro e incómodo en pleno invierno, pero se podía ganar dinero, así que las grandes compañías mercantiles enviaban sus mercancías en chirriantes carromatos siempre que el clima y la oportunidad lo permitieran.

Geran se había teñido el pelo de rubio oscuro, y llevaba una escasa barba teñida también de rubio. Vestía un pesado abrigo de cuero tachonado, color borgoña, que le llegaba hasta las rodillas, además de un sombrero amorfo del mismo color, con un aspecto parecido al de una bolsa. Había desarrollado una incesante afición a fumar en pipa; desde que amanecía se le podía ver caminando con la cánula de una pipa entre los dientes, y a menudo con una nube de humo aromático rodeándole la cabeza. Le había costado mucho impedir que Kara enviara a varios guardias del Escudo disfrazados con él. Ella había argumentado que era una tontería por su parte aventurarse solo en Hulburg, arriesgándose a que lo capturasen y, muy probablemente, a sufrir una muerte rápida y desagradable. Finalmente, él se había salido con la suya, tras convencer a Kara de que un pequeño grupo de guardias del Escudo no haría gran cosa por su seguridad, mientras que, si lo seguía un gran número, sencillamente las opciones de que se descubriera su treta aumentarían. Aun así, incluso tuvo que amenazar con dejar el cargo de señor de los Hulmaster si era necesario para que ella aceptara que partiera hacia Hulburg solo.

En los almacenes de la Doble Luna, Geran esperó de pie junto con el resto de los guardias de la caravana a que le dieran su paga, se quejó de lo poco que había ganado realmente y preguntó si le necesitarían en breve para el viaje de vuelta, o sea, hizo todo lo que se esperaba de un pobre mercenario. A continuación, abandonó el lugar y se perdió entre la multitud de carretas y viandantes que circulaban por las calles de Hulburg. Después de hacer unos cuantos recados menores, como comprar más tabaco de pipa, una nueva capa, calcetines nuevos y cosas así, para asegurarse de que nadie lo seguía o le prestaba demasiada atención, decidió que era seguro ir a Erstenwold.

Vio al primer guerrero gris con yelmo al pie del Puente Bajo, donde la calle Bahía se cruzaba con el curso del Winterspear. Las criaturas eran altas, le sacaban más de media cabeza a pesar de su casi metro noventa, y permanecían inmóviles, sin prestarle atención al frío cortante ni a la gente que pasaba por allí. Sus rostros estaban ocultos tras viseras lisas de metal, y pudo vislumbrar, por lo que se veía bajo las pecheras y los yelmos, extrañas marcas rúnicas sobre la piel, que parecía de barro.

—¿Qué diablos serán esas cosas? —murmuró para sí mismo mientras se acercaba.

Durante un instante, se planteó cambiar de rumbo y alejarse, pero se dio cuenta de que eso resultaría sospechoso al ver que los demás seguían caminando y pasaban por delante de aquellas cosas. La gente que iba atravesando el puente los miraba con nerviosismo y daba un amplio rodeo al llegar junto a ellos; Geran siguió su ejemplo. Si los guerreros grises eran conscientes de las miradas y los oscuros murmullos que provocaban en la gente que pasaba cerca, no daban señales de ello. ¿Serían algún tipo de guardias conjurados? ¿Ingenios creados para servir como guerreros, para complementar la Guardia del Consejo? Recordó haber oído rumores acerca de criaturas como aquéllas en Griffonwatch. ¿Acaso Rhovann había creado o conjurado a más guerreros grises en las últimas semanas, suficientes para situarlos por toda la ciudad? Si así era, ¿cuál era su propósito? ¿Proteger la ciudad y el castillo de los ataques? ¿O sencillamente estaban ahí para intimidar al mayor número de gente posible?

En el otro extremo del puente, vio a un carretero esperando con su vehículo junto al taller de un zapatero. Sin pensárselo dos veces, se dirigió hacia aquel tipo, un enano de edad avanzada que llevaba una pesada capucha de piel. Se acercó al asiento de la carreta y dijo:

—Soy nuevo en la ciudad. ¿Quiénes son esos guerreros grises con yelmo? ¿Qué es lo que hacen? ¿Debería tener cuidado con lo que hago mientras estén cerca?

El enano frunció el entrecejo.

—Son sirvientes del mago del harmach. La mayor parte del tiempo no hacen nada más que quedarse ahí quietos y mirar. Pero ten cuidado cuando estés cerca de ellos. He oído que toman nota de todos los que pasan cerca y los recuerdan. Y si es una persona de la que el mago del harmach sospecha, cogen al pobre bastardo y se lo llevan a Griffonwatch, donde el mago le roba el alma. No está bien, pero es lo que hay. —Meneó la cabeza, murmurando con gesto adusto.

Geran aprovechó el momento para seguir su camino, preguntándose cuánto habría de verdad en la historia del enano y cuánto de rumor.

Llegó a la calle del Tablón y se fijó en otros dos ingenios que observaban a la multitud en la intersección de la calle del Carro, que era igual de bulliciosa que cualquier otra esquina de Hulburg. Era un buen lugar para situar unos ojos

constantemente abiertos que vigilaran a la gente que iba y venía por la ciudad. Se dijo que probablemente los rumores eran pura especulación. Después de todo, la mayoría de la gente sabía muy poco de magia, o de las criaturas creadas por medios mágicos, por lo que suponía que eran posibles todo tipo de cosas aunque no fueran muy probables. Pero la historia del viejo enano había sembrado ligeramente la duda en Geran. Se detuvo, fingiendo interesarse en el menú de una taberna mientras observaba subrepticamente a las criaturas de piel gris que sobresalían entre la multitud. Si esas criaturas estaban hechas realmente para recordar todo lo que habían visto, entonces Rhovann podría conocer encantamientos con los que recuperar esos recuerdos y encontrar o seguir rápidamente a alguna persona que le interesara. El anonimato en las multitudes de Hulburg constituiría una protección mucho menor de lo que había supuesto. ¿Cómo se podía conspirar contra un enemigo que podría estar observando todos los movimientos de uno?

—Eso no es necesario —murmuró para sí mismo.

Si Rhovann era tan capaz, entonces sus esfuerzos estarían condenados desde el principio. También podría suponer que las criaturas de Rhovann no podían ver lo que estaba oculto, ya que si no se volvería loco de preocupación y sospecha. Aun así, no le haría daño evitar a las criaturas todo lo posible. Teniendo eso en cuenta, decidió no moverse por espacios abiertos. Marstel —o muy probablemente Rhovann— se aseguraría de tener vigilado el establecimiento de los Erstenwold, por si él aparecía. Él confiaba bastante en la eficacia de su sencillo disfraz, pero Rhovann era un adversario paciente y meticulado; aunque el mago elfo no hubiera situado a sus centinelas grises junto a la puerta de Mirya, podría haber tejido conjuros de alarma en lugares a los que probablemente acudiría. Las medidas mágicas podrían ver fácilmente a través de un tinte de pelo y un poco de pegamento si sencillamente se dirigía a la puerta principal.

En vez de girar por la calle del Tablón hacia Erstenwold, pasó de largo y se metió en la calle del Pez y allí se dirigió hacia el norte. Se le ocurrían un par de maneras de introducirse en Erstenwold sin ser visto. Si recordaba bien, la tienda del hojalatero podría tener exactamente lo que necesitaba. Recorrió de forma apresurada media manzana, hasta el edificio donde el viejo Kettar tenía su taller y su casa, pero sólo encontró el lugar cerrado y con las ventanas oscurecidas.

—¿Y ahora qué? —murmuró.

Mirando por la ventana, pudo distinguir mesas de trabajo vacías, un hornillo apagado y varios muebles que, según resultaba evidente, habían dejado atrás. ¿Qué le habría pasado a Kettar? El hojalatero llevaba trabajando en el taller de la calle del Pez desde que Geran era un niño. ¿Acaso había hecho las maletas y se había marchado de la ciudad sin más? ¿Le habría sido expropiada la tienda a consecuencia de alguno de los nuevos impuestos aprobados por Marstel? ¿O quizá alguna banda de Cadenas

Rojas o de Puños Cenicientos lo había echado de su propia tienda? Frunció el ceño mientras miraba a través de la sucia ventana, y retrocedió un par de pasos para ver si las habitaciones privadas estaban ocupadas o no. En la puerta habían clavado un listón de madera, y de éste colgaba un tubo para pergaminos bastante maltrecho; lo abrió y encontró una notificación de confiscación del edificio. «Entonces, han sido impuestos», pensó. Esperaba que al menos Kettar y su familia tuvieran un techo bajo el que cobijarse y algo de dinero para ir tirando, estuvieran donde estuviesen.

Miró calle arriba y calle abajo, decidió que nadie le estaba prestando una atención especial e hizo palanca sobre el listón, hasta que quedó lo bastante suelto como para poder colarse dentro. La desgracia de Kettar le había proporcionado una estupenda tapadera para lo que pensaba hacer después. Podría parecer algo sospechoso que un simple guardia de caravana estuviera merodeando por una propiedad vacía, pero, si alguien lo molestaba, simplemente podía decir que estaba buscando un lugar en el que poner una tienda y tenía pensado comprar la del hojalatero si salía a subasta. Fue a la parte de atrás de la tienda y miró por una ventana que daba al callejón.

A unos veintisiete metros estaba la parte trasera de Erstenwold. Se fijó en un ventanuco en la parte de atrás del edificio y construyó una imagen mental del almacén que había al otro lado. Cerró los ojos e invocó las improntas arcanas del conjuro. A continuación, dijo con suavidad:

—¡*Sieroch!*

Hubo un momento de oscuridad...

... Y se encontró en una despensa oscura y abarrotada. Esperaba que Rhovann no hubiera tenido la idea de poner protecciones por toda la tienda, así que salió a la sala que había al otro lado. A poca distancia, pudo oír el repiqueteo y los murmullos de los dependientes y los clientes en el mostrador principal de la tienda. Sonrió ligeramente y avanzó unos pasos.

De repente, Mirya dobló de forma apresurada la esquina, vestida con uno de los prácticos vestidos de lana que le gustaba llevar en invierno, esa vez de color azul claro. Iba cargada con varias mantas, y llevaba el oscuro cabello recogido en una sencilla trenza. Caminaba con expresión reconcentrada y una mirada ausente en sus grandes ojos azules. A Geran le dio un vuelco el corazón al ver el rostro que tan familiar le resultaba; no se había dado cuenta de cuánto la había echado de menos. Entonces, Mirya lo vio y dejó escapar un grito ahogado de sorpresa; las mantas cayeron al suelo mientras ella retrocedía rápidamente.

—¿Qué? ¡No deberías estar aquí! —balbuceó. Pero entonces, antes de que Geran pudiera decir una sola palabra, abrió los ojos de par en par al reconocerlo—. Un momento... ¿Geran?

Le hizo un gesto para que bajara la voz.

—Sí, soy yo —dijo—. Perdona por colarme así, pero pensé que sería lo mejor

para evitar ser visto.

—¡Por la Dama Oscura, me has dado un buen susto! ¡No vuelvas a hacerlo!

Mirya se agachó para recoger las mantas; él se arrodilló junto a ella y la ayudó a levantarlas. Cuando volvieron a ponerse de pie, ella lo miró con el entrecejo fruncido y dijo:

—No ayuda en absoluto que vayas vestido como un forastero y lleves el pelo de ese horrible color. Pensé que algún rufián Puño Ceniciento había entrado para robarme.

—Lo siento, Mirya. De verdad que no pretendía asustarte.

—¡Hummm! Bueno, puedes esperar atrás, en la oficina. Estaré contigo en cuanto le diga a Ferin que se encargue del mostrador un rato. —Pasó junto a él, rozándolo con las mantas que le llevaba a algún cliente que las había pedido.

Geran reprimió una sonrisa y se dirigió nuevamente hacia la trastienda, donde Mirya guardaba sus libros de contabilidad entre un montón de mercancías y chismes que seguramente habrían ido de habitación en habitación en Erstenwold durante años. La tienda había pertenecido a la familia desde hacía casi cincuenta años, desde que era un destartalado comercio de artículos náuticos, además de almacén, construido por su padre. Geran se puso cómodo en un viejo sillón de cuero y esperó. Unos minutos después, Mirya volvió y se sentó en el borde de un pequeño sofá, frente a él, frunciendo los labios, como era habitual en ella.

—¿Es un buen momento? —le preguntó—. Si estás muy ocupada, puedo esperar.

—No, está bien. Simplemente me sorprende verte. Pensaba que... —Hizo una pausa, observando su rostro con sus penetrantes ojos azules antes de continuar—. Geran, quizá no lo hayas oído, pero hace dos días me llegó la noticia desde Thentia de que el harmach Grigor había sido asesinado por mercenarios.

La miró a los ojos y asintió.

—Yo estaba allí.

—¡Oh, Geran!, lo siento muchísimo, de veras. Era un anciano dulce y que sólo tuvo palabras amables conmigo siempre que hablé con él. —Extendió el brazo y posó la mano sobre la de Geran—. ¿El resto de tu familia está bien?

—Sí, Natali y Kirr están ilesos, gracias a los dioses. La tía Terena y Kara también están bien. Pero perdimos muchos guardias del Escudo y criados de la familia. Fue una escena horripilante. —Su expresión se volvió ceñuda y miró a su alrededor. Al hablar de los jóvenes Hulmaster había recordado algo...—. ¿Selsha y tú estáis bien? ¿Está por aquí?

—Sí, estamos bastante bien, supongo, pero he enviado a Selsha con los Tresterfin durante un tiempo. Estaba preocupada por si se veía envuelta en algún problema aquí en la ciudad, y pensé que estaría más segura en el campo. Aun así, la echo de menos. Suelo esperar a oír sus pasos o su voz. —Mirya suspiró y se echó hacia atrás.

Geran pensó que los problemas debían de estar empeorando si había enviado fuera a Selsha. Sabía que Mirya no era de las que se asustaban fácilmente.

—He visto que el taller de Kettar está vacío —dijo—. ¿Los recaudadores de impuestos de Marstel te han estado molestando? ¿Todavía puedes ganarte la vida aquí?

Ella hizo un gesto despreocupado.

—Tenemos algo guardado para cuando vengan las vacas flacas; creo que nos las arreglaremos, pero me preocupan los vecinos.

—A mí también. No permitiré que esto siga así más tiempo del necesario. Lo prometo.

—Lo sé, Geran.

Se quedó callada un rato, mirándose las manos. Ella conocía lo bastante bien como para saber que quería decirle algo. Un instante después, se sacudió y lo miró de nuevo. Le preguntó en voz baja:

—¿Qué ocurrió en Thentia?

—Tu viejo amigo Valdarsel envió a una sacerdotisa de su orden para organizar un ataque a Lasparhall —dijo—. Atacaron en mitad de la noche, cuando todos, salvo unos pocos centinelas, estábamos dormidos. Fue una suerte que no me mataran mientras dormía. Kara y yo..., y la Guardia del Escudo, conseguimos rechazar lo peor del ataque. Pero llegamos demasiado tarde para salvar al harmach Grigor.

Mirya se tapó la boca, horrorizada.

—¡Oh, Geran! —susurró a través de sus dedos.

Él suspiró y se quedó mirando el cielo gris a través de la pequeña ventana de la oficina.

—Kara y yo nos aseguramos de que la seguidora de Cyric y sus mercenarios no tuvieran ocasión de disfrutar de su éxito. Ninguno de ellos salió con vida de allí.

—¿Quién es el harmach ahora?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que yo. Bueno, no adoptaré el título hasta que Hulburg sea libre. Pero soy el señor de los Hulmaster.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? —Mirya retrocedió, horrorizada—. ¡Debes de estar loco! Si Marstel supiera que has estado solo en Hulburg, justo delante de sus narices...

—Estoy aquí para matar a Valdarsel. Él fue quien ordenó el asesinato del harmach Grigor. No habrá más Hulmaster asesinados por orden suya. —Sólo de pensarlo sintió cómo la ira lo invadía de nuevo, y apretó los dientes—. No dudo de que Rhovann lo incitara a ello, y en su momento, ya me las veré con él. Pero por ahora me conformaré con enviar un mensaje inequívoco a Rhovann y a ese pelele al que llaman harmach acerca de enviar monstruos y asesinos contra mi familia. Deben

pagar el precio.

Mirya apretó los labios mientras pensaba en las palabras de Geran. Hacía pocos meses, Valdarsel le había tomado ojeriza, y tenía buenas razones para temer al sacerdote.

—No lo echaría de menos, la verdad, pero no sé si serás capaz de ponerle la espada al cuello. Se pasa la mayor parte del tiempo en su nuevo templo, y cada vez que sale de él va fuertemente custodiado por su guardia.

—¿Nuevo templo? ¿Qué nuevo templo?

—Lo llaman el templo del Príncipe Agraviado —contestó Mirya. Meneó la cabeza—. Jamás pensé que vería el día en que se construyera en Hulburg algo como un templo dedicado a Cyric, pero ha ocurrido.

Geran frunció el ceño. Cyric era un dios oscuro, pero sus doctrinas incluían conceptos como la ambición, el cambio y la revolución..., cosas que a menudo atraían a la gente pobre y desesperada. Sospechaba que los sacerdotes de Cyric minimizaban los aspectos más oscuros de su Sol Negro cuando reclutaban a las masas miserables.

—¿Dónde está ese lugar?

—En la calle del Oro, cerca del Puente Medio. Hay guardias con cota de malla negra custodiando las puertas día y noche, y los acólitos siempre están rondando por las habitaciones públicas. Los dormitorios de los sacerdotes y el santuario privado del templo sólo están abiertos a los seguidores del Sol Negro. —Mirya hizo una pausa para estudiarlo—. He oído que podría haber otros guardias en el interior: demonios, o algo similar. Si pretendes enfrentarte a él, será mejor que esperes a que salga, aunque haya guardias.

—Eso podría ser —contestó Geran—. Aun así... ¿hay alguna otra entrada?

—Sí, a través de un pequeño jardín que se encuentra detrás del edificio. Una puerta del callejón da acceso al jardín, y allí hay otra puerta que está custodiada por una especie de glifo mágico.

—Podría ocuparme de eso... —Geran pensó en voz alta. A continuación, se dio cuenta de algo y le dirigió a Mirya una mirada severa—. Un momento. ¿Cómo sabes tanto acerca de ese templo del Príncipe Agraviado? ¿Acaso los rufianes de Valdarsel te arrastraron hasta allí?

—¡No, nada de eso! —respondió Mirya. Dudó, apartando la mirada—. Tengo algunos... amigos... que me ayudan a estar al corriente de lo que sucede en la ciudad. Estuvimos observando el lugar hace pocos días, pensando que podríamos hacer algo de daño allí. Pero, como dije, parecía demasiado bien protegido para nosotros, así que lo dejamos estar.

—Mirya, ¿en qué estás metida?

—Marstel y sus mercenarios están llevando a esta ciudad a la ruina, Geran.

Estamos actuando en consecuencia. Hulburg también es nuestro hogar, ¿sabes?

—¿Tienes idea de lo peligroso que es eso? —inquirió—. Una vez que alzas la mano contra Marstel y sus aliados, no puedes retirarte. ¿No aprendiste nada de lo que ocurrió cuando metiste las narices en los negocios de Valdarsel y Rhovann hace algunos meses? ¡Te colgarán por rebelde si te pillan!

—¿Si me pillan? —dijo, irritada—. ¡Tú eres el que merodea por ahí disfrazado, y eres la persona a la que más les gustaría pillar espionando de todo Faerun! ¿Cómo puedes decirme que lo que estoy haciendo es demasiado peligroso?

—Esto es diferente —replicó—. Yo tengo experiencia en este tipo de cosas. Sé lo que hago.

—Quizá yo también sepa lo que hago, Geran Hulmaster.

Geran, enfadado, se levantó para responder, pero se mordió la lengua. Con gritos jamás conseguiría hacerla entrar en razón; Mirya podía llegar a ser increíblemente tozuda cuando se empeñaba en algo, y parecía que aquélla era una de esas ocasiones.

Decidió cambiar de táctica.

—Mirya..., comprendo que ames tanto a esta tierra como yo —dijo—. ¡Pero te ruego que no te arriesgues! No soportaría que te hicieran daño.

Ella también se levantó, cruzando los brazos a modo de escudo.

—¿Y eso por qué? —contestó con brusquedad—. ¿Acaso no tengo derecho a elegir si me arriesgo o no?

Él se apartó y caminó por la habitación.

—No seas tonta. Sabes que te tengo mucho aprecio.

—No sé nada de eso —saltó—. ¡Oh!, sé que te importo. Me seguiste hasta las Lágrimas de Selune. Pero ¿por qué, Geran? Hace diez años me amabas. Eso terminó. ¿Qué es lo que crees que me debes todavía? ¿Por qué te importa tanto lo que me pase ahora?

—Porque yo... —comenzó a decir, pero se interrumpió, incapaz de terminar.

Había estado a punto de decirle que la quería. Se quedó callado, sorprendido por haber encontrado aquellas palabras en su boca, y aterrado ante la perspectiva de decirlas en voz alta. No tenía derecho a decirle algo así. Diez años atrás había sido un joven necio e insensible que le había roto el corazón al partir para dejar algún tipo de impronta en el mundo que había más allá de Hulburg. Ella jamás podría volver a confiar en él en ese aspecto, y Geran no podía pedírselo. Respiró hondo y encontró algo que decir.

—Porque se lo debo a Jarad —dijo en su lugar—. Él querría que os cuidara a ti y a Selsha. Ya le fallé una vez cuando abandoné Hulburg, permitiendo que acabara en el estado que acabó mientras estuve fuera. No quiero fallarle una segunda vez.

—Porque se lo debes a Jarad —repitió Mirya. Frunció el entrecejo y finalmente meneó la cabeza, alisándose la falda con las manos—. Estupendo, entonces. Puedes

quedarte todo el tiempo que quieras, pero creo que has sido listo al dejar que no te vean entrar ni salir. No sé cómo lo sé, pero tengo la intuición de que Erstenwold está siendo vigilado. Te puedo enseñar un camino por las calles subterráneas, si te sirve de ayuda.

Bajó la vista hacia el suelo. Mirya no era estúpida. Sabía que no le había dicho la verdad, aunque esperaba que no supiera exactamente el motivo.

—Te agradezco la oferta, pero creo que será mejor que me vaya. No quiero tentar a la suerte escondiéndome aquí, y tengo que hacer unas cuantas cosas más hoy.

Ella se detuvo junto a la puerta y lo miró.

—Estamos listos para hacer lo necesario. Puedo hacérselo saber a los que todavía son leales a los Hulmaster.

Geran asintió.

—Te lo agradezco. Lo recordaré cuando llegue el momento.

Mirya relajó un poco la expresión ceñuda, y se volvió a agacharse para regresar a su negocio. Él permaneció en el almacén un segundo, escuchando su voz, que venía del mostrador principal, mientras retomaba su rutina diaria. Se preguntó si realmente sentía lo que había estado a punto de decir. Miró en su interior y no encontró nada que tuviera sentido, tan sólo una maraña de viejos recuerdos y renovada amistad. Agitó la cabeza, molesto por su propia estupidez, y apartó esas ideas de forma deliberada.

—No tengo tiempo para estas tonterías —murmuró.

Se dirigió hacia la ventana, concentró sus pensamientos en la tienda vacía del hojalatero, al otro lado del callejón, y se teletransportó fuera de Erstenwold. En pocos instantes, volvió a salir disimuladamente a la calle del Pez y siguió su camino.

La tarde estaba ya avanzada, y se dio cuenta de que tenía hambre. Volvió sobre sus pasos hacia el Winterspear, junto a la calle del Mercado, y se encontró con una pequeña taberna cerca de la plaza de Angar, donde pudo comprar una comida sencilla por una moneda de plata. Cuando terminó, se dirigió hacia la calle del Oro y pasó rápidamente junto al templo de Cyric. Era tal y como Mirya lo había descrito, una estructura nueva y de aspecto vulgar que se erigía en medio del viejo distrito de artesanos, al borde de las Escorias. Había unos guardias vestidos de negro custodiando las puertas abiertas, haciendo lo posible por permanecer inmóviles e imponentes a pesar del frío glacial. Tuvo cuidado de no mirar muy de cerca mientras pasaba andando, dedicándole al lugar lo que esperaba que pareciera una mirada superficial. Estuvo tentado de entrar por la puerta abierta y ver cómo eran las zonas públicas, pero decidió no hacerlo; sin duda, alguien se acercaría a él en el caso de que entrara, y el propósito del disfraz era evitar atraer la atención. En su lugar, volvió a atravesar el Puente Medio (que también estaba custodiado por los guerreros grises) y ascendió por la colina este, hacia las casas más insignes, que se alzaban en la falda,

en el tramo de tierra que formaba la mitad oriental del puerto de Hulburg. Tras caminar unos pocos minutos alcanzó su objetivo, una casa que estaba anclada a una esquina por una pequeña torre redonda.

No había nadie más en aquella calle; aquéllas eran las casas de los ricos, que no tenían razones para aventurarse a salir al frío de otro modo que no fuera en carruajes llenos de mantas. No había ni rastro de los espías de Rhovann ni de los guardias del Consejo, así que decidió que lo mejor en ese caso sería acercarse directamente. Cuadró los hombros, caminó hacia la puerta principal de la casa y llamó al timbre.

Durante un rato no hubo respuesta. Volvió a llamar. Esa vez oyó el sonido de unos pasos presurosos y la puerta se abrió un par de palmos. Sarth Khul Riizar apareció en el oscuro vestíbulo, apuntando a Geran con su mortífero cetro mágico. El tiflin vestía el tipo de espléndida túnica roja y dorada que tanto le gustaba, y tenía el rostro (de un tono rojo ladrillo y con dos grandes cuernos curvos) contraído en una expresión severa.

—No te conozco —dijo—. ¡Explícame esta interrupción de inmediato!

—Sarth, ¡soy yo! ¡Geran! —dijo en voz baja el mago de la espada.

El tiflin frunció el ceño y lo examinó más atentamente.

—¡Oh!, es cierto —murmuró—. Mis disculpas, Geran; es un buen disfraz. Pensé que eras un mercenario de alguna caravana mercantil que había venido a traer otra oferta más de empleo. —Bajó el cetro y abrió la puerta de par en par—. Entra, deprisa. Será mejor que no te vean por la calle.

—Te lo agradezco. Siento haber irrumpido de esta manera. —Geran se apresuró a entrar, y Sarth cerró la puerta, corriendo el cerrojo con un vago gesto de la mano—. Temí que no estuvieras en casa al ver que no contestabas.

—¡Ah, bueno!, olvidé que le había dado la tarde libre a Wrendt. Pensé que estaba aquí para abrir la puerta. —Sarth posó una mano sobre el hombro de Geran—. Me alegra verte, amigo mío. Cuando me enteré de lo que había ocurrido en Thentia... Es algo monstruoso que quieran asesinar a los niños y a tus viejas amistades, cruel y monstruoso. No me puedo creer que tus enemigos hayan caído en actos tan malvados. Si hay algo que pueda hacer...

—De hecho, creo que sí —respondió.

Geran cogió a Sarth por el hombro, un antiguo saludo de guerreros. No tenía derecho a pedirle lealtad a Sarth, ni razón alguna para esperar que el hechicero estuviera dispuesto a convertirse en un proscrito simplemente por haber compartido unos cuantos momentos de peligro, pero esperaba haber juzgado el carácter del tiflin correctamente en los meses que llevaban juntos.

—Valdarsel, el sacerdote de Cyric, estaba detrás del ataque a mi familia. Quiero matarlo por ello, y espero que me prestes tu ayuda.

El tiflin sonrió y paseó la vista por la confortable casa que lo rodeaba.

—Es miembro del Consejo del Harmach, ¿sabes? Habrá consecuencias muy desafortunadas. —A continuación, suspiró e hizo un gesto de asentimiento—. Está bien. Dame unas horas para hacer algunos preparativos, y veremos qué puede hacerse.

SEIS

18 de Martillo, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

En las primeras horas de una mañana fría y gris, Kara Hulmaster sostenía las riendas de su yegua, Dancer, y observaba a sus capitanes dirigir las compañías de la Hermandad de la Lanza y la Guardia del Escudo en un ejercicio de marcha por el empinado valle que había detrás de Lasparhall. Caía una ligera aguanieve, por lo que vestía una pesada capa para protegerse del frío. Las marchas ordenadas siempre le habían parecido útiles para fomentar la compenetración en compañías recién formadas y darles a los nuevos oficiales la oportunidad de practicar dirigiendo a sus tropas. Hacía cinco días que había decidido combinar los soldados supervivientes de la Guardia del Escudo con la milicia de la Hermandad de la Lanza para formar tres nuevas compañías combinadas (o «escudos», como las llamaban en Hulburg) para la campaña que se avecinaba. Las nuevas unidades todavía estaban aprendiendo a trabajar juntas.

Mientras observaba a los capitanes haciendo maniobrar a sus escudos, un enano montado en una mula de gran panza llegó trotando por el camino que llevaba a la mansión. Era un tipo con la barba negra, tenía los hombros anchos y sujetaba la cánula de una pipa entre los dientes. Cuando llegó junto a ella, hizo que la montura se detuviera y se deslizó hasta el suelo con un gruñido.

—Lady Kara —dijo el enano con una breve inclinación de cabeza—, el chambelán de la casa me dijo que podría encontrarte aquí.

—Maese Ironthane —respondió Kara—, te agradezco que hayas venido hasta aquí a verme. No hubiera tenido inconveniente en cabalgar hasta Thentia, ¿sabes?

Kendurkkel Ironthane se encogió de hombros.

—Es lo mejor que me ha pasado en los últimos dos meses, ahora que los Mazas de Hielo están en su refugio de invierno. Necesitaba una razón para salir. Además, quería ver el ejército Hulmaster por mí mismo.

—¿Qué tal estás?

—Bastante bien —respondió, observando las maniobras de los escudos—. Diría que mejor que vosotros.

Kara hizo una mueca de dolor. Muchos enanos solían decir la verdad sin tener en cuenta los sentimientos, y Kendurkkel era un excelente ejemplo de ello.

—¡Ojalá eso no fuera tan cierto!

El enano enarcó una ceja.

—¿Me estás deseando tiempos difíciles? —preguntó, aunque sonriendo tras su pipa.

A principios del verano anterior, los mercenarios Mazas de Hielo habían luchado hombro con hombro junto a la Guardia del Escudo y la Hermandad de la Lanza para romper el bloqueo de la horda de los Cráneos Sangrientos frente al Terraplén de Lendon. Kendurkkel era un mercenario, y no le debía lealtad a nadie..., pero Kara se había ganado su respeto comandando las tropas en la batalla desesperada contra los orcos, cosa que solía ser bastante difícil en el caso de Kendurkkel.

—No, que vengan mejores tiempos para ambos —respondió Kara. Se volvió hacia el mercenario y lo miró fijamente a los ojos—. Tenemos trabajo para los Mazas de Hielo, si estás dispuesto, señor Ironthane.

—Siempre estoy dispuesto a hablar de negocios. ¿Qué va a ser, pues?

—Pretendo reconquistar Hulburg de manos de Marstel y sus seguidores. Marcharemos a finales del mes que viene. Me gustaría contratar a los Mazas de Hielo para engrosar nuestras filas.

—¿Tan pronto, eh? —El enano echó mano de su pipa—. No será barato, lady Hulmaster. Si es lo que tienes pensado, hay muchas probabilidades de librar una batalla en campo abierto. No es que vayamos a evitarla, pero cuesta bastante más, como sabrás.

Kara, preparándose para la respuesta, preguntó:

—¿Cuál es el precio?

—Bueno, la cantidad acostumbrada es de dos mil coronas de oro para empezar, y mil más por cada mes que estemos a tu servicio. Añade otras seiscientas si tenemos que aportar nuestra propia comida y alojamiento. —El enano se sacó la pipa de la boca y le dio unos golpecitos contra la mano para vaciar las cenizas—. Necesitaremos un extra de mil al día en el caso de las escaramuzas y de los asedios, y cinco mil si se trata de una batalla importante.

Kara hizo una mueca. Aquello era más de lo que la fortuna de los Hulmaster, tal y como estaban las cosas, se podía permitir, pero necesitaba a los Mazas de Hielo. El clima invernal significaba que no podría contratar a ninguna otra compañía de mercenarios y traerla hasta bien avanzada la primavera, como pronto, y eso conllevaría también problemas (las arcas de los Hulmaster podrían estar vacías para entonces). Y lo que era más importante, no podía correr el riesgo de que los agentes de Marstel contactaran con Kendurkkel y contrataran a su compañía. En igualdad de condiciones, estaba convencida de que el enano preferiría luchar a su lado y no con sus enemigos, pero no era inteligente contar con tales sentimientos tratándose de los negocios de un mercenario. Si Marstel aceptaba pagar el precio que le pedían los Mazas de Hielo y Kara no, habría doscientos soldados veteranos más alineados contra ella, los suficientes como para que la tarea, que ya de por sí era difícil, resultara casi imposible.

—De acuerdo —dijo por fin—. Podemos sufragar el precio que pides por

contrataros y las cuotas mensuales al menos durante varios meses. Nos ocuparemos de la comida y el alojamiento.

Por supuesto, eso significaba tener que vender casi todas las joyas que había conseguido reunir de la colección de su madre y de la esposa de Grigor, Silne, que había muerto hacía ya muchos años. Conseguirían lo suficiente en los mercados como para cubrir los gastos de los Mazas de Hielo durante una estación corta..., o al menos eso esperaba.

—¿Y si hay batalla, puedes pagar? —preguntó Kendurkkel.

—Depende de cuánto tengáis que luchar. ¿Sería posible establecer un pago a plazos una vez que hayamos calculado el importe extra que hayáis ganado?

—Así no es como se hace —respondió, meneando la cabeza—. Normalmente, el que nos contrata deja depositada una suma provisional o algo parecido. Después de todo, si luchamos y perdemos, es posible que el empleador no pueda pagarnos el extra acordado. Y si luchamos y ganamos, a veces se olvidan de que nos tienen que pagar ese extra.

—No tenemos cientos de coronas para dejar en depósito ahora mismo, señor Ironthane.

El enano se encogió de hombros.

—Entonces, no veo cómo podemos ayudarte, lady Kara. Te aprecio, de veras. Hemos matado muchos orcos juntos, sin duda. Pero tal y como yo lo veo, no tienes muchas probabilidades, y es muy posible que no llegue a ver mi paga.

A Kara se le hizo un nudo en el estómago. ¡Necesitaba a los Mazas de Hielo! Se cruzó de brazos y se alejó unos pasos, tratando de buscar algún argumento o algún incentivo que pudiera hacer cambiar de opinión a Ironthane. Más allá de las tropas que hacían maniobras en el campo que había frente a ella, las falsas almenas de Lasparhall brillaban con la capa de nieve que las acababa de cubrir. Observó la vieja mansión mientras pensaba, frenética..., y se le ocurrió algo. Se volvió hacia Kendurkkel y dijo:

—¿Y qué hay de Lasparhall? La mansión y los terrenos deben valer unas diez mil coronas o más. Será la garantía de pago de la tarifa.

El enano enarcó una ceja, pero se volvió para mirar la casa.

—No estoy seguro de qué podría hacer con una mansión —murmuró.

—Puedes venderla, utilizarla como alojamiento para la compañía o quedártela. Imagino que algún día querrás retirarte cómodamente —dijo Kara.

Evidentemente, si su intento de reconquistar Hulburg fallaba, los Hulmaster se quedarían sin tierras y sin dinero; no tendrían dónde caerse muertos. Incluso Geran hubiera dudado antes de hacer semejante oferta. Bueno, no estaba allí para ofrecer ninguna solución mejor ante el reto que suponía asegurarse a los Mazas de Hielo para la campaña de primavera. Aquello era lo único que se le ocurría que podría retener a

Ironthane en ausencia de dinero en efectivo esperándolo en alguna contaduría de confianza.

—Si fracasamos, el lugar es tuyo. Si vencemos a Marstel, cuando lo hagamos, me gustaría tener la oportunidad de volver a comprártela. Pero si no podemos, tendrás Lasparhall como garantía ante posibles problemas.

Kendurkkel volvió a ponerse la pipa entre los dientes y estudió la disposición de las tierras que rodeaban el campo.

—Es una buena tierra —admitió finalmente—. Necesitaré algún tipo de garantía de que el señor de Thentia permitirá que la propiedad cambie de manos si se da el caso. Si todo está correcto, entonces sí, de acuerdo. Aceptaremos tu contrato.

—¡Excelente! —Kara reprimió un suspiro de alivio; no había necesidad de que el capitán mercenario viera otra cosa en ella más que total confianza—. Tendremos los alojamientos preparados en dos o tres días. Tengo intención de hacer maniobras intensivas durante las próximas semanas, así que haré trabajar duro a tus soldados durante un tiempo.

—Como debe ser —dijo Kendurkkel—. Un soldado aburrido siempre acaba trayendo problemas. Les diré a mis muchachos que hagan el equipaje inmediatamente.

Le tendió la mano, y Kara le estrechó el antebrazo a la manera enana. El mercenario asintió, haciendo un gesto de aprobación, y sonrió con la pipa en la boca.

—Será estupendo volver a trabajar contigo lady Kara. Me marchó.

—Volveremos a hablar pronto.

Kara observó al mercenario enano mientras éste montaba en la mula y se alejaba al trote, y después volvió a prestarles atención a las compañías que maniobraban y giraban de un lado a otro en el campo que tenía enfrente. La voz aguda del sargento atravesaba el terreno nevado, y de vez en cuando, una u otra compañía respondía de repente con un grito. Se dijo a sí misma que eran buenas tropas, mucho mejores que los mercenarios extranjeros que formaban el ejército de Marstel. La cuestión era si tenía bastantes... y con los Mazas de Hielo creía tener la respuesta.

Le hizo señas a su portaestandarte, un joven soldado hulburgués llamado Vossen, para que acudiera junto a ella. El sargento se acercó al trote, con el estandarte de los Hulmaster agitándose desde el estribo.

—¿Sí, lady capitana? —dijo.

—Felicita de mi parte a los capitanes de los escudos, y al sargento mayor Kolton. Sigue con las maniobras diarias y reúnete conmigo y con el Consejo de Guerra de la Casa en la biblioteca del piso superior a las cuatro de la tarde.

—Sí, mi señora —contestó el sargento Vossen.

El soldado saludó, golpeándose la pechera con el puño derecho, y cabalgó hacia el campo de maniobras en busca de los capitanes mientras Kara hacía girar a *Dancer*

y volvía hacia la mansión a medio galope. Había estado pensando en la campaña que se avecinaba desde el día en que los Hulmaster habían sido expulsados de Hulburg. Era el momento de ponerlo todo en marcha.

Un poco antes de las cuatro campanadas, Kara se puso a esperar en la magnífica biblioteca de Lasparhall a que llegaran los miembros del Consejo de Guerra de la Casa. Era una habitación amplia y luminosa, situada en el piso superior del ala oeste de la mansión, y durante las semanas siguientes tenía la intención de utilizarla como cuartel general. En una de las paredes había colgado un enorme mapa que mostraba las tierras que había entre Thentia y Hulburg; en el centro de la habitación, habían colocado una enorme mesa de caoba brillante. El salón de banquetes de la mansión era más grande, pero Kara prefería una estancia que pudiera cerrar con llave y tener vigilada sin dejar inutilizada media casa.

Se entretuvo leyendo un pequeño montón de cartas que el señor Quillon le había dado por la mañana mientras los comandantes en jefe de la Guardia del Escudo y los principales asesores de la familia iban llegando. La primera en aparecer fue una de las capitanas de los escudos, Merrith Darosti, una robusta mujer que andaba por la treintena y vestía una cota de malla parecida a la de Kara; llevaba el pelirrojo cabello recogido en una larga trenza. El sargento Kolton, que parecía terriblemente incómodo ante la perspectiva de participar en el consejo de oficiales, la seguía un paso por detrás; ya que era uno de los sargentos con más experiencia que quedaban en las filas de la Guardia del Escudo, Kara lo había ascendido a jefe de la Guardia de la Casa. El hermano Larken, un fraile joven y de gran estatura que vestía un hábito marrón adornado por el rosetón de Amaunator, entró a continuación en la habitación. Detrás de él lo hicieron dos antiguos miembros del Consejo del Harmach, que ocuparon sus asientos: Deren Ilkur, que solía ser el recaudador de los derechos, y Theron Nimstar, que había sido el supremo magistrado de Hulburg. Ninguno de ellos era guerrero, pero eran inteligentes y tenían mucha experiencia en cuestiones de Estado. En último lugar, llegó el ganadero, Nils Wester, que había arrastrado a más de cien partidarios de los Hulmaster de su compañía de la Hermandad de la Lanza antes que someterse al gobierno de Marstel. Los sirvientes y los segundos al mando de los miembros del consejo ocuparon sus propios puestos en las sillas que estaban alineadas junto a la pared.

—Parece que ya estamos todos —le comentó a Quillon.

Kara le tendió las cartas al viejo halfling y se ajustó la vaina del sable que llevaba colgado al cinto, sobre la cadera. Desde el ataque de los asesinos a Lasparhall, se había acostumbrado a llevar las armas siempre consigo. Ese día vestía el conjunto ligero: una fina cota de malla por encima de un faldellín de cuero reforzado que le llegaba por la rodilla y medias grebas, todo debajo de una sobrevesta, teñida de azul y blanco en cuatro partes, que se parecía mucho a las que llevaban los guardias del

Escudo. No estaba dispuesta a que los enemigos de Hulburg volvieran a pillarla desprevenida. Al contrario que los abrigo del resto de los soldados, el de Kara llevaba bordado un grifo azul y dorado en el cuadrante superior izquierdo (la insignia de la casa Hulmaster, que sólo lucían los miembros de armas de la familia).

Se acercó a su sitio, en la cabecera de la mesa.

—Buenas tardes, caballeros —dijo.

Se oyó el arrastrar de las patas de las sillas sobre el suelo, al mismo tiempo que los hombres y mujeres presentes en la habitación se levantaban, y ella se sentaba.

—Por favor, sentaos.

Sus oficiales y consejeros volvieron a sentarse y permanecieron atentos, esperando a que hablara.

Kara los observó con calma mientras organizaba sus pensamientos. Aquello era más bien una tarea propia de Geran, y no suya; era una tremenda temeridad e irresponsabilidad por su parte el haberse marchado a Hulburg para jugar a los espías o los asesinos cuando en Thentia había trabajo importante para el cabeza de familia. No es que no tuviese ninguna experiencia al respecto, ya que, después de todo, el harmach Grigor le había confiado el liderazgo del pequeño ejército de Hulburg sin apenas orientación, pero al ser la única Hulmaster presente en Lasparhall, era algo más que la capitana de la Guardia del Escudo. Todos los intereses y los asuntos que concernían a los Hulmaster estaban ahora en sus manos, ya fueran de índole política, diplomática o meramente administrativa. Había intentado convencer a Geran de que necesitaba su ayuda en tales materias, pero lo único que le había dicho su primo había sido:

—Tengo plena confianza en ti, Kara; te las arreglarás mucho mejor que yo. — Como si ésa fuera una respuesta satisfactoria a sus preocupaciones.

En parte, Kara comprendía que la labor de Geran en Hulburg podía ser tan importante como su trabajo en Thentia, especialmente si atraía a cientos de hulburgueses oprimidos a las filas de sus partidarios. Pero veía aún con más claridad que Geran estaba poniendo en peligro la suerte de toda la familia Hulmaster, además de su propia vida, conduciéndose como si únicamente fuera el aventurero sin raíces que había sido durante tanto tiempo. Si lo mataban, ella sería la única Hulmaster que podría continuar luchando..., y la carga del liderazgo recaería completamente sobre sus hombros, sin posibilidad de tomarse un respiro en décadas.

Se dijo que no tenía sentido volver a aquella discusión que ya había perdido, y menos teniendo en cuenta que Geran ya se había marchado tan lejos que no tenía posibilidad de ponerse en contacto con él ni de hacerlo volver. No, lo único que podía hacer era concentrarse en el reto que Geran le había propuesto. Frunció la boca, decidida, y comenzó a hablar.

—Hoy he llegado a un trato con Kendurkkel Ironthane, de los mercenarios Mazas

de Hielo —comenzó—. Con los Mazas de Hielo tendremos la fuerza necesaria para derrotar a la Guardia del Consejo del usurpador Marstel, da igual dónde nos enfrentemos. El décimo día de Ches (dentro de cincuenta y dos días) marcharemos hacia Hulburg.

»Durante los próximos cincuenta y dos días, estaremos ocupados con maniobras y entrenamiento, haga buen tiempo o no.

»Para cuando partamos, seremos rápidos, disciplinados, organizados y agresivos..., una espada perfectamente equilibrada en la mano del señor de los Hulmaster. —Hizo una pausa, midiendo las reacciones de los demás antes de seguir—. Cincuenta y dos días pueden parecer muchos ahora, pero no lo son. Si alguno de vosotros tiene dudas o preguntas acerca de la campaña de primavera, éste es el momento de decirlo. —Kara observó a los reunidos en la estancia durante un instante más, y después se volvió a reclinar en la silla.

Al principio, nadie habló, pero entonces Nils Wester carraspeó. Era un hombre enjuto, ya en la cincuentena, de piel curtida y ojos oscuros e intensos bajo unas pobladas cejas grises; antes de rebelarse contra Marstel, él y su numeroso clan habían cuidado de cientos de ovejas en sus pastizales, en lo alto de las colinas al oeste del valle del Winterspear.

—No tengo muchos conocimientos sobre estrategia —dijo el viejo y nervudo ganadero—, pero supongo que no tenemos por qué darle a ese viejo y gordo bastardo de Marstel cincuenta días para prepararse para nuestro ataque, lady Kara. ¡Mis guerreros podrían marchar dentro de diez días! ¿Por qué esperar?

—Porque necesitamos tiempo para volver a equiparnos y entrenarnos —contestó Kara—. La mitad de los hombres de las antiguas compañías de la Hermandad de la Lanza no disponen de más equipo que armaduras de cuero y viejas lanzas de caza. Aun así, seguramente podríamos con la Guardia del Consejo, pero si tenemos en cuenta a los hombres de armas del distrito de mercaderes de Hulburg, los Puños Cenicientos, y la magia que pueda llegar a emplear el mago de Marstel, tendremos mucho más en nuestra contra de lo que me gustaría. Confiad en mí; necesitamos los cincuenta días para convertir a los guerreros que tenemos aquí en un ejército de campo.

—Marstel podría haber encontrado más mercenarios para cuando partamos —señaló el viejo magistrado Theron Nimstar.

—Eso es cierto —dijo Deren Ilkur—. Pero con independencia de si queremos atacar con rapidez o no, sencillamente no tenemos ni las provisiones ni el material necesarios para ponernos en marcha ahora. Me llevará algún tiempo reunir una caravana de suministros que pueda mantener a nuestro pequeño ejército en el campo durante bastantes días.

—¿Necesitamos más? —preguntó Nils Wester—. Hulburg apenas está a sesenta

kilómetros de aquí..., dos días si vamos con prisa.

—Eso con buen tiempo —señaló Kara—, y suponiendo que no haya ninguna fuerza enemiga situada para detener nuestra marcha. Imaginad que nos encontramos con que tenemos que desviarnos otros treinta o cuarenta kilómetros para evitar algún obstáculo que Marstel haya puesto en nuestro camino, o que las lluvias torrenciales hagan intransitables los caminos. No me gusta la idea de tener que marchar de vuelta a Thentia a por nuestra cena a los tres o cuatro días de haber empezado la campaña simplemente porque no nos ocupamos de aprovisionarnos de manera adecuada.

Wester hizo una mueca, pero se calmó.

—Está bien —respondió—. Comprendo las razones. Pero sin pretender faltarte al respeto, lady Kara..., ¿dónde está lord Geran? Si toda esta campaña la ha planeado él, me gustaría saber qué papel piensa desempeñar en ella.

Kara pensó que aquélla era una buena pregunta. No podía culpar a Wester por preguntar sobre lo mismo que la había estado preocupando hacía ya unos días. Por otro lado, lo último que necesitaban sus capitanes era oír sus dudas acerca de lo acertado de las acciones de Geran. Wester era un buen hombre, y un líder apasionado para la Hermandad de la Lanza, que lo había seguido al exilio, pero era un subordinado difícil. Había adquirido rápidamente la costumbre de cuestionar cada orden que ella le daba, si daba muestras de haberse equivocado.

—Lord Geran está llevando a cabo una misión secreta —respondió—. ¡Ojalá pudiera hablar libremente sobre lo que está haciendo!, pero no puedo pasar por alto la posibilidad de que los espías de Marstel, o el escrutinio de su mago, Rhovann, pudieran obtener algún tipo de información de Lasparhall. Si nuestros enemigos supieran lo que está haciendo, podrían intentar detenerlo, y su vida estaría en grave peligro. Baste decir que tenemos muy pocos aliados y demasiados enemigos en este momento; Geran pretende hacer que eso cambie antes de que comience nuestra campaña.

Por supuesto, todo lo que había dicho era, en gran parte, cierto, lo cual acalló su conciencia; jamás se le había dado bien mentir. Pero aquello podía significar tanto que se estaban estableciendo contactos diplomáticos secretos con Melvaunt o en Hillsfar, como que se estaba buscando ayuda mágica o alzando a la gente de Hulburg contra sus opresores. Dejaría que Wester y los demás hicieran sus propias conjeturas acerca de lo que había querido decir.

—Bien, ¿tenéis alguna otra pregunta o inquietud antes de que nos pongamos a trabajar?

Todos permanecieron en silencio durante un largo instante. Kara estudió los rostros de sus capitanes; algunos sonreían, ansiosos por tener una oportunidad de redimirse, pero a otros —sobre todo, los de mayor edad y experiencia— se los veía vacilantes y llenos de dudas. Comprendían perfectamente la disparidad numérica y la

escasez de recursos de que disponían los Hulmaster para su campaña. La derrota que Marstel y sus aliados Puños Cenicientos les habían infligido el pasado otoño todavía era un recuerdo reciente.

Sin siquiera saber qué era lo que iba a hacer o a decir, Kara se levantó lentamente y apoyó los puños, cubiertos por la malla, sobre la enorme mesa.

—Los soldados de Marstel se están volviendo gordos y vagos en sus cómodas barracas de invierno, abusando de pobres ancianos y niños —dijo con un gruñido, alzando la voz—. Somos los guerreros que se enfrentaron a los Cráneos Sangrientos en la muralla de Lendon e hicimos que esos salvajes parasen en seco. Los mercenarios de Marstel nos pillaron a todos dispersos por Hulburg y nos sorprendieron con una traición inesperada la última vez; no volverán a sorprendernos. Cuando nos enfrentemos la próxima vez a las fuerzas del usurpador en el campo de batalla, os prometo lo siguiente: ¡los haremos pedazos! Y ahora, ¿estáis conmigo o no?

El sargento Kolton se puso en pie con dificultad y se golpeó el pecho con el puño.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Estoy contigo, lady Kara!

Se oyó el arrastrar de las sillas y el tintineo de las cotas de mallas cuando el resto de los presentes se levantó y habló, llenando la sala con un coro de «¡Sí!, ¡estamos contigo!» e incluso algunos gritos de «¡Muerte al usurpador!».

Kara se irguió y asintió para sí misma. Al menos, por ahora, los había convencido. Cuando por fin se disipó la cacofonía de respuestas, volvió a hablar:

—¡Bien! —dijo, sonriendo con fiereza—. Ahora dejad que os cuente cómo vamos a machacar a los mercenarios de Marstel.

SIETE

20 de Martillo, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Tres campanadas después de medianoche, mientras Hulburg dormía, caía una suave nevada. Todavía faltaban cinco horas para que amaneciera, e incluso los juerguistas más decididos habían abandonado las calles y las tabernas. Geran y Sarth permanecían entre las sombras, junto a la puerta que daba al jardín del templo del Príncipe Agraviado, envueltos en el fantasmagórico silencio de la nieve y la ciudad dormida. Parecía que fueran los únicos que estaban despiertos en toda la ciudad, a pesar de que Geran sabía que eso no era posible. Habían visto dos o tres patrullas de guardias del Consejo cuando se dirigían hacia el templo y sus terrenos, y habían evitado al menos a un par de aquellos incansables guerreros con yelmo y piel gris. Los ingenios no prestaban atención a los viandantes durante el día, pero eso no significaba que fueran a hacer caso omiso de dos hombres armados a una hora en la que ninguna persona honesta estaría rondando por ahí.

—No veo protecciones mágicas en el jardín —dijo Sarth en un susurro—. Sin embargo, hay un glifo sobre la puerta, tal como dijiste. Creo que puedo desactivarlo sin hacer mucho ruido.

—Bien —dijo Geran.

Lord Hulmaster desenvainó la espada —una estupenda espada larga con un modesto encantamiento, ya que había dejado su hoja élfica en Thentia— y murmuró las palabras de un conjuro para invocar un fino velo de niebla plateada a su alrededor. El *cuillen mharriel*, o velo de platacero, era una fuerte defensa contra muchos tipos de ataque, incluidos los ataques mágicos.

—Ya sabes que no necesitas ir más allá. Una vez que asestes el primer golpe, perderás lo que quede de tu neutralidad. Los hombres de Marstel y los ingenios de Rhovann asaltarán tu casa antes de que amanezca.

El tiflin se encogió de hombros.

—Una pérdida lamentable, ya que me gusta bastante el sitio. Pero ya he tomado medidas respecto a las cosas que me importan, y el resto no me preocupa demasiado. —Dudó por un breve instante y añadió—: Geran..., ésta también es tu oportunidad para replanteártelo. Es imposible saber qué tipo de represalias podrías provocar.

El mago de la espada negó con la cabeza. Volvió a ver la imagen de los pasillos de Lasparhall cubiertos de sangre y el rostro macilento de su tío, moribundo y con el cuchillo de un asesino clavado en el corazón. Sabía que no había nada que pudiera deshacer lo que había ocurrido, pero al menos podría asegurarse de que los asesinos de Grigor Hulmaster no tuvieran la oportunidad de volver a matar a ninguno más de

sus seres queridos.

—Puede ser que tengas razón, pero Valdarsel no tomará parte en ello —dijo—. Vamos; estamos desaprovechando la noche.

Sarth dejó escapar un suspiro, pero se volvió hacia la puerta y murmuró un conjuro menor de apertura. El pestillo de uno de los extremos emitió un suave chirrido al descorrerse gracias a su magia, y la puerta de hierro forjado se abrió de par en par. Geran la atravesó y recorrió rápidamente el jardín cubierto de nieve que había al otro lado. La mayoría de los edificios de Hulburg estaban hechos de madera sobre fuertes cimientos de piedra, pero el templo había sido construido enteramente de piedra. Tenía ventanas, pero eran una especie de troneras situadas a más de diez metros del suelo, como las de un castillo (demasiado estrechas como para que alguien pudiera introducirse por ellas, tal y como Mirya le había dicho). Se acercó a la puerta trasera del templo y se detuvo cuando el glifo mágico que la guardaba se hizo visible a sus ojos. Pudo sentir la siniestra maldición contenida en el interior de sus líneas y espirales, que emitían un leve brillo. No era que tuviera reparos en intentar desactivar ese tipo de cosas, pero a Sarth se le daban mejor que a él.

Sarth estudió el glifo de cerca durante unos instantes, entornando la mirada.

—Un esfuerzo bastante competente, pero puedo desactivarlo —murmuró.

Comenzó a susurrar las palabras de un contraconjuro, haciendo gestos suaves con la mano mientras trazaba la forma del glifo en el aire con la punta del dedo. El glifo brilló con mayor intensidad, y sus líneas adquirieron una tonalidad verde esmeralda muy intensa antes de apagarse y desaparecer de repente.

—Ya está.

Geran se deslizó hacia delante y posó la mano sobre el picaporte, no sin un leve estremecimiento de miedo. Después de todo, los glifos, los símbolos y ese tipo de cosas podían ser muy peligrosos, pero confiaba en Sarth. Abrió la puerta tan silenciosamente como pudo y se encontró frente a un pasillo de suelo enlosado apenas iluminado por unas pequeñas lámparas de aceite sujetas a la pared. El corredor estaba lleno de puertas hasta donde alcanzaba la vista. Se deslizó hacia el interior; Sarth lo siguió y cerró la puerta.

—Sella la puerta —susurró Geran—. Nadie debe salir por aquí.

—Podríamos quedarnos atrapados —respondió Sarth.

Pero Geran le hizo un gesto de asentimiento, y Sarth susurró las palabras de un conjuro de cierre para evitar que pudieran abrirla de otro modo que no fuera destrozándola con un ariete.

Geran avanzó por el pasillo, observando las puertas mientras lo hacía. Aquélla era la parte más endeble de su plan; no sabía nada acerca de la distribución de los dormitorios de los sacerdotes tras la capilla de Cyric. Sencillamente esperaba que los aposentos de Valdarsel destacaran tras echar un rápido vistazo. Después de todo, el

templo no era muy grande, y no era probable que hubiera más de seis o siete habitaciones en la parte que estaba cerrada al público. El pasillo que daba al jardín iba a parar a una intersección en forma de «T», y se detuvo para mirar a izquierda y derecha. A un lado, el nuevo pasillo daba a una gran antesala que conducía a la gran capilla, y a la izquierda vio dos puertas más, incluida una que estaba magníficamente decorada con una talla dorada del emblema de Cyric, la calavera y el rosetón. Se permitió una breve sonrisa ante su buena suerte; ése sería el primer lugar donde mirasen.

Le hizo una seña a Sarth para que lo siguiera y giró a la izquierda, hacia la puerta decorada. Pero de repente oyó el golpeteo de unas garras sobre la piedra y pasos rápidos provenientes de la antesala que tenían detrás. Geran se volvió con rapidez, para encontrarse frente a frente con un terrible demonio de escamas verdinegras y púas que sobresalían de sus hombros, codos, rodillas y cabeza. El monstruo siseó, frustrado al darse cuenta de que le había fallado el ataque sigiloso, y se abalanzó sobre Geran en un torbellino de garras y púas.

El mago de la espada retrocedió un par de pasos, parando los ataques de las garras del monstruo con la espada. El encuentro produjo un agudo sonido metálico e hizo que saltaran chispas.

—Estúpido mortal —rugió el monstruo—. ¿No sabes de quién es esta casa? ¿Creías que los sirvientes del Príncipe Negro iban a dejar el templo desprotegido?

Geran no respondió, aferrándose aún a la esperanza de no hacer demasiado ruido. Siguió luchando en silencio, con gesto adusto, alzando la espada y lanzando estocadas rápidas, con lo que consiguió hacerle dos rasguños al monstruo. Sus escamas eran tan resistentes como una cota de malla, y se dio cuenta rápidamente de que sólo le hacían algo las estocadas más firmes y los mandobles más pesados. Sarth salió al pasillo justo detrás del monstruo y apuntó a la espalda de la criatura con su cetro dorado con runas grabadas..., pero otro demonio apareció en la arcada que daba a la antecámara, al final del pasillo, y se abalanzó sobre el hechicero.

—¡Sarth, detrás de ti! —exclamó Geran.

Se volvió para enfrentarse a la nueva amenaza; el segundo demonio estaba casi encima de él, así que no tenía tiempo para sutilezas mágicas.

—¡*Narva saizhal!* —exclamó, y de sus dedos extendidos surgieron media docena de lanzas de hielo blanquiazul que salieron despedidas hacia su atacante.

El monstruo gritó de rabia e intentó apartarse de un salto, pero dos de las lanzas se le clavaron en el pecho, aunque las demás pasaron de largo y se hicieron pedazos estrepitosamente en el pasillo. Retrocedió tambaleante y se desplomó sobre el suelo, pero encontró fuerzas para conjurar una bola verde de fuego infernal y lanzársela a Sarth. El tiflin la desvió con un movimiento del cetro; rebotó y volviendo al pasillo que conducía a la puerta trasera, chamuscó las losas del suelo.

Las garras candentes de su adversario traspasaron el escudo mágico de Geran, que siseó cuando le atravesaron el brazo izquierdo. Volvió a concentrarse únicamente en el monstruo que tenía enfrente, lanzándole a su vez un ataque lleno de furia. El acero brilló y resonó cuando el demonio barbudo rechazó el ataque con garras y púas, y le sonrió a Geran con una boca llena de colmillos amarillentos. Comenzó a percibir un tumulto cada vez mayor en el templo cuando los seguidores de Cyric despertaron al oír la batalla que estaba teniendo lugar allí, dando la alarma para despertar al resto de sus compañeros o exigiendo saber qué era lo que estaba ocurriendo. Geran se dio cuenta de que ya no tenía sentido tratar de no hacer ruido. El tiempo era más importante. Teniendo aquello en cuenta, vació su mente para preparar un conjuro de espada y dejó que las palabras arcanas salieran de su boca.

—*Sanhaer astelie!* —exclamó.

Una fuerza sobrenatural invadió sus extremidades. Cuando su enemigo lo atacó de nuevo con las garras, Geran lo cogió por el antebrazo con la mano izquierda, cortándose la palma con las afiladas escamas del monstruo, y se volvió con rapidez para estampar a la criatura contra la pared como si fuera un muñeco de trapo. El yeso se agrietó y los bloques de piedra de la pared se desencajaron a causa del impacto. Antes de que el monstruo pudiera recuperarse, le puso la punta de la espada contra el costado y le atravesó pulmones y corazón, hasta que el filo salió por la costilla opuesta. Con lo último que quedaba de la brutal potencia del conjuro de fuerza, liberó la espada y arrojó a un lado el cadáver del demonio, que se deshizo en una nube de humo sulfurosa.

La puerta decorada con la calavera y el rosetón se abrió. Un hombre rubio, con perilla rojiza y vestido con una túnica negra se detuvo en el umbral, momentáneamente sorprendido. De su cuello colgaba una cadena de plata con el símbolo sagrado de Cyric. Dos soldados con cota de malla negra y espadas curvas, en forma de hoz, se apresuraron a situarse entre él y Geran.

—¿Qué significa todo esto? —inquirió el seguidor de Cyric—. ¿Os atrevéis a profanar el templo del Príncipe Agraviado?

—¿Eres aquel al que llaman Valdarsel? —le preguntó, a su vez, Geran.

El hombre de la túnica negra coincidía bastante bien con la descripción que de él le había dado Mirya, pero Geran jamás lo había visto en persona; mataría gustosamente a todos los seguidores de Cyric de aquel lugar, pero quería asegurarse de que el supuesto alto prelado se encontraba entre ellos.

El hombre entornó la mirada.

—¿Quién eres? —rugió.

—Soy Geran Hulmaster, de la Casa Hulmaster, y tú eres un asesino y un cobarde. Firmaste la carta que ordenaba la muerte de mi tío. Por ello, no vivirás para ver otro amanecer.

—Entonces, eres un necio al desafiarme aquí. —Valdarsel hizo una mueca de desprecio. Miró a los soldados que tenía junto a él—. ¡Matadlo!

Los dos soldados avanzaron hacia el mago de la espada.

—¡Geran, vienen más! —dijo Sarth—. ¡Date prisa!

Geran miró por encima del hombro.

—¡Sarth, mantén a los demás ocupados! —respondió—. ¡Si hace falta, arrasa este lugar!

El mago, a sus espaldas, asintió y liberó una potente onda de fuego dorado que rugió pasillo abajo, haciendo temblar el edificio y llenando el aire de un humo acre. Del corredor llegaron gritos de dolor y de terror. Sarth pronunció las palabras de otro conjuro y lanzó un orbe crepitante de ácido verde hacia la antecámara de la que habían salido los demonios, alcanzando a varios guardias humanos que habían acudido desde su puesto en la puerta principal del templo. La piedra se volvió negra y el ácido crepitó mientras corroía el suelo y las paredes. Se oyeron los cantos de los sacerdotes menores cuando invocaron su propia magia contra Sarth, y el aire crepitó con las ondas del conjuro y el contraconjuro. Fue entonces cuando los guardaespaldas de Valdarsel se abalanzaron contra Geran, y el mago de la espada ya no tuvo tiempo para preocuparse de cómo le iba a su amigo en el pasillo que tenía detrás.

El pasillo era lo bastante estrecho como para que dos enemigos no pudieran atacarlo fácilmente a la vez, así que uno de los guardias retrocedió un paso y permitió que su compañero siguiera adelante. El guardaespaldas que iba primero dejó escapar una risa estridente, y sus ojos se llenaron de un brillo fanático y temerario.

—¡Muere profanador! —chilló, y le lanzó un tajo a Geran por encima de la cabeza.

El mago de la espada paró el pesado golpe con algo de dificultad (aquellas espadas de forma extraña le eran desconocidas, y no estaba muy seguro de en qué punto del arma quería que se encontrasen con la suya). La punta curva pasó por encima de su hombro al mismo tiempo que el guardia de negro se le echaba encima, empujando las espadas cruzadas hacia Geran con las dos manos..., y en el momento en que la hoja curvada estuvo a la altura de la espalda de Geran, de repente se echó atrás y tiró con todas sus fuerzas. La punta en forma de hoz no tenía curvatura suficiente para atravesar la espalda de Geran, y tampoco resultaba muy eficaz para hacerle un corte, pero el guardia consiguió desequilibrarlo, y cayó hacia delante, justo al alcance de su compañero. El mago de la espada sobrevivió gracias a que se echó hacia la derecha, metiéndose dentro del movimiento oscilatorio del segundo hombre y dándole un fuerte codazo en la boca con el codo derecho. A continuación, fue hacia el guardia que había tirado de él, para que su espada no siguiera inmovilizada contra su cuerpo, y consiguió golpear al segundo guardia con la pesada empuñadura en un lado de la cabeza mientras éste retrocedía tras el codazo. El guardia gimió y se

desplomó contra la pared, llevándose la mano a la oreja, que no paraba de sangrar. Pero el guardia que estaba forcejeando con Geran lo empujó hacia atrás y volvió a atacar.

Ambos intercambiaron una serie de cuchilladas y bloqueos durante tres o cuatro asaltos, y después Geran vio cómo Valdarsel blandía su símbolo con la calavera y el rosetón, y entonaba un canto profano. Alrededor del guardia herido, que estaba arrodillado contra la pared, se levantó un torbellino de energía oscura que lo hizo volver a levantarse y detuvo la hemorragia de su cráneo fracturado. ¡Maldito! Geran estaba que echaba humo. Había dejado a aquel guardia fuera de combate, y Valdarsel había utilizado su magia sacerdotal para curarle las heridas y devolverlo a la pelea. Bloqueó otro golpe del primer guardia con la espada e hizo un movimiento circular con la punta, por debajo de la de su enemigo, que terminó en un rápido tajo que describió un arco en dirección ascendente y atravesó la garganta del hombre.

—¡Cura eso si puedes! —rugió, dirigiéndose a Valdarsel mientras su guardia se desplomaba sobre las losas.

—¡Ahora serás testigo del poder del Sol Negro! —contestó el seguidor de Cyric.

Extendió la mano sobre el hombre moribundo que tenía a sus pies e inició otro cántico mientras el soldado al que acababa de curar volvía a la refriega. Geran contraatacó furiosamente a su vez para enfrentarse al asalto de éste, intentando deshacerse con rapidez de él para llegar hasta el sacerdote que tenía detrás, pero el hombre tuvo la habilidad, o la prudencia, suficiente para mantener la posición y frustrar el ataque del mago de la espada.

Geran decidió que era el momento de cambiar de táctica. Retrocedió un paso y comenzó a realizar una serie de precisos e intrincados movimientos con la espada, invocando el conjuro ofensivo más poderoso que pudo.

—¡*Nhareith syl shevaere!* —entonó, ajustando las sílabas a los vaivenes de su hoja.

Una aureola de llamas azules envolvió el acero, dejando una estela tras de sí mientras la espada describía arcos en el aire, y con el gesto final del conjuro, Geran lanzó una estocada al frente, como si pretendiera arrojar el fuego azul lejos de la espada. Una lámina de violentas llamaradas azules rugió por el pasillo y alcanzó al guardia que en ese momento se había lanzado al ataque, al guardia de la herida en la garganta, que justo se estaba levantando, e incluso a Valdarsel, que estaba detrás de sus guardaespaldas. Las sobrevestas negras y las túnicas ardieron cuando apareció una barra en forma de espada donde había hecho impacto la abrasadora lámina de fuego azul. Toda la furia del mortífero conjuro golpeó a los guardias y los consumió, pero Valdarsel estaba protegido por sus cuerpos; se tambaleó hacia atrás, doblándose a causa del corte superficial que había recibido en el torso.

—¡A mí! ¡A mí! —exclamó el sacerdote, pero ninguno de sus seguidores estaba

cerca.

En el pasillo que había detrás de Geran hubo más conjuros de batalla que hicieron estremecerse el edificio, y las llamas envolvieron los tapices de las paredes, las vigas del techo e incluso el yeso de los muros. Valdarsel miró a su alrededor sin que pudiera creérselo, y de repente, su rostro quedó desfigurado por una airada mueca de desprecio mientras cruzaba la mirada con Geran.

—¡Juro por el Príncipe Negro que vuestro sufrimiento no tendrá fin! —siseó. A continuación, se volvió y entró corriendo por la puerta tallada.

Geran corrió tras el sacerdote. La puerta se le cerró de golpe en las narices, y Valdarsel echó el pestillo; intentó abrirla y no pudo, pero había vislumbrado parte de la habitación que había al otro lado justo antes de que se cerrara. Grabó la imagen en su memoria y pensando en el conjuro de teletransportación rugió:

—¡*Sieroch!*

En un abrir y cerrar de ojos, se encontró en la habitación, una estancia profusamente decorada con tapices en oro y rojo herrumbroso que iban desde el techo hasta el suelo, sofás opulentos y una mesa de madera pulida. Valdarsel tanteaba la pared detrás de los tapices, buscando claramente una puerta oculta, pero se volvió para enfrentarse a Geran en cuanto éste apareció en la habitación.

—Defiéndete, asesino —dijo Geran con frialdad—. Te atravesaré por la espalda si no tienes el valor de enfrentarte a mí.

—Tu ira te ha llevado lejos, príncipe de Hulburg. —El sacerdote de Cyric lo miró con desprecio—. ¿Tan seguro estás de que lo que haces no sirve a los propósitos del Sol Negro, incluso ahora? ¡Quizá Cyric haya provocado en ti semejante sed de venganza para conducirte hacia tu propia destrucción! —Sujetó firmemente el amuleto con la mano izquierda y entonó las palabras de otro conjuro.

Geran avanzó de un salto para acabar con él antes de que pudiera terminar, pero Valdarsel fue más rápido con su magia. Alrededor del mago de la espada aparecieron unas cadenas fantasmagóricas que lo anclaron a la pared en pleno salto. Un débil brillo purpúreo emitía destellos en el hierro fantasmagórico que, al contacto con la piel de Geran, le infligía quemaduras mientras drenaba sus fuerzas. Geran se esforzó por avanzar, pero tan sólo pudo arrastrar los pies medio paso más antes de que las cadenas lo aprisionaran del todo.

Valdarsel dejó escapar una risa aguda.

—¿Lo ves? Tu determinación es admirable, lord Geran, pero toda esa pasión, y toda esa habilidad, no son nada frente al poder de Cyric. —El sacerdote se sacó una larga daga de la manga de la túnica y comenzó a entonar otro conjuro.

Geran consiguió liberar el brazo con el que empuñaba la espada y preparó, a su vez, un conjuro.

—*Haethellyn* —susurró, infundiéndole a la espada larga un conjuro defensivo.

Valdarsel concluyó su oscura plegaria y le arrojó una lanza de danzante fuego negro directa al corazón, pero el mago de la espada trazó un semicírculo con la espada y paró el ataque mortífero, que volvió directo hacia el sacerdote. Éste abrió los ojos de par en par, sin que pudiera creérselo, unas décimas de segundo antes de que su propio fuego negro derritiera el símbolo sagrado y atravesara la túnica, la cota de malla y la carne que había debajo. Retrocedió tambaleante, emitiendo un grito ahogado, y se desplomó, dejando una estela de humo tras de sí. Las cadenas espectrales que aprisionaban a Geran flaquearon de repente, al fallar la concentración del sacerdote. El mago de la espada arrastró un pie hacia delante y atravesó las cadenas que poco a poco se desvanecían; después hizo lo mismo con el otro. Finalmente, se liberó y avanzó hasta donde estaba el sacerdote caído.

Valdarsel lo fulminó con la mirada, mientras le salía humo y sangre por la boca. Geran lo miró fijamente a los ojos. Otra explosión sacudió el pasillo.

—Debería dejarte morir lentamente para disfrutar de cada momento —dijo—, pero no puedo perder tiempo. Esto es por mi tío, Grigor Hulmaster. ¡Bastardo de manos ensangrentadas! —y acabó con él de un solo golpe lleno de furia.

Se enderezó y se quedó mirando el cadáver de Valdarsel durante unos instantes, ligeramente sorprendido por lo poco satisfecho que se había quedado después de lo que había hecho. A pesar de que el seguidor de Cyric merecía morir, el caso era que los enemigos de Geran todavía tenían un férreo control sobre su tierra natal. No podía creer que Valdarsel hubiera ido a por el harmach Grigor sin el conocimiento y la aprobación de Maroth Marstel o Rhovann Disarnnyl. Se preguntó si aquello era todo, si tendría que acabar también con ellos para quedarse tranquilo o si quizá era sólo el principio de todo lo que debía hacer.

Oyó que se derrumbaban los bloques de piedra, y eso lo sacó de su ensimismamiento. Sarth seguía fuera, luchando, y era probable que necesitara su ayuda. Además, no podría arreglar las cosas si no cuidaba de conservar tanto su vida como su libertad para poder golpear de nuevo. Giró sobre sus talones y corrió hacia la puerta. Empuñando la espada recorrió el pestillo, y salió apresuradamente al pasillo.

Le dieron la bienvenida un fuego crepitante y una densa nube de humo. Los conjuros de Sarth, las plegarias de batalla de los seguidores de Cyric para detenerlo, habían incendiado el templo del Príncipe Agraviado. El edificio parecía no tener remedio, y era probable que se derrumbara en cualquier momento.

—¡Sarth! —lo llamó Geran—. ¡Es hora de irse!

Al principio no obtuvo respuesta, y Geran temió que Sarth ya se hubiera ido... o que hubiera caído mientras luchaba contra los seguidores de Cyric. Pero entonces el hechicero tiflin salió tambaleándose de la nube de humo, tosiendo a través del pañuelo con el que se cubría la boca. Le salía sangre de un feo corte que tenía por encima de la rodilla, y su espléndida túnica estaba llena de quemaduras, como si lo

hubiera pillado una lluvia de chispas. Pero su mirada brillaba con la ira infernal que era capaz de liberar cuando se enfadaba o estaba herido, y Geran pudo ver a media docena de sacerdotes amontonados en el suelo, detrás de él.

—¿Ya está hecho? —preguntó Sarth a través del pañuelo.

—Valdarsel está muerto —respondió Geran—. Ven, será mejor que salgamos de aquí.

El mago de la espada comenzó a avanzar hacia la puerta trasera, pero se dio cuenta de que una sección importante de las vigas del tejado se había derrumbado, por lo que era imposible pasar.

—¡Me temo que no podremos salir por ahí! —Sarth meneó la cabeza y lo cogió por el brazo, tirando de él en dirección al edificio central del templo—. Tendremos que alcanzar la puerta principal.

Geran hizo una mueca, pero asintió con la cabeza. Se apresuraron a recorrer juntos la antecámara para entrar en el templo lleno de humo que había más allá. En el interior había una estatua enorme del dios Cyric, sentado en su gran trono con una espada desenvainada sobre el regazo. Las paredes estaban llenas de bajorrelieves que representaban escenas de su vida mortal, en las que se contaba la historia de su predestinado nacimiento y la prueba que había tenido que pasar para acceder a la divinidad. Geran apenas les dedicó una mirada mientras atravesaban corriendo la puerta para salir a las frías y nevadas calles, donde se había congregado una multitud de curiosos (la mayoría extranjeros y Puños Cenicientos, ya que el templo no estaba lejos de las Escorias y además casi todos los seguidores de Valdarsel lo eran) para observar cómo se quemaba el lugar. Tras ellos había media docena de los ingenios con yelmo que había visto antes, observando en silencio a la multitud mientras las llamas se reflejaban en las viseras ciegas.

—¡Ahí están! —exclamó un acólito de túnica negra, que presentaba un aspecto un tanto chamuscado, mientras señalaba a Geran y Sarth con un dedo acusador—. ¡Ahí están los profanadores! ¡Cogedlos!

—¡Por los Nueve Infiernos! —masculló Geran—. Ésta es la razón por la que esperaba poder usar la puerta trasera cuando termináramos.

La pequeña multitud comenzó a avanzar, al principio vacilante, y después entre murmullos airados. Geran pensó en mantener la posición y darles a los Puños Cenicientos una segunda lección que se complementara con la destrucción del templo; pero entonces su mirada recayó sobre los imponentes guerreros marcados con runas, con aquellos yelmos ciegos. Las criaturas fijaron su mirada inexpresiva sobre los dos compañeros y se pusieron en movimiento, avanzando directamente hacia ellos a grandes zancadas, con una velocidad que Geran jamás hubiera esperado de aquellas figuras. Dudó un instante más antes de mirar a Sarth.

—Creo que será mejor que nos vayamos.

—Estoy de acuerdo —dijo el tiflin.

Sarth avanzó un paso y rodeó el torso de Geran con los brazos. A continuación, lanzó un conjuro de vuelo en voz baja y ascendió, llevándose al mago de la espada hacia el cielo nocturno, iluminado por las llamas.

OCHO

21 de Martillo, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Geran veía pasar los tejados bajo sus pies a toda velocidad mientras Sarth lo llevaba lejos del templo del Príncipe Agraviado. A sus espaldas, las llamas se elevaban hacia el cielo nocturno, consumiendo el tejado del edificio, y el ruido del fuego (un rugido monótono e informe, entremezclado con los constantes estallidos y el crepitar de los combustibles que se incendiaban en el interior) lo invadió todo. Miró hacia abajo justo en el momento en que Sarth conseguía evitar a duras penas una chimenea, e hizo una mueca, temiendo caer al vacío. La última vez que lo habían llevado por los aires de aquella manera, había luchado por su vida contra una gárgola. Pero Sarth consiguió mantenerlos a ambos en el aire, apretando los dientes por el esfuerzo que le suponía llevar a Geran. En pocos segundos, el tiflin volvió a tocar suelo, a dos manzanas del templo, y soltó al mago de la espada.

—Es... mucho más difícil... que utilizar el conjuro sólo para mí —jadeó Sarth. Se inclinó, apoyando las manos en las rodillas—. Disculpa... por no haberte pedido... permiso antes de... llevarte por los aires.

—No te preocupes por eso —respondió Geran—. Una multitud estaba a punto de atacarnos; apruebo tu decisión.

—¿Seguimos adelante... con lo planeado?

—Eso creo, y cuanto antes mejor. No esperaba que tantos Puños Cenicientos fueran a responder a nuestro ataque al templo. Claro está que no había esperado tener que quemar el lugar hasta los cimientos.

Geran y Sarth habían decidido que sería más conveniente marcharse a Thentia lo antes posible después de ocuparse de Valdarsel. Aunque Geran deseaba empezar a conspirar contra Rhovann, temía que si se quedaba en Hulburg, los hombres de Marstel pudieran poner la ciudad patas arriba con tal de encontrarlo; si permitía que la noticia de su marcha a Thentia se extendiera por todas partes, los soldados del usurpador no perderían el tiempo intentando sacarlo de su escondite.

—Querías enviarles un mensaje contundente a tus enemigos. La destrucción del templo desde luego contribuye a ello. —Sarth volvió a respirar hondo y se enderezó—. Tú primero.

—Nuestras monturas esperan.

El mago de la espada miró a su alrededor para orientarse; estaban en el pequeño callejón que había entre la calle Mayor y la calle del Tablón, no muy lejos del almacén de Erstenwold. Comenzó a andar con paso ligero, tras haber echado un ligero vistazo calle arriba y calle abajo, pensando que parecerían menos sospechosos

si se encontraban con algún puesto de vigilancia. Geran había preparado la huida comprando dos caballos el día anterior y metiéndolos en un viejo almacén abandonado, cerca de la intersección entre la calle del Mercado y el camino de Keldon, con sus correspondientes arreos, arneses y provisiones. Con suerte, en un cuarto de hora ya habrían montado y estarían de camino, mucho antes de que se pudiera organizar una persecución. Por supuesto, los soldados de Marstel esperarían que huyeran en dirección oeste por los caminos, pero Geran confiaba en perder a sus perseguidores en los páramos.

Torcieron hacia el oeste en la calle del Carro; Geran echó un vistazo hacia atrás, en la dirección donde se podía ver la brillante humareda anaranjada que se elevaba desde el templo en llamas, por encima de los tejados. Varias figuras oscuras se arremolinaban a unos doscientos metros calle abajo. No podía saberlo a ciencia cierta a aquella distancia, pero parecía como si varios grupos se estuvieran preparando para peinar las calles en su busca. Apresuró el paso, dirigiéndose hacia la calle del Pez, para tomar un atajo hacia el lugar donde esperaban las monturas y mantenerse fuera de su vista.

Se oyó un ruido metálico sordo que provenía de la dirección opuesta, y cuatro de los guerreros grises doblaron de repente la esquina en una carrera silenciosa; sus manazas asían firmemente las alabardas. Geran y Sarth se quedaron helados; habían estado vigilando la retaguardia por si los perseguían, pero no esperaban a nadie por delante. Durante un instante, Geran tuvo la esperanza de que las criaturas simplemente acudieran a toda prisa al escenario de la lucha, pero los monstruos grises cambiaron de rumbo en el preciso momento en que vieron a los dos fugitivos y bajaron las alabardas para cargar.

—¡A por ellos! —le dijo el mago de la espada a su amigo—. ¡No podemos permitir que nos sigan hasta los caballos!

Geran desenvainó y avanzó a la carrera para enfrentarse al primero de los guardias. La criatura echó hacia atrás sus gruesos brazos y lo embistió con la alabarda; le lanzó una potente pero torpe estocada con la que podría haber atravesado un muro, pero Geran sencillamente se hizo a un lado. En un único y fluido movimiento, rodó a lo largo del mango del arma, se agachó y le clavó a aquella cosa la espada, con la punta hacia arriba, bajo las costillas del costado derecho. Casi cuarenta centímetros de acero desaparecieron en su carne grisácea. Sacó la espada y se apartó con un giro rápido, buscando al siguiente enemigo..., pero la corpulenta criatura a la que acababa de atravesar apoyó el peso sobre el pie que tenía más adelantado y, realizó un potente barrido con la alabarda; Geran sólo lo evitó dejándose caer hacia atrás, con lo que quedó sentado en el suelo. Se puso en pie con dificultad, se agachó hacia la izquierda y embistió para atravesar la zona inferior del torso, justo por debajo de la armadura que protegía la parte central del cuerpo. La

espada de acero atravesó la carne de la criatura con un ruido sordo, como si hubiera atravesado un bloque de arcilla húmeda; al mover la hoja, dejó un enorme corte de bordes finos, pero sólo salieron unas cuantas gotas de icor de una herida que hubiera destripado a cualquier enemigo mortal. La criatura alzó la alabarda para golpear de nuevo y, esa vez, Geran se vio obligado a gatear para alejarse de aquel ataque al mismo tiempo que otro guardián trataba de ensartarlo desde un lateral.

—¡No sangran! —exclamó, frustrado—. ¡Es como abrir tajos en el barro!

Sarth abrasó a uno de los monstruos con un fuerte chorro de fuego. La carne arcillosa se endureció con el calor y después fue haciéndose pedazos a medida que el ingenio avanzaba y le lanzaba golpes con la alabarda. El hechicero se agachó y retrocedió. La criatura no les prestó atención los enormes trozos de su cuerpo que se deshacían y caían sobre los adoquines cubiertos de nieve, sino que siguió atacando a Sarth.

—Tampoco es que ardan demasiado bien —rugió el tiflin—. De hecho, parece difícil hacerles daño.

Geran decidió que no tenían tiempo para cortar en pedazos a aquellas cosas o para cocerlas hasta que quedaran inmóviles. No podían permitirse demorarse mucho en su huida. Intercambió una rápida mirada con Sarth y dijo:

—¡Corre! ¡Los perderemos en los callejones!

Apartándose de un salto de los lentos guardias, Geran corrió por la calle del Pez en dirección al primer callejón que vio y se metió a toda velocidad. Sarth lo siguió un paso por detrás. Continuó corriendo en cabeza mientras iban de un patio a otro, saltando vallas y girando a toda velocidad hacia un lado u otro siempre que podían. Rápidamente dejaron atrás a los enormes guardias grises; las criaturas eran lo bastante rápidas en las rectas, pero no les iba tan bien en los giros ni en los lugares estrechos. Geran se dirigió hacia el norte y después hacia el oeste, en dirección al almacén donde había dejado las monturas, y después de unos doscientos metros salieron al camino de Keldon, frente a las torres de piedra verde pulida, que eran conocidas como las Agujas. Hizo una pausa, respirando con dificultad, para inspeccionar las calles por si los perseguían.

Sarth se paró junto a él, jadeando. Entonces, el tiflin rugió y profirió una maldición en una lengua áspera que Geran no conocía.

—¡Vienen dos más por la derecha!

—Maldita sea mi suerte —dijo Geran.

El mago de la espada miró en la misma dirección que Sarth, y vio a las enormes criaturas corriendo hacia ellos. Por desgracia, aquélla era la dirección en la que estaban escondidas las monturas; aquellos dos podrían haber estado apostados al pie del Puente Quemado, o quizá cerca de las puertas de Daggard. Examinó el lado izquierdo, buscando algún lugar en el que esconderse de los guardias que se

acercaban, pero en vez de eso descubrió a otros dos que venían corriendo de aquella dirección. Y en ese momento, oyó también el repiqueteo de las criaturas con las que habían peleado, que se acercaban desde los callejones que tenían detrás. Se dio cuenta, sintiéndose repentinamente mareado, de que eso no era mala suerte, sino coordinación.

—Sabes dónde estamos —le dijo a Sarth—. ¿Tienen algún modo de seguirnos!

—Y de comunicárselo unos a otros sin necesidad de hablar —respondió Sarth—. Un encantamiento sutil y poderoso, además de muy útil.

—Realmente útil —murmuró Geran—. Así pues, ¿cómo escapamos de ellos?

—Eso se ha convertido en un problema.

Geran le dedicó a Sarth una mirada funesta.

—Vamos, tenemos que dejarlos atrás. Quizá si les sacamos más ventaja podremos dar un rodeo para volver a por nuestros caballos.

Pasaron corriendo junto a uno o dos edificios más y volvieron a los callejones que estaban al este del camino de Keldon, atravesando a gatas algunas de las calles y de los patios pertenecientes a las casas y las tiendas de los distritos occidentales de Hulburg. Aquella parte de la ciudad no tenía demasiados habitantes, y algunos de los escombros de la vieja ciudad que una vez se había levantado en aquel lugar formaban montones entre los edificios que habían crecido durante las últimas décadas. De vez en cuando, Geran y Sarth se deslizaban y se abrían paso con dificultad a través de montículos de piedras llenos de vegetación mientras intentaban alejarse de los guardianes con yelmo. Esa vez, Geran siguió recto y se dirigió hacia el este hasta el Puente Medio y después giró hacia el sur para cortar por el centro de la ciudad y dirigirse a los muelles, evitando las calles principales; ahora ya no tenían que preocuparse sólo de los ingenios, sino también de las bandas armadas de Puños Cenicientos que rondaban por las calles. Finalmente, se detuvieron cerca del mercado de Jannarsk para inspeccionar las calles colindantes en busca de señales de los guardias grises.

—Creo que los hemos perdido —dijo Geran mientras recuperaban el aliento.

—Quizá —dijo Sarth. El tiflin alzó la vista hacia el cielo—. No falta mucho para que amanezca. Vamos a perder la ocasión de llegar hasta nuestras monturas esta noche.

Geran asintió, mostrándose de acuerdo. Levantó la vista para calcular la hora que era por el color del cielo, y alcanzó a ver brevemente una forma pequeña con alas de murciélago en el hueco que había entre dos edificios. Frunció el entrecejo y desvió la mirada, pero recordó el punto exacto.

—Sarth: ¿ves algo en el tejado de la contaduría que queda a mi derecha? ¿Algo como un murciélago grande? Intenta no mirarlo directamente.

El tiflin giró un poco la cabeza y miró con disimulo.

—Hay algo ahí... —dijo en voz baja—. ¡Ah, un homúnculo! Nos está observando. Eso explicaría por qué nos han seguido tan fácilmente, aunque todavía me pregunto cómo los guardias grises saben lo que está viendo.

—Debe de ser cosa de Rhovann. Es un experto en criaturas alquímicas.

—Sus cuerpos fueron hechos con alquimia, sí, pero la fuerza que los mantiene vivos es otra cosa. Aquí funciona una magia que desconozco.

Geran frunció el entrecejo. Tenía algunos conocimientos de tradiciones arcanas, por supuesto, pero su formación mágica era bastante escasa. Cuando tuvieran más tiempo, debería interrogar a Sarth detenidamente acerca de lo que había observado sobre la magia de Rhovann. Mientras tanto, tenían asuntos más urgentes que atender.

—¿Puedes destruirlo? —preguntó.

—Por supuesto.

El tiflin sujetó el cetro de manera que la pequeña criatura que los observaba desde el tejado no pudiera ver el arma mágica. A continuación, se volvió y pronunció las palabras de un poderoso conjuro. Salió disparado un rayo brillante que dio de lleno a la criatura; ésta dejó escapar un graznido de sorpresa antes de explotar y quedar reducida a una masa de arcilla húmeda y un icor de color oscuro.

Geran le dio unas palmaditas en el hombro al tiflin.

—Ese pequeño espía ya no volverá a molestarnos. Ahora, mientras nadie nos observa, creo que es el momento de separarnos. Nuestros enemigos nos están buscando a los dos juntos y..., perdóname por el atrevimiento, pero... tú destacas mucho más que yo. Si emprendes el vuelo sin intentar llevarme a cuestas, dudo mucho que puedan cogerte. Dirígete a Thentia lo más rápidamente que puedas, y ocúpate de informar a Kara de todo lo que hemos averiguado acerca de los guardias de Rhovann. Mucho me temo que serán unos obstáculos formidables en nuestro plan para liberar la ciudad.

Sarth hizo una mueca de disgusto, pero asintió. El tiflin era bastante pragmático cuando la ocasión lo requería.

—Muy bien. ¿Qué harás tú?

—Voy a intentar nuevamente ir a por las monturas. —Agarró a Sarth por el brazo, a la manera del saludo guerrero—. Ahora, márchate. Te veré en Thentia.

—Ten cuidado, Geran —dijo Sarth.

El tiflin miró a su alrededor y sus ojos emitieron un brillo rojizo en la oscuridad. Murmuró las palabras del conjuro de vuelo y en pocos segundos salió disparado en dirección al cielo, giró hacia el oeste y desapareció a la velocidad del rayo.

Geran oyó un alboroto a sus espaldas. Se asomó desde la esquina de un edificio y vio a una banda de Puños Cenicientos que iban hacia él. Se volvió rápidamente y corrió en dirección opuesta, haciendo lo posible por permanecer bajo los aleros de los tejados y los toldos, por si acaso alguno de los homúnculos de Rhovann andaba

rondando por allí. Entró a toda prisa en el callejón más cercano y se dirigió hacia el oeste, hacia la plaza que estaba junto al enorme edificio del Consejo Mercantil. Se detuvo entre una taberna y una panadería, en la calle del Carro, a un tiro de piedra del Consejo Mercantil, y se atrevió a echar un cauto vistazo calle arriba y calle abajo.

A su derecha, un par de guardias con yelmo estaban inspeccionando el área tras sus viseras ciegas, cerca del centro de la pequeña plaza. A su izquierda, otro grupo de Puños Cenicientos con lámparas subía a toda prisa desde los muelles. Profirió una maldición en voz baja y volvió a ocultarse, esperando a que pasaran los mercenarios extranjeros.

—Al menos las criaturas grises no han venido a por mí esta vez —murmuró para sí mismo. Quizá Sarth se las había arreglado para cegar a sus perseguidores durante un tiempo al destruir a la criatura alada.

Dentro de la panadería, pudo oír el repiqueteo de la leña y las sartenes mientras el panadero y sus ayudantes comenzaban a calentar los hornos. El amanecer estaba cerca, y no quería que lo pillara moviéndose sigilosamente por Hulburg. A plena luz del día, podría confundirse entre la multitud, pero no estaba del todo seguro de si podría evitar a los monstruos de Rhovann indefinidamente. ¿Qué era lo que había dicho el enano el día anterior? ¿Las criaturas notaban la presencia de aquellos a los que buscaba Rhovann? Si había la más mínima posibilidad de que eso fuera cierto, podría encontrarse en el centro de una red que se fuera cerrando rápidamente aunque consiguiera dejar atrás a los guardias con yelmo que se encontrara.

Los Puños Cenicientos pasaron junto a su escondite lanzando apenas una mirada superficial al callejón que había entre los edificios. Se dio cuenta de que estaban preparándose para cerrar la ciudad. Miró a la izquierda, hacia la bahía, donde estaba el complejo amurallado de la Casa Sokol. Por el momento, el camino estaba despejado.

A lo lejos oyó el traqueteo y los gritos de una patrulla de la Guardia del Consejo entrando en la zona en la que acababa de estar.

—Puños Cenicientos, los ingenios de Rhovann, y ahora los hombres del falso harmach —murmuró.

Cada vez parecía menos posible escapar de Hulburg, ya fuera con o sin montura y provisiones. Necesitaba un lugar en el que esconderse durante el día. No podía ir a Erstenwold; probablemente, los hombres de Marstel lo buscarían allí. Tal vez fuera útil la tienda del hojalatero, pero podrían verlo cuando intentara escabullirse de todos los que lo estaban buscando. Necesitaba algún lugar cercano... Volvió a mirar hacia el complejo Sokol, al final del camino de Keldon. Estaba cerca, y como Casa con representación en el Consejo Mercantil, disfrutaba de protección contra la autoridad del harmach. Además, estaba convenientemente situado en la parte occidental de la ciudad, lo cual le facilitaría la huida cuando volviera a intentarlo. La cuestión era si

podía confiarle su vida a Nimessa Sokol.

No lo había traicionado cuando se había introducido a hurtadillas en Hulburg hacía varias semanas, pero había bastante diferencia entre cerrar los ojos a sus idas y venidas, y refugiarlo de los soldados del harmach después de un ataque a cara descubierta al templo de Cyric.

Antes de que pudiera pensárselo mejor, atravesó la calle a la carrera y fue a toda prisa hacia el complejo Sokol por el camino de Keldon. Tuvo cuidado de no entrar en el campo de visión de la puerta principal, que seguramente estaría custodiada por hombres de armas de los Sokol; cuanta menos gente supiera dónde estaba, mejor para todos. En su lugar, se dirigió a la calle que iba por detrás del patio amurallado, se concentró en la parte superior de la muralla y usó su conjuro de teletransportación para llegar hasta allí. Se dejó caer al interior rápidamente, se dirigió hacia la acogedora casa de Nimessa y llamó suavemente a la puerta.

Al principio no hubo respuesta, y Geran comenzó a preguntarse si Nimessa no habría vuelto a Phlan antes de las grandes heladas. Pero entonces oyó unos pasos que se aproximaban a la puerta. Un instante más tarde, un ayuda de cámara con el pelo entrecano abrió una pequeña mirilla para observarlo. Miró a Geran y frunció el ceño.

—¿Quién eres? —dijo, susurrando con voz áspera—. ¿Qué te trae a este lugar?

Geran no tenía intención de desvelar su identidad a menos que fuera absolutamente necesario.

—Tengo un mensaje urgente para lady Nimessa —dijo—. ¿Podrías despertarla, por favor?

—¿Tienes idea de la hora que es? —preguntó el ayuda de cámara.

—Sé que aún no han dado las cuatro después de medianoche, pero, créeme, querrá oír lo que tengo que decirle.

El anciano lo miró, ceñudo.

—Tendrás que ser más comunicativo, joven señor. No estoy dispuesto a permitirle la entrada a un extraño a la casa de mi señora en medio de la noche, especialmente si se niega a decirme su nombre. ¡Ahora márchate antes de que llame a nuestros guardias!

Geran frunció el entrecejo mientras pensaba qué podía decirle al sirviente para convencerlo de que despertara a la señora de la casa. Pero oyó un leve susurro detrás del hombre.

—¿Quién está en la puerta, Barrad? —dijo Nimessa desde el interior.

El ayuda de cámara fulminó a Geran con la mirada y apartó la vista para contestar.

—Un hombre de armas que dice tener un mensaje para ti, mi señora —respondió—. No es uno de los nuestros y se ha negado a identificarse. Estaba a punto de decirle que volviera por la mañana.

—Puedes déjalo entrar —contestó—. A fin de cuentas, ya me han despertado dos veces esta noche.

Geran oyó unos pasos ligeros en el interior, una breve conversación entre murmullos, y a continuación el ayuda de cámara Barrad abrió la puerta y lo invitó a pasar con un gesto. Entró y se encontró en un acogedor vestíbulo decorado con suntuosos paneles de madera; había una sala de estar a la derecha, y un comedor a la izquierda. Nimessa Sokol estaba en la escalera que conducía al piso superior, vestida con un camisón y envuelta en una manta para resguardarse del frío invernal. Llevaba la rubia melena suelta, y lo miró, ligeramente curiosa, con aquellos ojos de color azul verdoso. Se dio cuenta de que tenía una mano metida bajo la manga del brazo contrario. Entre sus dedos percibió el brillo de la madera oscura; tenía una varita lista por si resultaba ser menos inofensivo de lo que decía.

Se echó atrás la capucha y alzó la vista, para mirarla a los ojos.

—Lamento haberte despertado, Nimessa, pero me temo que necesito tu ayuda —dijo.

Ella lo miró más de cerca, y abrió los ojos como platos al reconocerlo.

—Me lo puedo imaginar —contestó. Volvió a meterse la varita en la manga y bajó corriendo los últimos escalones—. ¿Estás herido? ¿Te has visto envuelto en los problemas que están sucediendo en la ciudad esta noche?

Geran bajó la vista para mirarse. Se dio cuenta de que estaba magullado y sangraba por varios sitios, donde las púas de las cadenas espectrales de Valdarsel se habían enganchado. Le dolía el hombro y la espalda en el lugar en el que la espada curva del guardia lo había enganchado. Entonces comprendió que tenía el aspecto de un rufián que acabase de salir de un motín. No le extrañaba no haber causado muy buena impresión al ayuda de cámara.

—Unos cuantos arañazos —dijo—. Por lo demás, estoy bien. —Desvió la mirada hacia Barrad brevemente antes de decir nada más.

Nimessa cogió la indirecta. Miró a su sirviente y dijo:

—Barrad, puedes volver a la cama; estaré bien.

—Como queráis, mi señora —contestó Barrad.

El ayuda de cámara miró a Geran con desconfianza, pero hizo una reverencia y se retiró.

Nimessa esperó a que el anciano sirviente se marchara antes de volverse hacia Geran, con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con urgencia—. ¡Deberías estar bien lejos de Hulburg!

—Los seguidores de Cyric atacaron a mi familia en Thentia —respondió—. Tenía que ajustar cuentas con Valdarsel.

—Nos enteramos de eso, por supuesto, pero no me puedo creer que te hayas

atrevido a venir a Hulburg solo. Debes de estar loco. —Se acercó para inspeccionar los cortes y la ropa hecha jirones, y su gesto expresó preocupación—. Esto no es un arañazo. Iré a por vendas.

—No es nada —dijo Geran, pero hizo una mueca de dolor cuando ella le hurgó en un corte profundo que tenía en el dorso de la mano izquierda.

Nimessa enarcó una ceja y fue corriendo a lo que él adivinó que sería la cocina. Oyó el crujir de los armarios al abrirse y cerrarse. Poco después, volvió con un barreño de agua caliente y un rollo de vendas de lino.

—¿Tienes algo que ver con el incendio del templo del Príncipe Agraviado, entonces? —preguntó—. Mis hombres me despertaron hará una hora para contarme que el lugar se estaba quemando hasta los cimientos. —Lo cogió por el brazo y lo llevó a la sala de estar adyacente.

Hizo un gesto de asentimiento.

—No tenía intención de quemar el lugar, pero no lamento su destrucción.

—¡Por Selune!, ¿qué has hecho? Han puesto media ciudad patas arriba para encontrar a los que quemaron el templo. —Lo llevó hasta un diván y se sentó junto a él, sumergiendo una venda limpia en el agua para limpiarle las heridas—. ¿Valdarsel estaba allí? ¿Qué ha ocurrido?

—Valdarsel está muerto —dijo—. Algunos de sus guardias y acólitos también, supongo.

—¿Has matado al alto prelado? —preguntó, asombrada.

Nimessa frunció el entrecejo y apartó la vista, pensando rápidamente en las consecuencias de esas acciones. Después de un instante, dejó escapar un suspiro y lo cogió de las manos.

—Debes huir de Hulburg inmediatamente, Geran. Es demasiado peligroso que te quedes aquí más allá de esta noche.

—Ésa era mi intención. Por desgracia, no había contado con la capacidad de los guardias grises de Rhovann ni con lo alerta que estaban sus espías. No he podido alcanzar el lugar donde había guardado mi caballo para huir a Thentia. De hecho, ahora mismo no me es posible salir a pie. —Se obligó a mirarla a los ojos, que le brillaban debido a la preocupación que sentía por él—. Escucha, Nimessa..., sé que esto te pone en una situación difícil, pero necesito un lugar seguro en el que permanecer oculto un día o dos antes de intentar volver a ponerme en marcha. Lo entenderé si no puedes dejar que me quede. Pero si ése es el caso, debo partir inmediatamente.

—¿Te ha visto alguien entrar aquí? —preguntó.

—Sólo tu ayuda de cámara. Estoy bastante seguro de ello.

—Barrad es de confianza; sabrá guardar el secreto. Aun así, sería prudente que te mantuvieras oculto. La mayoría de mis hombres son leales, pero preferiría no correr

el riesgo de que alguien vaya con el cuento a la Guardia del Consejo esperando una recompensa, o simplemente de que diga algo que no debería en la ciudad. —Le puso un vendaje en la mano y pasó a ocuparse de otro rasguño que tenía en la rodilla derecha.

—Lo único que necesito es una plataforma de madera en un rincón oscuro de tu casa —dijo.

Geran cambió de lado y estiró la pierna para que Nimessa pudiera alcanzar la pequeña herida más fácilmente. No se había dado cuenta de lo cansado que estaba; estaba bien poder sentarse un rato, e incluso mejor observar cómo trabajaban las hábiles manos de Nimessa, aunque había momentos en que dolía bastante.

—Esperaré durante el día y veré si las cosas han mejorado por la noche.

Ella sonrió.

—Me temo que no será algo tan heroico como un montón de paja y un mendrugo de pan mientras permaneces escondido en una buhardilla o en un sótano. Tengo una habitación de invitados en la que te puedes quedar todo el tiempo que necesites. Hago algunos negocios en casa, pero nadie sube arriba, salvo Barrad, la criada y yo, y la criada no vendrá hasta dentro de uno o dos días. Mientras no hagas ruido, nadie sabrá que estás aquí.

—¿Estás segura de todo esto?

—Ya he elegido el bando, Geran —dijo—. Marstel es la marioneta del mago, y no confío en Rhovann en absoluto. Puede ser que tenga que ocultar mis simpatías por ahora, pero si la Casa Sokol puede ayudarte a recuperar tu reino, lo hará. No he olvidado que arriesgaste tu vida para rescatarme de Kamothe Kastelmar, o que acabaste con los piratas que habían asesinado a los míos y habían robado nuestros barcos. —Se levantó, esbelta y elegante con su fino camión, y tiró de él para que se pusiera en pie—. Ven, te enseñaré dónde puedes asearte y dormir. También podrás descansar si lo que planeas es partir al anochecer.

Cogió una pequeña lámpara que había sobre la chimenea y lo condujo al piso superior de la casa. Él la siguió, con el cinto de la espada echado al hombro. El segundo piso era igual de bonito que el primero; tenía un pasillo ancho decorado con media docena de magníficos cuadros. La casa de Nimessa no era exactamente un palacio ni una gran mansión, pero era una residencia acogedora para la cabeza de la Casa Sokol en Hulburg. Geran pensó que los nobles comerciantes del Mar de la Luna cuidaban de los suyos.

Nimessa abrió una puerta al final del pasillo que daba paso a una pequeña habitación con una enorme cama con dosel. Fue a correr las cortinas y comprobó rápidamente que la ropa de cama estuviera bien.

—Han pasado un par de meses desde que alguien utilizó esta habitación por última vez —le explicó—. Espero que no te importe que huelga un poco a cerrado.

—Es mucho mejor que un pajar o una buhardilla, que es donde pensaba que pasaría el día. —Dejó el cinto con la espada sobre una silla que había junto al hogar, se quitó la capa y se volvió a mirarla—. Nimessa..., gracias.

—No recuerdo haberte dado las gracias debidamente por salvarme de los piratas de la Luna Negra —dijo ella, sonriendo.

Se inclinó para rozar sus labios perfectos con los de él; la deliciosa sensación lo hizo estremecerse de pies a cabeza antes de que se apartara.

—¿Cómo hacer menos por mi valiente salvador?

Se dirigió hacia la puerta, después de dejar la lámpara sobre un arcón, y se detuvo para sonreírle por encima del hombro. Pero entonces, mientras abría la puerta para salir, Geran se encontró yendo tras ella de modo inconsciente; sencillamente sus piernas lo llevaron hasta Nimessa. Le rodeó la cintura con los brazos y hundió el rostro en sus suaves cabellos dorados a la altura de la nuca, atrayéndola hacia sí. Ella dejó escapar un grito ahogado y comenzó a decir algo, pero él le levantó la barbilla, acercándola a su rostro, y posó los labios sobre los suyos. Ella dudó, temblorosa, pero después respondió; su cálido aliento entró en la boca de él mientras se fundían el uno con el otro.

Geran recordó que hacía tiempo también había besado a Mirya de aquella manera. Durante un breve instante él también dudó, sorprendido por la manera en que habían vueltos aquellos recuerdos cuando Nimessa suspiró entre sus brazos. Se dijo que aquello había quedado muy atrás. Hacía diez años, Mirya había sido su primer amor, pero él había querido algo más de la vida que los estrechos límites de una pequeña ciudad junto a un bosque y el amor de una muchacha cuyo único sueño era vivir la vida en el lugar donde había nacido. La parte racional de su mente sabía que Mirya jamás podría volver a amarlo de aquella manera, no después de haberla abandonado. Fuera lo que fuese lo que su corazón esperaba ahora, no era justo para Mirya —ni para él— imaginar que ella podría volver a sentir lo mismo que entonces. Y si eso era cierto, ¿qué sentido tenía seguir reservándose para ella?

Nimessa lo miró, adivinando sus dudas. Él extendió el brazo deliberadamente para cerrar la puerta y volvió a besarla. Cerró los ojos y expulsó al fantasma de Mirya de sus recuerdos, dejándose llevar por el momento.

NUEVE

21 de Martillo, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

No había quedado mucho del templo de Cyric. Los gruesos bloques de piedra que formaban las murallas exteriores permanecían intactos tras el incendio, aunque algo ennegrecidos y chamuscados, pero aquello era tan sólo una carcasa. Las vigas de madera que sostenían el tejado del edificio habían cedido, dejando un montón de escombros humeantes en el interior del templo. Unos cuantos acólitos vestidos de negro supervisaban varias bandas de Puños Cenicientos leales mientras éstos se movían entre las cenizas y los escombros, en busca de cualquier cosa que se pudiera recuperar de toda aquella destrucción.

—Y así desapareció el templo del Príncipe Agraviado —murmuró Rhovann para sí mismo, divertido por lo irónico que resultaba.

Los seguidores de Cyric afirmaban que la imagen de su dios había sido distorsionada por los demás cultos, y que lo trataban con una absoluta falta de respeto (un mártir divino que sufría los celos y el resentimiento del resto de los dioses). Siempre le había dado la impresión de que los seguidores de Cyric eran demasiado rápidos alegando insultos e injusticias de aquellos que no se habían mostrado dispuestos a ceder a sus pretensiones; su credo, tal como estaba planteado, facilitaba la racionalización de cualquier revés u obstáculo como actos de un mundo hostil y mezquino decidido a negarles lo que les correspondía. Pero allí estaba él, entre las cenizas de la casa de Cyric, y debía admitir que los seguidores del Sol Negro por una vez habían sufrido un agravio que exigía reparación.

El capitán Edelmark salió por una arcada ennegrecida, con manchas de hollín en su magnífica capa. El soldado no le prestó atención. Edelmark era un mulmasterita de unos treinta y cinco años, no muy alto, y con las facciones corrientes y los toscos modales de cualquier conductor o leñador. Era un mercenario curtido que había luchado para cada una de las ciudades del Mar de la Luna en algún momento de su larga carrera.

—¿Lord Rhovann? —dijo—. Creo que lo hemos encontrado.

—Muy bien —respondió Rhovann, aunque no había nada que estuviera bien en toda aquella catástrofe.

El alto elfo de la luna se ajustó distraídamente la capucha de la capa con la mano de plata, protegiendo su rostro de delicadas facciones de la fría aguanieve que caía del cielo. Se dio cuenta de que sus botas de fino ante gris estaban casi negras por culpa de las cenizas mojadas, y suspiró. Su ropa olería a fuego durante semanas, sin importar cuántas veces se la lavara.

—Vamos, Bastion —dijo, haciéndole señas al golem que esperaba en silencio junto a él.

El mago siguió al comandante de la Guardia del Consejo hasta las ruinas, arrugando la nariz ante el penetrante olor a humo que flotaba por todas partes. El corpulento golem, vestido con un enorme jubón marrón y una capucha, caminaba pesadamente tras él, removiendo los escombros bajo el peso de sus pisadas.

Algunas de las paredes interiores seguían en pie, mientras que otras se habían derrumbado. Edelmark lo condujo a través de la puerta que antes separaba la parte del templo abierta al público de los dormitorios de los sacerdotes, y por un pasillo corto (allí había dos cadáveres, guardias con cotas de malla ennegrecidas y arneses chamuscados), hacia lo que parecía haber sido un enorme dormitorio. Rhovann jamás había puesto el pie en aquel lugar, así que no tenía ni idea de si había sido la habitación de Valdarsel, un despacho, un templo secreto o un burdel para los iniciados privilegiados. Aun así, había varios guardias del Consejo y varios sacerdotes menores alrededor de un montón de bloques de piedra cerca del centro de la habitación. Bajo los escombros, sobresalía un brazo ennegrecido y esquelético, cuya mano sujetaba con fuerza un medallón deslustrado.

Rhovann se inclinó, acercándose, y reconoció el diseño de la calavera y el rosetón del símbolo sagrado de Valdarsel, pero no había ninguna otra manera de estar seguro.

—Apartaos —les advirtió a los que tenía más cerca—. Bastion, quita esas vigas de ahí y descubre el cuerpo; con cuidado, por favor.

El golem avanzó un paso y cogió una viga de unos veinte centímetros cuadrados que debía de pesar casi doscientos kilos. Sin hacer ni un solo ruido, levantó la viga caída, se volvió, y la arrojó al otro extremo de la habitación, donde levantó una gran nube de cenizas en medio de un terrible estruendo. Bastion dio un paso, eligió otra viga e hizo lo mismo. A continuación, el golem se inclinó para coger un gran trozo de tejado quemado, retrocedió un paso y lo arrojó a un lado. Rhovann notó cómo los humanos que lo rodeaban se encogían ante el poder puramente físico de su sirviente carente de vida, pero no le prestó atención; sabía exactamente de lo que era capaz Bastion, y ya no se sorprendía ante semejantes demostraciones.

Bajo el trozo de tejado, apareció el resto del cuerpo; estaba quemado y aplastado, pero no incinerado, que era lo que Rhovann se temía. Todavía se distinguía la túnica característica de Valdarsel, aunque el rostro era irreconocible. Aun así, estaba lo bastante intacto para lo que pretendía. Hizo una seña a los guardias y los sacerdotes menores que estaban por allí y dijo:

—Dejadme. No deseo que me molesten durante el próximo cuarto de hora. Edelmark, tú puedes quedarte.

Los demás se retiraron.

—Tu bolsa, Bastion —dijo Rhovann.

El golem se descolgó una enorme bolsa de cuero del hombro y la puso a los pies de Rhovann. El mago, al arrodillarse sobre las cenizas, frunció el entrecejo mientras la abría, y enseguida encontró los accesorios y componentes que necesitaba. Puso rápidamente unas velas negras alrededor del cadáver del sacerdote, formando un anillo, y después lo roció con una mezcla de aceites con un pequeño hisopo. A continuación, cogió un librito negro de la bolsa, lo abrió y comenzó a leer las palabras de un conjuro largo y algo complicado.

El cielo, que ya estaba oscuro y plomizo, pareció oscurecerse aún más, y se hizo un gran silencio. Edelmark se removió inquieto, ya que la magia de Rhovann lo hacía sentir incómodo, pero Bastion observó impassible. Normalmente, Rhovann no tenía razones para utilizar aquel conjuro en concreto, pero la misteriosa muerte de Valdarsel representaba una oportunidad única. A medida que se acercaba el final de su invocación, fue notando como si una especie de puerta intangible tomara forma en el aire, por encima del cadáver. Hizo un gesto con la mano izquierda como para pedirle a alguien que se acercara.

—¡Valdarsel! ¡Vuelve! ¡Tengo varias preguntas para ti! —dijo en medio de la fría quietud.

Una forma espectral (una simple silueta formada por una pálida neblina, apenas visible incluso para los sentidos mágicamente afinados de Rhovann) emergió lentamente por la puerta y se introdujo en el cadáver. Se agitó perezosamente, y los tendones quemados crujieron mientras la piel se agrietaba.

—¿Qué quieres de mí? —dijo el cadáver débilmente, con una voz sibilante—. ¡Déjame descansar!

El mago se preguntó si Valdarsel estaría disfrutando de las eternas recompensas de su dios, o si estaría desencantado con el modo en que Cyric cumplía sus promesas. El sacerdote muerto estaba fuera de su alcance, por supuesto, pero el alma de Valdarsel no era necesaria para el ritual; el espíritu menor que había invocado desde los reinos de la muerte no tenía absolutamente nada que ver con el hombre que había muerto. Tan sólo era un ánimos para los restos del sacerdote, un modo de darle voz al cadáver. Con ese conjuro únicamente se podían averiguar cosas que Valdarsel sabía en vida. Rhovann pensó en las preguntas para las que quería respuestas y, a continuación, se dirigió al cadáver.

—¿Quién te mató? —preguntó.

Las mandíbulas inertes se movieron en silencio antes de que llegara la respuesta.

—Geran Hulmaster.

¿Geran? Rhovann tuvo que obligarse a permanecer en silencio, a pesar de su sorpresa. Si lo decía en voz alta, el espíritu que animaba el cuerpo podría tomárselo como otra pregunta y simplemente repetir la respuesta. Así que sus yelmorrunas no habían estado persiguiendo a un vulgar mercenario o asesino la noche anterior... ¡Era

aquel insolente mago de la espada, su más enconada némesis, desafiando su poder, provocando descaradamente el caos! No sólo había visitado Hulburg, haciendo caso omiso del exilio que pesaba sobre su familia, sino que había asesinado a un miembro de alto rango del Consejo del Harmach, y un aliado de Rhovann, aunque no fuera de fiar. El elfo rechinó los dientes y consiguió controlar su ira antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Quién estaba con él?

—El tiflin... Sarth Khul Riizar —gimió el cadáver—. No vi a nadie más antes de morir.

—Debería haberlo sabido —murmuró Rhovann.

Estaba casi seguro de que Sarth era simpatizante de los Hulmaster, dada la cantidad de ayuda que le había prestado a Geran cuando éste fue a la caza de los piratas de la Luna Negra. Echaba humo, pensando que debería haberlo expulsado a él también. Pero el hechicero tan sólo se había encerrado en sí mismo y no había hecho nada que levantara sospechas, al menos no hasta que había atacado el templo del Príncipe Agraviado. Rhovann creía que superaba a Sarth en las artes arcanas, pero realmente no estaba tan convencido como para querer enfrentarse a él directamente sin tener pruebas de conspiración. Estaba claro que la participación de Sarth en el ataque a los seguidores de Cyric lo cambiaba todo; tan pronto como terminara allí, iría a ver a Sarth Khul Riizar. Pero sospechaba que no encontraría más que una casa vacía si el tiflin era listo.

Volvió a prestarle atención al cadáver quemado que tenía a sus pies.

—¿Por qué te atacó Geran?

Esa pregunta era algo más complicada, ya que requería de cierta especulación, pero el mago esperaba que el cadáver de Valdarsel estuviera lo bastante resentido con su asesino como para cooperar.

Aquella cosa espeluznante tardó un largo rato en responder, pero justo cuando Rhovann estaba a punto de rendirse, se movió.

—Venganza —dijo—. Le ordené a Larisse que acabara con los Hulmaster en Thentia, y le di oro para contratar mercenarios y pergaminos para que invocara demonios. Por eso, Geran Hulmaster me asesinó.

Rhovann frunció el entrecejo, preguntándose quién era Larisse de entre todos los seguidores de Valdarsel. Debía de ser una de las asesinas que había muerto en el ataque, por supuesto. Había estado casi seguro de que Valdarsel había organizado el ataque a Lasparhall, aunque también sospechaba que la Casa Veruna y los Cadenas Rojas estaban involucrados en aquel torpe desaguisado. Al parecer, Geran Hulmaster también había descubierto la implicación de Valdarsel en el ataque. Si hubiera sido algún otro, Rhovann habría saboreado la justa muerte de Valdarsel a manos de un adversario al que había subestimado; después de todo, también él se había visto

frustrado por Geran Hulmaster con anterioridad, y sentía una amarga satisfacción midiéndose por la categoría de sus enemigos.

—¿Te dijo algo Geran acerca de sus planes cuando te encontraste con él aquí? —le preguntó al cadáver.

Éste volvió a gemir.

—No, sólo habló de venganza. Ahora déjame descansar.

—Muy bien.

El mago se enderezó y se sacudió el hollín de la túnica. Hizo un gesto para finalizar el ritual, cortando el frágil hilo que imbuía al cadáver de aquella fuerza que lo animaba. Se quedó inmóvil de inmediato, volviendo a ser un simple cadáver. Rhovann se frotó la muñeca derecha distraídamente, pensando en lo que había averiguado.

Edelmark bajó la vista hacia el cadáver, haciendo una mueca de desagrado. Carraspeó y dijo:

—¿Has terminado con los restos del alto prelado, lord Rhovann?

—¿Hummm? ¡Ah, sí!, ya no necesito nada más del pobre Valdarsel... No, espera. Quizá precise volver a hablar con él. Informa a los clérigos supervivientes de que nos ocuparemos de enterrar al alto prelado y haz que envíen sus restos de vuelta al castillo.

—Sí, milord.

El mercenario le hizo señas a uno de los guardias del Consejo que rondaba por ahí, y paseó la mirada por las humeantes cenizas y los escombros mojados.

—Parece que Geran Hulmaster tiene mucho por lo que responder. No me puedo creer que haya sido tan estúpido como para desafiar el edicto del harmach y asesinar a sus consejeros de forma tan licenciosa.

—Yo sí —murmuró Rhovann.

El elfo sabía demasiado bien que había ocasiones en las que Geran tenía más determinación que sentido común, y era cierto que Valdarsel lo había provocado.

—Debo hablar con el harmach acerca de lo que he averiguado aquí. Informa a los demás miembros del Consejo; habrá una sesión de emergencia a las tres de la tarde. Debemos sopesar nuestra respuesta ante semejante ataque.

Edelmark hizo una reverencia y se marchó para llamar a sus mensajeros y a sus guardias. Rhovann le hizo un gesto a Bastion para que lo siguiera, y volvió a salir a la calle. Se metió en el carruaje, mientras el golem ocupaba su lugar en el estribo, como si fuera un gigantesco lacayo que pusiera a prueba la solidez del vehículo con su peso.

—Volvemos a Griffonwatch —le dijo Rhovann al conductor.

El carruaje se puso en marcha con una pequeña sacudida, balanceándose de un lado a otro mientras traqueteaba por el barro, el fango y los irregulares adoquines en

dirección al castillo.

Resultó que la ocasión fue propicia para una reunión de emergencia del Consejo. Hacía varias semanas que Rhovann trabajaba para crear un Maroth Marstel que pudiera cuidar de sí mismo sin necesidad de orientación constante. El viejo lord hulburgués se estaba deteriorando rápidamente, ya que su organismo estaba desgastado por la edad y la bebida, y su mente estaba fallando por culpa de los meses que había pasado controlado por los encantamientos de Rhovann. El mago lo había mantenido encerrado a buen recaudo en sus aposentos, demasiado enfermo como para atender a sus obligaciones..., pero eso estaba a punto de cambiar. En su laboratorio, dentro de una cuba, había una copia alquímica de Maroth Marstel que estaba listo para debutar, y la reunión del Consejo suponía una oportunidad excelente para ponerlo a prueba. Tan pronto como el carruaje se detuvo en el patio de armas de Griffonwatch, Rhovann regresó a su laboratorio para ocuparse de los detalles finales de sus rituales y procesos alquímicos.

Cuando faltaba poco para las tres campanadas de la tarde, abandonó el laboratorio (sellándolo y protegiéndolo mágicamente, como solía hacer), y bajó desde su lugar de trabajo hasta el gran salón del castillo, que hacía las veces de lugar de reunión del Consejo del Harmach. Lo complació ver que sus colegas consejeros estaban ya reunidos, esperándolo. Interrumpieron las conversaciones y se volvieron, atónitos, hacia la escalera que bajaba desde los pisos superiores del castillo.

Rhovann sonrió e hizo una leve reverencia mientras se hacía a un lado.

—Damas y caballeros, os presento al harmach Maroth Marstel.

Su falso Marstel avanzó cojeando, alzando la mano a modo de saludo. Era una copia perfecta de Marstel (o, para ser más precisos, Marstel tal y como habría sido de haber gozado de buena salud tras una larga y extenuante enfermedad). Para darle credibilidad a la idea de que el harmach simplemente había estado indispuerto durante un tiempo, Rhovann había tenido el cuidado de añadirle unas ligeras ojeras negras, un aspecto como de haber perdido algo de peso y había hecho que caminara arrastrando un poco los pies. Pero el falso Marstel tenía una mirada límpida y su sonrisa era bastante natural.

—¡Ah, mis buenos amigos! —dijo el falso Marstel con un tono de voz bastante parecido al vozarrón del viejo lord—. Ha pasado demasiado tiempo, es cierto, pero me alegra anunciar que vuelvo a ser yo mismo.

Rhovann hizo ademán de ofrecerle la mano, cosa que el duplicado del anciano rechazó. Bajó la escalera, apoyándose ligeramente en la barandilla mientras el mago lo seguía, listo para ayudarlo si flaqueaba. Los consejeros se levantaron y aplaudieron cuando el harmach ocupó su asiento en la cabecera de la mesa. El elfo de la luna rodeó la mesa para ocupar su propio lugar, el que correspondía al mago mayor. El falso Marstel inclinó la canosa cabeza, aceptando el aplauso de los consejeros y los

guardias que estaban allí reunidos.

—Muy amables, muy amables —dijo—. El bueno de Rhovann me informa de que todavía me estoy recuperando y no debería cansarme demasiado, así que vayamos al grano.

Esperó mientras los miembros del Consejo volvían a ocupar sus asientos, y dirigió la vista hacia Rhovann.

—Deberías informar al Consejo de lo que me has contado acerca del asesinato de Valdarsel, Rhovann.

—Por supuesto, milord harmach —respondió Rhovann.

Tomó nota mentalmente de que debía darle instrucciones a la falsificación para que actuase con mayor bravuconería y brusquedad; quizá estaba siendo demasiado razonable y afable, para tratarse de Maroth Marstel. Se volvió para mirar al resto del Consejo.

—He investigado exhaustivamente lo que queda del templo del Príncipe Agraviado. Mis intuiciones e interrogatorios han sido bastante concluyentes: el alto prelado Valdarsel fue asesinado por nada menos que Geran Hulmaster, con la ayuda del hechicero Sarth Khul Riizar. He revisado cuidadosamente los informes de aquellos de mis guardianes que se vieron involucrados en la persecución de los sospechosos mientras huían de la escena del crimen. Por desgracia, los asesinos desaparecieron en algún lugar cercano a los muelles, y no he sido capaz de determinar de manera concluyente si han huido de Hulburg o no. Podrían estar todavía aquí, refugiados por gente que siga siendo leal a los Hulmaster.

Hizo una pausa para observar las reacciones de los líderes mercantiles que se encontraban sentados a la mesa antes de añadir:

—Por supuesto, comenzaré una nueva línea de investigación inmediatamente. Si Geran y Sarth siguen aún aquí, los encontraré muy pronto.

—También está la cuestión de los que ayudaron a Geran Hulmaster a entrar en la ciudad, o los que lo refugiaron antes del ataque a Valdarsel —dijo el capitán Edelmark—. Tales acciones constituyen un acto de alta traición contra el harmach legítimo. Si no conseguimos atrapar a Hulmaster y a su cómplice medio demonio, podemos asegurarnos de que aquellos que los ayudaron reciban su justo castigo.

—Cierto —dijo Marstel, que se removió en el asiento, inclinándose hacia delante con determinación—. Hablando de eso, voy a dar instrucciones a la Guardia del Consejo para que comiencen de inmediato a aplicar mano dura contra los partidarios o simpatizantes de los Hulmaster, tanto de los conocidos como de los sospechosos. ¡Este brutal asesinato y este endemoniado incendio me han obligado a hacerlo! Todos los sospechosos de semejante alianza deben ser interrogados de manera exhaustiva con respecto a sus actividades de los últimos veinte días; quiero saber dónde han estado, con quién han estado y lo que se han estado diciendo unos a otros. Todas las

armas y armaduras serán confiscadas. Asimismo, también podrán ser confiscadas las riquezas y posesiones personales cuya existencia no pueda ser justificada; sofocaremos esta pequeña rebelión antes de que siga extendiéndose.

El viejo Wulreth Keltor, el guardián de las llaves, parecía afectado. Era el único miembro del Consejo que también lo había sido bajo el mandato del harmach Grigor, y sus funciones tenían que ver con la tesorería y la administración de la Torre.

—Disculpa, milord harmach —dijo—, pero tales acciones no están contempladas en el cuerpo de leyes de Hulburg.

El falso Marstel descartó las objeciones de Wulreth con un ademán.

—Y lo sé muy bien; por eso aprobaré un decreto que lo deje todo bien claro. Pero, para simplificarlo, viejo amigo, éstos son tiempos extraños que requieren medidas extraordinarias. ¡No debemos escatimar esfuerzos para proteger a Hulburg del desorden y la anarquía!

—Me temo que comparto la preocupación del señor Keltor —dijo Nimessa Sokol—. ¿A cuánta gente sospechosa de deslealtad pretendes encausar, milord? Como miembro del Consejo Mercantil, estoy francamente preocupada por los efectos que tendrían las confiscaciones generalizadas de la propiedad para nuestros intereses. Los negocios de la Casa Sokol en Hulburg se verán muy perjudicados si nuestros clientes y proveedores quedan empobrecidos o se ven expulsados de la ciudad de manera arbitraria.

—Habla por ti misma —replicó el capitán Miskar Bann.

Era el miembro de más alto rango de la Casa Veruna de Mulmaster presente en Hulburg, un mercenario corpulento de cara redonda que tenía la boca llena de dientes de oro y llevaba una prótesis de hierro en la rodilla. Los Veruna habían sido expulsados de Hulburg después del papel que habían desempeñado en el asalto al poder de Sergen Hulmaster, y con gran entusiasmo les habían proporcionado mercenarios a Marstel y los Puños Cenicientos para ayudarlos a hacerse con el control de Hulburg durante los problemas que había habido con la Luna Negra en los meses que siguieron. Por supuesto, habían obtenido muchos beneficios rapiñando las propiedades confiscadas del viejo Hulburg y dándoselas como premio a los Puños Cenicientos. Sin duda, al capitán Bann ya se le estaría haciendo la boca agua ante las nuevas posibilidades que se le presentaban con el plan de Marstel.

—Yo también soy miembro del Consejo Mercantil. Todo el mundo sabe que tienes debilidad por los Hulmaster, lady Sokol. Opino que los hombres del harmach deberían inspeccionar primero tu complejo.

Nimessa enrojeció.

—Las leyes de concesión prohíben semejante intrusión.

—¿Tienes algo que ocultar? —la provocó Bann.

—¿Y tú? —le replicó—. Si Sokol abre sus puertas a la Guardia del Consejo,

exigiré que todos los comerciantes de la ciudad hagan lo mismo. Dudo mucho de que Geran Hulmaster esté ocultándose en el complejo Veruna, pero me pregunto si tenéis objetos robados o esclavos guardados en los almacenes de tu señora, Miskar. El comercio de esclavos aún está prohibido por las leyes del harmach, ¿verdad?

Rhovann estudió con atención a la semielfa. Ciertamente, y tal como Miskar Bann había dicho, era posible que Geran y su amigo hechicero hubieran recibido ayuda de alguno de los otros comerciantes. Estaba claro que la Casa Sokol simpatizaba bastante con la causa Hulmaster, pero también era posible que una de las compañías neutrales, como la de la Doble Luna, hubiera ayudado a los Hulmaster para debilitar a los Puños Cenicientos. Por desgracia, Rhovann debía ir con pies de plomo a la hora de realizar ese tipo de acusaciones contra una de las Casas principales, ya que podría hacer que el resto de los comerciantes cerrara filas y defendiera sus preciadas leyes de concesión. Por otro lado, tenía los medios para espiar el complejo Sokol sin ser visto, y sin necesidad de hacer ninguna acusación pública.

Miskar Bann se enfadó, pero Edelmark carraspeó y habló antes que el capitán.

—Por supuesto, la Guardia del Consejo cumplirá inmediatamente las órdenes del harmach —dijo—. No se pueden tolerar la deslealtad ni la sedición. Pero me temo que estamos tratando un síntoma, y no una enfermedad. La fuente principal de esta rebelión incipiente es el enclave Hulmaster en Thentia. Mientras sigan teniendo un lugar seguro allí para rehacer su ejército y crear problemas, estaremos amenazados. ¡Si queremos acabar con esta rebelión, ya no sólo este mes, sino para siempre, debemos privar a los Hulmaster de su refugio fuera de nuestras fronteras!

—¿Qué sugieres, capitán? —preguntó el falso Marstel.

—Milord, propongo que reunamos el mayor ejército posible y marchemos sobre Lasparhall. Podemos destruir el ejército de los Hulmaster antes de que logren organizarse, arrebatarles los suministros y las armas, y destruir las barracas y la vieja mansión por si acaso. La causa de los Hulmaster no lograría recuperarse de semejante golpe.

Rhovann se dio cuenta de que Edelmark no era demasiado sutil. Cruzó una mirada con Marstel y meneó ligeramente la cabeza. Marstel frunció el entrecejo, sopesando las palabras del capitán, mientras Rhovann se inclinaba hacia delante para responder por él.

—Un plan atrevido, capitán —le dijo el elfo a Edelmark—, pero no veo de qué modo podría llevarse a cabo sin enemistarnos con el alto señor Vasil y con Thentia. Quizá una demostración de fuerza disuada al alto señor de seguir cobijando a nuestros enemigos..., pero también podría provocar que les diera su total apoyo. Por ahora, Thentia quedará al margen de nuestra disputa, y eso nos favorece más que una intervención thentiana. Cada día que los Hulmaster pasan allí, su situación empeora,

y la nuestra mejora. No deberíamos tener prisa por cambiar eso.

Marstel asintió.

—Bien dicho, Rhovann —bramó—. Pero, Edelmark, tienes razón al advertirnos acerca de la amenaza del ejército de los Hulmaster. ¡Debemos estar preparados para atacar con fuerza en el mismo momento en que salgan de debajo de las faldas de Thentia! Quiero que hagas los preparativos necesarios para resistir a un ataque de Thentia, por muy poco probable que parezca. Y ocúpate de que algunos de nuestros espías gasten unas cuantas monedas de oro en las tabernas de Thentia para averiguar qué están tramando los soldados de los Hulmaster, mientras permanecemos a la espera.

Edelmark hizo una reverencia.

—Como desees, milord harmach. Pasaré revista a nuestras defensas inmediatamente, y redoblaré nuestros esfuerzos por contratar a más mercenarios extranjeros. —Sonrió con crueldad—. Después de todo, podríamos obtener ganancias inesperadas en forma de bienes confiscados a aquellos que son desleales al trono. No veo ninguna razón por la que no deberían contribuir a la defensa común.

Rhovann miró a la falsificación, y decidió que no sería prudente ponerlo a prueba de una manera tan cruda en su debut.

—Milord harmach, debes descansar —dijo—. Después de todo, todavía te estás recuperando.

El falso Marstel asintió.

—Por supuesto, por supuesto —dijo—. Confieso que me siento ya algo cansado. Confío en que el Consejo se ocupará de todos los detalles relativos a las decisiones que hemos tomado hoy.

El harmach se levantó de la silla, y los consejeros que estaban sentados a la mesa rápidamente hicieron lo mismo, dedicándole una reverencia mientras se dirigía hacia la escalera.

—Se levanta la sesión del Consejo —dijo Rhovann—. Capitán Edelmark, hablaremos pronto.

A continuación, se apresuró a reunirse con el falso Marstel y lo ayudó con ademanes exagerados a subir la escalera que lo conduciría de vuelta a los aposentos privados del castillo. Tras ellos, se oyeron el arrastrar de sillas y los murmullos de los consejeros, unos marchándose junto con sus numerosos sirvientes y segundos al mando, y otros agrupándose para discutir los decretos del harmach.

El mago reflexionó acerca de lo exitoso del debut. La actuación de la falsificación había sido impecable con la preparación más básica y sin apenas tener que dirigirlo. La verdadera ventaja de la criatura era que podía incorporar sus instrucciones a sus propios razonamientos y juicios, fingiendo ser Marstel mientras trabajaba para alcanzar los objetivos que él fijara, ahorrándose los encantamientos y la lucha de

voluntades que tenía que soportar cuando tenía controlado al verdadero Marstel.

—Eres un Marstel mucho más tratable —comentó mientras llegaban al último piso—. Ocúpate de tus asuntos; si me necesitas, estaré en mis aposentos.

El falso Marstel asintió una vez y se dirigió hacia la biblioteca, que también hacía las veces de despacho del harmach. Rhovann lo observó mientras se alejaba, y alzó la vista hacia el patio superior del castillo y la Torre del Harmach. Dado el inesperado éxito de su simulación, un débil anciano loco encerrado en sus aposentos se había convertido en poco más que una responsabilidad molesta. Mientras Maroth Marstel siguiera con vida, siempre había una mínima posibilidad de que alguien se encontrara con la inconveniencia de que ahora había dos harmachs Marstel.

Se permitió sonreír brevemente; después de todo, había estado esperando aquel momento durante meses.

—Y ahora hagamos un poco de limpieza —se dijo.

DIEZ

24 de Martillo, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Una densa niebla invernal cubría Hulburg mientras Geran se vestía para el viaje a Thentia. Una caravana Sokol partiría en media hora por la ruta de la costa, y él pretendía salir a hurtadillas de la ciudad haciéndose pasar por uno de los guardias de la caravana. Nimessa le había proporcionado una sobrevesta con los colores de la Casa Sokol, azul y negro, y el frío le daba la excusa perfecta para poder cubrirse casi todo el rostro con una bufanda y una capucha. Ella le había dado discretas instrucciones al capitán de su guardia para incorporarlo a la escolta montada de la caravana; el tipo no sabía a quién estaba sacando en secreto de Hulburg, y Geran pretendía que siguiera siendo así el mayor tiempo posible. Comprobó su apariencia una vez más en el espejo de pie del dormitorio de Nimessa, y decidió que daba el pego salvo que lo inspeccionaran de cerca. Por supuesto, eso dependía de si se encontraban con alguno de los ingenios de Rhovann de camino a la salida, y si los guardianes grises tenían algún modo de ver a través de un disfraz común o no.

En ese caso, se dijo a sí mismo que rompería filas y saldría de allí al galope. Se ajustó el cinto una vez más, se echó al hombro un par de alforjas con el típico equipo de viaje de un mercenario en su interior, y bajó rápidamente la escalera. Nimessa lo estaba esperando en el vestíbulo, ataviada con un vestido de terciopelo verde y botas altas (siempre era buena idea llevarlas puestas por las calles de Hulburg en aquella época del año), además de una pesada capa de piel para protegerse del frío.

—Parece que ya estás listo —dijo. Miró por la ventana, hacia el patio, donde estaban enganchando las cuadrillas de mulas a los carros, y volvió a contemplarlo—. ¿Estás seguro de que quieres marcharte hoy? Puedes quedarte más tiempo, si lo necesitas.

Se percató de la invitación entre líneas, y dudó. Le gustaba mucho Nimessa, y era cierto que los dos últimos días que había permanecido oculto en su casa habían sido realmente agradables..., pero el tiempo que había pasado con ella, aunque pudiera parecer extraño, había disipado finalmente el misterio y la confusión con los que había estado luchando durante meses en su corazón. Nimessa Sokol no era la mujer que amaba, no importaba lo mucho que la deseara, y estaba convencido de que ella tampoco se había entregado a él por completo. Si se quedaba más tiempo, alargando su relación pasajera, sólo conseguiría tenerlo más claro sin que cambiara la naturaleza esencial de su corazón, o el de ella. Contestó de la manera más sencilla y amable que pudo.

—Será mejor que me vaya mientras pueda. Puede ser que no envíes ninguna otra

caravana en los próximos veinte días, o más. Además, no quiero ponerte en peligro más de lo que ya lo estás. Ya te has arriesgado bastante por mí.

—Lo entiendo —dijo, y su sonrisa irónica confirmaba sus palabras. Se inclinó para besarlo en la mejilla, y respiró profundamente—. Con respecto a lo del peligro, seré yo la que juzgue los riesgos que corro. Les daré instrucciones a mis representantes en Thentia para que te presten la ayuda que necesites en el caso de que quieras volver a infiltrarte en Hulburg.

—Te agradezco la oferta —dijo—, pero la próxima vez que vuelva a Hulburg, será la última. No habrá más retiradas. De un modo u otro, arreglaré cuentas con Rhovann y Marstel, y las cosas volverán a su cauce. Debo hacerlo.

Nimessa asintió y retrocedió.

—Entonces, ayudaremos en lo que podamos. Que tengas buen viaje, Geran.

Abrió la puerta y salió al exterior. La niebla era fría y húmeda; era el típico tiempo que enfriaba a un viajero a lo largo de todo el día hasta que no había fogata o mantas que pudieran hacerlo entrar en calor una vez se detenía. Fue hacia la montura que lo esperaba y se subió a la silla de un salto mientras Nimessa intercambiaba unas últimas palabras con el jefe de la caravana. El comercio que salía o entraba de Hulburg se reducía a un escaso goteo en los meses de invierno, pero las minas en las laderas de las Montañas Galena funcionaban todo el año, por lo que los fundidores de Hulburg debían hacer lo mismo; las carretas de Sokol iban cargadas con barras de plata, de hierro y unas cuantas pieles que los tramperos habían conseguido en la meseta. La caravana salió a las calles de Hulburg por las puertas del complejo Sokol entre tintineo de arneses y relinchos.

Geran permaneció ojo avizor por si los guardias del Consejo o algún ingenio lo estaba esperando para atraparlo cuando abandonara el refugio de la concesión, pero no apareció ningún enemigo mientras partían. El jefe de la caravana ordenó girar a la izquierda y comenzaron a subir por el cabo Keldon en dirección a la ruta de la costa; siguió sin producirse ningún revuelo, y no se oyó grito alguno. Sin embargo, más arriba, entre la niebla, Geran divisó a dos altas figuras grises que se cernían sobre la carretera que salía de la ciudad, inmóviles y con los yelmos ciegos. Se subió la bufanda y tiró de la capucha hacia abajo disimuladamente. La caravana avanzaba con lentitud, entre crujidos y chapoteos, y se encontró pensando de nuevo en los rumores que había oído acerca de aquellas cosas, y las especulaciones de Sarth sobre si se comunicaban unas con otras. Geran se preguntó si verían lo mismo que los hombres a través de esos yelmos que llevaban puestos, o si percibirían la identidad de alguien sin necesidad de reconocer sus facciones.

Agarró las riendas con más fuerza, listo para espolpear la montura en un galope desesperado si los guardias lo retaban, y mantuvo la vista fija en la parte posterior de la cabeza del caballo mientras pasaba junto a los ingenios grises. Pero ni se movieron.

Geran, resistiendo la tentación de mirar atrás, dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. Al parecer, las criaturas no leían la mente, ni nada parecido, lo cual era, en cierto modo, reconfortante.

Durante los siguientes seis o siete kilómetros, Geran siguió alerta, esperando oír los cascos de un caballo al galope siguiendo a la caravana, pero los gritos de persecución o las bandas de jinetes de la Guardia del Consejo no llegaron jamás. Finalmente, se permitió relajarse, y comenzó a pasar más tiempo observando el paisaje empapado que los rodeaba. Se recordó a sí mismo que Rhovann era listo y despiadado, pero no omnisciente. Se le podía vencer..., aunque aún no sabía cómo podría el ejército de Hulmaster enfrentarse a cientos de guardias a los que, aparentemente, era casi imposible hacer daño.

Permaneció con la caravana dos días mientras seguían la ruta de la costa hacia Thentia, por si acaso se encontraban con alguna patrulla de recorrido más amplio de guardias del Consejo o espías de Rhovann. La mañana del tercer día, informó al jefe de la caravana de que se iba, y continuó su camino al galope, para ahorrarse otro día de avance lento junto a las carretas. Tras un día cabalgando a buen ritmo, alcanzó las puertas de Lasparhall bien entrada la tarde, cuando la niebla finalmente se disipó y comenzó a hacer frío de nuevo.

Llegó hasta la puerta principal, descendió del caballo de un salto y se retiró la empapada capucha. Se frotó la espalda, contento de haber finalizado su viaje.

Había dos guardias del Escudo en la puerta. Se pusieron firmes al reconocerlo.

—¡Lord Hulmaster ha regresado! —dijo uno hacia el interior de la casa.

Les hizo un gesto para que descansaran mientras los mozos de cuadra acudían para ocuparse de la montura; a continuación, subió cansadamente los escalones hacia la puerta.

Allí lo recibió un soldado fornido, de rostro redondeado.

—Bienvenido de nuevo, lord Geran —dijo el sargento Kolton. El viejo y rotundo sargento le dedicó una breve sonrisa y después se volvió hacia los jóvenes soldados—. Bueno, no os quedéis ahí parados. ¡Echadle una mano a lord Hulmaster con sus alforjas!

—Me alegro de haber vuelto, sargento Kolton —respondió Geran. Hizo una pausa—. Pensé que Kara te haría capitán.

—Discúlpame, milord, pero lo rechacé. Me he pasado los últimos treinta años quejándome de los oficiales de alto rango. No sería muy decente hacerle esto a un veterano como yo. Por eso, lady Kara decidió hacerme sargento mayor en su lugar, y me puso al frente de la guardia de la Casa.

Geran sonrió y le posó la mano en el hombro, cubierto por la armadura. Sabía que Kara pretendía reorganizar la Guardia del Escudo y conceder algunos ascensos.

—Felicidades, sargento mayor. Dormiré mejor esta noche sabiendo que tú te

encargas de la seguridad. —Paseó la mirada por el vestíbulo de la mansión y preguntó—: ¿Habéis tenido noticias de Sarth Khul Riizar?

—Sí, milord. Llegó hace tres días. —La expresión de su rostro se tornó feroz—. El hechicero nos contó cómo te ocupaste del sacerdote de Cyric que estaba detrás del asesinato del harmach. Bien hecho, lord Geran. Tu padre estaría orgulloso.

—Muchas gracias, Kolton. ¿Está Kara por aquí?

—Está en el campamento, haciendo maniobras con las compañías de campo. Supongo que estará de vuelta en una hora. La señora Siever siempre sirve la cena a las seis.

—Bien. La veré entonces. Mientras tanto, voy a darme un baño y a cambiarme de ropa. La cabalgada desde Hulburg es dura en esta época del año.

Subió a sus aposentos y se dio el gusto de tomar un largo baño de agua caliente, dejando que se disipara el frío del viaje, que se le había metido en los huesos. Cuando terminó, se vistió y bajó al comedor privado de los Hulmaster, esperando su primera comida decente en tres días. La mansión era más silenciosa ahora que Natali y Kirr ya no estaban allí, y se dio cuenta de que había echado de menos a sus jóvenes primos; esperaba que les estuviera yendo bien en el templo selunita al que los habían enviado por seguridad. Llegó justo cuando los sirvientes estaban empezando a servir ternera asada, pato trinchado y todo tipo de guarniciones. Su firmeza flaqueó tras un largo día a caballo, así que fue a coger una tajada de ternera asada a pesar de que aún no habían anunciado la cena.

—¿Por qué será que puedes hacer eso y salirte con la tuya? —preguntó una voz conocida—. He intentado hacer eso dos o tres veces en los últimos dos días y, cada una de las veces, la señora Siever me ha amenazado con agredirme físicamente.

Geran miró a su alrededor, dejando el plato robado encima de la mesa.

—¡Hamil! ¡No esperaba verte aquí!

El halfling se levantó del asiento en el que había estado sentado, junto a la gran chimenea (pasaba desapercibido en el sillón de tamaño humano, así que Geran se perdonó el no haberse dado cuenta de que había alguien allí sentado), y se quedó mirando el banquete que los cocineros de los Hulmaster estaban organizando. Era un tipo delgado y nervudo que medía poco más de un metro veinte, e iba vestido con un bonito jubón de color burdeos, unos bombachos color crema y un sombrero de ala ancha decorado con una pluma de brillantes colores. Hamil siempre se había enorgullecido de su elegancia en el vestir.

—Llegué dos días después de que partieras para Hulburg de nuevo. Pensé en seguirte, pero decidí que probablemente sería difícil encontrarte. Además, este clima invernal del Mar de la Luna no es apropiado para que un hombre razonable como yo salga a recorrer los caminos.

Geran volvió a coger el plato, añadió una loncha de queso y algo de pan para

Hamil, y se reunió con su amigo junto al fuego.

—¿Cómo va todo en Tantras? —preguntó.

—Bastante bien. Hay una compañía mercantil nueva en Turmish que está comprando todo el maldito algodón, lo cual nos está dificultando obtenerlo sin pagar el doble de lo que vale, pero quizá permita que se lo queden este año, para ver si saben cómo llevarlo a los mercados del norte. En otras palabras, los negocios van como siempre. —Dirigió la mirada hacia Geran y se puso serio—. Sentí mucho lo del harmach. Me marché de Tantras en cuanto tuve noticia del asesinato, pero viajar en invierno es muy lento, y no pude llegar a tiempo para el funeral. Tu tío era un gran tipo; me caía muy bien.

—Lo sé —contestó Geran—. No merecía morir asesinado a cuchilladas.

—Me he enterado de que ya has respondido, en cierto modo.

—Así es. Le pedí ayuda a Sarth, y juntos le hicimos una pequeña visita al templo del Príncipe Agraviado. —Geran se frotó el puño derecho, recordando la sensación del acero temblando en su mano cuando atravesó el negro corazón del sacerdote—. Valdarsel no volverá a molestar a mi familia, ni él ni nadie.

—Bien —respondió Hamil, esbozando una sonrisa feroz.

El halfling siempre había sido rápido respondiendo a un insulto con un arma, o con sangre a la sangre; no iba a darle lecciones a Geran acerca de lo inútil que resultaba la venganza.

—Siento haberme perdido la oportunidad de ayudarte a destripar a ese bastardo asesino. De hecho, ahora que lo pienso, estoy algo enfadado contigo por haberlo matado sin mí.

Geran le ofreció al halfling el plato que acababa de llenar en el aparador a modo de disculpa. Sabía que Hamil hubiera ido a Hulburg sin rechistar. Se habían conocido hacía diez años, cuando Geran —que por aquel entonces era un pirata que iba por libre y que acababa de salir de Hulburg— se había unido a la Compañía del Escudo del Dragón, una banda de aventureros que viajaba por el Vast. Después de que los integrantes de la banda se separasen, ambos habían comprado acciones de la Compañía de la Vela Roja, en Tantras, y habían trabajado juntos hasta que los viajes de Geran lo habían conducido a Myth Drannor... Cuando lo exiliaron del reino de los elfos, Hamil le había vuelto a conseguir un puesto en la Vela Roja, hasta que el asesinato de Jarad Erstenwold lo había llevado de vuelta a Hulburg.

—Puedes ayudarme a que me ocupe de Rhovann, entonces —dijo—. Estoy convencido de que Valdarsel no hubiera movido un solo dedo contra nosotros sin el consentimiento de Marstel, y por lo que sé, éste no puede ni contar hasta cinco sin la ayuda de Rhovann.

—¡Ah, ahí estás! —Sarth apareció en la puerta, y le dedicó una mirada severa a Geran—. Te has tomado tu tiempo para escapar; sí, señor. Hemos estado todos muy

preocupados por ti.

—Después de separarnos, me encontré acorralado —contestó el mago de la espada—. Tuve que esconderme un par de días antes de salir a hurtadillas de la ciudad, y luego me uní a una caravana Sokol que se dirigía a la ruta de la costa como tapadera.

—¡Hummm! Yo agoté mi conjuro de vuelo a pocos kilómetros a las afueras de Hulburg y tuve que caminar el resto del camino sin provisiones ni petate, prácticamente muriendo de congelación, hasta que pude volver a la civilización. —El tiflin fulminó a Geran con la mirada—. Espero sinceramente que hayas estado escondido en algún pajar frío y húmedo sin nada que comer mientras yo caminaba penosamente hacia Thentia.

Geran se encogió de hombros.

—Algo así —dijo con cautela.

Hamil debió de detectar sus evasivas, ya que bufó y miró a Geran con escepticismo. Por fortuna, el mago de la espada se libró de tener que explicar su salida de Hulburg con más detalle gracias a la llegada de su prima Kara, que entró agitadamente en la habitación, quitándose la pesada capa y sacudiéndola para retitar el agua que la empapaba.

Geran se levantó y fue a saludarla; la abrazó brevemente.

—Me alegro de verte, Kara —dijo—. Al parecer has conseguido manejar las cosas bastante bien por aquí.

—No tan bien como para que vuelvas a planear salir corriendo y dejármelo todo a mí —contestó, torciendo el gesto, aunque acabó en una sonrisa mientras lo decía—. Me alegra que hayas vuelto. Tenemos mucho de qué hablar.

—Después de la cena —prometió—. Necesito desesperadamente una buena comida caliente, y apuesto a que tú también, si has estado todo el día fuera con las tropas.

—Id empezando vosotros. Antes quiero secarme y cambiarme de ropa.

—No lo digas dos veces —comentó Hamil.

El halfling se puso en pie de un salto y fue directo a la comida. Los otros dos hicieron lo mismo. Geran llenó su plato —siempre lo asombraba lo hambriento que se quedaba uno después de todo un día pasando frío en el exterior—, y Hamil lo imitó, como era normal en un halfling. Después de un rato, Kara volvió a reunirse con ellos, ataviada con un vestido de montar rojo y una chaqueta de cuero a medida, en vez de la pesada armadura que llevaba al entrar. Durante la cena, Geran les contó una versión abreviada de su visita a Hulburg, incluida su conversación con Mirya, el ataque contra el templo del Príncipe Agraviado junto a Sarth, y sus posteriores esfuerzos por escapar de los ingenios de Rhovann. Admitió haberse refugiado en el complejo Sokol (lo cual provocó un gruñido por parte de Sarth, e hizo que Hamil

enarcara una ceja, a pesar de haber dejado fuera cualquier referencia al tiempo que había pasado con Nimessa), y terminó relatando cómo los guardias grises parecían estar vigilando las carreteras que salían de Hulburg en esos momentos. Cuando terminó, los cuatro se sirvieron unas jarras de vino especiado y se retiraron a los sillones que estaban cerca de la chimenea.

Geran apoyó los pies sobre un escabel y bebió el vino caliente a sorbitos. Se dio cuenta de que si quería hacer algo más antes de que llegara la mañana, debía darse prisa. Estaba deseando irse a dormir.

—Ya habéis oído la historia de mi visita a Hulburg —le dijo a Kara—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Bastante bien —respondió—, pero no tenemos dinero suficiente como para mantener el alojamiento y las provisiones de nuestros hombres durante mucho más tiempo. Debemos marchar en Ches o Tarsakh, ya que dudo de que sigamos teniendo un ejército para cuando llegue Mirtul. Lo bueno es que me he asegurado los servicios de los Mazas de Hielo durante un par de meses. —Hizo una mueca—. Me temo que lo más probable es que nos cueste Lasparhall. Tuve que prometerle a Kendurkkel Ironthane la mansión y los terrenos como garantía de cobro de los extras por luchar.

Geran hizo una mueca de dolor. ¡Ojalá no hubiera hecho eso! Si la suerte no los favorecía, Lasparhall hubiera sido una modesta herencia para Natali y Kirr, un título menor al que aferrarse en las siguientes generaciones. Se dijo que no tenía sentido discutirlo, ya que le había dicho a Kara que hiciera lo necesario para organizar un ejército y después lo había dejado todo en sus manos, por lo cual no tenía derecho a quejarse.

—¿En qué situación está el ejército en comparación con el de Marstel? —preguntó Hamil.

—Si incluimos a los Mazas de Hielo, marcharemos con algo menos de ochocientos soldados —contestó Kara—. Eso nos iguala bastante en número con la Guardia del Consejo y cualquier destacamento mercantil que Marstel pueda reunir. Si contamos las bandas de Puños Cenicientos, supongo que nos superarán en número por muy poco, pero confío en nuestra capacidad para vencer a la Guardia del Consejo y esa mezcla de compañías de mercenarios y rufianes en cualquier tipo de batalla en campo abierto.

—Te olvidas de los guardias grises de Rhovann —dijo Geran—. No los tuvimos en cuenta con anterioridad, pero creo que ahora debemos hacerlo. Si los mercenarios de Marstel tienen suficientes guardias apoyándolos, podríamos no vencer.

Sarth se mostró de acuerdo.

—Los ingenios podrían ser enemigos formidables en el campo de batalla.

Kara se inclinó hacia delante, mirando alternativamente a Geran y a Sarth.

—¿Cuántos guardias de éstos hay?

Geran se quedó pensando unos instantes. Había llegado a ver a diez a la vez, contando el grupo contra el que él y Sarth habían luchado mientras los otros se acercaban. Los demás estaban situados por parejas en cada uno de los puentes, junto al edificio del Consejo, y probablemente en otros puntos estratégicos de la ciudad, y Mirya había mencionado que había más en Griffonwatch. Era de suponer que aquellas criaturas no dormían ni descansaban; eran autómatas, y no necesitaban rotar ni estar fuera de servicio.

—Por lo que puedo conjeturar, Rhovann distribuyó por lo menos a una veintena de esas criaturas por toda la ciudad, y no me sorprendería que tuviera esa misma cantidad protegiendo el castillo. Podría contar con unos cincuenta o sesenta.

—Eso coincide con mis cálculos —dijo Sarth.

—¿Cómo luchaban? —preguntó Hamil.

—No son rápidos ni hábiles, pero son tan fuertes como ogros, y son endiabladamente difíciles de matar —respondió Geran—. No parece haber nada que les haga demasiado daño. Ni siquiera se molestan en defenderse. Creo que corren bastante deprisa, también, y probablemente no se cansan nunca.

—Así que, en otras palabras, ¿deberíamos hacernos a la idea de que la Guardia del Consejo tiene como apoyo a cincuenta trolls, o criaturas que luchan de un modo parecido? —preguntó Kara.

Geran hizo una mueca. No había pensado en ello de aquel modo, pero la comparación de Kara era bastante acertada. Los trolls eran grandes, fuertes, lentos y, de igual modo, muy difíciles de matar. Y, por supuesto, lo sabían, así que no dudaban en arrojar sobre un montón de lanzas de punta para ganar una batalla. En la mayoría de los casos, un troll equivalía a cinco soldados de infantería humanos en una contienda, lo cual significaba que incluso veinte o treinta de los monstruos de Rhovann supondrían una fuerza bastante formidable en el campo de batalla.

—Sí —dijo—, se parecen mucho a los trolls.

Sarth meneó la cabeza.

—Quizá en lo físico —dijo—, pero creo que sería prudente recordar que los guardias grises parecen coordinarse en los ataques. Tal vez resulten incluso más peligrosos en el campo de batalla de lo que se podría suponer por su fuerza bruta y su aguante. Por ejemplo, es posible que puedan enviar mensajes a larga distancia, o reaccionar mucho más deprisa a las órdenes que unos simples trolls.

—En ese caso, no creo que debamos arriesgarnos a una batalla campal sin haber encontrado alguna manera de acabar con esos guardias —dijo Kara—. Sería una estupidez marchar a la guerra sólo para encontrarnos en el lugar donde Marstel y Rhovann puedan acabar con nosotros. Quizá podríamos agotarlos a base de escaramuzas, o sacar a Marstel del poder bloqueando el comercio durante el tiempo que haga falta...

—Deben de tener alguna debilidad que podamos explotar —se aventuró a decir Hamil—. A los trolls les da miedo el fuego; es una de las pocas cosas que pueden hacerles daño. Si tuvierais que enfrentaros con trolls, os aseguraríais de contar con los medios para quemarlos. Sarth, ¿no hay algún tipo de magia que puedas emplear contra ellos? ¿Algún tipo de contrahechizo o disyunción que pueda eliminar la fuerza que los anima?

El tiflin extendió las manos.

—Si contara con más tiempo, estoy seguro de que hallaría un conjuro que pudiera desactivarlos físicamente. Si no hay otro remedio, podría desintegrarlos lo suficiente como para que quedaran inutilizados. Pero no sé nada acerca de la magia que los anima y los doblega ante la voluntad de Rhovann. Mis propias artes no tienen nada que ver con la nigromancia, o la materia oscura, y eso es precisamente lo que les da vida a esos guardias.

—Supongo que no conocemos a ningún nigromante, ¿verdad? —dijo Hamil. Como nadie contestó, se encogió de hombros—. Bueno, en ausencia de magia con la que contrarrestarlos, apuesto a que podrías inmovilizar a una de las criaturas de Rhovann cortándola en pedazos. Los zombis no sienten dolor y no sangran, pero es muy fácil, aunque algo sucio, asegurarse de que sus miembros ya no funcionen más. Estos guardias grises deben de tener el mismo tipo de conexión mecánica entre músculos y huesos, o lo que sea que usen en lugar de músculos y huesos, que las criaturas vivas, o no podrían moverse. No son precisamente espectros ni fantasmas.

—Fantasmas y nigromantes...

Geran se quedó mirando pensativo el vino que tenía en la copa. Se encontró recordando la noche desesperada en que Sergen Hulmaster había convocado un ejército de guerreros espectrales —sirvientes del lich Esperus, el Rey de Cobre— para atacar Griffonwatch en un intento de borrar del mapa al resto de la familia y hacerse con el poder. Esperus, un mago no muerto de gran poder, había reclamado el dominio de los campos de túmulos que había en los Altos Páramos, entre Thentia y Hulburg, durante siglos. Geran se había encontrado con él una vez, una noche fría en uno de los túmulos, y Esperus lo había reconocido como Hulmaster. Y más adelante, el lich había utilizado a los miembros asesinados de la tripulación del desafortunado Tiburón de la Luna para enviarle una advertencia críptica a Geran acerca de la fatalidad que estaba a punto de sobrevenir a la Casa del harmach.

Recordó que el harmach Grigor había dicho algo acerca de Esperus antes de morir:

—Un juramento que cumplir en la cripta de Rívan —murmuró, mirando el vino con expresión reconcentrada. ¿Qué había querido decir Grigor con aquello?

Los demás lo miraron, extrañados.

—¿Qué has dicho? —preguntó Kara.

Alzó la vista y habló con mayor claridad.

—Creo que sí que conocemos a un nigromante. La cuestión es si estará o no dispuesto a ayudarnos... y a qué precio.

ONCE

1 de Alturiak, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

En los días que siguieron, Geran continuó dándole vueltas al misterio de las últimas palabras de Grigor Hulmaster. En aquellas jornadas confusas en que la familia había tenido que plantearse cómo seguir adelante tras la muerte de Grigor, no las había olvidado, en absoluto. Inmediatamente después del funeral se había empeñado en vengar la muerte del harmach, concentrando toda su atención en el juego mortal y peligroso de abrirse camino por las calles y las sombras de Hulburg sin cometer el error de caer en manos enemigas. Y finalmente, se había distraído bastante en su interludio con Nimessa Sokol y los indescifrables anhelos de su propio corazón mientras volvía a casa. Ahora, por primera vez en quince días, se encontró liberado de las exigencias del momento y pensando en el enfrentamiento que se avecinaba..., y cada vez que cerraba los ojos e intentaba visualizar el choque definitivo, que cada día estaba más cerca, no podía deshacerse de la persistente sensación de que lo que Grigor había dicho acerca del Rey de Cobre era importante.

Parte del acertijo le resultaba bastante obvia: Rivan había sido el primer lord de la rama de los Hulmaster. Había llegado al poder en Hulburg hacía casi cuatrocientos años, justo en la época en que Esperus había tenido su breve reinado en Thentur. Por desgracia, no tenía ni idea de lo que Grigor había querido decir con lo del juramento e ignoraba dónde estaba situada la cripta de Rivan. La mayor parte de la vieja Hulburg había quedado destruida por los saqueos a principios del siglo catorce, y se había visto aún más dañada por los movimientos catastróficos de tierra, en forma de Arcos y Agujas, más avanzado aquel mismo siglo. Lo más probable era que la tumba de Rivan Hulmaster ya no existiera, lo cual sería un obstáculo insalvable a la hora de mantener un juramento en ese lugar, a menos que fuera una pista que no se debiera interpretar de manera literal.

Geran recorrió los cálidos pasillos de Lasparhall, cabalgó por las colinas cubiertas de nieve que rodeaban la mansión, entrenó con Kara y Hamil, y debatió con Sarth una docena de teorías mágicas acerca de los poderes del ejército de ingenios de Rhovann y de qué manera podrían vencer a aquellas criaturas. Incluso pasó unas cuantas horas con el tiflin en la torre del gremio de magos en Thentia, pagando una generosa tasa a cambio de tener el privilegio de revisar los viejos y enmohecidos libros de conjuros y los volúmenes que versaban sobre las ciencias arcanas, con la esperanza de aprender más acerca de las defensas de su enemigo. Volvió a Lasparhall sabiendo poco más de lo que ya sabía; entre toda la información que había acerca de Esperus en la documentación del gremio no había encontrado nada que hiciera mención a un

juramento o que condujera a descubrir algo más acerca de Rivan Hulmaster de lo que ya sabían. Permaneció despierto durante más de una hora aquella noche, repasando una y otra vez todo lo que le había dicho su tío antes de morir.

A la mañana siguiente, sus pasos lo llevaron hacia los aposentos de Grigor. Todavía no los había vuelto a ocupar nadie. El chambelán Dostin Hillnor había insistido en que Geran se trasladara allí, ya que ahora era el cabeza de familia, pero aún no se había decidido a hacerlo. Paseó la vista por la habitación, que estaba ordenada y limpia, pero tremendamente vacía, y su expresión se volvió torva al recordar aquel último combate desesperado contra los asesinos de Cyric y los demonios que habían sido invocados. Suspiró y se sentó en un sillón que había junto a la ventana.

—¿Aún sigues confundido?

Hamil se asomó a la puerta, echando un vistazo a la habitación.

Geran asintió.

—Es algo importante, estoy seguro. Pero no logro averiguar qué fue lo que quiso decir mi tío.

—Podría no ser nada, Geran. Estaba herido de muerte cuando lo dijo, ¿verdad?

—Sí. Pero creo que estaba intentando contarme algo sobre Esperus. Hay un viejo acuerdo entre los harmachs y el Rey de Cobre, ¿sabes? Por eso las leyes del harmach eran tan estrictas con respecto a la apertura de túmulos o criptas en los dominios de los Hulmaster. Pero no conozco los detalles de dicho acuerdo.

—Si quieres hablar con Esperus, no tienes más que irrumpir en uno o dos túmulos —señaló Hamil—. Tarde o temprano responderá, ¿no crees?

—Es posible —admitió Geran—, pero preferiría no atraerlo hacia mí haciendo algo que pueda ofenderlo. Si mi tío sabía algo acerca del Rey de Cobre que yo desconozco, me gustaría averiguarlo por mí mismo antes de arriesgarme a llamar de nuevo su atención.

—No entiendo exactamente por qué es tan importante tratar con Esperus —respondió Hamil—. Tú y Sarth sabéis lo suficiente acerca de las creaciones de Rhovann como para tenerlas en cuenta. Aceptad que son problemáticas y organizad vuestros planes para evitarlas o alejarlas del centro del combate. ¿No sería eso suficiente?

—Eso sería suponer que los guardias grises son la única sorpresa que nos tiene reservada Rhovann —dijo Geran—. La magia de Rhovann es lo único que puede amenazar realmente nuestros planes de retomar Hulburg. Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que cualquier ataque que lancemos sin contrarrestar sus defensas, fallará.

—Sarth es un hechicero muy competente —señaló Hamil—. ¿Estás seguro de que no podría vencer a Rhovann en un duelo de magia?

Geran meneó la cabeza.

—No, eso no es lo que me preocupa. Creo que Sarth podría vencer perfectamente a Rhovann en un duelo frente a frente, sin trampas. Después de todo, yo lo vencí una vez en un duelo. Pero se ha vuelto más poderoso de lo que lo era hace un par de años en Myth Drannor, o quizá resulta que tiene más poder del que hacía ver. Además, su verdadera fuerza no reside necesariamente en lanzar conjuros de batalla y ya está, sino en los encantamientos sutiles y en los conjuros que necesitan meses para ser elaborados. Ha tenido medio año para prepararse para un ataque exactamente como el que vamos a realizar en pocas semanas. Creo que debemos hacer alguna cosa que lo pille por sorpresa.

—Así que ¿propones seriamente pedirle ayuda a ese horrible viejo Rey de Cobre? —Hamil se estremeció—. Yo estaba allí cuando te encontraste con él, Geran. No es que sea muy amistoso. ¿Por qué crees que aceptaría ayudarnos en vez de matarte con alguna terrible maldición sólo por atreverte a pedirselo?

—Porque Sergen consiguió llegar a un trato con él.

Geran estaba justo en el lugar donde Grigor había exhalado su último aliento, mirando las frías losas del suelo. Las habían fregado, por supuesto, pero aquellos últimos momentos estaban grabados a fuego en su memoria. El harmach estaba tendido de espaldas, con la cabeza cerca del arcón que estaba junto a la pared. Había mirado más allá de donde estaba Geran, extendiendo débilmente la mano...

—De algún modo logró convocar a Esperus, y convenció al lich de que lo escuchara. Conocía la existencia del *Infiernadex* porque Darsi Veruna le había contado que Sarth lo estaba buscando, así que Sergen sabía que tenía una oportunidad de conseguir algo que Esperus podía querer. Y finalmente, cumplió su parte del trato cuando tuvo el libro entre sus manos.

—¿Y cómo logró Sergen invocar a Esperus?

—Creo que eso es lo que mi tío Grigor estaba intentando contarme antes de morir —respondió Geran—. Sé que confió en Sergen de manera implícita antes de que se descubrieran sus verdaderas intenciones; sin embargo, dudo de que Grigor le hubiera contado a Sergen lo que sabía. Después de todo, no quiso contárnoslo ni a Kara ni a mí en los últimos meses, hasta que estuvo a las puertas de la muerte, aunque sabía que Sergen había hecho un trato con el Rey de Cobre.

Hamil frunció el ceño, pensativo.

—¿Crees que Sergen descubrió algo, o robó algo que tu tío pretendía mantener en secreto hasta que se lo pasara al siguiente harmach?

—Exacto. Y si era tan importante, Grigor lo habría sacado de Griffonwatch cuando huyó, y lo habría guardado en algún lugar cercano, aquí en Lasparhall.

Geran se volvió a fijar en el arcón. ¿Acaso podía ser tan sencillo? Dio dos pasos hacia el pequeño cofre, lo apartó un poco de los pies de la cama, y se arrodilló junto a

él. Pero cuando intentó abrirlo, se encontró con que estaba cerrado con llave.

—¡Hummm!, Hamil, ¿podrías echarle un vistazo a esto por mí?

El halfling suspiró.

—Me haces malgastar mi talento abriendo el arcón donde tu tío guardaba los pijamas —masculló.

Pero se sacó una pequeña ganzúa del bolsillo de su chaleco y se arrodilló frente al viejo baúl mientras Geran se hacía a un lado. Tras hurgar en la cerradura durante unos segundos, se oyó como se abría el eslabón con un chasquido.

—Creo que podemos suponer, sin temor a equivocarnos, que tu tío no solía meter en sus baúles dagas con muelle o agujas envenenadas —comentó.

No obstante, Geran se dio cuenta de que se levantaba y se apartaba ligeramente a un lado antes de abrir la tapa; las duras lecciones que había aprendido en sus años de aventuras seguían acompañándolo, al parecer. Lo único que vieron al principio fue un montón de mantas dobladas.

Hamil miró a Geran, apenado, pero éste comenzó a vaciarlo, dejando las mantas a un lado. Cerca del fondo del baúl encontró un libro envuelto en muselina; lo cogió y lo desenvolvió con cuidado. Estaba algo deteriorado por los años, sus páginas de vitela se veían rígidas y amarillentas, y había sido encuadernado en cuero negro. En la cubierta habían insertado una serie de runas hechas en plata deslustrada. Geran acarició el viejo libro con las yemas de los dedos y enarcó una ceja, mirando a su amigo halfling.

—Vale. Si hubieras sido más listo, no te habría llevado veinte días darte cuenta de que tu tío quería que miraras ahí dentro —dijo Hamil—. No sé leer enano. ¿Qué pone en la cubierta?

—No es enano; es damarano antiguo, que utilizaba las runas enanas. Dice: «El libro de los harmachs, señores de Hulburg». Es alguna especie de historia de la familia.

—¿Lo habías visto antes?

—Sí, varias veces. Fue una de las posesiones más preciadas de mi tío. Cuando era niño, algunas veces me enseñaba distintas partes de él.

Geran sonrió al recordar todo aquello; cuando era niño, se había sentido muy impresionado por el tamaño y la antigüedad del libro, y el cuidado con el que lo manejaba su tío. Lo abrió y pasó las páginas con cuidado. Era una colección desordenada de viejas cartas, genealogías y mapas, ensayos acerca de la historia de la familia..., todo lo que los antiguos harmachs habían considerado que debían guardar o escribir para aquellos que vendrían después. Se dio cuenta de que bastantes páginas hacia el final del libro estaban escritas en vitela nueva con la letra de su tío, incluido un índice bastante detallado.

—Los libros eran su gran pasión. Debería haber sido un erudito —murmuró.

—¿Hay algún hechizo ahí dentro? ¿Algún ritual? ¿O alguna otra cosa que pueda explicar por qué tu tío pensó que era tan importante? —preguntó Hamil.

—Si encuentro algo, ya te lo diré —respondió Geran, que cerró el libro con cuidado y fue hacia la puerta—. Discúlpame, Hamil..., creo que tengo cosas que leer.

Se retiró a la biblioteca, echó un par de troncos al fuego y se acomodó en uno de los sillones que estaban junto al fuego para revisar el libro de los harmachs cuidadosamente. Uno de sus viejos tutores le había enseñado hacía mucho que la mejor manera de leer un libro era comenzar por la primera página, revisando las introducciones y prefacios con la misma atención que le dedicaría al cuerpo del libro, y Geran jamás había perdido esa costumbre; era un lector muy pausado. Se pasó el resto de la tarde ocupado en la tarea, inmerso en las historias de gente que llevaba muerta varios siglos; en las visiones de Hulburg cuando pasaba por sus momentos de mayor esplendor, una ciudad varias veces más grande que el reino que había gobernado Grigor; en los registros de viejas tragedias y guerras perdidas que habían reducido los dominios de los harmachs a ruinas desoladas en las décadas anteriores a la Plaga de los Conjuros y en su recuperación gradual. Se le pasó la hora de la cena, y tomó distraídamente un trozo de pan con una loncha de carne asada que le había enviado la responsable de la cocina.

A la una de la madrugada, encontró lo que estaba buscando en un capítulo añadido por su bisabuelo, Angar Hulmaster. Cien años atrás, unos ladrones de tumbas lo habían obligado a abrir la cripta de los viejos Hulmaster, y había visitado la tumba de Rivan; de ese modo, había descubierto la verdad acerca de los orígenes de la familia. Poco después se había encontrado con Esperus, el lich, siendo el primer Hulmaster que lo hacía en varios siglos. Geran leyó, asombrado, el relato de su bisabuelo, y volvió a leerlo inmediatamente para asegurarse de que lo había comprendido bien. Cuando terminó, dejó el libro y se quedó de pie junto a la chimenea, observando las llamas mientras reflexionaba sobre lo que había averiguado.

Los Hulmaster eran los únicos parientes vivos de Esperus, el Rey de Cobre. Y el lich permitía la existencia de Hulburg sólo porque Angar le había prometido conservar intactos los lugares de los muertos en los Altos Páramos.

En los márgenes de un dibujo realizado junto al relato de Angar —un dibujo del sarcófago de Rivan— habían garabateado una invocación con mano temblorosa.

—Un juramento que debe guardarse en la cripta de Rivan —murmuró Geran.

Cogió un trozo de pergamino en blanco y copió con cuidado las palabras de la invocación, evitando deliberadamente pronunciarlas en voz alta. Cuando terminó, se lo metió en el bolsillo, cerró el libro de los harmachs y lo protegió con un conjuro menor de amparo antes de devolverlo a su envoltorio y guardarlo bajo llave en uno de los armaritos de la biblioteca.

Al día siguiente, cuando faltaban dos horas para que se pusiera el sol, cogió una montura de los establos de Lasparhall y se dirigió hacia los Altos Páramos. Kara, Hamil y Sarth lo acompañaron. La tarde era despejada, ventosa y fría, y el cielo estaba cubierto por una capa de nubosidad gris y acerada como las escamas de un dragón. En el oeste perduraban unos cuantos rayos de sol, mientras éste comenzaba a hundirse en el horizonte.

—Tengo dudas en cuanto a esto, Geran —dijo Sarth mientras abandonaban los extensos terrenos de Lasparhall—. ¡Lo que pretendes es una temeridad!

—Esperus ya me aconsejó una vez anteriormente —contestó el mago de la espada. Se puso la capucha y se estremeció de frío—. Puede ser que no le importen demasiado los vivos, pero creo que está absorto en su propio legado. Por eso le interesan las tribulaciones de nuestra familia; lo único que teme es ser olvidado. Vendrá si lo llamamos.

—Eso es exactamente lo que me preocupa —contestó el tiflin, que frunció el entrecejo, pero permaneció en silencio mientras continuaban internándose en los Altos Páramos.

Geran se había criado montando a caballo, cazando y a veces peleando en aquellas tierras salvajes, y las conocía como la palma de su mano. Thentia, de manera muy parecida a Hulburg, estaba situada al borde de los salvajes y desolados páramos de Thar, más de ciento cincuenta kilómetros de hierba áspera, aflora de piedra húmeda, agujeros cubiertos de aulaga y riachuelos llenos de meandros que serpenteaban por canales ocultos que con frecuencia estaban a tres o cuatro metros por debajo de las llanuras, lo cual suponía un considerable riesgo para los jinetes incautos. La niebla, movida por el viento, con frecuencia llegaba sin avisar, ocultando puntos de referencia y confundiendo a los viajeros; en invierno, la nieve sólo cuajaba en lugares bajos o en las zonas que estaban al abrigo de colinas y crestas, ya que los omnipresentes vientos normalmente limpiaban el terreno llano. Aun así, y a pesar de todo ello, a Geran la salvaje desolación de los páramos siempre le había parecido bella. Las enormes distancias y las colinas coronadas de piedra podían llegar a ser espectaculares en un día despejado, lo cual hacía aflorar sus ansias innatas de recorrer el mundo con la promesa de tierras a las que poca gente había llegado.

Geran creyó oír un susurro de peligro en el viento cortante, un indicio de una malicia sobrenatural que se iba acumulando a medida que se acercaba la noche. No dijo nada, pero Hamil entornó la mirada y se removió inquieto en la silla.

—¿Lo sentis? —dijo en voz alta—. Algo se agita en el viento.

Kara asintió. Conocía los Altos Páramos incluso mejor que Geran, ya que había pasado la mayor parte de su vida cruzando las llanuras de un lado a otro como exploradora y cazadora.

—Algunas veces los espíritus de los muertos vagan por estos agrestes parajes tras

la puesta del sol. Creo que ésta será una de esas noches —dijo. Miró a Geran con expresión preocupada—. ¿Eso será de ayuda en lo que pretendes hacer, o más bien resultará perjudicial?

—Creo que ayudará. Desconozco la extensión de los dominios de Esperus hacia Thentia, pero me da la sensación de que si los muertos están inquietos aquí, nos oirá.

—Nos hemos adentrado suficientemente en los viejos dominios de Esperus, así que contestará sólo si quiere —dijo Sarth—. Sin embargo, todavía continúo diciendo que no es conveniente seguir con esto. Llamar la atención de Esperus puede ser lo último que hagamos. E incluso si se digna tratar contigo, Geran, podría no ver ninguna razón para ayudarte..., o podría ofrecerte ayuda que te falle en el momento crucial.

—Ayudó a Sergen —respondió Geran—, y mantuvo su promesa. Pero estoy de acuerdo en que deberemos tener mucho cuidado con lo que le prometamos.

El sol finalmente se dejó ver entre las nubes, al oeste, iluminando de forma débil los páramos con largos rayos anaranjados; sus sombras se volvieron alargadas y oscuras. Delante de ellos, Geran vio una fila de montecillos alineados junto a la suave falda de una colina; era una fila de viejos túmulos, completamente cubiertos por la hierba. Hizo girar el caballo hacia los túmulos funerarios. No hacía falta ir muy lejos en los Altos Páramos para encontrar una tumba antigua, pero se sintió complacido al darse cuenta de que aquel pequeño grupo estaba más o menos donde lo recordaba desde la época en que se había dedicado a explorar el territorio que rodeaba Lasparhall cuando era pequeño.

—Allí; creo que éstos nos servirán —dijo.

Las distancias podían resultar engañosas en los espacios abiertos de los páramos, y los túmulos se encontraban a más de un kilómetro de donde estaban. Para cuando alcanzaron las viejas tumbas, apenas se veía el sol en el horizonte, y el viento era cada vez más frío. Dejaron los caballos a unos cien metros de allí, junto a un montón de pedruscos, y mientras el día moría lentamente, Sarth eligió un punto cercano al montículo que estaba en el centro y creó un anillo de piedras del tamaño de puños a su alrededor, murmurando conjuros protectores sobre cada una de ellas mientras las colocaba. Antes de poner la última piedra, les hizo un gesto a los demás para que se metieran dentro. Cuando Geran lo hizo, sintió la amenaza palpable de la noche, como si una enorme mano invisible hubiera apartado el día.

—¿Has terminado? —le preguntó a Sarth.

—Sólo si estás seguro de que nada de lo que yo diga puede disuadirte —respondió el tiflin, apenado.

Geran asintió.

—Será mejor que hable yo. Él me conoce —dijo.

Geran se sacó el trozo de pergamino del bolsillo y leyó en voz alta:

*Oscura noche y fría piedra,
tumba silenciosa y trono estéril,
salas vacías, una corona de verdín,
en la no muerte sueña el antiguo rey.*

*Larga oscuridad y breve luz,
una hora de juego, y después la noche,
la belleza se malogra y hace frío,
sigue esperando el antiguo rey.*

No ocurrió nada durante un largo rato. Hamil lo miró y le dijo mentalmente:

—*Quizá no lo hiciste bien.*

De repente, un círculo de bruma surgió del suelo a poca distancia, enfrente de Geran, burbujeando en dirección ascendente, como si estuviera alimentado por algún oscuro manantial. Retrocedió un paso al notar cómo un pavor helado le envolvía el corazón. La bruma subió más arriba, adoptando una forma humana algo encorvada, y comenzó a oscurecerse y a hacerse más espesa. En pocos segundos, dejó de ser bruma y se convirtió en una figura de pesadilla..., un cadáver esquelético ataviado con ropa digna de un rey, hecha jirones. En las cuencas oculares, vacías, brillaban unas llamas verdes diabólicas, y sujetaba un gran bastón de hierro en sus manos huesudas. Tenía los huesos cubiertos por tiras de cobre batido, cada una grabada con pequeñas runas arcanas. Los miró a los cuatro durante un instante, con su siniestra sonrisa sin labios; Geran apenas podía soportar la contemplación de aquella cosa, así que mantuvo la vista fija en su esternón, incapaz de mirarlo a los ojos de fuego esmeralda.

—Puesto que me habéis llamado, aquí estoy —dijo el lich con una voz seca y crepitante—. ¿Qué deseáis de mí?

—Necesitamos tu consejo —respondió Geran—. Los enemigos de la Casa Hulmaster se han hecho con Hulburg, rey Esperus.

—Eso apenas me concierne.

Geran hizo una mueca de dolor, pero continuó.

—Pretendemos retomar nuestro reino, pero el mago del falso harmach, un elfo llamado Rhovann Disarnnyl, ha creado un pequeño ejército de ingenios animados por medio de una poderosa nigromancia. Si pudiéramos neutralizar o destruir a los guardias, podríamos enfrentarnos al resto de las fuerzas usurpadoras en igualdad de condiciones y recuperar Hulburg para los Hulmaster. ¿Sabéis cómo creó Rhovann a sus guardias y cómo podríamos derrotarlos?

—Por supuesto que lo sé —chirrió el Rey de Cobre—. Percibo muchas cosas, joven necio. ¿Cómo no iba a darme cuenta de que el elfo estaba creando semejante

conjuro? Hace mucho tiempo yo mismo creé legiones de esas criaturas para que me sirvieran. Los esfuerzos de vuestro adversario son inteligentes hasta cierto punto, pero se ha pasado de listo con su trabajo de artesanía.

—¿En qué sentido? —preguntó Kara.

Esperus se volvió para mirarla con sus terribles ojos vacíos.

—¡Ah, otra Hulmaster! —dijo el lich—. Hija de Terena, hija de Lendon, hijo de Angar. Sí, sé quién eres, Kara, por muy alterada que hayas quedado por la maldición de la Plaga de los Conjuros. Debería destruirte, para asegurarme de que la maldición muere en tu generación..., o quizá se podría extirpar, aunque el daño sería considerable en esta etapa de tu vida.

Kara palideció y tragó saliva, pero se mantuvo firme.

—No le hagas daño —dijo Geran con firmeza—. Somos tus últimos parientes vivos, rey Esperus. Maldita o no, es una Hulmaster, y tú juraste no alzar la mano contra ningún descendiente de Angar. Kara sabe lo que les podría pasar a sus hijos. No debes preocuparte por ello.

Los ojos del lich emitieron un destello de ira al volverse nuevamente hacia Geran.

—No presumas demasiado de la sangre de Rivan, joven necio. ¡Rivan era un traidor despreciable que se volvió contra mí cuando estaba en el culmen de mi poder! ¿Crees acaso que dudaría un solo momento en extinguir lo último que queda de su despreciable descendencia? ¡Podría destruirlos a ambos con una sola palabra!

—En ese caso, Maroth Marstel seguiría siendo el harmach de Hulburg, bailando al son que toque Rhovann, hasta el fin de sus días —intervino Hamil—. Y los pocos Hulmaster supervivientes vivirían en la pobreza y el exilio. Ése no sería un destino muy apropiado para una familia que fue lo bastante afortunada de compartir lazos de sangre contigo, poderoso rey.

Esperus miró a Hamil, pero no se dignó responderle. Geran decidió que sería mejor volver a llamar la atención del viejo lich.

—¿En qué sentido se ha pasado Rhovann de listo? —preguntó con cautela.

—Todas sus creaciones comparten un único encantamiento dominante —respondió el lich—. Ésa es su mayor fuerza, ya que cada yelmorruna adicional que crea multiplica la fuerza, la resistencia y la capacidad de razonamiento del resto. Pero también es su mayor debilidad. Para compartir sus sentidos unos con otros y actuar con una coordinación tan perfecta, deben formar parte necesariamente del mismo *ánimus*. Si rompéis eso, podréis destruirlos a todos a la vez.

—¿Qué *ánimus*? ¿Cómo se puede cortar?

Esperus emitió un sonido grave y sibilante en lo más profundo de su huesudo pecho, y Geran se dio cuenta de que se estaba riendo.

—Mis consejos no son gratis —dijo—. No diré nada más hasta que paguéis el precio.

Geran notó que sus amigos lo miraban con preocupación, pero no apartó la vista.

—¿Qué es lo que deseas, rey Esperus? —preguntó.

—La pasada primavera, me enviasteis un viejo libro que llevaba siglos buscando. —Las mandíbulas del lich se movieron, esbozando una horrible sonrisa ante su ingeniosa ironía.

Geran, de hecho, había intentado por todos los medios que el *Infiernadex* no cayera en las huesudas garras de Esperus, pero el lich, con un simple gesto, le había arrancado el libro de conjuros de las manos.

—Por desgracia, está incompleto. No temas, joven, sé que no fuiste tú el que mutiló mi premio; el daño ya estaba hecho mucho antes de que tú dieras con él. Unas cuantas páginas fueron arrancadas del *Infiernadex* antes de que los malditos Lathaendrian lo escondieran. Complétalo por mí, y te daré lo que necesitas para derrotar a los yelmorrunas de Rhovann.

—Es un precio muy alto, Geran —dijo Sarth—. Si tan sólo posee una parte del libro, sería mejor dejarlo así. Ya encontraremos otro modo de superar a Rhovann.

—No estoy hablando contigo, prole diabólica —dijo Esperus con brusquedad—. ¡Si me contradices, será por tu cuenta y riesgo!

Sarth permaneció callado, aunque le dirigió a Geran una mirada de advertencia. Geran pensó con rapidez, reflexionando sobre la oferta del lich. Su primo Sergen había llegado a un trato con Esperus hacía un año, y el *Infiernadex* fue el precio que había puesto el lich. El Rey de Cobre había cumplido honestamente con su parte del trato con Sergen y los guerreros de la Casa Veruna; Geran y Hamil habían visto cómo el lich le tendía a Anfel Urdinger, el capitán de armas de Veruna, el amuleto con el que había pagado por recuperar el libro. Esperus no había acordado matar a los Hulmaster, simplemente le había dado a Sergen los medios para hacerlo, por lo que la línea entre cumplir su antigua promesa de no alzar la mano contra ninguno de los descendientes de Angar, y no cumplirla era muy fina. Pero incluso eso dejaba entrever que Esperus valoraba lo bastante su palabra como para intentar por todos los medios no incumplir los términos exactos de una promesa.

—Si te conseguimos el resto del *Infiernadex*, ¿prometes no emplear tus poderes contra Hulburg o su gente? —preguntó.

El lich dejó escapar una especie de bufido.

—Hecho. Tengo preocupaciones mucho mayores que vuestro miserable y diminuto reino.

—En ese caso, estoy de acuerdo. Encontraremos las páginas perdidas del libro si está dentro de nuestras posibilidades.

Geran se percató del desasosiego de Sarth, pero el tiflin no dijo una palabra; esperaba no estar cometiendo un terrible error. Estaba claro que no podían saber en qué lugar de Faerun podrían estar las páginas arrancadas del libro hacía cientos de

años. Quizá Sarth pudiera adivinar su localización, eso suponiendo que su amigo estuviese dispuesto a colaborar.

—*Espero que sepas lo que estás haciendo* —le dijo Hamil en silencio.

El halfling alzó la vista hacia el lich y dijo:

—¿No sabrás por casualidad dónde se encuentran las páginas que faltan, verdad?

El lich bajó la vista hacia Hamil, chasqueando la mandíbula.

—Lo he sabido durante siglos, pero hay potentes contramedidas que me impiden el acceso. Deberían suponer un obstáculo menor para los vivos. Las páginas perdidas están en las cámaras de Irithlium, en Myth Drannor.

Geran se quedó mirando al lich, atónito. Myth Drannor era el único lugar del mundo al que jamás podría regresar, pero antes de que pudiera empezar a protestar, Esperus alzó su bastón de hierro, mirando en silencio a cada uno de los compañeros de Geran, y se volvió a deshacer en bruma.

—Volved a convocarme cuando hayáis traído las páginas que busco. No te demores, joven Geran. La condenación se acerca, y necesitaréis mi ayuda.

El lich se desvaneció, y se hizo el silencio en los páramos.

DOCE

3 de Alturiak. Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Los soldados de la Guardia del Consejo fueron a por Mirya en mitad de la noche. Despertó de una inquieta duermevela al oír que se rompía la puerta de su casa y los gritos airados de los soldados del harmach, cuyos pesados pasos resonaron en el viejo suelo de madera. Se incorporó, y justo cuando estaba saltando de la cama mientras se planteaba huir por la puerta trasera, la puerta de su habitación se abrió de golpe y varios soldados, con armas en la mano, se abalanzaron sobre ella para detenerla. La arrastraron, tambaleante, hasta la cocina, donde un sargento de la Guardia del Consejo al que no conocía la esperaba junto al fuego.

—¿Quién eres? ¿De qué va todo esto? —consiguió preguntar Mirya.

—¡Cállate! —rugió uno de los soldados que la sujetaba.

El hombre le golpeó la boca con el dorso de su guantelete de malla, pero no lo hizo con todas sus fuerzas, ya que no se le rompió hueso alguno ni le saltó ningún diente; no obstante, fue suficiente como para romperle el labio y que se le doblaran las rodillas. Se sintió mareada y, de no ser porque los soldados la sujetaban, se habría desplomado. Volvieron a ponerla erguida.

—Mirya Erstenwold, tenemos orden de arrestarte —dijo el sargento—. Estás acusada de conspiración, de albergar a espías y de cometer actos de rebelión contra el harmach.

—No... —comenzó a protestar, pero una mirada severa del soldado que la había golpeado la hizo callar de inmediato.

A continuación, los guardias la sacaron por la puerta y la llevaron a una carreta que esperaba fuera; la arrojaron dentro y cerraron la puerta, hecha con barras de hierro, a sus espaldas. En pocos segundos, la carreta traqueteaba y se bamboleaba carretera abajo, en dirección al centro de la ciudad. Mirya se hizo un ovillo dentro del camión, intentando encontrarle algún sentido a lo que había pasado y adivinar por qué se la llevaban. El aire nocturno era frío y húmedo, y el interior de la carreta olía a rancio. Podía oír el repiqueteo de los cascos de los caballos de tiro sobre los adoquines, las órdenes bruscas del conductor mientras restallaba el látigo, los crujidos y tintineos de las armaduras de los soldados y los saltos de la carreta.

Dio gracias débilmente a los dioses de que Selsha no estuviera en casa. No creía que los soldados se hubieran llevado a una niña que ni siquiera había cumplido los diez años, pero toda aquella escena la habría aterrorizado más allá de las palabras. No tenía ni idea de lo que sería de ella, pero al menos Selsha estaba a salvo con los Tresterfin.

La carreta, finalmente, se detuvo. Otros dos guardias del Consejo abrieron la puerta y la sacaron a rastras. Tuvo tiempo de echar un breve vistazo a los alrededores y reconoció la silueta de los aleros decorados de la Casa del Consejo a la débil luz anaranjada de las farolas. Luego, la llevaron al interior y la condujeron por un tramo de escaleras hasta el cuarto de la guardia, que estaba bajo la sala propiamente dicha. Ya había recorrido antes aquel camino, cuando habían arrestado a Geran por orden de su primo Sergen y lo habían retenido allí. Los guardias la llevaron por delante de varias celdas que ya estaban ocupadas; reconoció a media docena de vecinos, incluido Brun Osting, que estaba tendido en el suelo de la celda, inconsciente. Dudaba de que hubiera venido sin oponer resistencia. La cara del joven cervecero era un amasijo sanguinolento y amoratado, pero dos de sus parientes —por suerte, Halla no era ninguno de ellos— lo estaban atendiendo. «Que Torm nos guarde —pensó—. ¡Los soldados de Marstel han capturado a media resistencia esta noche!»

Llegaron a una celda que estaba vacía y la arrojaron dentro.

—Que disfrutes de tu estancia —rugió uno.

A continuación, la puerta se cerró de golpe, y el pesado cerrojo de hierro se deslizó hacia abajo. Mirya se levantó del suelo de piedra y se arrastró, para acurrucarse en un rincón de la fría habitación. Le dolía la boca en el punto donde la habían golpeado, y se tocó el labio con cuidado. Pensó que sería afortunada si ésa era la única herida que recibía.

Fueron pasando las horas mientras esperaba en la fría celda. A juzgar por los ruidos que resonaban por los pasillos, las mazmorras del Consejo hervían de actividad aquella noche. Se oía el abrir y cerrar de puertas, los guardias iban de un lado a otro caminando pesadamente entre los tintineos de sus cotas de malla y llegaban gritos de protesta o de dolor. Ella se encogía a cada grito, preguntándose a quién habrían cogido y qué le estarían haciendo. Justo cuando empezaba a creer que sencillamente se habían olvidado de ella, el ruido de unas llaves abriendo su puerta la sacó de sus cavilaciones. Entraron un par de guardias del Consejo y, sin decirle una sola palabra, la cogieron simplemente por los brazos y la sacaron por la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mirya—. ¿Adónde vamos?

Pero sus carceleros no contestaron. La hicieron entrar en un cuartucho sin ventanas, la sentaron en una robusta silla de madera que estaba en el centro, con los brazos a la espalda, y fijaron sus esposas a una anilla que había en el suelo. Después, ambos se quedaron de pie, detrás de ella.

Poco tiempo después, la puerta volvió a abrirse y un oficial de baja estatura y ancho de hombros, con el pelo rubio, perilla y rostro severo, entró en la habitación. Lo reconoció; era Edelmark, el capitán de la Guardia del Consejo. Nunca habían sido presentados, pero lo había visto algunas veces. Un secretario entró detrás de él, tomando asiento en una esquina y sacando una pluma y un trozo de pergamino que

puso sobre un pequeño escritorio.

Edelmark la miró en silencio durante un instante, antes de tomar asiento detrás de una mesa de madera y dejar encima el yelmo, que en la parte de la frente tenía fijado un artefacto dorado en forma de ciervo.

—Bueno ¿qué vamos a hacer contigo? —dijo por fin.

Mirya no estaba del todo segura de que se estuviera dirigiendo a ella, pero hizo lo que pudo para devolverle la mirada sin encogerse.

—Supongo que eso depende de lo que creas que he hecho —respondió.

Si Edelmark estaba al tanto de su implicación en la resistencia, entonces tenía motivos de sobra para ejecutarla de inmediato. Ella y su pequeña banda habían realizado varios ataques en las últimas semanas y habían derramado sangre más de una vez. Por otro lado, había una posibilidad de que la hubieran arrestado con el resto basándose sólo en sospechas, y quizá pudiera librarse.

Edelmark la estudió, impasible.

—Creo que eres una de las personas que están detrás de unos cuantos problemillas que hemos tenido en los últimos tiempos, lo cual posiblemente te convierte en una rebelde, una asesina y una traidora. Cualquiera de esas cosas me daría sobrados motivos para colgarte al amanecer. Por otro lado, soy un hombre razonable. Si eres sincera conmigo y sencillamente me explicas qué papel has desempeñado en algunos de esos acontecimientos, instaré al harmach Marstel a que sea indulgente contigo. Tienes una oportunidad para arreglar cualquier error de juicio que hayas cometido últimamente. Con sinceridad, te sugiero que la aproveches.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Mirya. Una pequeña y asustada parte de ella gimoteaba y rogaba que la dejaran pedirle clemencia a Edelmark, esperando salvarse si hacía lo que él pedía. Pero supuso que la definición de clemencia de Edelmark seguramente no pasaba por dejarla ir, no después del papel que había desempeñado en la incipiente resistencia de Hulburg. Y jamás sería capaz de vivir consigo misma si entregaba a alguien a la justicia —bueno, lo que el harmach Marstel llamaba justicia— para salvarse. Simplemente meneó la cabeza.

—Yo no he hecho nada malo —le dijo.

Edelmark se permitió esbozar una sonrisita.

—¿De veras? —dijo—. Hace dos días, alguien le disparó media docena de virotes de ballesta a una patrulla de la Guardia del Consejo en la calle del Valle. Un hombre resultó herido de gravedad, y otros dos recibieron heridas de menor gravedad. Fue una emboscada perfectamente planeada por alguien que conocía bien la zona. ¿Sabes algo acerca de eso?

—No —contestó, haciendo lo posible por mentir permaneciendo imperturbable.

Se había puesto a ello con Brun y Senna hacía diez días; habían dedicado varias jornadas a elegir el lugar adecuado. Era un ataque arriesgado, pero ella quería que los

guardias del Consejo se pensarán dos veces adónde ir y en grupos de cuántos.

—Un ataque a los soldados del harmach es una ofensa capital. La única manera de evitar la ejecución por estar involucrada en algo como eso es admitiendo la culpa, dando verdaderas muestras de arrepentimiento y ayudándonos a localizar a todos los que estuvieron involucrados.

Mirya no dijo nada. Edelmark esperó, observándola. Luego, suspiró y siguió hablando.

—Dos guerreros del Anillo de Hierro fueron asesinados en un callejón detrás de la taberna Canto de la Sirena hace tres noches. Se los vio abandonar el lugar en compañía de una mujer de pelo oscuro que, al parecer, les había prometido sus favores.

—¡Está claro que no era yo! —dijo Mirya con brusquedad, y hablaba en serio—. Jamás pondría un pie en ese lugar.

—Por supuesto que no —respondió Edelmark, pero su mirada continuó siendo fría y acerada. Se echó hacia atrás, tamborileando con los dedos sobre la mesa—. Hace poco más de un mes, el ocho de Martillo para ser precisos, una caravana de suministros de la Casa Veruna que se dirigía hacia los campos de las Galena, fue atacada por diez bandidos enmascarados. Mataron a cinco soldados de los Veruna y saquearon las carretas, pero dejaron con vida a los conductores. ¿Sabes quién podría haber estado involucrado en eso?

«¡Mantén la calma, Mirya!», se regañó a sí misma. Se permitió fruncir el entrecejo, en un gesto de desaprobación.

—Hasta ahora has sugerido que podría estar involucrada en prostitución, asesinato y bandidaje —respondió Mirya—. ¿Ha habido algún secuestro o alguna violación últimamente? También podríamos repasarlos.

—Cuida tus modales, señora Erstenwold —respondió Edelmark.

El capitán les hizo un gesto con la cabeza a los soldados que estaban detrás de Mirya. Ésta oyó dos pasos rápidos y el traqueteo de unas cadenas antes de que algo tirase bruscamente hacia arriba de sus brazos —que todavía estaban atados a su espalda— por las esposas que le sujetaban las muñecas. Sintió dos fuertes punzadas de dolor en los hombros, que hicieron brotar un grito de su garganta, y se vio obligada a bajar la cabeza hasta que ésta quedó entre sus rodillas. En ese momento, la presión desapareció, y sus brazos volvieron a bajar hasta su posición natural.

—¿Te gustaría replantearte tu respuesta?

Mirya hizo una mueca de dolor.

—Capitán Edelmark, no tengo ni la más remota idea de quién está detrás de esos ataques.

El capitán permaneció largo rato estudiándola. Mirya pensó que volvería a hacerles una señal a los soldados que estaban tras ella, y tensó los músculos para

anticiparse al repentino tirón y al dolor punzante; pero en lugar de eso adoptó una expresión hosca y se echó hacia atrás en la silla.

—¿Has visto a Geran Hulmaster desde su exilio?

Pensó con rapidez: todo el mundo sabía que Geran había atacado el templo del Príncipe Agraviado, y Edelmark debía de estar al corriente de que había cuidado de ella otras veces. Además, si en ese momento mostraba algo de honestidad, podía hacer más creíbles algunas de las cosas que había dicho. Asintió con cautela.

—Sí, lo vi el día antes de que el templo se incendiara.

Edelmark enarcó una ceja.

—Así que confraternizaste con un enemigo declarado del harmach.

—No fue idea mía —respondió Mirya—. Simplemente apareció en mi tienda... No sabría decir cómo. Además, no se quedó mucho tiempo; en media hora ya se había marchado.

—¿Y no informaste de ello a la Guardia del Consejo?

Mirya lo miró con el ceño fruncido.

—Geran nos salvó a mi hija y a mí de la esclavitud a manos de los piratas de la Luna Negra. Todo Hulburg conoce la historia. No, no me pareció adecuado contarle a la Guardia del Consejo que lo había visto.

—¿De qué hablasteis?

—Vino a ver qué tal estaba.

—¿Dijo algo acerca de sus intenciones?

—Culpó a Valdarsel de la muerte del harmach Grigor en Thentia. Supuse que pretendía hacer algo al respecto, pero jamás imaginé que atacaría a los seguidores de Cyric de aquella manera.

—¿Sabes dónde está, o lo que podría estar planeando?

Mirya meneó la cabeza.

—A estas alturas supongo que estará lejos de Hulburg. Respecto a lo que pretende hacer a continuación, no sabría qué decirte.

Edelmark hizo una pausa. Se puso en pie con lentitud, cruzando los brazos por detrás de la espalda, y se alejó un poco. Era evidente que estaba pensando en lo que ella había dicho. Mirya lo observó, preguntándose si simplemente estaba fingiendo pensar con detenimiento o si estaba realmente digiriendo lo poco que le había dicho. Les hizo una seña distraídamente a los guardias, y ella cerró los ojos con fuerza, esperando sentir de nuevo el dolor..., pero esa vez los guardias abrieron las esposas y la liberaron. Mirya frunció el entrecejo y se frotó las maltrechas muñecas.

—Sospecho que no has sido del todo sincera conmigo, señora Erstenwold —dijo el capitán—. Sin embargo, no puedo probarlo fehacientemente... todavía. Puedes marcharte, pero con una advertencia: si ves a Geran Hulmaster de nuevo, o sabes de él, nos lo dirás de inmediato, o te acusaré de conspirar contra el harmach, y eso te

llevará a una breve caída y una súbita parada muy pronto. ¿Me comprendes?

—Sí, te comprendo —contestó.

Edelmark posó la mirada sobre los soldados que estaban detrás de ella.

—Mostradle la salida.

Edelmark cogió el yelmo de la mesa y se marchó; el secretario fue tras él después de recoger el pergamino. Los soldados fueron hacia Mirya, la ayudaron a levantarse —esa vez con menos brusquedad— y la sacaron rápidamente de las mazmorras. Antes de darse cuenta, estaba en la entrada principal de la Casa del Consejo, aún en camisón, entrecerrando los ojos a causa del sol. Los guardias volvieron a entrar sin mediar palabra, dejándola allí.

—¿Qué diablos ha sido todo esto? —murmuró en voz alta.

Si los hombres de Marstel tenían suficientes pruebas para arrestarla, también las tendrían para encarcelarla o colgarla. Pero quizá las sospechas de Edelmark tenían tan poco fundamento como afirmaba, y no quería arriesgarse a convertirla en una mártir para el resto de los leales a los Hulmaster. Se estremeció con el frío viento, se ciñó el camisón y volvió caminando a Erstenwold. Lo primero que haría sería vestirse de modo adecuado; afortunadamente guardaba varias mudas en la tienda y no tendría que caminar hasta su casa en calcetines.

Cuando llegó a la tienda, se encontró con que los empleados habían abierto sin ella, pero era un día tranquilo y nadie la necesitaba de manera inmediata. Se quedó tan sólo el tiempo suficiente para enviarles un mensaje a los Therndon diciendo que necesitaba un carpintero para que le echara un vistazo a la puerta, y después volvió a casa.

Tal y como había pensado, la puerta principal estaba completamente rota; los hombres del harmach la habían vuelto a colocar en el marco, pero ya no estaba sujeta. Suspiró y entró en la casa, deteniéndose para evaluar los daños que había sufrido. Como esperaba, la habían registrado violentamente y a fondo. Muchos de sus mejores platos estaban rotos en el suelo de la cocina, los armarios estaban vacíos, las sábanas y las mantas esparcidas por el suelo...

—¡Qué desastre! —murmuró. Si no hubiera estado tan enfadada por el poco sentido que tenía todo aquello, se habría dejado caer en una de las sillas y se habría puesto a llorar.

Miró a su alrededor, intentando decidir cuál era el mejor sitio para empezar, pero un sobre que había encima de la repisa le llamó la atención. Lo cogió, con expresión extrañada. Simplemente estaba dirigido a «Mirya» con una caligrafía elegante y femenina. Dudaba de que alguno de los soldados se hubiera molestado en dejarle una carta; ya le habían dejado un mensaje revolviéndole la casa. Rompió el sello, llena de curiosidad, y sacó una nota muy breve:

Querida Mirya:

—Sennifyr —susurró Mirya.

Frunció el entrecejo, preguntándose qué hacer. En otra época, hubiera contestado a la llamada sin dilación; las iniciadas más jóvenes del Velo Negro debían obedecer. Pero hacía años que había abandonado la hermandad, hasta que los problemas que habían asolado Hulburg en los últimos meses la habían llevado a pedirle consejo nuevamente a la señora Sennifyr. La primera hermana estaba muy bien informada acerca de los acontecimientos que tenían lugar en Hulburg. Todas las devotas de Shar de la ciudad —en su mayoría, mujeres bien situadas para ver y oír muchos de los secretos de la misma— le debían lealtad a Sennifyr, y la informaban de un montón de rumores, cotilleos y observaciones. Mirya ya no era devota de la diosa de los secretos y la tristeza, pero eso no quería decir que Sennifyr no la fuera a ayudar si la acción servía a sus propósitos. Por supuesto, Sennifyr pretendía volver a introducirla en el círculo de la hermandad, así que Mirya tendría que permanecer alerta.

—¿Qué será lo que quiere contarme Sennifyr? —murmuró para sí misma.

Tratando todavía de decidir si contestar o no, suspiró, se echó una cálida capa con capucha sobre los hombros y volvió a salir rápidamente al frío. Tras una caminata de quince minutos, llegó al pie de Griffonwatch para después subir por la calle de la Colina hacia las casas de los ricos, que salpicaban las colinas más altas de la zona este. Las casas eran antiguas y espléndidas, con caminos vallados y jardines bien cuidados, aunque ahora tuvieran un color pardusco y estuvieran desnudos a causa del invierno.

Halló la casa que estaba buscando, una bonita mansión que se encontraba entre cedros movidos por el viento. Antes de que pudiera pensárselo mejor, cruzó la puerta de hierro forjado, ascendió por la escalera hasta la puerta y tiró con decisión de la cadena que colgaba de la campanilla, cuyo repique se oyó en el interior. Pasaron unos instantes y percibió unos pasos ligeros que se aproximaban. Una mujer joven, de cabello largo y negro, abrió la puerta. Era la misma sirvienta que la había recibido la última vez que había visitado a Sennifyr.

—La señora te está esperando —dijo—. Por favor, acompáñame.

Mirya siguió a la joven hasta el salón de la mansión, donde encontró a Sennifyr leyendo un libro junto a la chimenea. Era una mujer de cuarenta y cinco años, pero su rostro estaba imbuido de una serenidad casi de edad indefinida, y las canas no habían hecho acto de presencia en su cabello castaño claro, que llevaba recogido elegantemente. Sennifyr sonrió, dejó el libro a un lado y se puso de pie con suavidad.

—¡Ah, Mirya, qué bien que hayas venido! Tenía miedo de que no hubieras visto la nota que Lana te dejó entre el terrible desorden que encontró en tu casa. Dime,

¿estás bien?

—Bastante bien, sí —respondió Mirya.

Sennifyr le hizo un gesto para que se sentara en el otro sillón que había junto al fuego, cosa que hizo, mientras la joven —Lana, o eso suponía Mirya— se adelantaba para coger su capa.

Sennifyr volvió a su sillón, pero se inclinó hacia delante, observando atentamente a Mirya.

—¡Oh, por la Señora! —dijo la noble, alzando la mano hacia su boca—. ¡Mirya, tu rostro! ¡Te han llenado de moretones! —Emitió varios ruiditos de desaprobación, acariciándole suavemente la mejilla.

Mirya se esforzó por no apartarse; no estaba dispuesta a permitir que Sennifyr viera algo que pudiera interpretar como miedo o debilidad por su parte.

—¡Debería curártelo!

—No está tan mal como parece —respondió Mirya—. Con unas cuantas horas de sueño estaré como nueva.

—Debes haberte asustado mucho, querida. Cuéntame lo que pasó.

Sennifyr le hizo un gesto de asentimiento a Lana; la joven acercó una mesita con el té y comenzó a colocar las tazas y los platitos.

Mirya sospechaba que Sennifyr ya sabía lo que había pasado, pero aun así contestó.

—La Guardia del Consejo irrumpió en mi casa y me sacó a rastras en medio de la noche —dijo—. Me he pasado el resto de la noche y la mayor parte de la mañana en las mazmorras de la sala del Consejo. Edelmark me ha interrogado acerca de los ataques recientes de los leales, pero ha decidido que no tenía pruebas suficientes para mantenerme retenida y me ha dejado libre.

—¿De veras...? —dijo la noble en voz baja—. Eso parece... bastante generoso por su parte.

—A mí también me ha sorprendido —dijo Mirya.

Sennifyr simplemente la estudió sin decir nada. El gesto de Mirya expresaba preocupación mientras se preguntaba qué era lo que Sennifyr pensaba que se había perdido. En su mente comenzó a tomar forma una fea sospecha.

—¿Crees que tenía alguna otra razón para dejarme marchar?

Sennifyr sonrió débilmente.

—Mirya, si yo quisiera averiguar quién es leal y quién no, seguramente pensaría en dejar libres al menos a unos cuantos y los vigilaría para ver con quién hablan después de liberarlos. Imagino que resultaría bastante instructivo.

—No debería haber venido —murmuró—. Ahora tú también estarás bajo sospecha.

La mujer rió suavemente.

—¡Oh!, creo que estoy bastante segura. Al revés que tú, yo no tengo actividades sospechosas de las que responder ni ninguna relación especial con la Casa Hulmaster. Tú eres mi único coqueteo con la sedición y, por supuesto, tendré buen cuidado de comportarme como es debido. Pero tú, en cambio, estás siendo vigilada muy de cerca. Debes tener mucho cuidado de no levantar las sospechas de nadie que esté involucrado en esta demostración de resistencia al reinado de Marstel.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Mirya.

Sennifyr se encogió de hombros.

—Una de nuestras hermanas es la amante de un oficial de alto rango en la Guardia del Consejo. Se entera de muchas de las cosas que Edelmark comparte con sus lugartenientes. Pero, incluso sin sus informes, yo hubiera sospechado de tu puesta en libertad. Por eso debes tener especial cuidado con los amigos que estén involucrados en... actividades desleales. También ellos se preguntarían por qué te liberaron, y podrían llegar a sus propias conclusiones.

—¡Qué estúpida soy! —gruñó Mirya.

Estaba claro que Edelmark no la iba a dejar en libertad sólo porque le faltaran pruebas que la incriminaran. Eso no lo había detenido durante meses; una sospecha era todo lo que necesitaba el capitán de la Guardia del Consejo para arrastrar a alguien hasta los calabozos y dejarlo allí indefinidamente.

—Sólo me preocupo por tus intereses, Mirya. No iba a dejar que una hermana, ni siquiera una que se ha apartado del camino durante un tiempo, caiga sin darse cuenta en la pequeña trampa de Edelmark.

Mirya dudaba mucho de que ésa fuera la única preocupación de Sennifyr, pero cualquiera que fuese la motivación de la noble, seguramente la había salvado de cometer un error muy peligroso.

—Te lo agradezco, señora Sennifyr.

Sennifyr inclinó la cabeza y volvió a recostarse en el sillón.

—¿Has tenido noticias de Geran Hulmaster? Confieso que siento curiosidad acerca de lo que hará después de ese terrible asunto del templo de Cyric.

Mirya comenzó a verlo todo claro. Sennifyr no le había ofrecido su ayuda de modo altruista; sabía muy bien que no tenía corazón. La primera hermana esperaba que Mirya supiera algo más de lo que ella sabía acerca de los planes de los Hulmaster.

—Me temo que no —respondió—. Hablamos brevemente antes de que él y Sarth atacaran el templo. Geran no se ha dado por vencido en su lucha por Hulburg y pretende desafiar a Marstel dentro de poco. Pero no tengo ni idea de dónde está ahora.

La mujer la estudió en silencio. A continuación, preguntó, cautelosa:

—¿Te gustaría tener noticias tuyas? Podría realizar una adivinación para ti, si lo

deseas. Mis propias visiones son confusas, pero tú estás mucho más cerca de Geran Hulmaster; creo que los resultados serían bastante mejores en tu caso.

Mirya dudó, sopesando la decisión. Temía aceptar más ayuda de Sennifyr, pero por otro lado se dio cuenta de que estaba ansiosa por saber si Geran había escapado de Hulburg o no. Marstel habría hecho correr la noticia a los cuatro vientos si sus soldados hubieran capturado o hubieran matado a Geran, pero era posible que éste estuviera escondido y no pudiera abandonar la ciudad ahora que las fuerzas del harmach estaban capturando a todos los que le eran leales. Quizá necesitara algún tipo de ayuda...

—Está bien —dijo por fin—. Estoy dispuesta.

Sennifyr asintió. Se volvió hacia la mesita, sirvió una taza de té y se sacó un pequeño vial de la manga; entonces, añadió al té un par de gotas del oscuro líquido que contenía. Murmuró las palabras de un conjuro y removió el té con cuidado. Mirya notó cómo algo tomaba forma en la habitación oscurecida, como si las sombras se estiraran, o simplemente la luz estuviera disminuyendo. Después, la mujer alzó la taza y se la ofreció a Mirya.

—Toma, bébete esto. Serás capaz de ver durante un corto período de tiempo.

Mirya cogió la taza y bebió a grandes sorbos el dulce té negro. Tenía un ligero sabor aceitoso y parecía habersele pegado a los dientes y la lengua. Los vapores le llenaron la nariz y se sintió algo aturdida.

—Bien —dijo suavemente Sennifyr—. Ahora cierra los ojos, querida, y piensa en tu guapo lord. Concéntrate en el rostro de Geran, en el interior de tu mente, en el sonido de su voz, en el color de sus ojos, en la forma de su boca.

Hizo lo que Sennifyr le decía, recuperando de entre sus recuerdos el rostro de Geran. Se lo imaginó de pie frente al mostrador de Erstenwold en una tarde soleada, con una leve sonrisa bailando en las comisuras de su boca mientras escuchaba cómo ella le contaba alguna de las travesuras de Selsha. Era un recuerdo de varias semanas antes de descubrir los planes de su primo, unos breves días de despreocupación veraniega, cuando parecía que lo único que iba mal en Hulburg ya estaba arreglado. Entonces, sintió cómo el poder de la magia de Sennifyr comenzaba a hacer efecto; el recuerdo sencillamente se desvaneció en la oscuridad, y ella intentó seguirlo a tientas. En su lugar, encontró una confusa maraña de imágenes de Geran correspondientes a múltiples instantes, que apenas duraban un suspiro antes de volver a desvanecerse para dar paso a la siguiente. Meneó la cabeza y trató de fijar las visiones parpadeantes en su mente.

Geran estaba haciendo el amor con una mujer de cabellos dorados; vio sus cuerpos entrelazados a la luz de las velas en una habitación oscura.

Mirya, aturdida, sólo pudo mirar; en un momento en que él cambió de postura y retrocedió un instante, vio a Nimessa Sokol con los ojos entrecerrados. De algún

modo, Mirya supo que estaba viendo algo que había ocurrido no hacía mucho... Supuso que se debía a la magia de la adivinación. «¿Se ha acostado con Nimessa? — pensó débilmente—. ¿Cómo ha podido?» Notó como empezaba a invadirla un dolor en el pecho que le resultaba familiar, y apretó los brazos contra el cuerpo. Se obligó a apartar la vista, horrorizada al haberse encontrado con un momento tan íntimo, y la visión desapareció de su mente. A continuación, vislumbró una imagen de Geran vestido con los colores de un soldado de Sokol, trotando a lomos de un caballo mientras cabalgaba junto a una caravana que abandonaba Hulburg por el camino de la costa. Dos guardias grises observaban impasibles mientras él pasaba por delante; ni se movieron.

—Consiguió huir de Hulburg —murmuró.

Sennifyr no respondió.

Ahora veía a Geran de pie, con una capa hecha jirones ondeando al viento, junto a la barandilla de una carabela mercantil que subía y bajaba sobre las olas de un mar plomizo, mientras la espuma del mar los rociaba cada vez que la proa descendía. En esa ocasión tuvo la certeza de que estaba viendo algo que ocurría al mismo tiempo que lo veía.

—Está en el mar —dijo—, pero no sé hacia dónde se dirige.

El puerto de Hulburg todavía tenía hielo, así que debía estar yendo hacia otra ciudad del Mar de la Luna. Una costa gris se elevaba entre la niebla y la lluvia más adelante, pero antes de que pudiera distinguir nada más, la visión se desvaneció y fue sustituida por otra.

Entonces vio a Geran luchando en algún lugar extraño y sombrío, una gran sala de piedra donde lo acosaba una marea de guerreros fantasmagóricos que surgían de la oscuridad. Blandía una espada negra en una mano, y su boca pronunciaba en silencio las palabras de un conjuro.

—Ahora está luchando en un lugar oscuro —dijo.

Mirya extendió las manos hacia él, percibiendo el peligro en el que estaba, pero entonces se dio cuenta de que lo que estaba viendo aún no había ocurrido. La imagen comenzó a parpadear, y ella lo llamó, esperando ver un poco más.

—¡Geran, espera!

—No puede oírte, querida —dijo Sennifyr.

Mirya parpadeó, dándose cuenta de que las visiones habían terminado. Se puso de pie rápidamente, tratando aún de encontrarle algún sentido a lo que acababa de ver. Geran estaba a salvo, por ahora, pero pronto lo acecharía un terrible peligro... Sin embargo, la visión que no podía quitarse de la cabeza era la de Geran entre los brazos de Nimessa. Se dijo que no era asunto suyo. ¿Por qué debía importarle? No tenía ningún derecho sobre él, ni él sobre ella. Pero si eso era cierto, entonces, ¿por qué le dolía el corazón como si le hubieran clavado un cuchillo? «Mirya, niña estúpida —se

dijo—, has vuelto a enamorarte de él, y ésa es la razón por la que tu corazón se está rompiendo. ¡Estúpida, estúpida!»

Sennifyr la observó atentamente.

—Mirya, querida, ¿qué ocurre? ¿Algo va mal?

—Te..., tengo que irme —respondió Mirya, que cogió la capa del perchero donde la había colgado Lana y salió corriendo de la mansión hacia el aire frío y límpido del exterior.

TRECE

13 de Alturiak, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Tras nueve duros días de viaje, Geran, Hamil y Sarth llegaron a las afueras de Myth Drannor. Habían navegado desde Thentia a bordo de un barco mercantil de la Doble Luna; al contrario que en el de Hulburg, en el puerto de Thentia no se formaba hielo durante el invierno. Aun así, había que soportar un duro viaje de tres días cruzando el Mar de la Luna con vientos del oeste. En la ciudad de Hillsfar compraron caballos y provisiones para realizar un viaje por tierra, en dirección sur, por la carretera del Mar de la Luna. Los ciento sesenta kilómetros de recorrido a caballo se les hicieron más cansados de lo que Geran recordaba por culpa de las intensas nevadas, el frío y la humedad, pero al menos no se habían topado con bandidos o monstruos; al parecer, el mal tiempo los había hecho retirarse a sus guaridas, dejando las carreteras despejadas para aquellos lo bastante insensatos como para viajar en tales condiciones. Pasaban las noches acurrucados alrededor de una hoguera, bajo los poderosos troncos de los árboles, intentando mantenerse calientes.

El noveno día de viaje, a media tarde, Geran se encontró con que los interminables bosques que rodeaban la carretera élfica empezaban a parecerle familiares. Lo invadieron recuerdos que hacía tiempo que había enterrado en su memoria. Acortó las riendas e hizo detenerse a la montura —un imponente caballo castrado de color gris— en medio de la carretera cubierta de nieve, y permaneció allí sentado e inmóvil mientras seguía nevando, aferrándose a su capa de lana y a las crines del caballo. En los bosques reinaba el silencio, y la nieve amortiguaba los sonidos de los cascos de los caballos de sus compañeros, con lo cual sólo se oía el leve crujido del cuero y los resoplidos de los animales. Sin siquiera darse cuenta, se inclinó hacia delante, tratando con todas sus fuerzas de oír algo que no acababa de venirle a la mente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hamil, deteniéndose junto a él.

Sarth, que iba un poco por delante, miró por encima de su hombro y también se detuvo.

Geran se quedó mirando el bosque nevado que los rodeaba.

Reconocía el lugar.

—Vi por primera vez a Alliere y a Rhovann en este mismo lugar —dijo—. Hace poco más de siete años, creo. También era invierno aquella vez..., la víspera del solsticio de invierno..., y pude oír a los elfos cantando el *Miiraeth len Fhierren*. —Se sacudió, levantando la mano para quitarse la nieve de las pestañas, y de paso deshacerse de los recuerdos—. Queda aproximadamente kilómetro y medio para la

ciudad.

—¡Bien! —respondió Hamil—. Estoy completamente preparado para una comida caliente y una cama cálida esta noche.

—Igual que yo —dijo Sarth.

El hechicero se había opuesto de manera vehemente a completar la tarea de Esperus, pero una vez que Geran lo hubo decidido, tuvo que acceder a regañadientes a acompañar a Geran y a Hamil para poder ver por sí mismo las páginas perdidas del *Infiernadex* antes de que el lich tomara posesión de ellas. Geran había accedido a destruir las páginas si contenían alguna tradición o ritual que pareciera demasiado peligroso, antes que hacer un trato con el Rey de Cobre (una alternativa que esperaba no tener que llevar a cabo, ya que no había manera de saber cómo reaccionaría Esperus ante semejante negativa).

Hamil espoleó el caballo y se puso nuevamente en marcha, pero Geran dudó un instante. Aquél era el punto de no retorno; si seguía adelante, estaría desafiando la sentencia de la Coronal. Aún no estaba del todo preparado para pasar por alto todas sus dudas.

Sarth echó un vistazo a su alrededor, para asegurarse de que estaban solos, y después le habló a Geran:

—No tienes por qué seguir adelante —dijo—. Hamil y yo podemos encontrar las páginas que quiere Esperus. No es necesario que te arriesgues a provocar la ira de la Coronal.

El mago de la espada meneó la cabeza.

—Podría llevaros meses ganaros la confianza de la gente, y no podemos permitirnos tardar mucho. Todavía tengo amigos aquí, o eso creo. Pero a partir de este momento, me llamo Aram, y tan sólo soy un hombre de armas de la Vela Roja que está aquí para proteger al señor Hamil de cualquier peligro que pueda presentarse por el camino.

Geran iba vestido acorde con su papel: una cota de escamas, la sobrevesta roja con la línea amarilla en diagonal, un poco de pigmento para dar profundidad a la mirada y una gruesa perilla al estilo de Vastar. Su espada élfica iba disfrazada en otra vaina, y la empuñadura de mitril había sido cubierta con una simple tira de cuero. Probablemente hubiera sido mejor dejar el arma en Lasparhall, pero largo tiempo atrás se la había dado la mismísima Coronal Ilsevele, y si las cosas salían mal, esperaba que eso ayudara a recordarles a los elfos el servicio que le había prestado a su reina años atrás.

Hamil se dio cuenta de que Geran todavía no se había vuelto a poner en marcha, y se detuvo de nuevo. Miró a Sarth, y después se volvió sobre la silla para mirar al mago de la espada.

—Nunca has hablado mucho acerca de los años que pasaste en Myth Drannor —

le dijo a Geran—. Creo que ahora sería buen momento para escuchar tu historia. ¿Qué fue lo que te ocurrió aquí?

Geran permaneció sentado en silencio sobre la silla, planteándose si responder o no. Durante muchos meses, había hecho todo lo posible por olvidar la vida que había llevado en el reino élfico, ya que no quería que los recuerdos siguieran atormentándolo. Pero estaba claro que Hamil y Sarth merecían saber si corrían algún riesgo en la Ciudad de la Canción asociándose con él. Y era posible que ya estuviera preparado por fin para deshacerse de aquella carga, arrancándola de lo más oscuro de su corazón para sacarla nuevamente a la luz.

Vio que sus compañeros estaban esperando una respuesta, y suspiró.

—Vine aquí en Nightal, en el año de la Revuelta Hereje —comenzó—. Había pasado cosa de un año y medio tras la disolución de la Compañía del Escudo del Dragón y nuestra posterior incorporación a la Vela Roja. Me sentía inquieto en Tantras. Supongo que mi corazón todavía no se había acostumbrado a la actividad comercial: echaba de menos a los Escudos del Dragón, y me sentía como si aún estuviera buscando una causa digna de mi espada. En fin, algunos asuntos de la Vela Roja me llevaron a Harrowdale, y mientras estaba allí, intervine en una lucha entre un elfo —un cantor de la espada— y una banda de asesinos de Netheril. El cantor de la espada era muy bueno, pero tenía muchas cosas en su contra, y los netherilianos luchaban con espadas y hechizos oscuros. Yo era un buen espadachín en aquella época, mejor que la mayoría, pero aquella pelea me venía grande, y lo sabía. Aun así, elegí bien el momento, y mi aparición inclinó bastante la balanza. El cantor de la espada y yo conseguimos matar a unos cuantos netherilianos e hicimos huir al resto.

»Después mantuve una larga conversación con el tipo al que había ayudado. Era un elfo del sol llamado Daried Selsherryn, un maestro cantor de la espada de Myth Drannor. Me dijo que creía que yo tenía potencial, especialmente porque había realizado algunos estudios arcanos durante mi estancia con los Escudos del Dragón. Daried se ofreció a enseñarme más acerca de su arte como agradecimiento por haberlo ayudado. —Geran sonrió al recordar aquella tarde—. Pensé que ya sabía todo lo que necesitaba saber acerca de la esgrima, y me sentí algo ofendido ante la idea de no dar la talla. Pero había percibido la magia que Daried y sus enemigos netherilianos habían utilizado unos contra otros (supongo que siempre he tenido habilidad para ello), y me sentí intrigado, muy a mi pesar. Además, siempre había querido ver Myth Drannor, desde que era un niño. Cuando terminé con los asuntos de la Vela Roja, le envié una nota a Hamil explicándole que me retrasaría un par de semanas...

—Te retrasaste unos cinco años, al parecer —murmuró Hamil.

—Así que cabalgué hacia el oeste por los bosques, con la vaga idea de estudiar unos días con Daried y adquirir conocimientos básicos. Por supuesto, el bosque es un lugar oscuro y salvaje hacia el este, así que perdí mi montura en las fauces de un

hambriento terrarón. Finalmente, llegué a pie, congelado y hambriento tras varios días de marcha.

»En este mismo lugar me detuve a escuchar el sonido de los cantos élficos que se podían oír entre los árboles. —Geran señaló con la cabeza el pequeño claro en que se encontraban—. Y mientras estaba aquí de pie, escuchando, apareció la mujer más hermosa que había visto jamás: Alliere Morwain, de la Casa Moiwain. Ella y Rhovann Disarnnyl, que la estaba cortejando, habían salido a dar un paseo en trineo por los bosques nevados. Alliere se apiadó de mi precario estado y me ofreció la hospitalidad de su hogar. Me enseñó la ciudad, y por supuesto, jamás había visto nada igual. Pronto me reencontré con Daried, y en tres días aprendí que no tenía ni idea de esgrima ni de magia.

—Entonces, ¿Daried te enseñó la magia de la espada? —preguntó Sarth.

Geran asintió.

—Estudí con él cada día durante meses. Por las tardes exploraba la ciudad junto a Alliere, escuchando a los maestros bardos mientras recitaban en las cañadas iluminadas por faroles, bailando en las tabernas, yendo al teatro y vagando por las tiendas del mercado de la ciudad. Cuando ya había aprendido suficiente magia de la espada como para volver a recuperar algo de confianza en mí mismo, y bastante élfico como para no avergonzarme, fui a la corte de la Coronal y le ofrecí mi espada. Ella aceptó, y me convertí en miembro de su guardia. No eligen a muchos de entre las otras razas, pero Daried y Alliere le hablaron bien de mí, y además provengo de una familia noble, sea como sea. Mi conocimiento de las tierras que estaban más allá del bosque me convirtió en alguien útil como explorador o espía, así que a menudo me aventuraba en tierras extranjeras cuando los guardias necesitaban hacer algo fuera de Myth Drannor. Y durante ese tiempo, me enamoré de Alliere. —Geran hizo una pausa, perdido en sus recuerdos.

—Creo que por fin entiendo por qué te quedaste tanto tiempo —dijo Hamil.

Geran se encogió de hombros.

—Myth Drannor es un lugar extraño, apartado del paso del tiempo. El tiempo no afecta a los elfos de la misma manera que al resto de nosotros, claro, pero hay algo más que eso. Es como vivir en un sueño. Los señores son tan espléndidos, las damas tan hermosas, las canciones tan bellas... Hay días de trabajo duro, y de dolor, pero son pocos y están muy espaciados. Cuanto más permaneces aquí, más te pierdes en el sueño. Y yo estuve perdido durante años.

—¿Cómo terminó? —preguntó Sarth con voz queda.

El mago de la espada hizo una mueca de dolor.

—Un duelo —dijo—. Rhovann y yo nos convertimos en rivales por el amor de Alliere. Creo que ella me prefería a mí, pero se conocían desde antes incluso de mi nacimiento, y sus familias deseaban que se casaran. Quizá ni siquiera era consciente

de sus propios sentimientos. En cualquier caso, Rhovann empezó a tener celos de mí, y a mí, por supuesto, él tampoco me gustaba demasiado. No sabría decir si realmente amaba a Alliere o simplemente la consideraba como algo suyo, pero jamás desperdiciaba una ocasión para hacerme saber lo que pensaba de mí. Lo desafié a un duelo, y aceptó.

»Se suponía que sería una competición de habilidad, pero desde el principio quisimos hacernos daño. Conseguí superar a Rhovann y le arranqué la varita de la mano, pero él no quiso rendirse.

Geran cerró los ojos, recordando las hojas cubiertas de escarcha bajo sus pies, el entrecuchar y el ruido atronador de los conjuros golpeando contra conjuros de escudo, y el brillo del acero en su mano.

—En ese momento, algo se apoderó de mí, una rabia oscura que sólo he sentido un par de veces en mi vida. Rhovann volvió a coger la varita, y le corté la mano, sabiendo muy bien lo que hacía. Y le habría hecho mucho más daño si Daried no me hubiera detenido.

»La Coronal Ilsevele me desterró por batirme en duelo con Rhovann y mutilarlo deliberadamente. Descubrí más tarde que Rhovann también había sido desterrado diez días después, ya que descubrieron que había estado estudiando artes mágicas prohibidas en Myth Drannor. Pero Alliere se quedó horrorizada. No soportaba siquiera mirarme después de lo que le había hecho a Rhovann. —Suspiró y abrió los ojos, fijando la mirada en la carretera cubierta de nieve que se extendía ante ellos—. Ésa es la historia. No he vuelto a ver a Alliere desde ese día. Volví a Tantras cinco años después de haberme ido, y Hamil fue tan amable de volver a hacerme sitio en la Vela Roja.

Espoleó el caballo y avanzó a buen paso. Hamil y Sarth lo siguieron, y los tres compañeros cabalgaron en silencio durante un rato. Después, Hamil preguntó:

—Exactamente, ¿de qué clase de destierro hablamos?

—Se supone que no me puedo adentrar en los dominios de la Coronal, lo cual incluye la ciudad y los bosques circundantes. Normalmente, se considera que es cualquier zona a un día de viaje a caballo desde el palacio de la Coronal. No sabría decir qué castigo me impondría Ilsevele por incumplir mi exilio. ¿Ir a prisión? ¿Un geas? —Se encogió de hombros—. Sinceramente, espero pasar desapercibido para ella.

La carretera rodeaba una colina baja y llegaba hasta un ancho lago para recorrer la orilla. Al revés que gran parte de la población que estaba al otro lado, el lago y los sólidos edificios exteriores tenían menos de un siglo, ya que se habían añadido nuevas defensas para proteger la imponente y antigua ciudad. Geran había oído que no habían cortado ni un solo árbol para despejar el amplio espacio abierto de los hermosos lagos que ahora rodeaban la ciudad; habían usado algún tipo de magia de

los bosques para mover los árboles, con raíces y todo, a nuevos lugares, y habían creado una especie de foso con una anchura considerable para proteger la ciudad de cualquier ataque enemigo. Los istmos que unían la ciudad con las tierras circundantes estaban custodiados por torres blancas, cuyas paredes tenían la forma de delicados arcos ojivales llenos de tallas con escenas del bosque; pero por lo demás la ciudad no tenía murallas. Muchos de los elfos a los que Geran conocía lamentaban el hecho de que la ciudad hubiera quedado separada del bosque por sus defensas, pero a él siempre le había parecido que los lagos formaban una hermosa muralla para la ciudad; en los días de calma, las increíbles torres y cúpulas se reflejaban perfectamente en aquel anillo de agua.

—Una maravilla —dijo Sarth en voz baja, asimilando la visión de las esbeltas torres.

Geran asintió, mostrándose de acuerdo.

—¡Ojalá os pudiera enseñar más cosas! Es una lástima visitar Myth Drannor con prisas. Pero supongo que será mejor, ya que probablemente debería evitar mis propios fantasmas.

A pesar de que había vivido durante años en aquella ciudad, Geran seguía viéndola igual de hermosa.

Continuaron por la carretera mientras giraba de nuevo hacia la población, pasando por una estrecha franja de tierra que dividía dos de los lagos y llegaba hasta una de las torres, una garita solitaria custodiada por soldados elfos que vestían largas cotas de malla plateada.

—Es tu última oportunidad —le susurró Hamil—. Para que lo sepas, pienso desentenderme totalmente de ti si te descubren.

Uno de los elfos avanzó, alzando la mano mientras los viajeros se aproximaban.

—Alto, identifícaos —dijo con voz clara—. ¿Quiénes sois y qué os trae a Myth Drannor?

Geran se quedó mirando, horrorizado, al capitán de la guardia. Era Caellen Dissarnyl, un pariente de Rhovann. No era alguien a quien conociera muy bien, pero desde luego él conocía a Geran de vista, especialmente después de que la rivalidad con Rhovann empeorase. Se esforzó por no hacer caso al impulso de echarse la capucha sobre los ojos y ocultar el rostro ante el capitán; lo último que quería era parecer tan nervioso como, de hecho, estaba. Se recordó a sí mismo que no lo había visto en varios años, y que antes iba bien afeitado y vestía ropa élfica, mientras que ahora llevaba una pesada armadura. Antes de que el capitán lo mirase, Geran dirigió su atención a la garita y las torres que había detrás, fingiendo quedarse embobado al ver la ciudad elfa. Podía ser que Caellen lo reconociera, o quizá no; nada en lo que pudiera pensar en ese momento reduciría las posibilidades sin llamar además la atención del capitán.

—Soy Hamil Alderheart de Tantras —respondió Hamil al capitán—. Se podría decir que especulo con la venta de antigüedades y encantamientos. Éste es Sarth Khul Riizar, un hechicero a mi servicio, y mi guardaespaldas Aram Kost. He venido a Myth Drannor para consultar con vuestros sabios acerca de algunos artefactos mágicos que me han llamado la atención.

—¿Antigüedades, dices? —El capitán miró ceñudo a Hamil—. Según mi experiencia, eso equivale a saquear los viejos palacios y los tesoros de mi gente. ¿Eres consciente de que no puedes entrar en ninguna de las viejas ruinas o cámaras de Myth Drannor sin un permiso por escrito del agente de la Coronal?

—¡Por supuesto! —dijo Hamil—. No suelo jugarme el cuello con esas tonterías; pago a otros para que lo hagan por mí. Simplemente estoy aquí para investigar. Las bibliotecas de Myth Drannor son las mejores al norte del Mar de las Estrellas Caídas; esperaba que pudieran tener algo de información relacionada con los artefactos que ya he mencionado. Me ahorraría mucho tiempo y molestias.

Caellen estudió el rostro de Hamil unos instantes; y después miró a Sarth con el ceño fruncido. Los tiflins no eran muy comunes en la mayoría de las ciudades; la piel rojiza de Sarth, sus cuernos curvos y su cola llena de pinchos sugerían un temperamento oscuro.

—Hay poderosas protecciones mágicas en la ciudad contra criaturas que proceden de otros planos —le dijo al tiflin—. Simplemente te estoy advirtiendo de que no sé lo que pasaría si entrases a la ciudad.

Sarth hizo un gesto de asentimiento.

—Estoy al tanto de tales medidas. En mi caso, varias generaciones me separan de mis... antepasados, y comparto poco más con ellos que un ligero parecido físico. No debería provocar ninguna respuesta por parte de vuestro mythal.

Caellen se encogió de hombros, como si estuviera diciendo: «Lo veremos en unos segundos». Entonces, dirigió su atención hacia Geran. Frunció brevemente el entrecejo, y el mago de la espada se preguntó si eso que había visto era un destello de reconocimiento en los ojos del capitán. Pero en ese mismo instante, Hamil carraspeó y dijo:

—Ésta es la primera vez que visito vuestra ciudad. ¿Me puedes recomendar una posada confortable, que no sea muy cara, para alojarme unos cuantos días?

Caellen volvió a mirar al halfling, olvidándose de Geran durante un instante. El mago de la espada se permitió dejar escapar un pequeño suspiro de alivio.

—Muchos viajeros hablan bien de La Casa de los Cisnes —respondió—. La encontrarás a unos doscientos metros más adelante, en la margen derecha de la avenida. Madame Ysiere también puede ocuparse de presentarte a los bibliotecarios de la escuela de magos.

—¡Excelente! —dijo Hamil.

El capitán elfo se apartó a un lado e hizo una breve inclinación de cabeza; Hamil espoleó el poni y atravesó la puerta. Sarth lo siguió, al igual que Geran. Se dio cuenta de que Caellen y los demás guardias observaban con atención a Sarth para ver si éste experimentaba alguna dificultad al penetrar las defensas mágicas de la ciudad. «Bueno, es un modo de desviar las sospechas, —pensó—. Si viajas con un tiflin, nadie te mirará dos veces».

Hamil miró por encima del hombro a Geran y le habló por vía telepática, como solían hacer los suyos.

—*¿Esa Casa de los Cisnes es adónde querías ir?* —preguntó.

—*Servirá* —contestó, manteniendo la mirada fija en los ojos de Hamil, puesto que era la única manera de que éste pudiera leer su respuesta—. *Es el tipo de lugar en el que se alojaría un mercader, aunque no es demasiado barato, si la memoria no me falla.*

El halfling asintió, y volvió a prestarle atención a la ciudad. Myth Drannor parecía más la villa de un gran noble que una ciudad; las calles recibían la sombra de árboles que tenían cientos de años, y los edificios que encontraban a su paso —suntuosas torres, mansiones majestuosas flanqueadas por esbeltas columnatas y casas elegantes— estaban bastante apartados de las calles en sí, entre árboles y jardines. Incluso los talleres y los establecimientos mercantiles eran soportales abiertos de piedra blanca, decorados con delicadas tallas en forma de hojas y flores. Geran no conocía ninguna otra ciudad tan hermosa en Faerun y percibió el asombro creciente de sus acompañantes a medida que se adentraban en la ciudad de los elfos. Había bastante gente yendo de un lado para otro, inmersa en sus tareas diarias, pero las calles apenas estaban atestadas. La mayoría de los viandantes eran elfos de la luna o del sol que normalmente saludaban a los viajeros con un educado movimiento de la cabeza o una leve sonrisa, pero había gente de otras razas entre los elfos: humanos, halflings e incluso uno o dos enanos. Los elfos acogían bien a los comerciantes, a los artistas y a los estudiantes de otras razas, aunque los vigilaban de cerca, y muy pocos tenían permiso para establecerse en Myth Drannor. Después de callejear un rato, llegaron a una hermosa villa con vistas a la parte norte del lago que rodeaba la ciudad. Había una losa de piedra junto al camino que tenía tallados unos glifos en espruar bajo la imagen de un cisne nadando.

—Es aquí —les dijo Geran a sus compañeros.

La Casa del Cisne era cara, tal y como Geran recordaba, pero los tres compañeros alquilaron una habitación con vistas al lago y dejaron sus monturas en el pequeño establo de la posada. Había otros sitios a los que Geran podría haberlos llevado, pero eran lugares donde lo conocían mejor, y sabía que era más prudente evitar sus viejos fantasmas. Se quitaron la polvorienta ropa de viaje y se pusieron algo más elegante, tras lo cual aprovecharon el almuerzo que les ofrecía la posada: una comida ligera

consistente en fruta, queso y pan.

—Hasta aquí hemos llegado —comentó Hamil cuando terminaron. Normalmente, una buena comida hacía maravillas en su carácter—. Ahora, ¿qué tal si vamos a buscar ese manuscrito que estamos buscando? ¿Conoces el lugar que mencionó Esperus?

—No, no lo conozco —respondió Geran—. Muchas de las viejas ruinas de la ciudad han sido cubiertas por edificios nuevos, y sospecho que el Irithlium podría ser uno de ellos. Tendremos que averiguar dónde se halla, y ver si podemos introducirnos en las ruinas sin que nos vean.

—Corrígeme si me equivoco —dijo Sarth, frunciendo el entrecejo—, pero creo recordar que el capitán que estaba a las puertas nos advirtió expresamente de que no debíamos rondar las ruinas sin permiso de la Coronal. Me sentiría mucho mejor si cumpliéramos la ley a este respecto.

—Por desgracia, no creo que eso sea posible —dijo Geran—. En primer lugar, nos podría llevar semanas obtener un permiso por escrito. Existen cosas peligrosas que aún siguen selladas en varias de las cámaras que hay bajo la ciudad, y los elfos se aseguran bien de no permitir que nadie desactive las protecciones mágicas que han creado para mantenerlas encerradas. En segundo lugar, y quizá sea lo más importante, la Guardia de la Coronal podría perfectamente confiscar cualquier cosa que saquemos de allí, como por ejemplo las páginas del *Infiernadex*.

El tiflin no pareció muy convencido, pero tuvo que aceptarlo. Hamil se sirvió un trozo de manzana que quedaba en la bandeja y volvió a mirar a Geran.

—No me gusta la idea de cosas peligrosas selladas en cámaras, pero aparte de eso, tu razonamiento parece tener sentido. ¿Qué probabilidades hay de que hagamos lo que dices sin que nos pillen con las manos en la masa? ¿Y cómo vamos a encontrar ese lugar, el Irithlium?

—Nuestra suerte depende de dónde esté situado exactamente el Irithlium. Si está en las afueras de la ciudad, habrá muchas probabilidades de que pasemos desapercibidos. Si no es así, tendremos que depender de los conjuros de invisibilidad de Sarth o de algún otro modo de entrar y salir —contestó Geran—. Y respecto a lo de averiguar el sitio donde está la cámara, bueno, tengo intención de preguntar.

Cogió un trozo de pergamino del escritorio que había en el vestíbulo de la habitación y escribió una pequeña nota con la pluma. Sopló para secar la tinta, enrolló la nota en un tubito, y lo cerró con un poco de cera de vela. A continuación, fue hacia la ventana de la habitación, la abrió y emitió un largo y vibrante silbido. Sarth y Hamil lo miraron como si hubiera perdido la cabeza, pero él simplemente sonrió y repitió el silbido. Un instante después hubo un repentino batir de alas en el alféizar, y apareció un pequeño pájaro cantor de plumas azules. Pió una sola vez.

Geran le puso suavemente en la pata el rollo de papel y le dijo en élfico:

—Por favor, llévale esto a Daried Selsherryn. Seguramente lo encontrarás en la Casa Selsherryn o en la Sala de la Espada de la Estrella.

El pájaro pió de nuevo y se alejó volando mientras sujetaba la nota.

—¿Acabas de hablar con ese pájaro cantor? —preguntó Hamil, asombrado—. ¿Cuándo diablos aprendiste a hacer eso?

—No se trata de lo que yo aprendí a decir, sino de que han enseñado a los pájaros a escuchar.

Geran se quedó mirando por la ventana hasta que el pájaro se perdió de vista, sonriendo a costa de sus amigos. A continuación, se apartó y cogió su capa.

—Vamos, tenemos una buena caminata por delante.

CATORCE

13 de Alturiak, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Estaba anocheciendo, y una fría niebla flotaba sobre las aguas del lago Glaerryl. La suave nevada del día había concluido por fin y había sido reemplazada por una espesa bruma; de vez en cuando, las altísimas copas de los árboles de la orilla opuesta del lago emergían de los vapores flotantes como si fueran torres de un enorme castillo. Geran, Sarth y Hamil esperaban al abrigo de una elegante pérgola que se alzaba sobre una isleta en medio de las oscuras aguas, conectada con la orilla que estaba a sus espaldas por un esbelto puente. La luz menguaba, y las torres y las cúpulas de la ciudad élfica ya no eran visibles; por lo que sabían, no estaban a menos de ciento sesenta kilómetros de Myth Drannor.

Hamil cubrió su cuerpecillo con la capa y se estremeció. Procedía de las tierras que estaban al sur del Mar de las Estrellas Caídas, y no le gustaban nada los inviernos del norte. Miró a Geran, que estaba envuelto en su propia capa a poca distancia de él, con expresión ceñuda y dijo:

—¿Te das cuenta de que no hay manera de huir de esta pequeña isla? Si tu amigo sufre un ataque de mala conciencia, estaremos atrapados aquí como zorros en su guarida.

—No le revelé gran cosa en la nota que le envié —contestó Geran.

El mago de la espada dudaba de que Daried lo fuera a entregar a la Guardia de la Coronal sin antes verlo, pero podía entender que Hamil no tuviera la misma confianza que él en su viejo mentor.

—Pero si nos descubrieran, bueno, las probabilidades de escapar de Myth Drannor no serían tampoco muy buenas. Teniendo en cuenta eso, pensé que debíamos elegir un lugar donde pudiéramos hablar en privado.

—Viene alguien —dijo Sarth.

Geran intercambió una mirada con sus amigos, y los tres se volvieron hacia el puente; él retrocedió un paso para ocultarse detrás de Sarth en el caso de que hubiera alguien más aparte de Daried que pudiera reconocerlo. Oyó el ruido de unos pasos ligeros sobre las tablas de madera, y una silueta alta y esbelta, ataviada con ropa blanca y gris perla, apareció a través de la niebla: un espadachín elfo de cabellos dorados, cuyos ropajes estaban bordados en hilo de plata con diseños de hojas y vides. El elfo del sol se detuvo, con la mirada brillante e inquisitiva, mientras estudiaba primero a Sarth y luego a Hamil.

—No os conozco —dijo en voz alta—. ¿Quiénes sois, y por qué habéis preguntado por mí?

Geran dio un paso al frente y dejó caer la capucha que le cubría la cabeza.

—Me alegra verte, Daried —dijo—. Veo que te llegó mi nota. Lamento no haber dado mi nombre, pero me pareció más prudente permanecer en el anonimato.

Daried enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Geran? —dijo—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Todavía estás bajo el arbitrio de la Coronal! ¿Te has vuelto loco?

—No, sólo estoy desesperado. Me temo que necesitamos tu ayuda. —Geran señaló a Hamil, y después a Sarth—. Éste es mi viejo colega de los Escudos del Dragón, Hamil Alderheart. Recordarás que te hablé de él en varias ocasiones. Y éste es Sarth Khul Riizar, un hechicero de gran talento y un nuevo amigo. Hemos vivido muchos peligros juntos en el Mar de la Luna en los últimos meses. Hamil, Sarth, permitid que os presente a lord Daried Selsherryn, mi tutor en la magia de la espada.

—Un placer —dijo educadamente el elfo del sol, inclinando un instante la cabeza. Pero volvió con rapidez a posar la mirada sobre el rostro de Geran—. Geran, debes marcharte de inmediato. Si te cogen desafiando las leyes de la Coronal, las consecuencias podrían ser terribles. ¡Tan sólo poniendo el pie aquí ya estás arriesgando tu vida! Además me pones en un verdadero aprieto.

—Lo sé. No pretendo pasar aquí un minuto más de lo necesario. Pero, como ya he dicho, tengo una tarea urgente que llevar a cabo en Myth Drannor.

El elfo lo miró con expresión ceñuda.

—¿Qué podría ser tan urgente como para que desobedezcas abiertamente la voluntad de la Coronal?

—Hay un fragmento de un libro mágico escondido en algún lugar de las ruinas de la ciudad. Es de vital importancia que lo recupere...; cuanto antes, mejor.

—¿Así que no sólo pretendes desafiar su edicto de exilio, sino que además piensas quebrantar las leyes contra el saqueo de las ruinas?

Geran se encogió de hombros.

—Ya no me puedo meter en muchos más problemas con la Coronal.

—No, pero tus amigos sí —señaló Daried.

El elfo se llevó la mano a la cabeza y fue hacia la balaustrada que daba al lago. Geran esperó, permitiéndole reflexionar acerca de todo ello. Tras un largo instante, Daried suspiró y volvió a mirarlo.

—¿Para qué necesitas el libro?

—Para derrotar a Rhovann.

—¿Ambos estáis en el exilio, y aun así le sigues guardando enemistad? —Daried meneó la cabeza—. ¿Es que no lo dejaréis nunca?

—No, te estás haciendo una idea equivocada —respondió Geran—. Cuando abandone Myth Drannor, ya no quise saber nada más de Rhovann. Habría sido muy feliz si no hubiera vuelto a verlo nunca. Pero Rhovann llegó a Hulburg en secreto

hace cinco meses y organizó el derrocamiento de mi tío, el harmach. Ahora gobierna Hulburg a través de una marioneta, mientras mi familia y yo hemos sido expulsados. —Geran bajó la vista hacia las losas mojadas de la pérgola, pero se obligó a terminar—. Mi enemistad con Rhovann le ha costado a mi familia el reino en el que han gobernado durante siglos. Tengo que deshacer lo que ha hecho y devolver las cosas a la normalidad. Y para ello necesito las páginas que faltan del libro.

—Es cierto —añadió Hamil—. Rhovann se alió con los enemigos de Hulburg: mercenarios, piratas, esclavistas e incluso sacerdotes de Cyric. Geran ni siquiera sabía que Rhovann estaba conspirando en su contra hasta que depusieron al harmach Grigor.

—Te creo, señor Hamil —respondió Daried—. Geran siempre ha sido sincero. Y Rhovann Disarnnyl siempre tuvo cierta tendencia a guardar rencor, cosa que debe de haber empeorado por culpa de la indignidad de su exilio, sin importar que se lo haya ganado a pulso. Pero hay verdades que son difíciles de aceptar, y ésta no me gusta demasiado. —El elfo se volvió hacia la orilla cubierta por la bruma para asegurarse de que no había nadie cerca, y miró nuevamente a Geran—. Muy bien, ¿qué sabes acerca del libro que buscas?

—Es un fragmento de un libro llamado *Infiernadex*, que hace tiempo fue propiedad de Esperus, el rey mago de Thentur. Nos han contado que está en las cámaras que hay bajo el Irithlium. Jamás he oído hablar de ese lugar, pero esperaba que tú supieras más.

El elfo del sol asintió.

—Hace tiempo fue una escuela de magos, en los días que precedieron a la Guerra de las Lágrimas. Estaba en ruinas cuando retomamos la ciudad de manos de los demonfatas, en el año de las Tormentas Eléctricas, pero se volvió a edificar. Tú lo conocerás como el edificio que alberga el teatro Celestrian, Geran. Si hay algo en las cámaras subterráneas, lo desconozco.

—¿Por qué nos habrá dicho Esperus que miremos en el Irithlium? —se preguntó Hamil—. Si estaba hablando del teatro, podría haberlo dicho.

—Su información acerca de Myth Drannor seguramente está desactualizada —respondió Sarth—. Es probable que haya adivinado la localización de las páginas usando un viejo mapa de la ciudad.

El elfo miró a Sarth con severidad.

—Cualquier rey de Thentur hace siglos que debería estar muerto. ¿Estáis recuperando este libro para un fantasma o un lich?

El tiplin hizo una mueca.

—En contra de mi buen criterio, sí. Sin embargo, Geran tiene la fuerte convicción de que necesitaremos la ayuda de Esperus contra los sirvientes de Rhovann.

—Rhovann ha creado un ejército de ingenios, animados con algún tipo de magia

oscura —explicó Geran—. Sarth y yo nos encontramos con ellos hace unos veinte días; son un obstáculo insalvable para cualquier intento de retomar Hulburg de manos de Rhovann. Esperus conoce sus debilidades, pero exige el fragmento del libro como pago por su ayuda. —Hizo una pausa, observando la preocupación cada vez mayor de Daried.

—¿Confías en ese Esperus? —preguntó.

—No del todo, pero no estaría aquí si no confiara en él en este tema concreto —respondió Geran—. ¿Conoces algún acceso a las ruinas del Irithlium? ¿Hay alguna conexión entre los cimientos del Celestrian y el antiguo edificio?

—Hay cientos de viejas puertas, sótanos, escaleras, etcétera... repartidos por toda la ciudad. Se me ocurren un par de entradas cerca del Irithlium que podrían conducirnos en la dirección correcta.

Daried se quedó callado, pensando en el reto que suponía aquello.

Hamil volvió a estremecerse dentro de la capa, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Hay algo en todo esto que me tiene confuso —comentó—. Esta escuela de magos fue destruida en la Guerra de las Lágrimas, que fue hace unos siete siglos, ¿verdad? Así pues, ¿cómo acabó un libro de conjuros de Esperus en el Irithlium cuando reinó en Thentur doscientos cincuenta años más tarde? ¿Acaso alguien intentó ocultar ese libro en el pasado? ¿Es siquiera posible?

—Lo es, pero ese tipo de magia es increíblemente difícil —respondió Sarth—. Lo más probable es que por accidentes del destino y por casualidad el libro haya acabado en ese lugar. Los libros de conjuros pueden llegar a cambiar de manos docenas de veces en un par de siglos, dejando un rastro largo y confuso en el espacio-tiempo. Ya he seguido algunos de esos rastros antes. Tal vez las páginas arrancadas del *Infiernadex* fueran enviadas desde la abadía de Rosestone a algún centro académico, donde seguramente fueron robadas, o se perdieron, sólo para pasar a manos de un mago tras otro. Cientos de aventureros vinieron a esta ciudad en los años que estuvo abandonada. Mi teoría es que algún mago desafortunado llegó a Myth Drannor con las páginas que buscamos metidas en su propio libro de conjuros y halló su fin en las habitaciones que están bajo el Irithlium.

—Es una explicación bastante verosímil, señor Sarth —dijo Daried—. Antes de la Cruzada, el Irithlium estaba infestado de poderosos demonios. Y en un pasado aún más lejano, estuvo en el territorio reclamado por los phaerimm que rondaban por las ruinas. Cualquiera de ellos hubiera reconocido el valor de un poderoso libro de conjuros y lo habría conservado. —Volvió a dirigir su atención hacia Geran—. Permíteme estudiar la cuestión de cómo acceder al Irithlium. Conozco a elfos que están mucho más familiarizados con las ruinas que yo; veré lo que puedo averiguar haciendo un par de discretas preguntas, y me pondré en contacto contigo.

—Gracias —dijo Geran—. Nos alojamos en La Casa del Cisne.

—Te aconsejo que permanezcas en tus aposentos. Cada vez que sales al exterior, te arriesgas a que te descubran. —El cantor de la espada dudó un momento, y después preguntó—: ¿Tienes intención de ver a Alliere mientras estés aquí?

A Geran le dio un vuelco el corazón. Había añorado a Alliere durante casi dos años tras su exilio; de hecho, su expulsión de la ciudad no había sido nada en comparación con el repentino fin de su amor. Su rostro perfecto lo había acosado en sueños. Casi enloqueció de dolor, y no podía negar que se había pasado unas cuantas horas, durante su largo viaje a Myth Drannor, pensando en qué le diría o qué haría si se la encontraba de nuevo. ¿Todavía lo rehuiría por la violencia, y la oscura rabia que acechaba en su interior? Parte de él aún anhelaba encontrar la respuesta a esas preguntas; supuso que quizá no lo sabría nunca.

—¿Cómo está? —le preguntó a Dared—. ¿Está bien?

—Sí. Todavía vive en la Torre Morwain, cuidando de sus jardines —sonrió brevemente—. Parece que la mitad de los jóvenes señores de la corte están subiéndose unos sobre otros para intentar llamar su atención.

—Bien —respondió Geran, y lo decía en serio.

A medida que se había ido acercando a la ciudad de los elfos, se había dado cuenta de que, a pesar de los viejos anhelos, su corazón ya no le pertenecía. Cada vez que había invocado el rostro de Alliere desde sus recuerdos, pronto había sido reemplazado por el de Mirya. Cuando se preguntaba cómo lo recibiría Alliere, se preocupaba constantemente por Mirya y esperaba con ansiedad el día en que pudiera volver con ella. Reflexionó acerca de la extraña suerte que había tenido con sus amoríos: Alliere, Nimessa, Mirya... Pero entre todas ellas, había sido la fuerza y la sinceridad de Mirya lo que había acabado cautivándolo.

—¿Es feliz?

—Tras tu marcha, le fue muy difícil, pero ahora está mejor. Su tristeza se ha desvanecido finalmente. Creo que le gustaría volver a verte, si pudiera arreglarse.

—También a mí me gustaría verla, pero no quiero causarle problemas. Ya es suficiente que te haya puesto en peligro de disgustar a la Coronal. Por ahora es mejor dejar a Alliere fuera de todo esto.

Dared posó la mano brevemente sobre el hombro de Geran.

—Puede ser que hayas ganado en prudencia desde que te fuiste. Te enviaré un mensaje tan pronto averigüe algo.

El elfo hizo un gesto con la cabeza hacia Hamil y Sarth antes de volverse y perderse rápidamente entre la fría niebla.

Geran y sus compañeros esperaron un rato, para evitar que si alguien había visto a Dared marcharse, lo asociara con ellos. A continuación, volvieron a La Casa del Cisne, en la orilla norte de la ciudad. El clima desapacible le dio a Geran la excusa perfecta para ocultarse bajo la capucha, pero aun así lo asaltaban los nervios cada vez

que pasaban junto a algún elfo por la calle. Cuando llegaron a la posada, se acomodó junto al fuego para esperar, y animó a sus amigos a disfrutar de las bodegas y las tabernas de la ciudad esa noche. Hubiera preferido enseñarles personalmente algunos de los sitios que recordaba, pero sencillamente no era posible.

Los tres viajeros pasaron el siguiente día y medio más o menos de la misma manera; Geran se quedó en La Casa del Cisne, mientras Hamil fingía revisar las mercancías de varios artesanos y mercaderes con Sarth a su lado, interpretando el papel que él mismo se había atribuido. Después, bien avanzado el segundo día, Geran se vio sorprendido por la aparición de un pájaro cantor azul en la ventana de su habitación. Se levantó rápidamente y dejó pasar a la pequeña criatura, que se posó sobre la mesa y se quedó quieta mientras Geran cogía cuidadosamente el rollo de papel que llevaba en la pata. Decía: «Reúnete conmigo en los bosques al sur del Celestrian a medianoche. He averiguado que allí hay una entrada».

—Gracias, Daried —susurró suavemente.

Geran escribió rápidamente una respuesta y se la dio al mismo pájaro para que se la llevara de vuelta a su viejo mentor. Luego se puso a estudiar sus conjuros, esperando la llegada de la noche.

QUINCE

14 de Alturiak, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

El caballero brujo Kardhel Terov estaba junto a una de las estrechas ventanas de sus aposentos, observando la plomiza mañana de invierno y el paisaje nevado. Había conjurado su pequeña fortaleza sobre la cima desnuda de una colina, en la orilla del lago Hul, a poco más de cinco kilómetros de Hulburg. La torre mágica era su posesión más preciada, un baluarte con un interior más espacioso de lo que cabía suponer. Podía enviarlo a una dimensión lejana con tan sólo una hora de preparación, para después volver a invocarlo en cualquier lugar y momento que lo necesitara. La torre de hierro no sólo proporcionaba una protección excelente para él y su séquito contra bandoleros, asaltantes, monstruos y otros percances que pudieran surgir por el camino, sino que además le aseguraba un cierto nivel de comodidad en sus frecuentes viajes. Terov estaba familiarizado con las privaciones, pero no les veía ninguna ventaja en particular.

Unos golpes en la puerta de la habitación lo sacaron de sus reflexiones.

—Adelante —dijo, apretándose distraídamente el cinturón de la bata.

Una mujer alta y pelirroja, vestida con una túnica gris, entró en la estancia. Llevaba un velo oscuro sobre los ojos..., el emblema de los *nishaadhri*, los Ligados. En Vaasa, a los magos se les permitía seguir con sus estudios sólo si juraban eterna fidelidad a los caballeros brujos; la orden de Terov sentía celos de su poder y no tenían intención de permitirle a nadie usar la magia arcana si no podían controlarla de alguna manera. La hechicera ligada hizo una profunda reverencia antes de hablar, en un tono estrictamente formal, a pesar de que compartían la cama siempre que él se lo ordenaba.

—Hemos recibido noticias de Griffonwatch, mi señor —dijo—. El harmach nos recibirá por la tarde.

—Bien —respondió Terov—. Ten preparada una escolta de seis soldados, Saavi. Partiremos en una hora.

La hechicera de rostro cubierto hizo una reverencia y se retiró; un instante más tarde, los ayudas de cámara de Terov entraron para ayudarlo a vestirse. Aquella era otra de las ventajas que le ofrecía la torre: podía acomodar a un séquito de veinte o más sirvientes, que era lo adecuado para un fellthane de su rango. Lo vistieron con su armadura negra de placas, decorada con sigilos arcanos realizados en filigrana de oro, y a continuación lo ayudaron con la larga sobrevesta y la túnica en rojo y negro que iba sobre la armadura. Alrededor de la cadera le abrocharon el cinto de una pesada espada bastarda, que también llevaba una varita de madera negra. Como norma, los

caballeros brujos no aparecían en público sin estar armados y listos para la batalla.

Cuando estuvo preparado, Terov bajó la escalera de hierro que rodeaba el interior de la torre y salió al aire frío y límpido del exterior. Sus escoltas ya estaban a caballo y esperándolo, junto con Saavi. Montó y se colocó el yelmo negro sobre el corto cabello grisáceo. Sin mediar palabra, espolé el caballo y cabalgó en dirección sur, hasta la carretera que se dirigía hacia Hulburg. La hechicera ligada y los soldados ocuparon sus puestos detrás de él.

El lord vaasano le imprimió un buen ritmo al caballo, aprovechando el viaje para reflexionar acerca del reto que suponía Hulburg. Hacía un año, había formado una alianza con los orcos Cráneos Sangrientos para barrer del mapa del Mar de la Luna los obstáculos para la expansión de Vaasa..., pero el pequeño reino de Hulburg había resultado ser más resistente de lo esperado. No muy lejos de ese mismo lugar, los defensores de Hulburg habían logrado detener al jefe de guerra Mhurren y su horda de Cráneos Sangrientos en el viejo dique conocido como el Terraplén de Lendon. Terov, una vez obstaculizado su primer movimiento, cambió de táctica y envió al sacerdote de Cyric, Valdarsel, para formar una facción que le fuera leal a Vaasa entre los trabajadores extranjeros y las bandas que atestaban los sectores más pobres de Hulburg. Aun así, esa estratagema tampoco le había proporcionado el control de la ciudad, más que nada porque el mago Rhovann Disarnnyl se había hecho hábilmente con el poder después de derrotar a los Hulmaster. Por desgracia, parecía posible que el mago resultara ser incluso más difícil de derrocar que el antiguo harmach..., y ésa era la razón por la cual Terov había decidido cambiar de táctica de nuevo.

Por una vez, no llovía ni nevaba, aunque los cielos estaban cubiertos por espesas nubes grises. Una hora y pico después de haber partido de su fortaleza temporal, Terov condujo a su pequeño séquito por el paso elevado que conducía al viejo castillo de Hulburg, y desmontó en el patio, frente a la sala señorial. Varios lacayos vestidos con los colores del harmach Maroth, granate y amarillo, salieron para ocuparse de los caballos de la delegación vaasana.

—¿Lord Terov? —Un oficial robusto de baja estatura esperaba en la escalinata que conducía al interior—. Soy Edelmark, capitán de la Guardia del Consejo. Por favor, permíteme acompañarte dentro. El maestro de magos os recibirá enseguida.

—Muy bien.

Les hizo señas a sus criados para que desmontaran y lo esperasen, y siguió al capitán mercenario al interior, con Saavi un paso por detrás. Edelmark los condujo primero a una antecámara y les dio un cuarto de hora para que se quitaran las prendas exteriores, que estaban embarradas, se calentaran junto al fuego y tomaran algún refrigerio. A continuación, regresó para conducir a Terov a través del laberinto de pasillos interiores y tramos de escaleras del castillo, hasta que llegaron a un salón cuyas ventanas daban a los tejados de la ciudad. Dos guardias del Consejo guardaban

la entrada y lo saludaron cuando se acercó, antes de abrir la puerta para los vaasanos y su capitán.

El mago elfo, Rhovann, estaba junto a la gran chimenea de hierro, revisando correspondencia diversa. Terov se dio cuenta de que llevaba la mano derecha cubierta por un guante, mientras que la izquierda estaba descubierta. Bajo el manto color granate, Rhovann lucía una túnica blanca de seda élfica, bordada con árboles dorados. Cuando los vaasanos entraron, el mago dejó un trozo de pergamino sobre un pequeño escritorio que estaba lleno de correspondencia y le hizo una escueta reverencia a Terov.

—Buenos días tengas, lord Terov —dijo—. Soy Rhovann Disarnnyl, maestro de magos de Hulburg y consejero principal del harmach. Veo que ya has conocido al capitán Edelmark. Debo decir que es un inesperado placer.

—Te agradezco que hayas accedido a recibirme con tan poca antelación —respondió Terov, que señaló a la hechicera—. Mi *nishaadhri*, Saavi. Puedes considerarla como mi guardaespaldas y consejera.

Edelmark estudió a la hechicera de rostro cubierto más de cerca, mientras que Rhovann apenas le dedicó un gesto de la cabeza; después de todo, era una sirvienta.

—Vamos a sentarnos —dijo el mago, e indicó varias sillas de aspecto confortable que estaban colocadas junto al fuego.

Terov se sentó en la silla opuesta a Rhovann, y le hizo un gesto a Saavi para que se sentara junto a él. Recorrió la habitación con la vista y frunció el ceño.

—Discúlpame, pero ¿se reunirá con nosotros el harmach?

—Es posible, pero acaba de superar una larga y grave enfermedad, y me temo que debe tener cuidado para no fatigarse. Me corresponde a mí arrimar el hombro en todas las tareas posibles para cuidar de la salud del harmach Maroth.

Terov permaneció con gesto ceñudo. Pensaba que se reuniría con el harmach ese mismo día..., pero al parecer no iba a ser el caso. «Parece que nuestros informes eran bastante precisos», pensó. Estaba claro que el mago era el que ostentaba el poder en la sombra. Se planteó seguir insistiendo en hablar con el harmach, pero decidió que, de todos modos, el camino más directo hacia la consecución de sus objetivos seguramente pasaría por el mago.

—Quizá más tarde, entonces —dijo—. He oído que ha ido retomando poco a poco sus deberes públicos.

—Así es. —Rhovann se permitió sonreír levemente—. Por supuesto, organizaré una recepción formal de tu delegación ante el harmach dentro de poco. Pero primero me gustaría tratar el asunto que te ha traído aquí, para ahorrarle detalles innecesarios al harmach Maroth. Dime, ¿qué hace un señor de Vaasa en Hulburg?

—He pensado mucho en Hulburg últimamente —comenzó Terov—. Hemos seguido con interés los acontecimientos que han tenido lugar aquí durante el último

año. El harmach Grigor era demasiado débil para ocuparse de los asuntos de la ciudad, pero vuestra hábil administración trae la mayor promesa que hemos visto en la ciudad desde hace muchos años. Nos complace ver que los disturbios han llegado a su fin, pero creemos que algunos de vuestros otros vecinos no están igual de conformes. Cuando Grigor Hulmaster ostentaba el poder, Hulburg podía ser ignorada sin temor. Sin embargo, bajo el control de Maroth Marstel —dijo Terov, cuya mirada carmesí no se apartó del rostro de Rhovann, reconociendo de forma tácita la evidente influencia del mago—, Hulburg es ahora un rival potencial para ciudades como Thentia o Mulmaster, y un poder que tener en consideración.

—Me halaga tu opinión acerca de nuestros talentos, lord Terov —añadió Rhovann con sequedad—. No obstante, no estoy del todo seguro de comprender qué es lo que quieres decir.

—Tan sólo esto, maestro de magos: os faltan amigos. Thentia tiene lazos de sangre, aunque sean lejanos, con los antiguos Hulmaster. Hillsfar y Melvaunt os ven como un rival en alza. Mulmaster simplemente codicia las tierras y los recursos de la costa norte. Los acontecimientos recientes han llevado a Hulburg hacia nuevas y peligrosas aguas. —Terov cerró fuertemente el puño, alojándolo en su otra mano—. Sería conveniente para Hulburg tener un aliado fuerte. Vaasa puede garantizar la seguridad de Hulburg contra cualquier territorio del Mar de la Luna.

Rhovann se inclinó hacia delante en su silla.

—Ya veo que Hulburg ganaría la protección del poder de Vaasa contra nuestros rivales del Mar de la Luna —respondió el mago—, pero no estoy seguro de la razón por la cual a Vaasa le preocupa la seguridad de Hulburg, lord Terov.

—Buscamos una ventana hacia el oeste, lord Rhovann. Estamos rodeados por tierras hostiles hacia el este y el sur, y al norte no hay nada más que insoportable hielo. Sin embargo, creemos que se podría establecer una ruta de comercio a través de las Galena y hasta el magnífico puerto de Hulburg. Naturalmente, el coste de construir una carretera que atraviese las montañas, y sacar a unos cuantos jefes orcos y reyes goblins de nuestro camino, sería considerable. No estamos dispuestos a asumirlo a menos que sepamos que Hulburg dará la bienvenida al comercio con Vaasa, y a las fuerzas necesarias para protegerlo. Debe haber ciertas garantías por parte de Hulburg.

—¿Qué tipo de garantías? —preguntó Rhovann con voz suave.

—Una alianza jurada con el harmach. Le damos gran importancia a un juramento realizado con libertad. Vincula justamente al que lo hace y al que lo recibe. No debe haber posibilidad de incumplimiento.

—Vuestros anillos de hierro, por supuesto —murmuró Rhovann, formando una torre con los dedos frente a su rostro.

Terov no se sorprendió de que el mago supiera lo que exigían los señores de

Vaasa. Mucha gente procedente de las tierras colindantes con Vaasa conocía la historia de los anillos de los caballeros brujos, unos artefactos que a menudo estaban encantados para hacer que los juramentos hechos a sus portadores, y los juramentos que los portadores hacían, fueran ineludibles. Reflexionó acerca de la cuestión durante un rato.

—Pides demasiado, lord Terov. El harmach no tiene interés en proveerse de amos estrictos y atentos, con o sin juramentos.

Terov frunció el entrecejo.

—Creo que estás pasando por alto las ventajas del acuerdo —respondió el caballero brujo—. Huelga decir, que sólo los impuestos y las tarifas enriquecerían en gran medida a los gobernantes de Hulburg. Habría necesidad de más trabajadores para descargar barcos, conductores para reunir y guiar caravanas, más soldados para protegerlas... En cinco años, Hulburg podría ser la ciudad más próspera de la costa norte. En diez, podríais eclipsar a Mulmaster y a Hillsfar también.

—A nuestros mercaderes no les apetece que los comerciantes de Vaasa los expulsen de Hulburg —puntualizó Edelmark—. Sea lo que fuere lo que ganásemos con el comercio, lo perderíamos con la ausencia de mercaderes como los de la Casa Veruna o el Anillo de Hierro. Y la flota de Mulmaster está mucho más cerca de Hulburg que las promesas de ayuda de Vaasa.

Rhovann levantó una mano, ordenándole silencio a Edelmark.

—Soy plenamente consciente de todo ello, capitán. Pero no nos hará daño escuchar a lord Terov. ¿Cuáles son los términos que propone Vaasa, milord?

—A cambio de alojar una concesión de comercio de Vaasa, podemos proporcionaros una guarnición de quinientos soldados vaasanos al servicio del harmach. Y, como ya he dicho, el harmach tendría derecho a recaudar impuestos sobre el comercio desde y hacia Vaasa. Estoy seguro de que podemos trabajar en los detalles exactos del tratado. En principio, ¿estás de acuerdo?

—La decisión final corresponde al harmach, por supuesto. Debo consultarlo con él. Tal y como has señalado, los acuerdos con Vaasa no deben tomarse a la ligera. —Rhovann se encogió de hombros—. Es una decisión seria, y debemos sopesarla con cuidado.

—Como desees. Tomaos el tiempo necesario para pensarlo.

El lord vaasano no pudo evitar esbozar una sonrisita ante la idea de que el mago elfo debía consultarlo con el harmach. Rhovann parecía pensar que podía jugar con él todo lo que quisiera, haciendo perder el tiempo a Vaasa a su conveniencia. Bueno, Terov no estaba acostumbrado a que lo ignorasen. Decidió que el maestro de magos de Hulburg necesitaba que le recordarán que no se lo debía tomar a la ligera.

—Por supuesto, como comprenderás, si el harmach Maroth no llegara a un acuerdo con Vaasa de un modo oportuno, no tendremos más opción que considerar

otras alternativas. Ya hemos tomado varias medidas preliminares para asegurarnos de que nuestros intereses recibirán las atenciones necesarias.

Rhovann entornó la mirada.

—¿Tales como el intento de asesinato en Thentia? —El mago hizo una pausa, estudiando el efecto que causaban sus palabras. Edelmark miró a Terov con expresión torva, pero no dijo nada—. Sí, estoy bien informado acerca de las maquinaciones de Vaasa en Hulburg. Verás, he tenido varias conversaciones muy reveladoras con el alto prelado Valdarsel..., bueno, con su cadáver, en las últimas semanas. Ahora sé que era un agente de Vaasa que debía informarte a ti. Y sé que organizó el ataque a los Hulmaster en Thentia por orden tuya, un acto provocador, por decir algo, así que ahórrate tus amenazas, lord Terov.

—En primer lugar, no deberíais haber dejado con vida a los Hulmaster —replicó Terov—. No tuve más opción que ordenarle a Valdarsel que los eliminara mientras estaban en el exilio. Cualquier otra potencia del Mar de la Luna..., digamos, por ejemplo, Melvaunt o Hillsfar, que buscara una excusa para hacerse con el control de Hulburg, podría haberlo hecho con la pretensión de devolver a los Hulmaster a su trono. Vaasa no podía permitirlo.

—Tengo mis razones para dejar a los Hulmaster con vida —respondió Rhovann—. Me pregunto si eres consciente de cuántas simpatías les has granjeado a los Hulmaster con tu precipitado ataque.

Terov estuvo a punto de responder una inconveniencia, pero se tragó su enfado con gran esfuerzo.

—El fracaso de Valdarsel fue lamentable —admitió—. Si hubiera tenido éxito, toda la simpatía del mundo no habría tenido trascendencia alguna para los Hulmaster. Por desgracia para ambos, todavía están con vida, y sigue existiendo la posibilidad de que algún otro reino intervenga en su favor. El mejor modo de evitarlo es que el harmach se alíe con Vaasa... cuanto antes mejor. Vuestra permanencia en el poder depende de ello.

Rhovann, por su parte, se quedó pensando, sopesando los argumentos de Terov.

—No estoy tan seguro de eso. —Se levantó e hizo un gesto en dirección a la puerta—. Acompáñame un segundo, milord. Quiero mostrarte algo.

—Como desees —contestó Terov.

El lord vaasano se puso de pie y fue tras Rhovann; Saavi lo siguió un paso por detrás, y Edelmark cerraba la marcha a cierta distancia. El mago elfo condujo a Terov por las estancias del castillo hasta una ancha escalinata que descendía al sótano, donde se habían construido una serie de salas y estancias en la roca viva de la cima de la colina donde se asentaba Griffonwatch. Llegaron a un largo pasillo con ventanas en un lado que daban a los escarpados peñascos. Al final del pasillo había dos imponentes criaturas con armadura negra, cuyos rostros estaban ocultos tras adustas

Viseras de hierro. Estaban custodiando una puerta, sosteniendo inmóviles las alabardas con sus gruesas manos grises. Bajo la pechera, su piel llena de runas estaba esculpida en forma de bloques de músculo carentes de textura, similares a la arcilla.

Rhovann se detuvo junto a los dos guardias y se volvió de cara a los vaasanos.

—Mis yelmorrunas —dijo, señalando a los guerreros con un gesto distraído—. Fuertes, sin miedo, casi imposibles de derrotar mediante el uso de las armas, y absolutamente leales a mí. Muy útiles, como puedes imaginar.

—Hemos observado a tus criaturas guarneciendo la ciudad —respondió Terov—. Como has dicho, una magia muy útil. Pero un puñado de ingenios de guerra no detendría a Mulmaster o Melvaunt si decidieran desembarcar un ejército en vuestras costas. Probablemente traerían sus propias máquinas de guerra.

—No como éstas —respondió el mago, sonriendo levemente.

Rhovann hizo un gesto para que los yelmorrunas se apartaran y murmuró las palabras de un conjuro de paso para desbloquear la puerta que guardaban. La habitación, que había sido una sala de banquetes, se había convertido en un gran laboratorio. Había mesas alineadas en desorden contra la pared, cubiertas con una fortuna en vidrio importado y urnas llenas de componentes alquímicos. La fila de ventanas de vidrio emplomado no ofrecía una gran vista, pero al menos dejaba pasar la luz. A la izquierda había ocho grandes tanques de cobre colocados en fila contra la pared.

—Ven, Bastion —dijo Rhovann—, necesito tu ayuda.

Una imponente criatura, todavía más grande que los yelmorrunas que había fuera, se movió y se puso de pie sin hacer ruido.

—Sí —dijo con una voz profunda y resonante.

Terov estudió a la criatura con interés; jamás había visto a un golem que tuviera el don de la palabra, sin importar lo limitado que fuera. Estaba claro que Rhovann era muy hábil creando ese tipo de artefactos. El mago hizo un gesto, y el golem fue hacia el primer tanque de cobre, levantó la pesada tapa y comenzó a verter un polvo gris, procedente de un enorme barril de madera, en el oscuro fluido que había dentro.

—Me gustaría crear más sirvientes como Bastion, pero sencillamente no resultaría práctico —comentó Rhovann mientras observaba cómo el golem añadía el polvo al tanque.

El golem fue hacia el segundo tanque, lo abrió y empezó a verter más polvo.

—En su lugar, diseñé a mis yelmorrunas. Como puedes ver, crecen en estos recipientes.

Terov echó un vistazo al interior de los tanques mientras el sirviente golem del mago los abría uno por uno para echar los componentes. En cada uno de ellos flotaba la poderosa forma de un nuevo yelmorruna, flotando en un líquido oscuro, y cada uno era más grande que el anterior, y estaba más formado. El último aún no estaba

animado, pero le pareció que, por lo demás, estaba completo, excepto por un único detalle: no tenía rasgos faciales en absoluto, sólo una cara en blanco de arcilla húmeda y gris.

—¿Cuánto tiempo tardas en crear uno de tus guerreros alquímicos? —preguntó.

—Doce días de principio a fin. Con ocho tanques, puedo crear unos veinte al mes.

Rhovann inspeccionó brevemente a las criaturas que estaban tomando forma en el interior y le hizo un gesto con la cabeza a Bastion. El golem encapuchado cerró los tanques uno a uno, bloqueando la tapa con una pesada barra.

Terov miró a su hechicera ligada. Saavi respondió con un imperceptible encogimiento de hombros, admitiendo que aquello era algo que quedaba fuera de su campo de conocimiento. Miró el complicado equipamiento que llenaba la habitación y dijo:

—Diseñar cuerpos es una cosa, lord Rhovann, pero siento curiosidad por saber cómo les infundes la apariencia de vida. Ese encantamiento no es precisamente sencillo.

El elfo rió quedamente.

—Ése es mi secreto profesional, me temo. Por ahora, todo lo que necesitas saber es que animar a los yelmorrunas no me supone ninguna dificultad. —Señaló hacia la puerta—. Creo que ya hemos terminado aquí.

—Te agradezco esta interesante demostración, lord Rhovann —dijo Terov—. Sin embargo, no estoy seguro de haber comprendido por qué has compartido esto conmigo.

—Quiero que comprendas que confío plenamente en las defensas con las que he entretejido Hulburg, milord Terov. Tienes que ofrecerme algo más sustancioso que oscuras insinuaciones acerca de aventureros extranjeros si quieres que apoye la presencia de Vaasa en Hulburg..., algo realmente sustancioso si pretendes incluir por completo a Hulburg en la órbita de Vaasa.

Los ojos carmesíes de Terov emitieron un destello, pero no dejó entrever su decepción.

—Ya veo. ¿Qué tipo de incentivo tienes en mente?

—Para empezar, creo que los sacerdotes de Cyric y sus aliados los Puños Cenicientos han dejado de ser útiles. Fueron de gran ayuda para derrocar a los Hulmaster, pero ahora son un verdadero lastre. Antes de que el harmach acceda a cualquier tipo de concesión a Vaasa, deberíamos recibir garantías de que nuestros ciudadanos insatisfechos no recibirán más oro ni armas de Vaasa.

Terov permaneció en silencio, pensando en ese asunto, durante largo rato. No le gustaba el elfo, pero no podía negar que Rhovann parecía estar bien afianzado en la ciudad. Su mejor baza a la hora de atraer a Hulburg bajo la influencia de Vaasa tendría que ser con toda seguridad la de trabajar con Rhovann, en vez de contra él.

Después de todo, Rhovann era el que mandaba realmente. Los caballeros brujos apenas deberían desembolsar dinero y mercenarios para mantenerlo en el poder, pero tendrían que hacer muchos gastos para apoyar su derrocamiento.

—Es posible que pueda ejercer cierta influencia sobre el clero de Cyric y ver si acceden a tu solicitud —dijo por fin.

—Bien. También necesitaremos alguna garantía de que no vais a apoyar de ningún modo a los Hulmaster.

El caballero brujo bufó, divertido.

—Después de habernos metido en semejantes problemas permitiéndoles a nuestros simpatizantes en Hulburg que ayudaran a lord Marstel, creo que sería contraproducente comenzar a negociar ahora con los Hulmaster —a menos que los Hulmaster acudieran a Vaasa en una posición de extrema necesidad, en cuyo caso Terov tendría que considerar muy seriamente invertir la situación. Por supuesto, Rhovann no necesitaba saber eso.

—Me lo tomaré como que no te niegas a ofrecerme garantías a ese respecto —contestó Rhovann—. Muy bien: si dejáis de respaldar a los Puños Cenicientos y seguís sin tener relación con los Hulmaster, permitiré una concesión a Vaasa, sujeta a nuestras leyes convencionales a ese respecto, las cuales limitan el tamaño de vuestra guarnición, debería señalar. ¿Estás conforme?

—Lo estoy —dijo Terov.

Una concesión mercantil era tan sólo una pequeña parte de lo que quería de Hulburg, pero era un primer paso bastante útil. Con el tiempo, esa pequeña grieta podría agrandarse. Alzó el puño; el anillo de hierro que llevaban todos los caballeros brujos brillaba en su anular derecho.

—Júralo sobre mi anillo de hierro, y yo haré lo mismo.

Rhovann meneó la cabeza.

—No me someteré a tu geas, no importa lo específico o limitado que resulte. Sencillamente tendrás que confiar en mí, y a cambio, yo confiaré en ti. Ambos podemos salir ganando con nuestro trato; la mayor parte de la gente se conforma con eso.

Terov estudió el rostro de Rhovann durante un largo instante. Al parecer, el maestro de magos de Hulburg no era tan fácil de atrapar.

—Así sea. Como gesto de buena voluntad, permíteme añadir esta advertencia: puedes esperar que los Hulmaster marchen contra vosotros en la segunda quincena de Ches. Kara Hulmaster no ha sido tan cuidadosa como debería al contratar mercenarios. Algunos de sus soldados han jurado —dijo, y volvió a levantar su anillo— estar a nuestro servicio, y han informado a algunos de nuestros agentes en Thentia de parte de los planes de los Hulmaster.

—Eso se corresponde con lo que ya habían observado mis propios espías, aunque

no esperaba que marcharan tan pronto —dijo Rhovann—. Te doy las gracias, lord Terov. Estoy deseando que se produzca nuestra siguiente reunión. Ahora bien, ¿cuándo te gustaría que te presentara al harmach Maroth? Creo que lo encontrarás bastante razonable.

DIECISÉIS

15 de Alturiak, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Era de noche en Myth Drannor, hacía frío y la niebla lo cubría todo. Las Lámparas de plata que hacían las veces de farolas en la ciudad eran pocas y estaban muy espaciadas; cada una de ellas estaba rodeada por un débil halo de luz que rápidamente daba paso a la densa oscuridad. Geran pensó que habían tenido suerte con la climatología; ni siquiera a los elfos les gustaba entretenerse en la calle, y la niebla dificultaría mucho más que las patrullas se fijaran en él y en sus amigos mientras permanecían en lugares donde se suponía que no debían estar. A medida que se acercaba la medianoche, las calles se fueron sumiendo en el silencio.

Media hora antes de su cita, Geran y sus compañeros se escabulleron de La Casa del Cisne y se adentraron en la niebla. Hamil miró a ambos lados de la calle desierta y se estremeció, envuelto en su capa.

—Pensaba que las noches siempre eran estrelladas y despejadas en Myth Drannor —masculló—. Esto no es muy distinto de la niebla marina de Tantras. ¿Dónde están las lámparas feéricas y las ninfas danzarinas?

—Algunas de las muchas historias acerca de la ciudad se han exagerado al contarlas gente de otras regiones —respondió Geran—. Myth Drannor no es inmune al mal tiempo ni a la mala suerte, cosa que deberíamos recordar esta noche. Además, en Tantras, la niebla apestaría a los bajos del puerto y a humo. Vamos, debemos ponernos en camino.

Condujo a Sarth y a Hamil por una ruta menos directa a través de los distritos populares de la ciudad, aproximándose con cuidado al Irithlium; el Celestrian estaba en un barrio donde los visitantes no solían ser bienvenidos a menos que contaran con escolta. Algunas de las bodegas y tabernas de Myth Drannor seguían abiertas, pero la mayoría de la gente se había retirado pronto a sus hogares. Hubiera sido mejor esperar a la madrugada, pero Geran pensó que Daried habría elegido la hora para que él y sus compañeros pudieran fingir que estaban volviendo a casa después de disfrutar de los entretenimientos disponibles en la ciudad, en vez de merodear por las calles a unas horas en las que una persona honesta no saldría de casa.

Llegaron a la amplia zona boscosa donde Daried debía estar esperándolos al otro extremo. Vio un camino que se perdía entre las sombras, y echó un vistazo a su alrededor. No había nadie a la vista, aunque de una de las bodegas salía una débil melodía cadenciosa, a media manzana de allí.

—Por aquí —les dijo a sus amigos, y éstos lo siguieron desde la avenida desierta hacia la oscuridad del bosque.

Myth Drannor estaba llena de grandes arboledas de árboles vivientes; había casi tantas áreas boscosas como calles y edificios en el interior del anillo de lagos de la ciudad. Muchas de las áreas que habían quedado reducidas a escombros tras la destrucción de Myth Drannor, hacía mucho tiempo, no habían sido reconstruidas cuando los elfos volvieron a reclamar la ciudad durante la Cruzada de Seiveril, y la gran extensión de ruinas cerca de la vieja localización del Irithlium era un ejemplo excelente. Entre las sombras de los árboles, bajo la débil luz de la luna, brillaban bloques de piedra cubiertos de musgo, pertenecientes a viejos muros o edificios caídos. Geran avanzó a tientas, apenas capaz de ver algo en la oscuridad.

—¡Ah!, estáis ahí. —Daried Selsherryn surgió de entre las sombras, sosteniendo una lámpara de plata que emitía una luz muy débil—. Es una buena noche para infringir las leyes; poca gente saldrá a la calle con semejante niebla. Venid, la puerta que buscáis está por aquí.

Geran y sus amigos siguieron al elfo del sol hasta las ruinas de un viejo edificio, que había quedado con los cimientos al aire. Daried los condujo por una empinada escalera de piedra hasta lo que seguramente era el suelo de la bodega; un oscuro arco se alzaba frente a ellos.

—Estamos en los cimientos de la Torre Nythlum —dijo Daried en voz baja—. No hay un acceso directo desde el Celestrian a los pasadizos que estaban bajo el Irithlium, ya que las partes superiores fueron rellenas durante la reconstrucción del edificio. Esta torre pertenecía a un mago que la donó a la escuela cuando murió, y unieron los cimientos con un nuevo corredor: éste de aquí. Conduce a los pasadizos que quedaron sepultados cuando se reconstruyó el Irithlium.

Geran hizo un gesto de asentimiento dirigido a su antiguo mentor.

—Estoy en deuda contigo, Daried.

El elfo del sol meneó la cabeza.

—No digas tonterías. Jamás he estado aquí —dijo—. Buena suerte, y si no te vuelvo a ver antes de que te marches, agua dulce y risas ligeras, hasta que nos volvamos a encontrar. —Bajó la luz de la lámpara y se retiró, dejando solos a Geran y a sus compañeros entre los viejos cimientos.

Hamil miró el umbral, vacilante.

—¿Tienes alguna idea de lo que podría estar sellado en esta cámara a parte del inofensivo manuscrito antiguo que hemos venido a buscar?

Geran meneó la cabeza.

—No me lo puedo ni imaginar. —Desenvainó la espada y se aventuró a cruzar el viejo y oscuro umbral.

Sarth y Hamil se reunieron con él. Geran fue abriéndose camino cuidadosamente por los escalones rotos que conducían a una gran sala que estaba debajo de los cimientos de la torre, murmurando las palabras de un hechizo de luz, para poder ver

algo. El pasadizo continuaba en dirección norte, hacia el viejo Irithlium, si Geran estaba en lo cierto, descendiendo ligeramente a medida que avanzaba. Tras recorrer unos cincuenta pasos, se alzó otro arco delante de ellos: una gran puerta de piedra bloqueaba el pasadizo.

Sarth le puso una mano en el hombro para que se detuviera.

—Hay una vieja protección mágica —dijo el hechicero—. Veré si puedo abrirla brevemente para que podamos pasar sin destruirla.

El tiflin murmuró un conjuro que Geran no reconoció, gesticulando cuidadosamente con la mano. Geran tomó conciencia de un ligero cambio en el gélido aire de aquellas antiguas salas, mientras los hilos casi imperceptibles de la magia se tensaban y temblaban bajo el cuidadoso entretejido de Sarth. Al otro lado de la puerta pareció tomar forma una presencia amenazante. Sarth le dirigió una mirada de advertencia a Geran y siguió con el conjuro.

El mago de la espada hizo uso de uno de sus propios conjuros.

—*Cuillen mharriel* —murmuró, dándoles forma a las sílabas arcanas, para crear un fino escudo brumoso de color plateado.

Hamil lo miró con preocupación; no contaba con la preparación mágica del hechicero ni la del mago de la espada, pero pudo percibir en su actitud tensa que no muy lejos los aguardaban problemas. El halfling sacó un par de dagas y se hizo a un lado, asegurándose de no estorbar.

Geran se puso a pensar. ¿Qué podría perdurar cien años en una cámara como aquella? ¿Algún tipo de no muerto? ¿O quizá un demonio? Por desgracia, lo último era bastante probable; en los días anteriores a la recuperación de Myth Drannor por parte de la Cruzada, la ciudad en ruinas estaba llena de ese tipo de criaturas.

—Estate preparado —le susurró a Hamil—. Creo que hay un poderoso demonio ahí dentro.

—*¿Y si paráramos ahora y lo dejáramos en paz?* —sugirió Hamil—. *Después de todo, Esperus podría estar equivocado.*

Geran meneó la cabeza.

—Es improbable. —No había duda; había algo atrapado en el viejo templo que estaba luchando en el portal que Sarth estaba abriendo con tanto cuidado.

Sarth estaba a punto de concluir el conjuro, pero se detuvo antes de decir las últimas palabras. Retrocedió un paso y miró a Geran y a Hamil.

—Ésta es nuestra última oportunidad de pensárnoslo —dijo el tiflin—. Hay una presencia infernal encerrada al otro lado de la puerta. Una vez que entremos, estaremos en su poder.

—No hemos recorrido todo el camino hasta Myth Drannor para irnos con las manos vacías —respondió Geran—. Esperus es la clave para derrotar a los guerreros grises de Rhovann, y la clave para que Esperus nos ayude es entregarle las páginas

perdidas de ese libro. Tengo que intentarlo; no se me ocurre ninguna otra manera de sacar las páginas. Pero vosotros dos no tenéis por qué seguirme.

—Ahora ya no es muy probable —murmuró Hamil—. Acabemos con esto.

Sarth asintió, y preparó el cetro en una mano. Se puso de cara a la puerta y pronunció las últimas palabras del conjuro de paso:

—¡*Anak Shiraz saigesh!*

El portal de piedra que bloqueaba el acceso se abrió con un chirrido. En un breve instante, la sutil amenaza que los esperaba se multiplicó por diez. Intercambiaron varias miradas y se introdujeron en la habitación que había bajo la vieja escuela. Era un gran sótano abovedado lleno de viejos sepulcros que tenían talladas las imágenes de magos muertos hacía mucho, la mayoría elfos. Había varios pasillos más que se perdían en la oscuridad. Geran se detuvo y murmuró un encantamiento élfico de búsqueda que había aprendido hacía años, al comienzo de sus estudios de magia, y se concentró en el *Infiernadex* tal y como lo recordaba (había sostenido el volumen brevemente hacía pocos meses, y cualquier página que hubiera formado parte de él era probable que conservara una débil impresión del libro completo). El pasillo de la izquierda le llamó la atención inmediatamente, así que lo señaló con la cabeza.

—Creo que es por ahí —les dijo a sus compañeros.

Estaban a tres pasos de la puerta cuando la malévol presencia que persistía en las catacumbas del templo se materializó de repente en un nódulo de oscuridad viviente. Se volvieron rápidamente para enfrentarse a la amenaza, observando cómo la mancha se transformaba en la alta silueta de un humanoide y se convertía en algo real y sustancial. En pocos segundos, un demonio alado, demacrado y con la piel llena de escamas, apareció agazapado en el centro de la habitación, flexionando las alas, sonriendo con malicia y mostrando los colmillos. De sus manos provistas de garras colgaba una cadena de hierro candente.

—Estúpido mestizo —siseó, dirigiéndose a Sarth—. Me has dado las llaves de mi libertad debilitando la protección mágica de arriba. ¡Cuando acabe contigo, al fin podré abandonar este lugar! —La criatura se abalanzó sobre él con una ferocidad inusitada.

Geran se interpuso de un salto entre el demonio y su amigo. Lo golpeó con un rayo que surgió de su espada, que le chamuscó la piel del vientre y le dejó una marca negra y humeante. La criatura se volvió hacia él y le lanzó un latigazo con su cadena al rojo vivo, y por un momento, superó a Geran con una ira frenética (trató de hacerlo pedazos con los colmillos y las garras, mientras agitaba las alas e intentaba alcanzarlo con los cuernos; al mismo tiempo, seguía lanzándole golpes con la cadena infernal). Geran paraba los ataques, esquivaba, se los devolvía..., pero no servía de nada. Un poderoso golpe de ala le hizo perder el equilibrio, y el demonio lo pilló desprevenido con una de sus garras: lo alcanzó en el flanco y lo lanzó de cabeza contra el sarcófago

más cercano. Sus protecciones mágicas lo salvaron de que lo abriera en canal allí mismo, pero el impacto contra la fría piedra lo dejó inconsciente unos segundos.

—¡Geran! —exclamó Hamil.

El halfling se arrojó a toda velocidad por debajo de las peligrosas garras del monstruo, acuchillándolo y abriéndole tajos en las piernas mientras trataba de mantenerse dentro de su radio de ataque. Geran apenas se dio cuenta. Agitó la cabeza lentamente y se puso a cuatro patas, haciendo una mueca de dolor.

«¡Levántate, Geran!», se dijo a sí mismo. Tomó conciencia de un rayo brillante en la lejanía que rasgó las sombras de las catacumbas, seguido de un trueno que provocó un desprendimiento del techo. Apoyó una mano en el sarcófago que estaba junto a él y se puso de pie, respirando hondo un par de veces para estabilizarse. Notó cómo le corría la sangre por la espalda y salpicaba las viejas piedras del suelo. Cargó contra la criatura, que estaba de espaldas a él, con un chillido desafiante y la golpeó con fuerza entre las alas.

La criatura infernal gritó de dolor y se dio la vuelta para enfrentarse a Geran. Éste salvó su cola flagelante y rechazó un golpe de cadena que iba con la fuerza suficiente como para arrancar trozos de piedra de la pared cuando le pasó por encima de la cabeza. El monstruo se lanzó contra él, furioso, pero en ese momento Sarth, que estaba tirado en el suelo a más de tres metros de distancia, a espaldas de la criatura, se incorporó sobre un hombro y gritó:

—¡*Raizha ektaimu!*

Del cetro surgió un brillante rayo verde que alcanzó al demonio en un costado. Un enorme agujero sanguinolento apareció de repente en la carne de la criatura cuando el conjuro de desintegración le abrió una horrible herida. El monstruo volvió a gritar, tan fuerte que Geran hizo una mueca de dolor y cayó de rodillas por la fuerza del conjuro. En un instante, no quedó nada más que un cadáver medio consumido y humeante, del que salía un extraño vapor verduzco.

—Espero sinceramente que no veamos ninguna otra criatura como ésta aquí dentro —dijo Hamil.

—Lo mismo digo —admitió Sarth—. Ése era mi único conjuro de desintegración.

Geran permaneció con todos los sentidos alerta por si había más de esos demonios en las cercanías. El aura de maldad sobrenatural había disminuido considerablemente, pero no podía estar seguro de que hubiera desaparecido del todo.

—Deberíamos continuar —dijo por fin—. Cuanto antes acabemos el trabajo, mejor.

Avanzó cojeando hacia la arcada que había percibido antes con su hechizo de búsqueda, agarrándose el costado herido con una mano y empuñando la espada con la otra. Sarth y Hamil lo siguieron con las armas preparadas. El pasadizo se prolongaba unos cuantos metros más antes de terminar en una especie de laboratorio de magia. El

círculo de invocación del centro de la habitación estaba desactivado, ya que sus protecciones mágicas habían quedado destruidas por los cascotes que habían caído del techo en el pasado. Geran se preguntó si el demonio contra el que acababan de luchar habría estado confinado en su interior hasta que los escombros lo liberaron y pudo vagar por la cámara, o si habría huido al interior de la cámara desde el exterior para esconderse de los elfos cuando retomaron la ciudad. Decidió que eso era ahora irrelevante e inspeccionó la habitación en busca del libro.

Había una estantería polvorienta apoyada contra la pared opuesta.

—¡Ah! —susurró.

Corrió hacia la estantería para examinarla más de cerca. La mayor parte de su contenido se había deshecho hacía tiempo; el suelo estaba lleno de cubiertas podridas y trozos de pergamino amarillento, pero había un libro que parecía estar en mejores condiciones. Lo cogió con cuidado y se lo llevó a una mesa de trabajo cercana.

—¿Es eso, Geran? —preguntó Hamil.

—No estoy seguro —respondió.

Geran sopló suavemente sobre la cubierta y encontró glifos en espruar brillando bajo el polvo: *El Libro de Denithys*. Justo cuando lo iba a dejar ahí, decepcionado, se dio cuenta de que sólo buscaba una parte, no un libro completo. Lo abrió con cuidado y encontró una hoja de pergamino entre sus páginas que era algo más grande y oscura que el resto del libro. Lo cerró, le dio la vuelta y lo abrió por la parte de atrás. Entonces, las vio; justo delante de sus ojos había unas marcas que coincidían con las que había visto en el resto del *Infiernadex* hacía pocos meses, en la tumba de la sacerdotisa Terlannis.

—Esperad, sí..., sí. ¡Es éste! ¡Lo tenemos!

Sus compañeros acudieron rápidamente junto a él para examinar el antiguo pergamino.

—¿Eso es todo lo que hay? —dijo Hamil—. No deben de ser más de cinco o seis páginas. ¿Qué busca Esperus en ellas?

—Dejadme una hora para inspeccionarlas y tendré la respuesta —contestó Sarth.

—Sugiero que las inspeccionemos más tarde —dijo Geran—. No quiero permanecer aquí ni un instante más de lo necesario.

El mago de la espada cogió un par de cubiertas de los libros estropeados que quedaban en la estantería, les sacudió el polvo y puso las viejas páginas del *Infiernadex* en su interior, como protección improvisada. A continuación, metió el manuscrito en su bolsa y avanzó en cabeza hacia el lugar por el que habían venido. Atravesaron nuevamente la sala donde estaban las tumbas de los magos y volvieron a recorrer el pasadizo hacia los cimientos de la torre.

—¿Partiremos mañana? —preguntó Hamil—. ¿O deberíamos esperar un día más para asegurarnos de que tenemos lo que buscábamos?

—Mañana —decidió Geran—. Sarth puede inspeccionar el manuscrito mientras tú y yo recuperamos nuestras monturas y compramos provisiones. Con suerte, estaremos de camino por la tarde.

Geran atenuó la luz de su conjuro de iluminación cuando salieron a los cimientos de la torre. Después, giraron hacia la escalera que volvía a salir al exterior... y se detuvieron de repente.

Varios elfos de la Guardia de la Coronal, ataviados con sus magníficas cotas de malla y sus abrigos, los estaban esperando en la escalera, por encima del nivel de sus cabezas, y los observaban con gesto adusto. Algunos tenían los arcos cargados y listos para disparar a los aventureros. A la cabeza de la patrulla estaba Caellen Disarnnyl, con la espada desenvainada en la mano.

—Estoy muy decepcionado contigo, señor Alderheart —dijo el elfo de la luna con frialdad—. Te advertí claramente de que no debías aventurarte a entrar en nuestras ruinas sin un permiso por escrito. Al parecer mis palabras no han calado en ti más que un día y medio.

—¡Ah, maldita sea! —le dijo Hamil a Geran.

El halfling alzó las manos con un gesto apaciguante.

—Creo que ha habido un pequeño malentendido —comenzó—. Creo que, de hecho, tenemos los permisos necesarios. —No era en absoluto cierto, por supuesto, pero Geran pensó que al menos parecía verosímil.

—Me parece poco probable, ya que hablé con el guardián de la ciudad hace menos de dos horas, antes de comenzar a patrullar, y le pregunté expresamente si alguien había solicitado un permiso. —Caellen sonrió con frialdad—. Me dijo que no. ¡Imagina mi sorpresa al recibir informes de que se habían visto luces y se habían oído ruidos extraños en esta zona! Ahora bien, sólo diré esto una vez: arrojad las armas y rendíos, u os mataremos aquí mismo.

Los ojos de Sarth emitieron un destello de ira, pero no se movió. Miró a Geran y dijo en voz baja.

—¿Y bien?

—*Podríamos salir de ésta luchando* —le dijo Hamil a Geran—. *Toda la patrulla está en la escalera, así que tendríamos posibilidades de pasar y escapar hacia la ciudad.* —Le echó una mirada a Sarth, y Geran supuso que le estaba diciendo lo mismo.

Geran se quedó pensando un instante. Era posible que pudieran hacer lo que Hamil decía sin que los mataran..., pero eso implicaría matar a Caellen y a sus guardias, y después de eso tendrían que cruzar ciento sesenta kilómetros de bosque perseguidos por la ira desatada de Myth Drannor. Incluso así podría haberse arriesgado, pero pensándolo bien, no era capaz de derramar sangre elfa para evitar que lo capturasen. Había una diferencia entre luchar por la propia libertad y

simplemente asesinar, y lo sabía.

—*Tenemos amigos aquí* —le dijo a Hamil—; *tendremos la oportunidad de rogar clemencia, de apelar a la razón. Pero si matamos a alguien, no habrá ayuda posible para nosotros. ¡Díle a Sarth que se rinda!*

—*Díselo tú* —respondió Hamil, pero volvió a mirar a Sarth y se lo dijo.

—¡Rendíos! —dijo Caellen bruscamente—. ¡No lo pediré más!

Geran, moviéndose lentamente, se desabrochó el cinto y dejó caer el arma al suelo. Se apartó de la espada. Detrás de él, Hamil bufó, asqueado, pero comenzó a despojarse de sus dagas, arrojando al suelo varias armas más. Sarth fulminó a Geran con la mirada, pero depositó el cetro sobre las losas del suelo y también se apartó. Caellen hizo señas a sus soldados. Unos cuantos se apresuraron a recoger las armas, mientras que otros se aproximaron para prender a Geran y atarle las manos a la espalda. Hizo una mueca de dolor, pero no se resistió. Hamil y Sarth recibieron idéntico trato.

—Esto no es necesario —refunfuñó Sarth, dirigiéndose a los elfos—. No le hemos hecho daño a ninguno de los vuestros.

—Eso lo decidirá la Coronal —respondió Caellen.

El soldado que había cogido la espada de Geran se dirigió a Caellen en élfico.

—Capitán, échale un vistazo a esto —dijo.

Desenvainó la espada y desenrolló la empuñadura falsa de cuero. El acero élfico brilló con fuerza en la oscuridad de la cámara.

Caellen inspeccionó atentamente la espada unos segundos, y entornó la mirada.

—Conozco esta espada —murmuró.

El capitán se volvió, se acercó a Geran y extendió la mano para arrancarle la capucha de los hombros. Durante un instante se lo quedó mirando atónito, y después su boca se torció en una mueca de desdén.

—Geran Hulmaster. ¡Debería haberlo sabido! La Coronal se mostró indulgente contigo al expulsarte de la ciudad cuando podría haberte mandado ejecutar. ¿Y tú le pagas desafiando su veredicto? ¡Oh, vas a tener que responder de muchas cosas, amigo mío...! Y tus compañeros también.

—Ellos no son culpables de desafiar mi orden de destierro —respondió Geran.

—En este momento no me importa —dijo el capitán. Retrocedió un paso y les hizo un gesto con la cabeza a los guardias—. ¡Lleváoslos!

DIECISIETE

20 de Alturiak, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

De todas las cárceles en las que había estado Geran (y, por desgracia, debía admitir que había estado en unas cuantas), la torre prisión del castillo de Cormanthor era la menos desagradable. El mobiliario era razonablemente cómodo y no había ni una sola alimaña. Estaba confinado con Hamil y Sarth en una celda espaciosa que ocupaba la mayor parte de la planta de la torre. Incluso tenían un par de troneras que ofrecían unas excelentes vistas de las copas de los árboles y de las torres de Myth Drannor. Por desgracia, seguía siendo una celda, y no era probable que Geran y sus amigos fueran a abandonarla pronto.

Cuando sus carceleros los encerraron y los dejaron a su aire, Sarth se había sentado en uno de los camastros con la cabeza entre las manos.

—No me gustaría tener que decir que te advertí acerca de actuar precipitadamente —gruñó, dirigiéndose a Geran—. Pero al parecer estoy en prisión por culpa de tu temeridad. ¿Tienes idea de lo difícil que es para alguien como yo llegar a tener un juicio justo? ¡Pasarán años antes de que me liberen!

—No esperaba que acabáramos así, Sarth —respondió Geran, que se tiró en el camastro de enfrente—. Podría haber sido de ayuda que hubieras evitado los truenos que hicieron temblar la tierra, y los rayos deslumbrantes, cuando estábamos intentando colarnos en las ruinas del Irithlium sin que nos vieran.

—¿Habrías preferido que permitiera que el cornugon te asesinara? —inquirió Sarth. El tiflin lo fulminó con la mirada, tremendamente enfadado.

Por un instante, Geran se preguntó si había esperado demasiado de la amistad del hechicero; dudaba mucho de que Sarth hablara de ese modo de forma habitual. En las últimas semanas, había convencido a Sarth para que se convirtiera en un renegado, había hecho caso omiso de sus consejos con respecto a llegar a un trato con Esperus y, finalmente, había hecho gala de una gran despreocupación frente a los peligros que —al parecer, con razón— preocupaban a su amigo. Suspiró, moviendo pesaroso la cabeza.

—No, supongo que no. Perdóname. Últimamente no te he escuchado demasiado.

El tiflin permaneció un instante más con el entrecejo fruncido antes de que su ira se desvaneciera.

—Has tenido muchas cosas en la cabeza —admitió—. Sé que no ha sido sólo culpa tuya.

—Bien —interrumpió Hamil. El halfling miró primero a Geran, y después a Sarth—. Hubiera sido bastante molesto estar encerrado con vosotros dos si no os

dirigierais la palabra. Ahora que alguien nos saque de aquí por medios mágicos, y nos pondremos en camino.

—Me temo que no es tan sencillo —dijo Geran, que señaló la habitación en la que estaban—. Estas celdas inhiben casi todo tipo de magia. No puedo hablar por Sarth, pero sé que yo no podría ni encender una vela aquí sin cerillas.

Sarth asintió, abatido.

—Investigaré con cuidado, pero me temo que conmigo pasa lo mismo.

Los tres compañeros pasaron la mayor parte de los dos días siguientes buscando cualquier resquicio de debilidad en su confinamiento. Los guardias del castillo se asomaban a menudo para comprobar cómo iba todo; Hamil consiguió que le trajeran una baraja de cartas, lo cual ayudó a combatir el aburrimiento. Ni Geran ni Sarth fueron capaces de hacer nada que no fueran simples trucos en la celda, mientras que las barras y las paredes parecían estar en perfecto estado. Finalmente, Geran se vio obligado a admitir que no podrían huir del palacio de la Coronal. Tendrían que confiar en que, cuando llegara su juicio, se les diera la oportunidad de rogar clemencia y quizá conseguir al menos que Sarth y Hamil quedaran libres.

En su tercer día de confinamiento, el aburrimiento fue interrumpido por la llegada de varios guardias de la Coronal, que subieron rápidamente la escalera hasta su celda.

—¡Eh, vosotros! Tenéis visita —exclamó el primer guardia—. ¡Espero que estéis presentables!

Geran intercambió miradas con sus compañeros y se puso de pie, de frente al pasillo. Un instante más tarde, apareció una esbelta elfa ataviada con un vestido verde y dorado. Sus cabellos presentaban una gloriosa tonalidad rojiza otoñal; los llevaba recogidos a la altura de la frente con una diadema de oro y le caían por la espalda como una cascada de cobre fundido.

—La Coronal —les susurró Geran a sus amigos.

El mago de la espada bajó la cabeza e hincó una rodilla en tierra. Sarth y Hamil lo miraron, bastante sorprendidos. Entonces, Sarth se llevó el brazo a la cintura e hizo una rígida reverencia, mientras que Hamil se quitó el sombrero y le dedicó una extravagante floritura.

La Coronal Ilsevele Miritar los estudió a través de los barrotes de la celda y enarcó una ceja.

—Me siento halagada por tu cortesía, Geran Hulmaster —dijo en lengua común—, pero creo recordar que no eres súbdito mío.

Geran se levantó, y sus compañeros se irguieron.

—Las viejas costumbres nunca se pierden, mi señora —dijo simplemente.

Como miembro de la Guardia, había puesto su espada al servicio de la Coronal y la había servido lo mejor que había sabido durante más de cuatro años. Aún habría estado a su servicio si aquel duelo contra Rhovann no hubiera tenido lugar.

La Coronal lo observó con frialdad durante largo rato, y él hizo lo posible por sostener su mirada, mientras ella lo evaluaba con aquellos ojos de color esmeralda. Finalmente, suspiró y dijo:

—¿Qué voy a hacer contigo? Debo confesar que jamás pensé que desafiarías mi sentencia de destierro tan fácilmente. En aquellas pocas ocasiones en que tuve que imponer tal castigo, se entendía claramente que no había retorno posible. Y sé que conoces bien las leyes que prohíben deambular por las ruinas sin permiso. ¿Tan poco respetas mi autoridad que te crees con libertad para hacer lo que te venga en gana en mi reino?

Hizo una mueca de dolor. Aunque había pasado muy poco tiempo al servicio de la corte de Ilsevele, Geran se dio cuenta de que nunca la había visto tan enfadada.

—Mi señora, lo hice sólo porque estaba desesperado —dijo—. Mi país natal corre un grave peligro, y la clave para arreglar la situación casualmente se hallaba aquí.

—Estoy al tanto de tus razones. Daried Selsherryn ya ha acudido a mí para hablar en tu favor. Por desgracia, el que pensaras que tus acciones eran necesarias no te libraré de mi sentencia, ni me permite pasar por alto las leyes del reino.

—Lamento enormemente los problemas que te he causado, pero te prometo una cosa: si permites que mis amigos y yo salgamos libres, jamás volveré a poner un pie en Cormanthor. O puedes permitirnos partir ahora mismo, y yo volveré a aceptar mi castigo cuando Hulburg ya no corra peligro. Si no puedes liberarme, entonces al menos libera a Hamil y Sarth, y permite que ellos finalicen mi misión. Yo fui el que los condujo hasta el Irithlium; quebrantaron las leyes de Myth Drannor por mi culpa. —La miró a los ojos, esperando que pudiera ver la sinceridad de sus palabras—. Por favor, no podemos demorarnos aquí más tiempo.

—*Es muy noble por tu parte, pero no me gusta nada la idea de invocar a Esperus en tu ausencia* —dijo Hamil—. *Fuiste tú con quien hizo el trato, y creo que es de los que se acuerdan de ese tipo de cosas.*

—Me temo que no es tan sencillo. —Ilsevele dejó escapar un suspiro—. Si la situación era tan desesperada, deberías haberme enviado un mensajero. Se podría haber llegado a un acuerdo. Ahora tengo las manos atadas.

Geran permaneció en silencio. Realmente no había pensado que pudiera ser tan fácil como pedirlo. Mientras buscaba más argumentos que esgrimir, Sarth carraspeó y habló.

—No estoy familiarizado con vuestras costumbres, mi señora —le dijo a Ilsevele—. ¿Qué destino nos espera?

—Nuestro consejo de justicia deliberará acerca de eso cuando vuelva a reunirse —contestó la Coronal—. Eso será en Hierbaverde. Tú y el señor Hamil probablemente seréis condenados a un año y un día de servicios como indemnización por la ofensa. El caso de Geran es más problemático.

Sarth miró de reojo a Geran, pero no dijo nada más. Quedaban dos meses para Hierbaverde; incluso si los liberasen con una severa advertencia, se perderían la marcha de Kara contra los soldados de Marstel.

—¿Algo más? —preguntó Ilsevele.

Geran no volvió a rogarle que los liberase; con eso sólo habría conseguido enfadarla más. La Coronal hizo un gesto de asentimiento a los guardias y se marchó, bajando la escalera con su pequeño séquito detrás. La pesada puerta al final de la escalera se cerró con un ruido metálico y corrieron el cerrojo.

—¿Qué sabes acerca de ese consejo de justicia, Geran? —dijo Hamil—. ¿Es posible que sean razonables? ¿Se los puede sobornar?

Geran hizo un gesto de duda.

—Es difícil de saber. Tengo amigos en el consejo, pero también enemigos. Diría que los Disarnnyl y sus aliados están bastante avergonzados por los actos de Rhovann. Dudo de que les guste que les recuerden el deshonor que ha traído a su Casa, y quizá me juzguen de acuerdo con eso.

—¿Así que no podemos hacer otra cosa más que esperar? —inquirió el halfling.

—¿Qué más podemos hacer? —respondió el mago de la espada.

Volvió a su camastro y se estiró, intentando pensar en algún plan o estratagema que pudiera devolverles la libertad, pero no se le ocurrió nada.

Dos noches después, Geran estaba tumbado en el camastro, todavía dándole vueltas a la situación, cuando oyó el ruido amortiguado de unos pies en la escalera que había fuera de la celda. Se incorporó rápidamente, escudriñando la oscuridad; no era descabellado pensar que los Disarnnyl o cualquier otro rival de su época al servicio de Ilsevele fuera a atacarlo mientras estaba preso en la torre de la Coronal. Pero tan sólo vio entrar sigilosamente en la habitación a una silueta esbelta envuelta en una capa gris. El visitante dudó un instante, como si no estuviera seguro de si debía o no seguir avanzando. Geran miró al otro lado de la celda; tanto Hamil como Sarth estaban dormidos. Se levantó lentamente de la cama.

—¿Quién está ahí? —preguntó en voz baja, en dirección a las sombras.

Al principio, el visitante no contestó, pero a continuación se acercó a los barrotes y se retiró la capucha para dejar a la vista unos cabellos negros como ala de cuervo y unos ojos violetas que brillaban bajo la tenue luz de la lámpara.

—Soy yo, Alliere —susurró en élfico.

—¿Alliere? —repitió Geran, atónito.

Era la última persona a la que hubiera esperado ver allí durante su encarcelamiento. Después de todo, él estaba seguro de que no quería volver a verlo. Sin embargo, allí estaba. Había olvidado lo hermosa que era; sus bellas y delicadas facciones, sin un solo defecto, y sus ojos hipnóticos. De hecho, tenía exactamente el mismo aspecto que la última vez que la había visto, pero no se sorprendió: un par de

años no eran nada para la gente del bello linaje. Fue hacia la puerta de la celda, agarrándose a los barrotes. Volvió a hablar en élfico sin siquiera darse cuenta.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería verte. No pudimos hablar antes de que tuvieras que irte de Myth Drannor. Aquello fue culpa mía, y llegué a lamentarlo mucho.

Él negó con la cabeza en la oscuridad.

—Quizá fuera lo mejor —dijo con suavidad.

Perder Myth Drannor había sido duro, pero perder a Alliere casi lo había destruido. Antes de regresar a Hulburg, hubiera dado cualquier cosa por volver a verla, y le hubiera rogado que se marchara con él al exilio. Ahora se daba cuenta de que el destino quizá fue generoso al separarlos de manera tan rápida y absoluta. Eso hizo que sus heridas tuvieran tiempo para curarse. Si hubiera tenido la más mínima esperanza de que podían volver a estar juntos, jamás habría sido capaz de dejarla atrás, o de encontrar a alguien a quien amar tanto como a ella.

Alliere bajó la vista hacia el suelo.

—Aun así, no te merecías eso. Al menos tendría que haberme despedido, pero no fui capaz de mirarte a la cara.

—Nunca fue mi intención hacerte daño.

Ella permaneció en silencio un rato antes de volver a hablar.

—Daried me contó lo que le habías dicho acerca de la venganza de Rhovann contra ti, y cómo ha destruido tu tierra natal. Gran parte de la responsabilidad es mía —suspiró—. Mi indecisión, mi confusión, llevaron a Rhovann a esperar de mí cosas que no sentía. Llegó a creer que tú le habías robado a la mujer que amaba. Seguro que había algo que podría haber hecho para evitar la enemistad que surgió entre ambos.

Él asintió.

—Yo también tuve mi parte de culpa, y lo lamento. —Ella posó la mano sobre la de él. Después de un largo instante, Geran retiró la mano y sonrió—. Tengo entendido que se me permite recibir visitas. No tenías que colarte aquí dentro para verme en mitad de la noche.

Alliere rió quedamente.

—Claro está que se te permite recibir visitas, pero dudo de que también se te permita recibir ayuda para huir. —Se llevó la mano a los pliegues de la capa y sacó un frasquito y una pluma con un trozo de papel enrollado alrededor—. Daried me pidió que te diera esto. Los guardias jamás te permitirían tenerlos si lo supieran, así que guárdalos bien.

Cogió el frasquito y la pluma, frunciendo el ceño, confuso.

—No entiendo. ¿Qué se supone que debo hacer con esto?

—El frasco contiene un pigmento mágico. Con él puedes crear una puerta lunar. Sencillamente usa la pluma para dibujar el diagrama que se muestra en el papel sobre

una de las paredes, y cuando la luna esté en la fase correcta, la magia de la puerta despertará. Se convertirá en un portal que podréis usar para escapar. —Señaló con la cabeza el trozo de papel que Geran tenía en la mano—. Según tengo entendido, la próxima oportunidad será dentro de dos noches, poco después de medianoche.

—¿Adónde nos llevará ese portal?

—A un claro a tres kilómetros de los límites de la ciudad. Ocultaré vuestras pertenencias allí mañana, y tendréis monturas esperándoos.

Geran hizo una mueca.

—No podemos marcharnos sin el manuscrito que sacamos del Irithlium.

—Daried dijo que dirías eso. —Alliere miró a su alrededor, escuchando atentamente por si oía acercarse a los guardias antes de continuar—. Está con el resto de tus pertenencias. Ya lo he sustraído de la cámara de los guardias y lo he reemplazado por copias falsas. Con suerte, os encontraréis a muchos kilómetros de distancia para cuando alguien descubra que no estáis.

Bajó la vista hacia el frasco, el papel y la pluma que sostenía en las manos. En su corazón renació débilmente la esperanza, y por vez primera en casi diez días, se permitió pensar que su estúpida búsqueda no había sido tan estúpida después de todo.

Recordó haberles dicho a Hamil y Sarth que aún le quedaban amigos allí. Al parecer, tenía más de los que pensaba.

—¿Qué te ocurrirá por ayudarnos a huir? —preguntó por fin.

—Espero que nadie pueda probar que tuve algo que ver con ello —contestó—. Daried está bajo sospecha, por supuesto, así que no podía hacer nada abiertamente, pero nadie sabe que me colé en la cámara de los guardias y que estoy aquí ahora. No me puedo quedar mucho tiempo... Preferiría que no me pillaran haciendo esto.

—Alliere..., gracias.

La elfa iba a responder, pero oyó a alguien en la planta baja y se sobresaltó.

—Debo irme —susurró. Le dio un rápido apretón en la mano y desapareció de su vista.

Geran se dio cuenta de que estaba de pie junto a los barrotes, con el frasco y la pluma en la mano, y regresó rápidamente a su camastro. Ocultó los objetos bajo la almohada y volvió a meterse en la cama. Un instante después, dos elfos con cota de malla entraron en la sala que había frente a la celda; uno de ellos llevaba en la mano una lámpara plateada que emitía un suave brillo azulado. Cerró los ojos y fingió estar durmiendo. Los guardias observaron el interior de la celda durante un buen rato. Geran ya empezaba a pensar que se habían dado cuenta de alguna manera de que estaba ocultándoles algo..., pero justo cuando pensó que no podría aguantar un segundo más, oyó el roce de la malla y unos pasos ligeros descendiendo por la escalera. La débil luz azulada se alejó y la celda se quedó sumida de nuevo en la más completa oscuridad.

—¿Te importaría contarme a qué ha venido todo eso? —le preguntó Hamil en silencio.

Geran se estremeció, sobresaltándose al percibir los pensamientos de su amigo. Miró en su dirección y lo vio recostado sobre un codo, mirándolo.

—Creo que podremos escapar de aquí —susurró.

—Ya era hora —respondió el halfling—. ¿Cuándo nos despediremos de la Coronal?

—Dentro de dos noches, si todo va bien.

—Seguramente será un plan para matarnos mientras tratamos de escapar —respondió con un bufido—. En fin, odio esperar.

—Hizo un gesto de impaciencia y volvió a meterse bajo las mantas.

Los dos días siguientes pasaron demasiado lentos. Geran hizo que Hamil le explicara a Sarth todo lo que pudo recordar de las instrucciones de Alliere, usando la telepatía todo lo posible, por si los estaban espiando. La perspectiva de recuperar su libertad mejoró significativamente el humor del tiflin, y por primera vez en varios días pudo mirar a Geran a la cara sin fruncir el entrecejo ni fulminarlo con la mirada. Cada vez que tenía la oportunidad, Geran hacía lo posible por describir los alrededores de Myth Drannor y las numerosas carreteras y senderos que cruzaban Cormanthor, reflexionando sobre posibles rutas de escape una vez que hubieran salido de la ciudad.

Finalmente, el sol comenzó a ponerse en el horizonte en la tarde del segundo día. Tan pronto como se llevaron los platos de la cena, Hamil se apostó junto a la puerta de la celda, vigilando por si subía alguno de los guardias para comprobar si todo iba bien. Geran y Sarth escogieron la pared de una de las alcobas, que daba a una de las troneras, como mejor sitio para dibujar la puerta. Era casi perpendicular a la puerta de la celda, por lo que, incluso si los guardias se acercaban a los barrotes, tendrían que esforzarse para ver el diagrama que estaban dibujando en la pared. Geran desenrolló el trozo de pergamino y estudió atentamente el diseño. A continuación, se lo pasó a Sarth, y dejó que también echara un vistazo.

—Pensaba que no se podía hacer magia aquí dentro —dijo Hamil.

—Y no se puede, pero en este caso la magia está contenida en la pintura —contestó Geran. Miró a Sarth y le ofreció la pluma—. ¿Quieres dibujarla tú?

—No, creo que será mejor que lo hagas tú —respondió—. Es un conjuro elfo y tú dominas el élfico mucho mejor que yo. No querría que por dibujar mal uno de esos símbolos acabáramos desarmados en alguna cripta llena de monstruos o nos perdiéramos en alguna jungla olvidada.

—Al menos estaríamos fuera de la celda —dijo Geran.

Sarth esbozó una sonrisa burlona, pero alisó el pergamino con cuidado y lo puso en la pared para que Geran pudiera copiarlo con mayor facilidad. Geran abrió el

frasco y respiró profundamente para evitar que le temblara el pulso. Mojó la pluma en la densa pintura plateada y comenzó a copiar el diagrama en la pared, sólo que más grande. Le resultó más difícil de lo que había esperado: el pigmento mágico se secaba inmediatamente después de aplicarlo y quedaba como una fina línea de purpurina plateada, y algunos de los símbolos que debía dibujar eran bastante complicados. Miró a Sarth y le dijo:

—Vigíame para asegurarte de que dibujo correctamente los glifos.

El tiflin asintió, y Geran se concentró en su tarea. Trazó un marco oval alargado de un metro veinte de alto por sesenta centímetros de ancho, y un segundo óvalo dentro del primero. En el espacio que había entre los dos, dibujó las palabras de un conjuro, esforzándose por recordar las finas líneas mientras se iban desvaneciendo.

Llevaba ya tres cuartas partes del dibujo cuando la voz de Hamil irrumpió repentinamente en su cabeza.

—¡Vienen los guardias! —dijo el halfling.

Geran profirió un juramento y marcó lo mejor que pudo el lugar al que había llegado; a continuación, se metió la pluma en la manga, cerró el frasco y lo escondió bajo su almohada mientras se tiraba sobre el camastro, cruzando los brazos por detrás de la cabeza y mirando al techo. Sarth se unió a Hamil en la mesa, donde el halfling ya había repartido dos manos de cartas.

El tiflin miró a su pequeño oponente y dijo:

—Te toca.

—Así es —dijo Hamil.

El halfling cogió las cartas y todavía las estaba estudiando cuando los dos guardias aparecieron. Los guerreros elfos comprobaron la puerta y observaron el interior de la celda; a Geran le latía el corazón a mil por hora mientras esperaba que anunciaran que los habían descubierto en su intento de huida. Pero, tras una larga pausa, los guardias siguieron su camino, y se permitió exhalar un suspiro de alivio. Sus pasos se alejaron, y Hamil se inclinó en la silla para observarlos.

—Se han ido —informó por fin.

Geran volvió a coger el frasco apresuradamente y reanudó el dibujo. Le dio un vuelco el corazón al estudiar el lugar en el que había estado trabajando; lo que había hecho casi se había desvanecido.

—¡Sarth, no sé si podré ver lo que ya llevo hecho! —siseó.

Sarth hizo una mueca.

—Adivínalo lo mejor que puedas —dijo—. Puede ser que funcione incluso si el dibujo no es del todo preciso.

El mago de la espada volvió a mojar la pluma en el pigmento y se acercó para intentar seguir donde lo había dejado. Ni siquiera fue capaz de saber si estaba a punto de dibujar el siguiente símbolo en el marco de la puerta, en la superficie en blanco o

en algún lugar fuera de los límites de lo que ya había dibujado. Se obligó a poner la punta de la pluma en el punto que creía correcto..., y entonces, una tenue luz plateada atravesó las nubes y surgió de la tronera que había junto a él. A medida que la luz de la luna iluminaba las copas de los árboles y las agujas en el exterior, las marcas que ya había dibujado en la puerta lunar comenzaron a brillar con mayor intensidad. Los glifos y las líneas invisibles se iluminaron débilmente, como si estuvieran hechos de plata fundida, austeros y hermosos.

—¡Deprisa, Geran! —susurró Sarth—. ¡Termina el dibujo mientras dure el claro entre las nubes!

El mago de la espada asintió y comenzó a dibujar y a escribir rápidamente y con confianza. Terminó en pocos minutos y se puso en cuclillas para estudiar el diagrama del pergamino y el que había dibujado en la pared.

—¿Ves algún fallo? —le preguntó a Sarth.

El tiplin estudió el dibujo atentamente, igual que él.

—No, creo que ya está.

—Entonces, veamos adónde conduce.

Geran esperó a que Hamil se reuniera con ellos y se concentró en los dos últimos conjuntos de palabras que había dibujado, que formaban la frase que activaba el portal. Dirigió una última mirada a sus compañeros y las leyó en voz alta.

—*¡Illieloch ser Selûnarr adhiarran!*

Las runas plateadas brillaron todavía más. Geran extendió la mano para colocarla sobre el centro del diagrama, y empujó hacia delante; la luz se volvió cegadora, una fría cortina de plata cayó sobre él como si fuera una cascada de luz de luna. Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, apareció vacilante en medio de un claro poco iluminado y acabó cayendo de rodillas, con los ojos aún llenos de aquel brillante resplandor. Se dio cuenta de que ya no estaba en la celda, pero no sabía a ciencia cierta dónde se encontraba. Pestañeó para hacer desaparecer la luz blanca de su retina y comenzó a incorporarse, pero Sarth y Hamil cayeron sobre él y lo derribaron. Cuando por fin consiguió levantarse, se encontró con que él y sus amigos estaban en un pequeño claro frente a unas ruinas élficas. Un intrincado diseño de líneas plateadas y palabras en élfico brillaba dentro de un arco de piedra blanca, uno de los varios arcos que formaban parte de la muralla de las ruinas. Miró a su alrededor, buscando algún punto conocido.

Lo interrumpió una risita elfa.

—¡Lo habéis conseguido! —dijo Alliere.

Geran se volvió y la vio en el claro iluminado por la luna, frente a la puerta por la que acababan de salir. Daried Selsherryn estaba sentado sobre un tronco cercano, sonriendo ampliamente. Alliere fue hacia él para abrazarlo, y se retiró con rapidez.

—¡Bien hecho, Geran! ¡Sabía que lo conseguirías!

Él se encogió de hombros, incómodo.

—No podría haberlo hecho sin vuestra ayuda. Gracias a ambos por ayudarnos... Sinceramente, espero que no acabéis ocupando nuestros puestos en la torre.

Daried se puso en pie.

—Sospecho que la Coronal no se entristecerá demasiado con vuestra huida. No le gustó la idea de que Rhovann Disarnnyl estuviera causando problemas en otras tierras después de que ella lo hubiera desterrado de su reino. Ya veremos. —Estrechó el brazo de Geran y saludó con la cabeza a Sarth y Hamil—. Vamos, no podéis entreteneros aquí. Sellaré la puerta lunar para evitar que os sigan, pero los magos de la Coronal podrán averiguar fácilmente adónde conducía, y tan sólo estamos a tres kilómetros de Myth Drannor. Debéis huir mientras podáis.

Alliere cogió a Geran de la mano y lo guió junto a sus amigos hacia el lugar donde había tres caballos al abrigo de un viejo patio de armas, mientras Daried comenzó a entonar las palabras para cerrar la puerta. Tal y como había prometido, había reunido sus pertenencias en ordenados paquetes junto a los caballos. Geran se ató el cinto de la espada a la cadera mientras Sarth probaba su cetro de runas y Hamil se rearmaba con su interminable colección de dagas. Cuando terminaron, Alliere le tendió a Geran un tubo de madera.

—El manuscrito que sacasteis del Irithlium —le explicó.

Daried volvió del punto donde había estado la puerta lunar.

—Esto debería bastar, por ahora —dijo el cantor de la espada, que señaló con la cabeza hacia el bosque que se extendía más allá del claro—. Hay un viejo camino que desemboca en la carretera del Mar de la Luna a poca distancia de aquí, pero si me permitís un consejo, no vayáis por ahí. Cualquiera que os siga esperará que huyáis en esa dirección. En su lugar, os sugiero que os dirijáis a la senda Hoja Plateada y después al norte, a través de los bosques. Tras tres o cuatro días cabalgando sin descanso, deberíais llegar a la carretera de Hillsfar a Yulash, que está a un día de Hillsfar hacia el oeste.

—Es un buen consejo; creo que lo seguiremos —contestó Geran. Posó la mano sobre el hombro de Daried—. ¿Cómo podré alguna vez pagarte la ayuda que nos has dado?

—Saluda calurosamente a Rhovann de mi parte —dijo el cantor de la espada, sonriendo con frialdad—. Creo que no pasará mucho tiempo antes de que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

El mago de la espada soltó a su viejo mentor y se volvió hacia Alliere. Pensó en lo extraño que resultaba. Hacía tan sólo un año, no hubiera sido capaz de darle la espalda y alejarse de ella al galope, y ahora pretendía hacer exactamente eso... y su corazón no sufría. La cogió de las manos y la miró a los ojos.

—Lamento muchísimo lo que hice —le dijo—, pero me alegro de que podamos

ser amigos. Agua dulce y risa ligera hasta que volvamos a encontrarnos.

Ella le sostuvo la mirada durante un instante antes de hacer un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Lo mismo te deseo, querido Geran —respondió. Luego, le soltó las manos y se apartó.

Sarth y Hamil ya estaban sobre sus monturas, esperando. Geran saltó rápidamente sobre la silla e hizo girar la montura hacia el bosque.

—¡Seguidme! —les dijo a sus compañeros y espoleando el caballo, encabezó la marcha y se alejó al galope.

DIECIOCHO

23 de Alturiak, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Poco después de que el sol se pusiera, Rhovann se sobresaltó al oír un repiqueteo en la ventana que le distrajo de sus meticulosos informes de laboratorio. Había una pequeña silueta grisácea rascando en el grueso cristal; el mago dejó la pluma sobre la mesa, corrió a abrir la ventana y dejó entrar a uno de sus espías homúnculos. La criatura dejó escapar un pequeño graznido y, al entrar, se desplomó sobre el alféizar.

—¿Qué es esto? —murmuró el mago.

El homúnculo estaba moribundo. Algo le había desgarrado el cuerpo; tenía profundas marcas de garras, y de las heridas brotaba un líquido oscuro y pegajoso. Con expresión reconcentrada examinó el número que tenía inscrito en la nuca, intentando averiguar de cuál de sus subordinados se trataba. Después de un momento, asintió interiormente. Ése era el homúnculo que había enviado a Thentia hacía unos cuantos días. Las heridas eran graves, pero lo más probable era que la criatura se hubiera agotado en el vuelo de vuelta. Esas criaturas no estaban hechas para soportar días de viaje con los fuertes vientos y la climatología adversa que imperaba en el Mar de la Luna.

Suspiró y cerró la ventana para resguardarse del frío y la aguanieve que golpeaba contra los cristales de su taller.

—Bien, veamos qué has averiguado —dijo en voz alta.

La criatura no podía entenderlo, por supuesto, pero el mago hablaba consigo mismo y no con el homúnculo. Cogió al monstruito del alféizar y lo llevó a una mesa de trabajo cercana. Murmuró las palabras de un conjuro, posó la mano —la que estaba integra— sobre la cabeza de la criatura e invocó los recuerdos de lo que había visto durante su largo viaje.

Vio como pasaban por debajo kilómetros y más kilómetros de páramos y colinas yermas de piedra desnuda; Rhovann no les prestó atención y buscó algo más significativo en los recuerdos de la criatura. La imagen quedó desenfocada, y después volvió a estabilizarse; ahora parecía estar flotando sobre un campamento de barracas de madera y tiendas de campaña. Cientos de soldados con sobrevestas de color azul y blanco marchaban y giraban en lo que parecía un simulacro de batalla. Rhovann pestañeó, sorprendido; los Hulmaster habían conseguido reunir más efectivos de los esperables, teniendo en cuenta que estaban en el exilio. Seguramente habían tenido más éxito del que pensaba reorganizando a la Guardia del Escudo... o quizá, tal y como se temían los vaasanos, alguna otra potencia del Mar de la Luna había decidido apoyar la causa Hulmaster con oro y mercenarios. No sería la primera vez que algo

así ocurría.

—Es para preocuparse, pero tampoco hay que dejarse llevar por el pánico — decidió.

Sin duda, Geran y Kara Hulmaster sacarían lo mejor de las tropas que tenían bajo su mando, pero la Guardia del Consejo todavía contaba con la ventaja de superarlas en número..., y eso sin contar con sus yelmorrunas, que eran mucho más fuertes y resistentes que los simples combatientes humanos.

—Muéstrame más —le ordenó al homúnculo, y la escena volvió a cambiar.

Ahora estaba mirando por una ventana que daba a una gran sala donde había muchos capitanes reunidos. Pudo distinguir con claridad a Kara Hulmaster, hablando en la cabecera de la mesa. Un joven clérigo de gran estatura, vestido con la túnica de un fraile amaunatori, estaba cerca, escuchando, junto a un enano de barba negra que vestía una pesada armadura y fumaba en pipa. Rhovann frunció el entrecejo al reconocer a Kendurkkel Ironthane. Aún no comprendía por qué los Mazas de Hielo se habían unido a la causa Hulmaster; no parecía propio de los mercenarios aceptar un trabajo tan incierto. Había un mapa sobre la mesa, y Rhovann se esforzó por distinguir los detalles. Por desgracia, su visión apenas duró unos instantes antes de que el homúnculo tuviera que apartarse volando de la ventana para evitar que lo viera un guardia cercano.

—¿Cuál es tu plan, Kara? —se preguntó en voz alta—. Te superamos en número, pero aun así estás preparándote para atacar. ¿Qué es lo que tú sabes y yo no?

Quizá Geran y su prima contaban con más ayuda por parte de ciudades aliadas..., o quizá esperaban combinar fuerzas con los rebeldes que habían estado causando tantos problemas en Hulburg. Sí, seguro que era eso; tenían un concepto de los números distinto del suyo.

Rhovann hizo que el homúnculo pasara al siguiente recuerdo. Se encontró volando sobre un campo que había detrás de la mansión, hacia una de las barracas. Había un hombre solitario, montado a caballo, junto a los árboles. Tenía algo en el brazo, que echó hacia delante con un grito agudo... Un enorme halcón alzó el vuelo, batiendo las poderosas alas elegantemente mientras avanzaba con rapidez hacia el homúnculo. Hubo un confuso remolino de cielo y tierra, el brillo de unas garras... Rhovann retiró rápidamente la mano, ya que no quería compartir la agonía mortal de su sirviente. Ya era suficiente... La criatura rota expiró un instante después de cortar la conexión.

—Un halcón —murmuró, apretando los labios mientras pensaba—. Sin duda es cosa de Kara Hulmaster.

Era evidente que había decidido proteger su campamento de los espías voladores; siempre había sido muy lista con ese tipo de cosas. Si había sido lo bastante cauta como para apostar halconeros, era posible que también lo hubiera sido para

anticiparse a ello y mostrarle lo que ella quería que viera..., en cuyo caso, no podía confiar en ningún informe que le trajeran sus subordinados desde el campamento Hulmaster. Bueno, simplemente tendría que encontrar otro modo de vigilar al supuesto ejército de los Hulmaster.

Cerró los ojos mientras pensaba detenidamente en lo que había visto el homúnculo... y lo que no había visto. No había ni rastro de Geran Hulmaster. Por supuesto, las probabilidades de que sus homúnculos encontraran a una persona concreta en una mansión repleta de gente eran escasas, pero Rhovann les había ordenado a sus pequeños espías que buscaran a Geran, y no habían encontrado nada en los diez días que habían pasado. De hecho, los espías humanos que había enviado a Thentia tampoco podían confirmar dónde se hallaba Geran.

La expresión del mago se volvió torva al darse cuenta de que parte de su tranquila confianza con respecto al conflicto que se avecinaba había decaído. Cerró el diario mientras aún reflexionaba sobre lo último que había visto el homúnculo y protegió el laboratorio con los conjuros habituales. Luego se fue a buscar a Edelmark.

Encontró al capitán de la guardia en el patio de armas del castillo, que estaba mojado y embarrado por la lluvia, mientras observaba las maniobras de una de sus compañías.

—Ven, Edelmark —dijo—. Debo hablar contigo.

—Por supuesto, mi señor —respondió el capitán.

Edelmark le hizo un gesto con la cabeza a un subordinado para que lo sustituyera, y siguió a Rhovann a medio paso de distancia mientras el mago elfo lo conducía al interior de una torreta que daba a la puerta del castillo. Murmuró un conjuro, haciendo un sencillo gesto, y así garantizó su privacidad.

—Acabo de recibir un informe de Thentia —le dijo a su capitán—. Los Hulmaster están haciendo maniobras y entrenamientos con su ejército todos los días. Además, parece que nuestros informes iniciales estaban en lo cierto, y los Mazas de Hielo marcharán bajo el estandarte de los Hulmaster.

Edelmark asintió.

—¿Sabes cuándo planean marchar, mi señor? —preguntó.

—No he sido capaz de averiguarlo en mis observaciones —admitió Rhovann—. ¿Qué harías tú si estuvieses al mando de las fuerzas de los Hulmaster?

Edelmark frunció el entrecejo mientras pensaba en la respuesta.

—Una campaña de invierno sería difícil. No hay refugio posible en los Altos Páramos. Mi elección sería esperar al cambio de estación..., pero el tiempo no les favorece. Si esperan al deshielo de primavera, la reapertura de nuestro puerto nos daría la oportunidad de traer más mercenarios a la ciudad en cualquier momento.

—También me daría la oportunidad de fabricar más yelmorrunas —dijo Rhovann.

El elfo esperaba que la cantidad y la fuerza de los ingenios que había creado

resultaran una desagradable sorpresa para los leales a los Hulmaster que fueran a atacar Hulburg. Geran y su prima seguramente lo entenderían, o quizá no. Por otro lado, probablemente no pasarían por alto la importancia de la reapertura del puerto.

—Si el ejército Hulmaster viniera antes del deshielo, ¿tu guardia podría derrotarlo?

—Contando con los Mazas de Hielo tienen unos ochocientos guerreros. Casi igualan en número a la Guardia del Consejo y las compañías mercantiles aliadas. —Edelmark se encogió de hombros—. Por supuesto, muchas de las tropas de los Hulmaster son milicianos mal equipados y no durarían mucho frente a nuestros soldados profesionales. Pero debemos tener en cuenta que cualquiera que les sea leal y se haya quedado en Hulburg acudirá en su ayuda, lo cual podría cambiar las tornas a su favor.

Rhovann pensó que su capitán había sido demasiado rápido infravalorando la calidad de las tropas de los Hulmaster, pero no quería asustarlo con meras especulaciones.

—Mis yelmorrunas son casi un centenar. Nos asegurarían la victoria, ¿verdad?

El capitán mercenario esbozó una leve sonrisa.

—No hay nada seguro en la guerra, mi señor, pero me resulta difícil de imaginar cómo podrían los Hulmaster derrotar a tantos de esos guerreros grises tuyos. Son oponentes formidables. ¿Podrías conducir a tantos al campo de batalla?

—¿Qué más iba a hacer con ellos? —preguntó Rhovann.

—Debemos dejar algunos efectivos para proteger Griffonwatch y Daggersgard, y mantener el orden en la ciudad. No me fío de los Puños Cenicientos; me da igual lo que hayan prometido los vaasanos. Valdarsel parecía ser el único que los mantenía a raya, y ahora que está muerto es muy probable que se rebelen y comiencen a saquear la ciudad tan pronto como les demos la espalda. Además, no estoy seguro de que hayamos acabado con todos los leales a los Hulmaster. Puede ser que haya más de los que hemos descubierto hasta ahora.

—Los Puños Cenicientos no me preocupan.

Una turba descontrolada en los barrios pobres podría ser problemática, pero sin la dirección de los sacerdotes de Cyric, no eran más que rufianes y no representaban una amenaza duradera para su gobierno. De hecho, dejar que vagaran sin vigilancia podría resultar útil, ya que probablemente acosarían a la población nativa de Hulburg, que, de otro modo, quizá se alzaría a favor de los Hulmaster. A pesar de todo el botín expoliado a los leales a los Hulmaster, los Puños Cenicientos querían más.

—¿Quién más podría ponerse del lado de los Hulmaster?

—Quizá los thentianos pasen a desempeñar un papel más activo —respondió Edelmark—. Algunas de las compañías mercantiles no son muy de fiar, y es posible que terceras partes, como por ejemplo los mulmasteritas, intenten hacerse con la

ciudad mientras estamos ocupados rechazando el ataque de los Hulmaster. Pero eso no será posible hasta que se derrita el hielo y se vuelvan a abrir los puertos.

Rhovann se quedó pensando que al menos los vaasanos habían negociado con él, y no con los Hulmaster. Miró por la tronera que daba a la parte de la ciudad que estaba debajo del castillo, flexionando distraídamente su mano de metal. El ejército de Geran no le daba miedo, ya que él estaba claramente en la posición más ventajosa por ahora, pero había muchos intereses encontrados en Hulburg, y no podía garantizar que algunos no fueran a confabularse contra él si se daban las circunstancias apropiadas. Si eso sucedía en gran número, era muy posible que Geran y su familia fueran capaces de derrocarlo. Tras reflexionar acerca de todo ello, Rhovann prefirió pisar sobre seguro. Quizá podría dar los pasos necesarios para acabar con algunos de los temores de Edelmark, y eliminar variables que, de otro modo, les darían a los Hulmaster una oportunidad de tener éxito en su apuesta desesperada.

—Gracias, capitán. Eso es todo —dijo.

Edelmark se llevó el puño a la frente y volvió a sus obligaciones. Rhovann permaneció en las almenas, observando brevemente la ciudad —sus dominios, que podía organizar y manejar como mejor le conviniera— antes de volver a su laboratorio para trabajar en el siguiente grupo de yelmorrunas.

Durante las horas siguientes, reflexionó acerca de los consejos de Edelmark y los informes de sus espías mientras trabajaba. Parecía probable que tuviera que enviar a un gran número de yelmorrunas a luchar contra los Hulmaster cuando atacaran, y eso, por supuesto, dejaría la ciudad en una posición vulnerable frente a la amenaza que suponían los Puños Cenicientos o los leales a los Hulmaster. Los Puños Cenicientos estaban controlados, o eso pensaba; dependía de si podía confiar o no en Terov. Pero siguió dándole vueltas al tema de dónde estaría Geran Hulmaster. Ya había demostrado su habilidad para colarse en Hulburg siempre que quería. Sería prudente encontrar un remedio contra esa amenaza potencial.

—Bastion, tengo una tarea para ti —dijo, tomando una decisión—. Tráeme a Mirya Erstenwold, viva e intacta. Quiero hablar con ella. Si no está en casa, vuelve aquí a por más instrucciones.

El golem inclinó la cabeza, se dio la vuelta y se marchó. Rhovann se despreocupó de Bastion y volvió a concentrarse en el trabajo que estaba haciendo. Ese grupo de yelmorrunas estaba casi acabado; faltaba el último paso, el más crucial. Se dirigió hacia un círculo de runas plateadas, incrustado en el suelo, y comenzó a entonar un encantamiento. La habitación empezó a desvanecerse a su alrededor: las sombras se alargaron y tomaron extrañas y nuevas formas, y el aire se enfrió; la luz y el calor apenas tenían poder en aquel lugar. Las oscuras corrientes de poder, que resultaban casi imperceptibles para Rhovann la mayor parte del tiempo, de repente le parecieron

definidas y enfocadas, preparadas para ser utilizadas. Sonrió fríamente; allí, en ese reino, era donde tenía más fuerza. Una vez completado el conjuro de transferencia, salió del círculo plateado y entró en el plano de las sombras.

El taller sombrío se parecía al suyo en el castillo del harmach, pero así funcionaba el plano de las sombras. Apenas existía por sí mismo; simplemente imitaba el mundo de la luz, aunque nunca a la perfección. Muchos de los muebles y accesorios de su taller no estaban presentes allí, o estaban en otro lugar. Del mismo modo, había cosas que existían en la sombra, pero no en la versión del mundo vivo. Frente a él había un complicado artefacto con espirales plateadas y cristales oscuros dentro del cual bullía una densa sustancia negra. Rhovann se acercó a él, puso un molde tallado con runas debajo y vertió ocho gotas del tamaño de canicas de aquel líquido oscuro en los huecos. En pocos segundos, las gotas se congelaron y formaron lustrosas perlas oscuras.

—Bien —murmuró.

A continuación, volvió al círculo plateado, invirtió el encantamiento y regresó al mundo normal. Las sombras se desvanecieron, y el aire se calentó de nuevo.

Rhovann observó sus perlas de sombra, estudiándolas por si había alguna imperfección. No encontró ninguna, así que, satisfecho, las llevó hasta los tanques de cobre en los que crecían sus yelmorrunas. Cogió una perla de sombra al mismo tiempo que murmuraba potentes conjuros, y la introdujo en la arcilla húmeda y gris del rostro sin facciones de cada yelmorruna. Dejó el molde a un lado, cogió las Viseras ciegas y las fijó a los rostros vacíos de sus nuevas creaciones, susurrando más palabras de poder sobre las criaturas para despertar a las perlas de sombra que las animarían.

Oyó un pequeño alboroto en la puerta del laboratorio que le llamó la atención. Hizo caso omiso de él hasta que hubo terminado con el último de los conjuros. Después, se sacudió las manos y levantó la vista; Bastion estaba esperando con Mirya Erstenwold, a la que sujetaba por el antebrazo con una de sus manazas. Rhovann se dio cuenta de que tenía las manos atadas a la espalda y estaba amordazada, pero le brillaban los ojos de ira.

—¡Ah, ahí estás! —dijo—. Puedes quitarle la mordaza, Bastion.

El golem obedeció. Mirya escupió cuando se la quitó, moviendo la mandíbula con una mueca de dolor.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó—. ¡No tienes derecho a enviar a tu monstruo a buscarme siempre que te plazca!

—Pensé que podríamos mantener una pequeña charla, señora Erstenwold —respondió.

—¡Nos vendiste a mi hija y a mí a los piratas, bastardo sin corazón! ¡No tengo nada que decirte!

Rhovann se encogió de hombros.

—Hubiera sido más fácil mataros a ambas, señora Erstenwold; fue una pequeña molestia necesaria para perdonaros la vida. Lo hice porque no me produce ningún placer matar gratuitamente. —Ella lo fulminó con la mirada, pero esa vez creyó ver una sombra de miedo tras su enfado. Suspiró, y siguió hablando—. Has visto a Geran Hulmaster desde su exilio, ¿no es cierto?

—Sabes que sí —respondió—. Tal y como le conté a Edelmark, quería ver cómo me iba. No compartió sus planes conmigo.

—Estoy seguro. Bueno, vayamos al grano. Espero que en algún momento en las próximas semanas, Geran pueda colarse en Hulburg y ponerse en contacto contigo. Si lo hiciera, deberás informarme de inmediato.

—Edelmark ya me ha amenazado, Rhovann.

—¡Oh!, no lo entiendes. Esto no es una amenaza; es una constatación de un hecho.

Rhovann se acercó a ella y blandió la varita con la mano de plata. Mirya lo miró asustada, pero él le tocó la frente con la punta de la varita y comenzó a entonar un conjuro de dominación. Ella se estremeció, repentinamente horrorizada, e intentó apartarse, pero Bastion la sujetó, impidiéndoselo. El mago la miró directamente a los ojos y utilizó todo el poder de su magia contra ella. Mirya luchó, luchó con todas sus fuerzas, que eran muchas para no tener formación en las artes mágicas. Durante más de un minuto lucharon en silencio, hasta que por fin las defensas de la mujer se derrumbaron bajo la presión incesante del encantamiento. Sus ojos, que antes brillaban de ira, de repente se vaciaron de toda expresión y se volvieron vidriosos.

Dejó caer la cabeza.

—La próxima vez que veas a Geran Hulmaster, harás todo lo que esté en tus manos para traicionarlo a mi favor —le susurró Rhovann al oído—. Retenlo en tu casa, atráelo para que se reúna contigo en algún lugar específico, sedúcelo..., lo que haga falta para mantenerlo en un lugar en el que lo podamos atrapar, o para conducirlo a él. Lo único que debes hacer para llamarme es decírselo a cualquier yelmorruna, los guardianes grises que hay por toda la ciudad. ¿Lo has entendido?

—Sí, lo he entendido —dijo Mirya con voz débil.

—Bien. Ahora olvidarás que hemos hablado hoy, y seguirás con tus negocios como siempre, hasta que vuelvas a encontrarte con Geran Hulmaster. No le des pistas ni indicaciones a nadie de lo que pretendes llevar a cabo, y haz lo posible por ocultar lo que has hecho a menos que yo te diga lo contrario. ¿Entendido?

—Entendido —repitió Mirya.

—Muy bien. Bastion, libérala. —Rhovann esperó a que el golem le desatara las muñecas antes de terminar—. Ahora vuelve a casa. Si alguien te pregunta qué hacías en el castillo, contesta que te interrogué acerca de la expedición de Geran contra los

piratas de la Luna Negra. Inventa los detalles que sean necesarios para evitar sospechas. Puedes marcharte.

La mirada de Mirya se despejó y frunció el entrecejo. Sin decirle otra palabra a Rhovann, salió del laboratorio y se alejó rápidamente. Rhovann volvió a guardarse la varita en el cinto, bastante satisfecho ante su propia inteligencia. Ocurriera lo que ocurriera en las próximas semanas, los días en que Geran podía moverse por Hulburg pasando desapercibido habían terminado.

DIECINUEVE

27 de Alturiak, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Durante varios días, Geran, Hamil y Sarth cabalgaron todo lo rápido que les permitían sus monturas, esperando dejar atrás a cualquier posible perseguidor de Myth Drannor. Geran no creía que los guerreros de la Coronal tuviesen ningún interés especial en perseguirlos buscando venganza, pero no podía descartar la posibilidad de que los Disarnnyl hicieran todo lo posible para que no escapara de la justicia. Si permitía que volvieran a capturarlo, no habría clemencia, de eso estaba seguro. Ilsevele podría haber llegado a algún acuerdo con el consejo de justicia después de un tiempo, pero no creía que fuera a atender a ningún ruego después de haber llegado a los extremos que había llegado para huir de su autoridad. Geran, que había decidido que debían abandonar Myth Drannor cuanto antes mejor, apresuraba a sus compañeros todo lo posible, esperando que no hubiera ninguna compañía de la guardia en posición de interceptarlos.

A primera hora del tercer día, salieron de la gran jungla de Cormanthor a las tierras abiertas que recorrían la costa sudeste del Mar de la Luna. Esas tierras habían estado ocupadas hacía mucho tiempo, pero grandes porciones de la campiña habían quedado destruidas a lo largo del último siglo, saqueadas en las distintas guerras entre las ciudades circundantes, y finalmente barridas por la Plaga de los Conjuros. Sarth detuvo el caballo y se frotó la espalda con un gemido. No era un buen jinete, y los últimos días habían representado una dura prueba para él.

—No lo creía posible, pero parece que hemos recuperado nuestra libertad —dijo el tiflin—. ¿En qué dirección vamos ahora? ¿Hacia Hillsfar?

Geran detuvo el caballo junto al de Sarth.

—Me temo que no podemos aminorar el paso todavía. Las tierras que están más allá del bosque no pertenecen a Myth Drannor, pero eso no significa que sus guerreros no vayan a perseguirnos fuera de sus territorios.

—¿De verdad crees que nos están persiguiendo? —preguntó Hamil.

—La Coronal no tiene otra opción. Debe demostrar que no tiene favoritos, y si nos dejara marchar cuando todavía podría capturarnos, no quedaría muy bien. Puede ser que los hayamos despistado al atravesar los bosques, pero creo que es más prudente suponer que nos siguen de cerca hasta que estemos seguros de que eso no es posible.

Geran echó un vistazo a la oscura franja de bosque que tenían detrás.

—Entonces, como ha dicho Sarth hace un momento; ¿en qué dirección vamos ahora? —preguntó Hamil—. ¿Nos dirigimos a Hillsfar igualmente, o damos un rodeo

por la costa y vamos hacia Phlan?

Geran se quedó pensando un instante.

—Hillsfar. Pero apartémonos de las carreteras y avancemos por campo abierto todo lo que podamos.

Siguieron adelante, dirigiéndose hacia el nordeste por la campiña desierta. Cabalgando siempre con el oscuro límite del bosque a la derecha, atravesaron campos de cultivo abandonados hacía mucho, divididos por muros de piedra medio derruidos y por hileras de setos, y poco antes del atardecer del día siguiente avistaron las murallas y los tejados de Hillsfar. Geran lanzó un hondo suspiro de alivio; los agentes de Myth Drannor descubrirían muy pronto hacia dónde se habían dirigido, pero otra cosa era que pudieran capturarlos, pues las autoridades de la ciudad jamás permitirían que los elfos arrestaran a fugitivos que no hubieran quebrantado las leyes de Hillsfar. Geran y sus amigos se dirigieron hacia los muelles de la ciudad y reservaron pasajes en la primera nave que partía hacia Thentia, para después volver al distrito mercantil de la ciudad con el fin de vender las monturas y esperar en una confortable posada a la salida del barco.

Faltaba un día y medio para que partiera, así que Sarth se retiró a una de las habitaciones privadas de la posada y estudió atentamente el fragmento del *Infiernadex*, algo que no había tenido oportunidad de hacer durante los breves descansos que habían hecho en su huida de Myth Drannor. Geran dejó que se dedicara a ello durante varias horas, mientras se entretenía haciendo pequeños recados por la ciudad. Cuando volvió, se encontró a Sarth copiando afanosamente el fragmento en un pergamino nuevo.

—¿Qué has averiguado del libro de conjuros de Esperus? —le preguntó Geran.

—Lo primero, es que no es el libro de conjuros de Esperus —contestó Sarth—. Más bien, es un libro de conjuros antiguo que estuvo en posesión de Esperus durante un tiempo. Casi todo lo que sé del manuscrito completo lo he extraído de los escritos de varios magos que tuvieron oportunidad de estudiar el volumen antes de que cayera en manos de Esperus. Eso es lo que me llevó a Hulburg en primer lugar. En cualquier caso, el *Infiernadex* es obra de uno de mis antepasados del viejo Narfell, y contiene varios rituales y conjuros que no se pueden encontrar en ningún otro sitio. Muchos de ellos son de naturaleza diabólica, y demasiado peligrosos incluso para los de mi sangre. Otros son simplemente raros y poderosos; esperaba poder dominar estos últimos. —El tiflin se encogió de hombros torpemente—. Me he pasado la mayor parte de mi vida intentando conseguir un dominio aún mayor de las artes arcanas. Quizá no he pensado mucho en lo que pretendo hacer con ese poder una vez lo tenga.

—Has elegido salvar Hulburg al menos dos o tres veces en los últimos meses. A mí me parece un buen uso para el poder que posees.

Geran echó un vistazo por encima del hombro de Sarth, observando las crípticas

páginas que estaban esparcidas sobre la mesa. Significaban poco para él: lo habían educado en la tradición élfica de la magia, y el *Infiernadex* estaba basado en otra tradición, escrito en otro idioma totalmente distinto. Aun cuando consiguiera leerlo, no tendría mucho sentido para él.

—¿Se lo podemos dar a Esperus sin peligro? —preguntó.

El hechicero observó, pensativo, el viejo pergamino.

—Sí —dijo por fin—. No me hace mucha gracia la idea, pero he aprendido todo lo que he podido ¿Qué importa si estos conocimientos son peligrosos? Esperus ya es peligroso de por sí. Pero debo advertirte, Geran, de que podría llegar el día en que tengamos que ocuparnos del Rey de Cobre.

—Lo comprendo —respondió Geran, que posó una mano sobre el hombro de Sarth y dejó que siguiera copiando el manuscrito.

Salieron hacia Thentia a bordo de un barco del Anillo de Hierro al día siguiente. El trayecto fue mucho más fácil que el anterior; tenían los vientos del oeste a popa, y no a proa, lo cual los hizo navegar más deprisa. En la tarde del seis de Ches, el noveno día desde su huida de la torre de la Coronal, Geran y sus compañeros pusieron pie en Thentia nuevamente. Por primera vez en diez días, el mago de la espada se permitió creer que no se pasaría los próximos diez o veinte años en una celda de Myth Drannor, y su respiración se tornó más relajada.

Alquilaron un carruaje para que los llevara a Lasparhall, y llegaron a la mansión de los Hulmaster poco después de la puesta de sol. Geran se sintió complacido al ver que las cosas parecían estar más o menos como las había dejado. Permitted que los guardias de la puerta se hicieran cargo de su escaso equipaje y el de sus compañeros, y fue directamente al salón privado de la familia para ver si quedaba algo de comida. Mientras los tres tomaban una cena tardía que les había servido el personal de la cocina, Kara Hulmaster apareció en la puerta. La capitana se quitó la pesada capa que llevaba sobre los hombros y corrió a abrazar a Geran hasta casi asfixiarlo.

—¡Geran! —exclamó—. Estaba preocupada por ti. ¿Dónde has estado?

—Me alegro de verte, Kara —respondió—. Tomamos tierra en Thentia hace un par de horas. Con respecto al retraso, bueno, me temo que nos encontramos con ciertas dificultades en Myth Drannor.

—Se refiere a que conseguimos que nos capturaran —dijo Hamil—. Pasamos siete maravillosos días como invitados de la Coronal antes de poder huir de la cárcel y ausentarnos del reino lo antes posible. Por suerte, Geran tenía amigos dispuestos a ayudarnos a escapar, porque si no aún seguiríamos allí.

—Debería haber sabido que te meterías en problemas allá donde fueras. —Kara soltó a Geran y fue hacia Hamil, agachándose para abrazarlo calurosamente, antes de cogerle la mano a Sarth—. ¿Habéis encontrado el volumen que Esperus os pidió que recuperaseis?

El mago de la espada asintió.

—Sí, lo tenemos. —Geran miró por la ventana. La tarde estaba muy avanzada—. Iré a los Altos Páramos y lo invocaré mañana por la noche. Estamos agotados después de tantos días de duro viaje, y quiero estar bien descansado y con la mente despejada cuando volvamos a hablar, por si hubiera cualquier tipo de malentendido. Pero ahora mismo lo que necesito es una comida caliente y unas cuantas horas de sueño en una cama reconfortante, antes de hacer nada más.

—Creo que podemos proporcionarte lo que pides —dijo Kara, sonriendo—. Es estupendo tenerte de vuelta, Geran. A los tres, en realidad. Parece que cada vez que me doy la vuelta hay algo que necesita la atención de un Hulmaster, y mientras has estado fuera, ésa he sido yo.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó Geran—. ¿Habéis tenido algún otro problema de espías o asesinos de Hulburg?

—Problemas de espías. Hemos pillado rondando por aquí varias de las criaturas de Rhovann. Además, sospecho que algunos de los carreteros y los que nos aprovisionan en Thentia están pagados para informar de cualquier cosa que vean u oigan en nuestro campamento.

Geran no se sorprendió al oírlo. Sencillamente había demasiados tipos con la vista aguda en Thentia y sus alrededores que no se lo pensarían dos veces si alguien les pagaba para ir contando historias. No había creído ni por un momento que se pudieran mantener en secreto todos sus preparativos.

—¿Estaremos listos para marchar cuando estaba previsto?

Kara dudó.

—Tan listos como sea posible, supongo. Otro mes haciendo maniobras y acumulando provisiones no haría mal a nadie, pero nuestras arcas se verían bastante mermadas y perderíamos a algunos de nuestros mercenarios. Sin embargo, han llegado noticias inquietantes desde Hulburg. He oído informes según los cuales Marstel ha establecido un acuerdo con los caballeros brujos. Les ha proporcionado a los vaasanos una concesión de comercio y se rumorea que pronto llegarán procedentes de Vaasa poderosas compañías de guerreros para reforzar la Guardia del Consejo.

—¿Los caballeros brujos? —murmuró Geran.

Los vaasanos se habían aliado con los orcos Cráneos Sangrientos el año anterior. Había tenido un breve duelo con un caballero brujo en la Batalla del Terraplén de Lendon, intercambiando golpes con el hechicero humano antes de que la oleada de combatientes los hubiera separado. Y había oído muchas historias según las cuales la magia vaasana había desempeñado un papel crucial en el ataque orco a la ciudad de Glister, en la margen norte del Thar. Los caballeros brujos habían desaparecido rápidamente una vez había quedado suprimida la amenaza que representaban los

Cráneos Sangrientos y, hasta donde Geran sabía, no habían estado implicados en los problemas con la Luna Negra ni en los disturbios causados por los Puños Cenicientos... ¿O quizá sí? ¿Acaso su traicionero primo Sergen les había vendido Hulburg a los vaasanos después de haber fracasado en su intento de hacer lo mismo con los señores de Melvaunt y Mulmaster?

—¿Qué intereses tienen en todo esto?

—Si me estás pidiendo mi opinión, diría que provocaron los disturbios de los seguidores de Cyric y los Puños Cenicientos —respondió Kara—. Antes de que nos expulsaran de Hulburg, me habían llegado algunos rumores de que los sacerdotes de Cyric recibían oro de Vaasa, pero nunca los pillé con las manos en la masa. Los problemas con la Luna Negra acapararon toda mi atención. ¿Qué esperan ganar exactamente entrometiéndose en los asuntos de Hulburg? Realmente no lo sé.

—¿Cuántos vaasanos vendrán? ¿Cuándo llegarán?

Kara meneó la cabeza.

—Tengo exploradores rodeando los Altos Páramos. No se han encontrado todavía con ninguno, pero también es cierto que los pasos de las Galena están bloqueados por la nieve y lo más seguro es que permanezcan así otro mes, o quizá más. Dudo que veamos grandes cantidades de soldados vaasanos en Hulburg antes de que termine Tarsakh, como pronto. Incluso entonces sería difícil cruzar los pasos.

—Ése es otro de los argumentos a favor de atacar a Marstel cuanto antes —observó Sarth—. Sería mejor atacar antes de que los soldados vaasanos refuercen la Guardia del Consejo.

Geran pensó que ya había razones suficientes para actuar con rapidez. No le gustaba la idea de que los vaasanos tomaran partido, pero no le parecía que eso cambiase su situación de manera determinante. Cada jornada que pasaba con Marstel en el poder, era otro día en que el usurpador intensificaba su control sobre el reino robado; otro día en que Rhovann diseñaba defensas arcanas y creaba más de sus mortíferos soldados; otro día en que los mercenarios y los bandoleros extranjeros expoliaban a los ciudadanos honestos de la ciudad.

—Deberíamos ocuparnos de que el alto señor Vasil sepa lo que sabemos sobre la intervención de Vaasa —pensó en voz alta—. No creo que Thentia quiera que otra nueva potencia gane influencia en Hulburg. Podríamos conseguir ayuda adicional.

—Enviaré al señor Quillon al palacio del alto señor para que hable con su homólogo —dijo Kara—. Ahora, pasemos a temas más importantes... ¿Qué diablos hicisteis para visitar las mazmorras de la Coronal? Bueno, aparte de ti, Geran, ya que era evidente que acabarías encarcelado. Quiero saber qué hicieron Hamil y Sarth para enfadar a Ilsevele.

—¿Era evidente que acabarías encarcelado? —protestó Geran, pero fue demasiado tarde.

Hamil ya estaba dispuesto a contar la historia de su breve estancia en Myth Drannor, pero prefirió echarse atrás en el asiento para escuchar la versión de Sarth, que contenía más de una vistosa exageración.

Esa noche Geran durmió profundamente, como no lo había hecho en meses. El día siguiente amaneció soleado y despejado, aunque frío y ventoso, un típico día de principios de primavera en el Mar de la Luna. Geran se pasó la jornada intentando ponerse al corriente de cientos de detalles importantes y decisiones que Kara y sus oficiales habían tomado durante su ausencia, pero al final aprobó todo lo hecho. No vio razón alguna para cuestionar decisiones que se habían tomado tras muchas horas de honda reflexión con sus propias impresiones precipitadas, y sabía que su próxima tarea lo esperaba en los Altos Páramos al anochecer.

En el último momento, Geran se tomó una hora para repasar sus conjuros protectores y armarse con los conjuros más poderosos que pudo. Poco antes del anochecer, cabalgó nuevamente hacia los Altos Páramos en compañía de Kara, Sarth y Hamil. El viento aullante movía la hierba a un lado y al otro, como si fuera una serpiente invisible que se abriera camino por el paisaje entre siseos. Los cuatro jinetes se arrebujaron en sus pesadas capas para refugiarse del intenso frío y de la salvaje soledad de las colinas desnudas.

Tras una hora de camino, llegaron a la línea de túmulos junto a la colina donde se habían encontrado la vez anterior con el Rey de Cobre.

—Éste es el lugar —dijo Hamil, y se estremeció—. Cuanto antes terminemos, mejor.

*Oscura noche y fría piedra,
tumba silenciosa y trono estéril,
salas vacías, una corona de verdín,
en la no muerte suena el antiguo rey.*

*Larga oscuridad y breve luz,
una hora de juego, y después la noche,
la belleza se malogra y hace frío,
sigue esperando el antiguo rey.*

El viento arreció mientras hablaba, como si le arrancara las palabras de la boca antes de pronunciarlas. Comenzó a sentir un frío que lo caló hasta los huesos, y se estremeció; pudo notar la presencia del Rey de Cobre. En la entrada a los túmulos apareció una neblina barrida por el viento que empezó a introducirse por la puerta baja, acumulándose como si fuera agua en una vasija. Comenzaron a tomar forma la ropa hecha jirones y la corona deslustrada de Esperus. Una diabólica luz verdosa brilló en sus cuencas vacías, y sus huesos amarillentos cubiertos de cobre tomaron

forma bajo la túnica negra. A su pesar, Geran retrocedió un par de pasos; Sarth y Hamil hicieron lo mismo.

—¿Has traído lo que falta de mi libro? —siseó el lich.

—Sí, lo tengo —respondió Geran—. No te habría invocado sin haber completado mi parte del trato, rey Esperus.

El mago de la espada sacó el portadocumentos de Myth Drannor de debajo de su capa, lo abrió y, con sumo cuidado, extrajo el viejo pergamino que contenía. El viento que tan furiosamente había soplado hacía unos instantes, se había aquietado con la llegada del lich. Haciendo un esfuerzo consciente, obligó a sus pies a avanzar para darle las páginas a Esperus.

El Rey de Cobre las cogió con un cuidado sorprendente, dirigiendo inmediatamente su atención al pergamino que sostenía en las huesudas manos. Su mandíbula se movió en silencio mientras leía, examinando su trofeo.

—¡Ah, eso pensaba! —dijo para sí mismo—. Por fin podré completar el ritual... —La voz del lich se fue desvaneciendo a medida que iba leyendo con avidez, estudiando las antiguas páginas con los ojos aún más brillantes.

Hamil le dirigió a Geran una mirada severa.

—¿Y si le recuerdas que estamos esperando? —sugirió el halfling.

—¿Es eso todo lo que esperabas que encontráramos, rey Esperus? —preguntó Geran.

El lich no le prestó atención y siguió leyendo. Geran notó cómo lo miraban sus compañeros, pero se obligó a mantener la compostura un poco más. No quería enfadar al Rey de Cobre, de eso estaba seguro. Esperó hasta que el lich levantó una mano y comenzó a entonar un cántico con su horrible voz crepitante. Durante un instante, Geran temió que Esperus fuera a realizar el conjuro que hubiera sido interrumpido hacía cuatrocientos años, o a teletransportarse sin mediar palabra..., pero en su lugar, las páginas brillaron brevemente con una luz violeta y desaparecieron.

—El manuscrito está completo —dijo finalmente Esperus—. He enviado las páginas que me trajisteis a reunirse nuevamente con el resto del libro. Tengo mucho que estudiar.

Geran respiró hondo.

—¿Cómo puedo derrotar a los yelmorrunas de Rhovann?

—Con el arma adecuada, por supuesto.

El lich extendió la mano sobre la tierra desnuda y pronunció las palabras de otro conjuro. Bajo su mano surgió un jirón de niebla. A continuación, una forma negra y anodina pareció levantarse del suelo en respuesta a su magia. Era una espada larga y recta; una espada bastarda de doble filo hecha de algún tipo de metal no reflectante que Geran no reconoció. La empuñadura estaba envuelta en cuero tachonado, y el

pomo era un disco plano con pequeños glifos inscritos alrededor de un gran ónice.

—Ésta es *Umbrach Nyth*, la *Espada de las Sombras*, forjada con sombras para disipar las sombras. Hace mucho tiempo penetré su negro acero con un encantamiento para tu ancestro Rivan. Más tarde intentó asesinarme con ella, necio desagradecido. Verás que inflige heridas especialmente graves a las criaturas dotadas con el poder de las sombras, y al resto de las criaturas, de hecho. Los yelmorrunas no podrán resistir sus golpes. Coge la empuñadura.

Geran, intentando no estremecerse de miedo, extendió la mano para coger la empuñadura y sacó la espada de la tierra. Era más ligera de lo que parecía, no pesaba mucho más que su sable *Myth Drannan*, y estaba bastante bien equilibrada. Pudo sentir los poderosos encantamientos con que contaba mientras la sostenía. Una vaina a juego surgió de la tierra; la cogió con la mano izquierda y enfundó la negra espada.

—Creo que ésta es mejor arma contra los ingenios de Rhovann que la mía —dijo—, pero ¿se supone que debo vencerlos uno a uno? Tiene que haber cientos a estas alturas.

—Olvidas lo que te dije acerca del encantamiento de Rhovann la última vez que hablamos —respondió Esperus—. Un solo *ánimus* mantiene unidos a los yelmorrunas y está presente en igual medida en todos ellos. Dentro de cada una de las criaturas de Rhovann hay una perla de sombra que las conecta unas a otras, y a una única gran perla, o piedra, una esfera maestra de la cual provienen las demás. Destruye la piedra maestra, y todas las perlas de sombra que hayan sido extraídas de ésta serán destruidas. Sin sus perlas de sombra, los yelmorrunas carecen de inteligencia, de voluntad, de resistencia..., son poco más que autómatas sin cerebro. Tus guerreros los derrotarán fácilmente.

—¿Dónde se encuentra esa piedra maestra? —preguntó Hamil.

—Es casi seguro que esté en el plano de las sombras. Debe absorber constantemente energías oscuras para conferirles poder a los yelmorrunas, en especial si ese mago elfo está creando muchas perlas menores a partir de ésta. —Esperus se encogió de hombros, y las tiras de cobre que cubrían sus huesos crujieron a modo de protesta—. A menos que Rhovann sea un gran necio, estará bien protegida. Busca un lugar de gran solidez en Hulburg que pueda tener equivalencia en el plano de las sombras. Los yelmorrunas serán más fuertes cuanto más cerca estén de la piedra maestra, así que no los desperdigará muy lejos.

—Tan sólo hemos visto a los yelmorrunas en el mismo Hulburg, así que parece probable que Rhovann guarde la piedra en el interior de Griffonwatch o en las cercanías —observó Sarth en voz baja.

Geran se quedó pensando, digiriendo la información que Esperus acababa de darle. Tenía poca experiencia en los planos de existencia que imitaban el paisaje mundano de Faerun, pero los había estudiado durante su formación arcana. El plano

de las sombras era una especie de gemelo oscuro o duplicado del mundo de la luz, un eco de la realidad que tan sólo estaba a un paso, si uno conocía la magia adecuada. Pensaba que podría dominarlo con algo de estudio cuando llegara el momento. Pero había algo más en lo que había dicho Esperus que le había llamado la atención.

—Rey Esperus, ¿cuánto se pueden alejar los yelmorrunas de la piedra maestra?

El lich reflexionó acerca de la pregunta durante un instante.

—Depende de la ductilidad de las habilidades de su hacedor y del poder que pueda reunir —dijo por fin—. Dudo que los subordinados de Rhovann puedan alejarse más que unas pocas leguas de su piedra maestra sin degradarse.

Unas pocas leguas... Geran entornó la mirada, pensativo. Eso significaba que los yelmorrunas servirían como potente defensa de la misma ciudad, pero no podrían luchar contra la Guardia del Escudo. En su mente comenzó a tomar forma un plan.

—¿Tiene Rhovann alguna otra defensa? —preguntó—. Aparte de los yelmorrunas, ¿con qué otros medios mágicos podría atacarnos?

—Esos conocimientos no formaban parte del trato. —Esperus rió quedamente con voz ronca—. Me pediste el arma y los conocimientos necesarios para derrotar a los ingenios mágicos de tu enemigo, además de mi promesa de no atacar Hulburg. Te he dado todo eso. No abuses de mi generosidad, Geran Hulmaster. Encuentro interesantes tus circunstancias..., pero me importa poco si tienes éxito o fracasas. Al final, tus esfuerzos serán en vano. Todo vendrá a mi reino, con el tiempo.

El lich cruzó los brazos sobre el pecho vacío, y el viento comenzó a soplar de nuevo, como una salvaje tempestad que tiró de sus capas y los hizo retroceder varios pasos. Esperus emitió una risita burlona mientras su ropa hecha jirones ondeaba sobre sus huesos amarillentos, justo antes de desvanecerse como la arena antes de una tormenta. En un instante, el pavor opresivo que causaba la presencia del lich desapareció y dejó poco más que el viento glacial que aullaba sobre las oscuras colinas.

—¡Supongo que nuestra conversación ha terminado! —dijo Hamil, casi gritando para hacerse oír por encima del viento.

—Eso parece —respondió Geran, que bajó la vista hacia la espada negra que tenía en la mano y se estremeció no sólo por el viento—. No ha habido ninguna profecía de condenación, sin importar lo que hagamos esta vez. Debe de ser una buena señal.

—¿Cambia esto tus planes de algún modo? —preguntó Kara.

—Sí. Parece que tendré que colarme en Hulburg y cambiar al plano de las sombras para vérmelas con los monstruos de Rhovann —respondió Geran, que se quedó largo rato pensativo, sin prestarle atención al frío cortante del viento mientras volvía a levantarse y azotaba su capa—. Quería hallar respuesta a lo de los yelmorrunas antes de correr el riesgo de encontrarnos con la Guardia del Consejo en

campo abierto. Ahora no estoy tan seguro. Si las criaturas no pueden alejarse demasiado de su base..., podríamos llevar a la Guardia del Escudo hasta las afueras de Hulburg antes de tener que preocuparnos de las criaturas. De hecho..., estoy tentado de ver si podemos atraerlas hacia el exterior, y después cortar sus cuerdas con un único y rápido golpe.

—Hay algo más —señaló Hamil—. La amenaza que suponen los guardias del Escudo podría servirnos de excelente distracción para cualquier travesura que queramos hacer en el reducto sombrío de Rhovann, esté donde esté.

A pesar del fuerte viento y del frío penetrante, Geran sonrió. Podría funcionar... Funcionaría, si podía organizarlo.

—Vamos, pongámonos en camino —les dijo a sus amigos—. Éste no es un buen lugar para quedarse parado, y tenemos mucho que hacer en los próximos días.

VEINTE

14 de Ches, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Desde el momento en que coronó el cabo Keldon en el viejo camino de la costa, Geran notó un cambio de humor en Hulburg. Se estaban juntando varias nubes de tormenta, a pesar de que era un día frío y de cielos despejados. Permitted a su montura, un caballo castrado de color negro, que buscara su propio camino para bajar mientras observaba atentamente la ciudad, intentando discernir qué tenía de diferente. Todavía podía oírse el alboroto y el ajetreo del comercio en la ciudad..., pero había algo distinto.

Desde su posición ventajosa, podía pasear la vista desde la calle de la Bahía hasta la desembocadura del Winterspear. Incluso sin haber llegado el deshielo, la calle de la Bahía debería haber estado llena de carretas y gente yendo y viniendo; después de todo, las concesiones mercantiles y sus almacenes estaban alineados en la calle que había junto al puerto. Pero en vez del habitual hervidero de carreteros, porteadores y tenderos, no vio más que alguna que otra carreta o algún que otro tendero apresurándose a cumplir con algún encargo. Había pequeños grupos de trabajadores desocupados reunidos en las calles, frente a las numerosas tabernas de la ciudad, y los fundidores, cuyas chimeneas estarían humeando constantemente en condiciones normales, apenas registraban actividad.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Hamil, estudiando la escena que se desarrollaba allá abajo. Iba trotando sobre un poni cargado de equipaje a pocos pasos por detrás de Geran, vestido con los ordinarios ropajes de un sirviente mal pagado—. ¿Acaso Marstel les ha dado a todos vacaciones para la guerra?

—Supongo que mucha gente está oculta a la espera de ver qué ocurre con la marcha de Kara, o quizá se están preparando para huir si resulta que la ciudad es atacada —contestó Geran—. De cualquier modo, creo que hará más fácil nuestro trabajo. Parece que a nadie le importará demasiado dos viajeros más.

Geran miró por encima del hombro hacia el sol, que se estaba poniendo por el oeste. Si las cosas habían ido como esperaba, su prima y el ejército estarían ya acercándose a Hulburg. Planeaba acampar cerca de la abadía de Rosestone y esperar a ver qué ocurría; decidieron que era lo bastante lejos de la ciudad como para disuadir a Rhovann de salir a recibir al ejército Hulmaster, pero lo bastante cerca como para que Kara pudiera atacar rápidamente una vez que se hubieran ocupado de los yelmorrunas.

—*Hay unos centinelas más adelante* —dijo Hamil en silencio—. *¡Ahora debes tener cuidado!*

Al final de la ruta de la costa, y muy cerca de donde Geran había pasado junto a un par de yelmorrunas con la caravana Sokol hacía pocas semanas, había media docena de ingenios montando guardia. No había tantos la última vez que había abandonado Hulburg. Pensó, con expresión ceñuda, que ojalá su disfraz funcionara. Esa vez iba vestido como un mago itinerante que se vendía al mejor postor, con una túnica granate bordada con glifos arcanos por encima de una camisa de seda negra con cuello alto y unos calzones a juego. Llevaba una capa también de cuello alto que lo protegía del frío, y un bastón sobre las alforjas, aunque *Unbrach Nyth* estaba al cinto. Se había dejado el cabello muy corto, y usaba una perilla y un parche en el ojo. A medida que se acercaban a los yelmorrunas, fue lanzándoles miradas de pasada, como habría hecho cualquier viajero recién llegado.

Casi habían sobrepasado a las criaturas cuando una de las que estaban a la derecha giró su rostro cubierto por la visera hacia ellos y dijo:

—Alto, identifícaos.

—*¿Hablan?* —comentó Hamil.

—*Es el primero al que veo hacerlo* —respondió Geran, que detuvo el caballo y miró con su ojo *bueno* a la criatura.

—Mi nombre es Jhormun. Éste es mi sirviente, Pirr.

—*¿Qué os trae aquí?* —interrogó el yelmorruna. Su voz era profunda y tenía un acento raro, pero se le entendía.

—Soy un mago en busca de trabajo. He oído que algunas de las Casas mercantiles de la ciudad están dispuestas a pagar bastante bien a un mago con mis habilidades.

Hubo un largo silencio, y Geran comenzó a tensar los músculos sin que se notara, listo para desenvainar la espada o lanzar un conjuro en caso de que fuera necesario. Entonces, otro de los yelmorrunas habló.

—Podéis pasar —dijo.

—*¿Crees que pueden haber estado hablando con Rhovann?* —preguntó Hamil mientras seguían adelante—. *¿O quizá simplemente están cumpliendo con sus instrucciones y actuando según su propio juicio?*

—Ninguna de las dos posibilidades es muy halagüeña —murmuró Geran. Cuanto antes se ocuparan de las monstruosas creaciones de Rhovann, mejor.

En un bolsillo interior de su ropa llevaba dos pergaminos gemelos que habían sido cuidadosamente preparados hacía unos días en Thentia; contenían un ritual para cruzar al plano de las sombras en el momento preciso. Sarth también era capaz de realizar la transición, pero Geran no estaba seguro de que el hechicero pudiera reunirse con ellos a la hora señalada, medianoche, en ese caso. Todavía faltaban nueve horas para aquello, y Geran tenía cosas que hacer antes.

Dejaron atrás el puesto de guardia y giraron a la derecha por el camino de Keldon, en dirección al complejo Sokol. Con suerte, los que estuvieran observando

no se sorprenderían al ver a un mago en busca de trabajo presentándose en el primer establecimiento mercantil que encontrara. En la puerta informó a los guardias de Sokol que deseaba hablar con la dueña del establecimiento, y él y Hamil fueron conducidos a la sala de estar de la casa de Nimessa. Esperaron poco rato antes de que la semielfa entrara seguida de uno de sus empleados.

—Lo lamento, señor Jhormun —empezó a decir—. Hay unos cuantos problemas hoy en Hulburg...

—Lo sé —la interrumpió. Se puso en pie, se quitó el parche del ojo y la miró a los ojos.

Ella retrocedió, sorprendida, y se detuvo. A continuación, miró a su subordinado.

—Déjanos un momento —dijo.

El hombre enarcó una ceja, pero cogió sus libros de contabilidad y salió de la habitación. Nimessa esperó hasta que la puerta se hubo cerrado antes de volverse hacia Geran.

—Vaya, señor Jhormun. ¡Creí que estarías con tu ejército arriba en los páramos! ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Encargarme de Rhovann y Marstel, de una vez por todas —contestó. Señaló a Hamil con un gesto de la cabeza—. ¿Te acuerdas de mi viejo amigo Hamil?

—Por supuesto, pero pensé que tendría el sentido común suficiente como para no seguirte hasta Hulburg con toda la Guardia del Consejo, las compañías mercantiles y los horribles ingenios de Rhovann buscándote.

—Mi madre me dijo que eligiera sabiamente a mis amigos —contestó Hamil. Se levantó de un salto y cogió a Nimessa de la mano, rozando sus dedos con los labios mientras dejaba escapar un suspiro—. Siempre la decepcionaba.

Nimessa sonrió e inclinó la cabeza.

—Espero que pueda hacer algo respecto de los ingenios de Rhovann en breve —le dijo Geran—. ¿La Guardia del Consejo ha partido para enfrentarse a nuestro ejército? Hamil y yo nos separamos de Kara ayer por la mañana, y no hemos tenido noticia de los movimientos de Marstel desde entonces.

—Los soldados de Marstel se están reuniendo en el campo que hay junto a Daggard —dijo Nimessa—. También ha ordenado a las compañías mercantiles que pongan a sus soldados a su disposición y los envíen al punto de encuentro. Nadie sabe lo que pretende hacer con ellos.

—¿Qué hay de los soldados de Sokol? —preguntó Hamil.

Nimessa sonrió.

—Por desgracia, una terrible epidemia de gripe ha dejado a la mayoría de mis soldados incapacitados para salir de sus barracones.

Geran asintió, intentando imaginar lo que habría hecho si hubiera estado en el lugar de Rhovann. Después de un instante, decidió que no importaba; pretendía llevar

a cabo su plan de ocuparse de los ingenios del elfo.

—La Casa Sokol ha sido una gran aliada de mi familia en los últimos meses —le dijo a Nimessa—. Mañana sabremos si fue una decisión sabia para vosotros o no. ¿Crees que tus soldados se recuperarán pronto?

—Sí, cuando sepa a ciencia cierta que no nos encontraremos solos al ponernos de tu lado. Tan sólo tenemos un par de docenas de hombres que ofrecer.

—Te lo agradezco. —Geran miró a Hamil—. Deberíamos ponernos en marcha. Tenemos mucho que hacer esta tarde.

—No hay descanso para los malvados —se lamentó Hamil.

Volvió a hacerle una reverencia a Nimessa y salió fuera.

Geran fue tras él, pero Nimessa lo cogió del brazo en la puerta. Se inclinó para besarlo en la mejilla.

—Te dará suerte —murmuró—. Mantente a salvo.

Se detuvo un instante. No quería decirle lo que estaba pensando, pero era importante para él que Nimessa entendiera sus razones, especialmente si las cosas no salían bien en los próximos dos días.

—Nimessa, la última vez que estuve aquí, no debería..., no debería haberme aprovechado de ti de aquella manera, y lo siento enormemente. Mi corazón pertenece a otra. Tan sólo me ha llevado mucho tiempo darme cuenta.

Nimessa bajó la vista hacia el suelo y suspiró.

—No tienes nada por lo que disculparte, Geran. Estás enamorado de Mirya Erstenwold, aunque lo olvidaras durante un tiempo. Sé que fui egoísta, pero no puedo decir que lamente lo que ocurrió. —Se agitó levemente y volvió a mirarlo a la cara, esbozando una leve sonrisa—. No creo que le hayas dicho aún lo que sientes a Mirya, ¿me equivoco?

Se quedó callado un momento antes de responder.

—No sé cómo hacerlo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Habla desde el corazón. El resto depende de ella.

—Parece tan fácil cuando lo dices así. —Rió quedamente ante su propia estupidez y la cogió de las manos antes de volverse y salir por la puerta.

Hamil lo estaba esperando fuera. El halfling miró a Nimessa, que estaba de pie junto a la puerta, observando, y después miró a Geran.

—*Si fuera un entrometido* —dijo en silencio—, *me preguntaría que acaba de pasar entre vosotros dos.*

—Es bueno que no seas un entrometido, entonces —le dijo Geran—. Vamos, pongámonos en marcha.

—Cuando quieras —respondió Hamil.

Montaron y salieron lentamente del patio del complejo Sokol, dirigiéndose hacia

arriba por la calle de la Bahía. Todo estaba extrañamente silencioso; cada tanto pasaban apretados grupos de trabajadores de las compañías mercantiles, intercambiando rumores y especulaciones acerca del ejército de los Hulmaster y preguntándose si la Guardia del Consejo de Marstel saldría a enfrentarse a ellos o se quedaría a defender Hulburg. Uno de los rumores más descabellados que escuchó Geran decía que Kamoth Kastelmar estaba a punto de llegar con una nueva flota pirata para arrasarse la ciudad, a pesar de que el hielo no se había derretido aún lo bastante como para que los barcos pudieran alcanzar los muelles. Se preguntó brevemente qué harían los viandantes si de repente se descubriera a sí mismo, antes de decidir que probablemente no fuera una buena idea.

Llegaron a las puertas de la Compañía de la Doble Luna, y se detuvieron brevemente. Geran bajó la vista hacia su pequeño amigo.

—¿Aún quieres intentarlo? —preguntó.

Hamil asintió.

—Puede ser que te sorprendan —dijo—. Tengo buen trato con varios de los suyos. Creo que podría convencerlos de que descubran unos barracones llenos de mercenarios enfermos, al menos. Por supuesto, deberás recordar que te ayudaron cuando llegue el momento de negociar sus rentas y los términos de su concesión.

—Si todo va bien, los Jannarsk y el Anillo de Hierro se marcharán junto con los Veruna cuando todo se haya estabilizado. La Doble Luna será bienvenida a cualquiera de sus concesiones si nos ayudan ahora. —Geran miró a su alrededor, por si alguien les estaba prestando demasiada atención, y decidió que Rhovann y Marstel seguramente estarían ocupados con Kara—. Te veré a medianoche ¿Sabes cómo encontrar a toda la gente de tu lista?

El halfling resopló.

—No es una ciudad tan grande. Estoy seguro de que me apañaré.

Geran esperaba que entre los dos pudieran visitar al menos a una docena de sus partidarios, o más, para avisarlos de que se prepararan para atacar. A Geran le habría gustado tener a Hamil cerca por si surgían problemas, pero había demasiada gente que sabía que Hamil era uno de sus compañeros más apreciados; un humano y un halfling juntos podrían levantar sospechas fácilmente, cosa que no pasaría si recorrían la ciudad por separado.

—Buena suerte, entonces —dijo Geran.

El mago de la espada se alejó a caballo sin volver la vista atrás, poniendo cara de enfado y avanzando por el medio de la calle, para interpretar el papel de un hechicero mercenario. Giró por la calle Alta, y cruzó el Winterspear por el Puente Medio —que estaba custodiado por más yelmorrunas, aunque siguieron haciendo caso omiso de él —, y se dirigió hacia el norte por la carretera del Valle, con la intención de visitar a Burkel Tresterfin y a unos cuantos partidarios más cuyas casas se encontraban un

poco a las afueras de la ciudad. Pero se vio obligado a desviarse a pocos metros de El Bock del Troll ante la presencia de una patrulla de la Guardia del Consejo que estaba parando a todos los que iban hacia el valle del Winterspear. Renunció a la idea de visitar a Tresterfin, giró hacia el sur y se dirigió hacia la casa de Mirya.

Pasó por delante del camino que conducía a la casa mientras buscaba señales de espías o guardias, fingiendo interés en las tiendas cercanas. No parecía haber nada raro, así que siguió la carretera en dirección al Paso del Harmach y se internó en el bosque que rodeaba la base de la colina de Griffonwatch al llegar a un cruce. La casa de Mirya se encontraba justo al otro lado del bosque; después de unos noventa metros, salió de entre los árboles al patio trasero de Mirya. Desmontó y ató el caballo a una baranda que había para ese fin. Después llamó a la puerta.

Hubo un ligero estrépito en el interior, y se oyeron pasos rápidos sobre el suelo de madera. A continuación, Mirya quitó el pestillo y abrió la puerta con expresión ceñuda.

—Sí. ¿Qué...? —comenzó; pero después reconoció a Geran—. ¡Geran, estás aquí!

—Pues vaya disfraz me he buscado —dijo.

Bueno, no era una prueba muy objetiva, ya que Mirya conocía su rostro mejor que nadie y había aprendido a mirar dos veces a los extraños que aparecían en su puerta.

—¿Puedo entrar?

—Claro. ¡Entra! No creo que haya espías en los alrededores, pero no puedo estar segura. —Abrió del todo la puerta y se hizo a un lado mientras él entraba rápidamente.

—Gracias —respondió.

Geran se sentó en una banqueta que había junto al fuego para calentarse las manos. Hacía mucho frío ese día, a pesar del sol primaveral, y había estado fuera la mayor parte del tiempo. Entonces se fijó en que el marco de la puerta estaba astillado, y faltaban varios muebles y accesorios; al parecer la casa había sido allanada y registrada hacía poco, pero ella ya lo había recogido todo.

—Parece que has tenido problemas con los esbirros de Marstel. ¿Estás bien?

—Bastante bien. Selsha sigue con los Tresterfin, pero Erstenwold va tirando. —Mirya puso una tetera al fuego y se sentó frente a él en otra banqueta—. Hemos oído rumores de que el ejército de Hulmaster está de camino. ¿Por qué no estás con tus soldados?

—Los dejé en manos de Kara para poder colarme en Hulburg y ocuparme de algunos asuntos.

—¿Qué diablos puede ser más importante que derrotar al ejército de Marstel?

—Derrotar a los yelmorrunas de Rhovann y provocar el alzamiento de nuestros

partidarios contra Marstel —contestó Geran—. Kara podrá ocuparse de la Guardia del Consejo sin mi ayuda, pero pretendo acabar con los yelmorrunas esta noche. Sarth y Hamil se reunirán conmigo en el Puente Quemado a medianoche para ayudarme. Esperaba que tú pudieras secundarme con los que nos son leales.

—Pensaba que no querías que me jugara el cuello en tonterías de ese estilo.

Geran se encogió de hombros.

—Y no quería, pero me da la impresión de que eres demasiado cabezota para desistir sólo porque yo te lo haya pedido.

Ella le dedicó una sonrisa irónica.

—Ya me conoces, Geran Hulmaster. Da la casualidad de que hay unas cuantas personas que me son absolutamente leales y podrían ayudar. Pero te advierto que muchos de mis amigos lo han pasado mal por ello. Es un milagro que yo no haya acabado en la prisión de Marstel.

—Ya me lo imaginaba. —Se inclinó hacia delante—. Si consigo llevar adelante mi plan esta noche, Kara estará aquí con la Guardia del Escudo mañana por la tarde. Quiero levantar en armas a los leales y capturar todos los puestos fortificados que podamos mientras la Guardia del Consejo está ocupada.

Ella lo miró preocupada, sin duda previendo la lucha que eso provocaría.

—¿Realmente puedes derrotar a los guardias grises de Rhovann? —preguntó.

—Tengo buenas razones para creer que sí. Pero si me equivoco, supongo que cancelaremos el ataque de Kara y nos retiraremos nuevamente hacia Thentia. —Hizo una pausa, imaginando lo que eso significaría—. Supongo que eso sería el final para nuestra causa. De un modo u otro, esta guerra se decidirá mañana.

—Será muy duro para aquellos de nosotros que nos quedemos aquí si falláis.

—Lo sé. De hecho..., después de organizar las cosas con nuestros partidarios, quiero que esta noche vayas a casa de los Tresterfin y te prepares para huir de Hulburg por si acaso llegara lo peor. Quiero que tú y Selsha os quedéis allí hasta que todo se haya decidido. Creo que puedo acompañarte hasta el bloqueo de la Guardia del Consejo y después encontrarme con Sarth y Hamil.

Ella frunció el entrecejo tercamente.

—¿No quieres tener que preocuparte por mí?

—Sí, no quiero tener que preocuparme por ti. —Geran se miró las manos—. Me haría las cosas mucho más fáciles si supiera que tú y tu hija estáis a salvo. Por favor, quédate con los Tresterfin y mantente alejada de la lucha mañana.

—Jarad comprendería que me juego tanto en Hulburg como tú. ¿Cómo crees que me sentiría si me ocultara en el campo preguntándome si todo y todos los que me importan podrían no llegar vivos al día siguiente? ¿Cómo podría quedarme a un lado mientras otros libran mi lucha?

—No te lo pido por Jarad. Te lo pido por mí. —La cogió de las manos y la miró a

la cara.

Durante un momento, luchó con sus viejas dudas, con su miedo de volver a hacerle daño, pero esa vez no se contuvo, le dijo lo que quería decirle.

—Te amo, Mirya —dijo—. Mi corazón es sólo tuyo, y no quiero volver a separarme de ti jamás. Por favor..., por mí..., prométeme que permanecerás a salvo durante la batalla.

Ella lo miró, afligida.

—Geran... no me hagas esto otra vez —dijo débilmente—. No puedo soportarlo. Además, es a Nimessa Sokol a quien quieres.

—No, no es cierto, Mirya. Te quiero a ti.

Ella se frotó los ojos, anegados en lágrimas, con el dorso de la mano.

—Te has acostado con ella, ¿no es verdad?

Él hizo una mueca de dolor. Debería haber sabido que lo averiguaría. Después de todo, Mirya no tenía un pelo de tonta.

Suspiró y la miró a los ojos.

—Nimessa y yo estuvimos juntos, sí. Fue algo pasajero, hace meses, y ya ha terminado. No es ella a quien veo cuando cierro los ojos por la noche, o por la que me preocupo cuando estoy lejos, o aquella cuyas palabras necesito oír cuando estoy atribulado y solo. Eres tú, Mirya. Así que por favor, te lo ruego..., quédate fuera de Hulburg mañana, porque mis enemigos querrán haceros daño a ti o a Selsha para hacerme daño a mí, y eso me destrozaría.

—¿Así que se supone que debo esperar como una viuda a recibir noticias de si estás vivo o muerto? —preguntó—. ¿Es que no comprendes cómo me rompe el corazón tener que estar preguntándome dónde estarás y si también estás a salvo? Porque eso es lo que ocurre. En contra de toda la sensatez que ya debería tener a estas alturas, te quiero, y por ello soy una estúpida. Esta noche me estás entregando tu corazón, y no te puedo decir que no, pero ¿dónde estarás mañana? ¿Qué te apartará de mí al día siguiente? No tengo fuerzas para vivir así.

Él permaneció en silencio durante un largo rato. Hasta ese momento, de algún modo, no había conseguido comprender que ella también podía amarlo y aun así no dejarse llevar por lo que sentía. Movi6 la cabeza, impotente, sin saber qué más decir.

—Ya no soy el hombre que era, Mirya. No puedo amar a otra que no seas tú. Cuando todo esto termine, quiero casarme contigo. ¿Me aceptarías como esposo?

—¡Maldito seas, Geran Hulmaster! ¿Por qué me dices eso ahora?

Mirya respiró profundamente y se puso de pie, alejándose de él. No dijo nada durante un rato, mientras Geran la observaba. Por fin se dio la vuelta para mirarlo nuevamente.

—Me debes algo más que una disculpa, y no es por lo de Nimessa Sokol. No te lo voy a poner fácil, pero eso será pasado mañana. Ahora no es momento para tonterías.

Si sobrevivimos a los próximos días, lo hablaremos después.

Él también se levantó.

—Después —dijo con suavidad.

¡No había dicho que no! Aunque tampoco había dicho que sí, pero lo más importante era que no había dicho que no.

—Tienes razón, Mirya.

—Vete acostumbrando a decir eso —respondió—. Veamos: ¿qué es lo que tienes que hacer esta noche?

—Pensaba visitar a dos o más leales antes de encontrarme con Sarth y Hamil. Aún quedan algunas horas para medianoche.

Mirya inclinó la cabeza, como si de repente se hubiera dado cuenta de algo. Frunció el entrecejo, mirando al vacío mientras se concentraba.

—¿Qué ocurre?

—Tengo una idea mejor —contestó al fin, aunque todavía parecía algo distraída por lo que estaba pensando—. Iremos a Erstenwold, y llevaré allí a quien necesites ver. De hecho, estoy en contacto con varios de los que te son leales. Si los llamo, seguro que podrán llevar los mensajes en tu lugar y así podrás permanecer oculto.

Geran sopesó rápidamente la idea. Era posible que Erstenwold estuviera vigilado, por supuesto, pero también estaba en un lugar céntrico... y tenía acceso a las calles subterráneas de Hulburg, lo cual podría ser muy útil. Al fin y al cabo, ella tenía instinto para las operaciones clandestinas.

—Está bien —contestó—. Dejaré mi caballo en el establo y haremos lo que has sugerido. Se nos hace tarde.

VEINTIUNO

14 de Ches, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Kara Hulmaster estaba sentada sobre su montura al borde del campamento Hulmaster, en los Altos Páramos, observando cómo marchaba a su encuentro el ejército de Maroth Marstel.

—Está bien —musitó.

Un viento racheado procedente del sur hizo flamear todas las banderas y estandartes de su pequeño ejército, agitándolos con fuerza. Estaba empezando a anochecer, y la silueta medio derruida de la abadía de Rosestone se recortaba contra el cielo meridional; unas espesas nubes grises avanzaban en apretadas filas hacia el Mar de la Luna, a pocos kilómetros. Pronto caería del cielo una lluvia fría e intensa, y se preguntó a qué bando favorecería más.

Durante los cuatro últimos días había conducido el ejército Hulmaster hacia el este, por los Altos Páramos, con la intención de situarse a una distancia considerable de Hulburg, de acuerdo con el plan que habían diseñado Geran y ella. Pero en vez de esperar en el campamento a que se desarrollara la acción, parecía que tenía una batalla entre manos. A lo largo de las murallas de la vieja abadía, estaban apostados sus guardias del Escudo, contemplando cómo formaban la Guardia del Consejo y sus aliados mercaderes, compañía tras compañía, a unos mil metros de distancia.

—Al parecer, a Marstel no le gusta esperar —comentó Sarth. El tiflin estaba sentado torpemente en la silla, junto a Kara, observando cómo se iban organizando las filas de la Guardia del Consejo, que estaban a casi un kilómetro—. ¿Esperabas que se quedara a defender Hulburg, verdad?

—Así es —respondió Kara, con expresión triste.

La abadía de Rosestone estaba a menos de dieciséis kilómetros de Hulburg, y sus edificaciones en ruinas ofrecían una buena defensa y un refugio contra las inclemencias del tiempo a la hora de acampar. Si era preciso, podía permanecer en esa posición con su ejército durante un mes. Rosestone estaba en una buena posición para aislar a Hulburg de las rutas comerciales por tierra, pero no lo bastante cerca como para que Marstel pudiera atacarla sin dejar la ciudad desguarnecida, o al menos eso pensaba.

—Según parece, los capitanes de Marstel ven las cosas desde un punto de vista diferente del nuestro.

—Posiblemente, los capitanes de Marstel estén preocupados ante la posibilidad de que vuestros partidarios se unan a vuestras filas si os permite acercaros más —supuso Sarth—. O quizá simplemente sea impaciencia, o miedo de parecer débiles. No es

obligatorio comprender los motivos de Maroth Marstel.

Mientras estudiaba las filas enemigas, a Kara se le dio por pensar que esperaba que Geran supiera lo que estaba haciendo. Los guerreros de la Guardia del Consejo de Marstel llevaban sobrevestas de colores rojo y amarillo, pero no eran la única formación que se enfrentaría a ella. Por detrás de las filas de soldados de infantería había pequeñas compañías de soldados a caballo, pertenecientes a las compañías mercantiles. Eran los jinetes de la Casa Jannarsk, que cabalgaban bajo un pendón pardo y rojo, los mercenarios del Anillo de Hierro, de marrón y negro, e incluso una numerosa banda de soldados de la Casa Veruna, con sus abrigos verdiblanco. Ella apretó los labios de puro enojo al verlo; los Veruna habían hecho todo lo posible por ayudar a su hermanastro Sergen en su sangriento intento de derrocar al harmach hacía un año, y ella había disfrutado enormemente observando cómo abandonaban su posición en Hulburg al fallar los planes de Sergen. Pero ahí estaban de nuevo, y Marstel les había devuelto gran parte de sus antiguas posesiones. Kara se prometió que arreglaría ese asunto muy pronto si las cosas salían bien. Pero lo más preocupante de todo era que podía distinguir las imponentes siluetas de cientos de yelmorrunas formando un apretado grupo alrededor del estandarte de Marstel.

Kendurkkel Ironthane se dio un paseo hasta donde estaban Kara y Sarth, con un hacha de batalla apoyada sobre el hombro.

—Nos superan en número por poco —comentó el enano—. No me causa precisamente felicidad el ver a aquellos gigantes grises de ahí. Esperaba que el mago los dejara más cerca de casa.

—No me preocupa su superioridad numérica —respondió Kara—. Los hombres de las compañías mercantiles no estarán demasiado dispuestos a morir por Maroth Marstel. Y con respecto a los yelmorrunas, ya veremos lo que pasa. Tenemos razones para creer que no son tan formidables como creíamos..., al menos no en este lugar —miró a Sarth—. Creo que es el momento, Sarth. Dudo de que haya mucho más que decir, pero supongo que deberíamos ofrecerles parlamento igualmente.

—Muy bien —dijo el hechicero—. Por favor, discúlpame un instante.

El tiplin desmontó y le tendió las riendas a un soldado; después se agachó para pasar por una puerta que había en las ruinas exteriores de la abadía. Kara creyó oír unas palabras arcanas dichas entre susurros, y sintió como las fuerzas invisibles que la rodeaban tiraban de ella; la marca del conjuro que tenía la hacía más sensible a ese tipo de cosas que cualquiera que no estuviera entrenado en las artes arcanas. Unos instantes más tarde se oyó un crujido al otro lado de la puerta del edificio exterior, y Geran Hulmaster salió, vestido con una ligera cota de malla élfica, una fina capa azul oscuro que ondeaba tras él y un yelmo con penacho bajo el brazo.

—Sarth estará ocupado un buen rato en importantes adivinaciones —dijo—. Sugiere que continuemos sin él.

Kara intentó disimular una sonrisa con una pequeña mueca. El parecido era casi perfecto. Si no hubiera sabido que Sarth había adoptado la apariencia de su primo, jamás habría adivinado la verdad. Había algunos detalles que fallaban: la manera de andar no era la correcta, el tono de voz era ligeramente distinto y no se desenvolvía con la misma soltura y viveza que Geran había adquirido a lo largo de varios años aprendiendo esgrima. Pero sabía que ella siempre se fijaba en el más mínimo detalle, y además conocía muy bien a su primo. La gente que conociera a Geran de forma casual jamás podría adivinar que no era quien parecía ser, especialmente si Sarth tenía cuidado y no hablaba demasiado.

—Muy bien —respondió—. Pongámonos en marcha.

Kara espoleó la yegua y salió al trote hacia campo abierto a la cabeza de la Guardia del Escudo. Vossen, su portaestandarte, iba tras ella; el estandarte estaba decorado con un grifo azul de los Hulmaster. Sarth, con su disfraz mágico, iba al otro lado del estandarte, y Kendurkkel Ironthane iba justo a su lado, a lomos de un robusto poni. Se detuvieron a mitad de camino entre los dos ejércitos. Kara observó las filas enemigas con interés; había un puñado de ballesteros distribuidos entre la Guardia del Consejo, pero ninguno de ellos parecía estar pensando en probar suerte con un disparo a larga distancia. Hubo un breve revuelo entre los jinetes que estaban agrupados bajo los estandartes en el centro, y entonces salió un pequeño grupo a caballo, que avanzó lentamente a su encuentro.

—Cuéntame otra vez cuál es el objetivo de este ejercicio —le dijo Sarth en voz baja.

—Tradicionalmente, se hace para lanzar desafíos, para imponer condiciones acerca del rescate de prisioneros o para convencer a alguien que está en una posición difícil de que se retire sin luchar —respondió Kara—. No tengo ninguna de esas ideas en mente todavía. Mi propósito es asegurarme de que Marstel y sus capitanes te vean aquí. No creo que engañarlos acerca del paradero de Geran vaya a hacer ningún mal.

Kendurkkel soltó una risita.

—Bueno, confieso que ahora me lo estaba preguntando —dijo—. Por supuesto, es muy probable que lord Hulmaster no quiera que sepa dónde está. La primera vez que nos encontramos lo inmovilicé en el suelo de la escalera de la Casa del Consejo.

Kara sonrió, vacilante, al oír aquello. ¿Sería una broma, o acaso Kendurkkel estaba queriendo recordarle que su lealtad estaba a la venta al mejor postor? Pensaba que se había ganado el respeto del enano más que la mayoría, y que quizá él sentiría algún tipo de conexión con la causa de los Hulmaster que no tenía con el resto de sus patrones, pero seguía siendo un hecho que los Mazas de Hielo eran mercenarios, y los mercenarios tenían la mala costumbre de ir a donde había oro. Más de una batalla se había perdido porque una compañía había cambiado de bando tras aceptar una oferta mejor, o simplemente porque había decidido dejar de luchar mientras se renegociaba

un contrato con condiciones más de su gusto. Jamás había oído que los Mazas de Hielo hubieran hecho algo semejante, pero siempre había una primera vez para todo. Observó al enano, intentando evaluar de qué humor estaba.

—Vaya, si es el viejo Marstel en persona —dijo Kendurkkel, sorprendido, mientras saludaba a los jinetes que se aproximaban con un gesto de la cabeza—. No me lo esperaba. Y ese capitán que está junto a él es Edelmark de Mulmaster, creo. No reconozco al tipo grande que está con ellos, y no hay ni rastro del mago.

—Creo que es Miskar Bann, el capitán de los Veruna —dijo Kara.

La capitana estudió a los hombres que se aproximaban con expresión ceñuda. Marstel estaba algo ridículo con un yelmo con penacho y una armadura de placas ajustada sobre su prominente vientre, pero cabalgaba mejor de lo que hubiese imaginado. De hecho, parecía tener mejor salud que en los últimos años. Tenía la mirada brillante sobre su rígido bigote blanco, y su rostro mostraba una expresión de total confianza cuando tiró de las riendas de su pesado caballo de guerra a unos tres metros del grupo de Kara. Los seguidores de Marstel se pusieron en fila junto a él.

Marstel estudió a Kara, a Sarth con su disfraz de Geran y a Kendurkkel Ironthane. A continuación, dejó escapar un bufido.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Tenéis algo que decirme?

Kara lo miró con expresión severa.

—Maroth Marstel, eres un asesino y un usurpador. Te ínsto a deponer las armas y a rendirte ante el legítimo señor de Hulburg. Todos los que hayan oprimido y hayan dañado a la población de Hulburg deberán rendir cuentas, pero perdonaremos las vidas de tus guerreros y oficiales si te rindes. Ésta es tu oportunidad de responder a los cargos contra ti. —Hizo una pausa y añadió—: No me importa demasiado si encuentras la muerte en este campo en el día de hoy, pero tus soldados están a las órdenes de un viejo gordo e idiota, y merecen una oportunidad de enmendar lo que han hecho. No podrán hacerlo cuando hayan muerto.

Marstel enrojció de ira, pero fue Edelmark el que habló.

—Valientes palabras —le dijo a Kara—. Ya veremos lo lejos que te lleva tu justa ira cuando nuestra caballería te haga pedazos y nuestros yelmorrunas aplasten tus filas. —Miró a Kendurkkel y sonrió fríamente—. Habrías hecho bien en rechazar este contrato, señor Ironthane. No es demasiado tarde para replanteárselo.

—Ha sido una larga caminata desde Thentia —respondió el enano—. No tendría mucho sentido que nos diéramos la vuelta sin habernos enfrentado al menos una vez, Edelmark.

—Bien —dijo Miskar Bann.

El capitán de los Veruna fulminó con la mirada a Sarth, que seguía bajo los efectos de su disfraz mágico, y se dio una palmada en la rodilla izquierda, que estaba cubierta por una abrazadera de cuero y hierro.

—De todos modos, vine aquí para luchar. Te debo una por esta cojera, lord Hulmaster. ¡Te buscaré en el campo de batalla!

Sarth cruzó una rápida mirada con Kara antes de contestar al capitán de los Veruna. Estaba claro que Bann conocía a Geran y tenía alguna cuenta pendiente con él, aunque el tiflin no tenía ni idea de qué se trataba. Sarth le dirigió una mirada cargada de ira y rugió:

—¡Si insistes, tendré que dejarte la otra pierna a juego con ésa!

—Estoy esperando una respuesta —dijo Kara.

—¿A ese ridículo ultimátum? —rugió Marstel—. La recibirás muy pronto, querida. Tu pequeña y débil rebelión terminará hoy mismo. No se dará ni se pedirá cuartel.

—Bien —dijo Kara en tono neutro—. No se dará ni se pedirá cuartel.

La capitana le hizo un brusco gesto con la cabeza a Sarth y al portaestandarte, y el grupo de los Hulmaster hizo girar las monturas y se dirigió hacia sus filas. Tras ellos, Marstel y sus oficiales también partieron al galope.

—Supongo que hoy nos ganaremos el sueldo —dijo Kendurkkel mientras se alejaban.

—Eso parece —respondió Kara.

—¿Quién era ese capitán de los Veruna? —preguntó Sarth.

—Yo no estaba presente, pero creo recordar que Geran luchó contra dos soldados de los Veruna en Erstenwold el año pasado, justo antes de su duelo con Anfel Urdinger —respondió Kara—. Los dejó bastante maltrechos. Creo que uno de ellos era Bann.

Se tomó unos instantes para estudiar las posiciones desde el frente mientras volvían. Las tiendas y las carretas del campamento Hulmaster estaban en el interior de la gran extensión de ruinas anexas a Rosestone, pero los tres escudos de su ejército, y los Mazas de Hielo, estaban situados ahora a lo largo de lo que quedaba de la muralla que antaño había rodeado el enorme patio exterior de la abadía. Los muros medio derruidos no representaban un gran obstáculo, pero al menos les ofrecían cierta protección, y la fuerza atacante se vería dirigida hacia los espacios abiertos que quedaban entre los trozos de muro que todavía se mantenían en pie. El viejo edificio de la abadía protegía su flanco derecho; los Mazas de Hielo estaban en ese extremo. El primer escudo, del capitán Wester, esperaba en el centro, y el tercer Escudo, del capitán Merrith, estaba en una maraña de edificios anexas derruidos en el flanco izquierdo. El segundo escudo, de Larken, guardaba la retaguardia del viejo patio. Los frailes amaunatori que todavía vivían en las dependencias intactas de la abadía se habían retirado a la capilla, con la esperanza de mantenerse al margen.

Los guardias del Escudo vitorearon al grupo cuando éste regresó a las filas. Kara le hizo un gesto de asentimiento a Sarth, que desmontó con ligereza y volvió a

desaparecer rápidamente entre las ruinas de la abadía. A continuación, les hizo señas a los capitanes de los escudos para que se reunieran con ella. En pocos segundos, Wester, el hermano Larken, Merrith y Colton acudieron junto a ella.

—Supongo que Marstel se ha negado a rendir ese gordo culo que tiene cuando se lo has dicho, ¿verdad? —preguntó Wester.

—Ha declinado la oferta muy educadamente.

Kara sonrió, pero tenía la mirada fija en el campo de batalla. Estudió las distancias, imaginó maniobras y tuvo en cuenta las contramaniobras, todo en pocos segundos.

—Larken, quiero que tu escudo se mantenga en la retaguardia, algo apartado del resto. Eres mi reserva. Con respecto a los demás, mantendremos nuestras posiciones y dejaremos que sean ellos los que se acerquen. Tenemos más arqueros que ellos, así que se lo haremos pagar en campo abierto. —Volvió la mirada hacia atrás y estudió la distribución del terreno que había detrás del campamento—. No creo que sea muy probable, pero si por alguna razón nos sacan del campamento, dirigíos hacia aquella colina redonda. Ese será nuestro punto de reunión.

—Sí, capitana —respondieron.

—Muy bien, volved con vuestros escudos. Nadie debe moverse de nuestras filas hasta que yo dé la señal. ¡Que Tempus os proteja!

Kara esperó mientras los capitanes volvían con sus propias compañías y organizaban las tropas. Cabalgó hacia donde estaba el escudo del hermano Larken, para ocupar allí una posición desde la cual pudiera observar la batalla en su totalidad y elegir el momento y el lugar adecuados para enviar a la reserva.

Al otro lado del espacio que separaba a ambos ejércitos, pudo ver cómo los estandartes de las distintas compañías mercantiles volvían a sus posiciones, separándose del estandarte de Marstel. Al parecer, las fuerzas del falso harmach habían terminado sus deliberaciones y estaban listas para avanzar. Se oyeron varias trompetas cerca del estandarte de Marstel; las filas de la Guardia del Consejo se pusieron en marcha hacia delante. Se levantó un fuerte viento que agitó los estandartes; la distancia entre ambos ejércitos comenzó a disminuir.

—La caballería enemiga se acerca —dijo el sargento Kolton, que estaba junto a ella.

El viejo veterano se encontraba al mando de un pequeño grupo de guardaespaldas que se mantenían cerca de Kara y Sarth.

—Ya los veo —respondió Kara.

Sumando los de los Jannarsk, los del Anillo de Hierro y los de Veruna, habría unos doscientos caballeros enemigos a los que vigilar; salieron de detrás del flanco izquierdo del ejército enemigo y se posicionaron de modo que pudieran atacar su flanco derecho, donde estaban situados los Mazas de Hielo.

—Kendurkkel podrá ocuparse de ellos.

—¿Abrimos fuego? —preguntó Larken.

Kara negó con la cabeza, esperando a que los soldados de Marstel se acercaran todavía más. No pretendía que sus soldados desperdiciaran flechas y, lo que era más importante, pretendía que sus enemigos estuvieran bien metidos en el campo de batalla cuando comenzaran a caer los primeros golpes. Cuando la distancia entre las filas pasó a ser la mitad del recorrido de una flecha disparada por un arco, hizo un gesto con la cabeza a su portaestandarte.

—Vossen, haz la señal a los capitanes para que arrojen ráfagas.

El estandarte Hulmaster bajó y volvió a subir; los trompeteros de la Guardia del Escudo hicieron la señal correspondiente a la orden de Kara. Los arqueros de cada uno de los escudos inclinaron los arcos al mismo tiempo, los sostuvieron un momento y después dispararon sus flechas. Casi un tercio de los soldados de los Hulmaster llevaban arcos largos, y cientos de flechas surcaron el cielo plomizo. Los guardias del Consejo se tambalearon y cayeron bajo la mortífera lluvia; se oyeron gritos lejanos en los páramos, y las tropas que se acercaban parecieron retorcerse y ondularse como una enorme serpiente herida. Diez segundos más tarde, una segunda ráfaga surcó los aires, y más soldados de Marstel cayeron. Pero esa vez, en respuesta, surgieron varios virotes y flechas de entre las filas del harmach. Las tropas de los Hulmaster no eran blancos fáciles para los arqueros de Marstel; la mayoría llevaban cota de malla, y los que no blandían arcos llevaban grandes escudos con que cubrirse del fuego enemigo. Aun así, algunos proyectiles dieron en el blanco, y los soldados comenzaron a caer uno a uno con gritos de dolor o de asfixia. Entonces, hubo una tercera andanada desde las filas de los Hulmaster, que volvió a diezmar las tropas de Marstel.

—Los yelmorrunas —murmuró Sarth.

Kara dirigió la vista hacia el centro de las líneas enemigas, frunciendo el entrecejo. La lluvia de flechas parecía no haber tenido mucho efecto en los ingenios grises de Rhovann. Aquellas cosas seguían adelante y sin modificar el paso, recibiendo más y más flechas sin que parecieran hacerles nada.

—Esperemos que las espadas y las hachas funcionen mejor —dijo.

El primer escudo, de Nils Wester, estaba en el centro de las líneas de los Hulmaster; serían los que tendrían que enfrentarse a los yelmorrunas. El fuego enemigo se hizo más persistente, con el añadido de bolas de fuego y lanzas de relámpagos arrojadas por magos y hechiceros que estaban distribuidos entre las filas enemigas. Los páramos se llenaron del rugido del fuego, y los ensordecedores truenos. El ejército de los Hulmaster no tenía taumaturgos aparte de Sarth. Kara miró al extremo donde se encontraban los Mazas de Hielo; la caballería mercantil cargaba y fintaba hacia los flancos de los mercenarios, pero manteniendo las distancias, esperando a que el ejército de Hulmaster abriera filas.

—¡Arqueros, fuego a discreción! —exclamó Kara.

Volvieron a sonar cuernos y trompetas, y comenzó a caer una lluvia constante de proyectiles siseantes. La capitana Hulmaster posó la mirada en el grupo de portaestandartes desde el que Marstel y sus oficiales observaban cómo se desarrollaba la batalla tras la siniestra formación de yelmorrunas. Estuvo muy tentada de liderar una carga contra los capitanes enemigos, pero hasta no saber exactamente hasta qué punto eran peligrosos los juguetes de Rhovann, no podía arriesgarse.

La Guardia del Consejo, aguijoneada por los mortíferos misiles, se lanzó a la carga, mientras la Guardia del Escudo coreaba una serie de gritos de guerra. Los dos ejércitos se encontraron por fin con un horrible estruendo al chocar metal contra metal, seguido de los gritos de los guerreros. A izquierda y derecha, la Guardia del Escudo flaqueó bajo el asalto, pero mantuvieron sus posiciones; en el uno contra uno, estaban mejor equipados y tenían un entrenamiento superior a los soldados de la Guardia del Escudo, y además estos últimos no contaban con la suficiente superioridad numérica como para aplastarlos. Pero en el centro la Guardia del Escudo no se estaba enfrentando a los soldados mercenarios de Marstel, sino que se enfrentaba a los yelmorrunas.

—Aquí vienen —dijo en voz baja, y se permitió sonreír, aunque sin sentido del humor. Pronto comprobaría si las criaturas eran tan peligrosas como Geran se temía.

Los yelmorrunas, que eran unos sesenta o setenta, marcharon hacia la línea de Wester. Alzaron las alabardas negras y las dejaron caer con una fuerza escalofriante. Ni los escudos ni las cotas de malla pudieron resistir el azote de aquellas armas tan pesadas que habían sido manejadas con una fuerza tan despiadada; en cuestión de segundos, dos decenas de soldados de Hulmaster fueron abatidos por la monstruosa fuerza de las criaturas. Los ingenios avanzaron unos cuantos pasos más, preparándose para asestar otro golpe. Algunos valientes guardias del Escudo fueron a su encuentro, y les clavaron lanzas en la carne arcillosa o les hicieron tajos con hachas o espadas; pero los yelmorrunas parecían casi inmunes a sus ataques. Uno de los monstruos se tambaleó cuando un corpulento luchador de la Guardia del Escudo arrojó el escudo a un lado y le lanzó un golpe a la rodilla; blandiendo su enorme hacha de batalla con las dos manos, le hizo una muesca en la pierna a la criatura como quien corta un árbol. Pero el yelmorruna le dio un golpe con el dorso de la mano y salió volando por los aires. Antes de que pudiera volver a levantarse, el monstruo le hundió el filo de la alabarda en el pecho y tiró del arma para liberarla. El centro de las líneas de los Hulmaster comenzaron a combarse bajo el avance inexorable de los yelmorrunas.

Y ahí se acababan las esperanzas que habían albergado de que sería más fácil matarlos a unos cuantos kilómetros de distancia de Hulburg. La única defensa posible contra esas cosas era no ponerse al alcance de sus alabardas.

—¡Maldita sea! —rugió Kara.

Los guardias del Escudo no estaban cediendo ni un centímetro a la Guardia del Consejo en ambos flancos, pero los yelmorrunas estaban destruyendo el centro delante de sus propios ojos. Si el escudo de Wester se rompía, podrían perder la batalla. Desesperada, hizo una señal al portaestandarte y al hermano Larken, que estaba detrás de ella.

—¡Al centro! —exclamó—. ¡Seguidme!

Espoleó a *Dancer* para que avanzara y se dirigió hacia el lugar donde el escudo de Wester luchaba con furia por detener a unos enemigos que parecían imparables. A continuación, el caos de la batalla se los tragó, a ella y a sus guardaespaldas. En pocos segundos, Kara se encontró en medio de la refriega, incapaz de pensar en otra cosa que no fueran los enemigos que tenía más cerca. Su espada se movía con gran rapidez, emitiendo destellos metálicos mientras desviaba los golpes de las enormes alabardas e intentaba alcanzar a los monstruos a la altura del cuello. Después se desvaneció mientras describía un arco tan brutal que le cortó el brazo a un soldado de la Guardia del Consejo a la altura del hombro. Los cascos de *Dancer* golpeaban y azotaban a unos y otros mientras la enorme yegua se abría camino entre los combatientes.

A pocos pasos tras ella, Sarth abandonó el caballo y se elevó por los aires, protegiéndose con un halo dorado que desviaba alguna que otra lanza o proyectil arrojados en su dirección. El hechicero no era muy hábil luchando a caballo, y lo sabía. Desde aquella posición diezmó las filas enemigas con enormes explosiones de fuego, sólo para llamar la atención de varios de los magos de las compañías mercantiles. Se desató una furiosa batalla de conjuros en el aire, por encima del confuso tumulto, mientras el tiflin intercambiaba rayos y brillantes dardos de energía mágica con sus adversarios. Un mago de barba gris con los colores de los Jannarsk le lanzó un rayo multicolor a Sarth, que se deshizo en varios rayos cuando impactó contra el escudo de hechizos; un contacto superficial con el rayo naranja le hizo una quemadura en el pecho a Sarth, haciendo que su túnica quedara ennegrecida en ese punto y dejando escapar un hilillo de humo mientras se chamuscaba. Sarth no le dio ni la más mínima importancia, ya que a los de su raza no les afectaba demasiado el fuego, y respondió con un aluvión de mortíferos proyectiles de hielo que alcanzaron varias veces al mago de Jannarsk y también a varios de sus soldados.

Kara se volvió rápidamente, intentando evaluar si había acabado con alguno de los yelmorrunas en su contraataque, pero los autómatas seguían avanzando. No salía sangre de ninguna de las heridas que les había infligido en el cuello o en otros puntos de su carne gris.

—¿Cómo demonios se mata a esas cosas? —gruñó para sí misma.

El guerrero que había intentado cortarles las piernas quizá hubiera dado con la solución...; de todas maneras, un escudo no ayudaría, y si aquellas cosas podían

quedar incapacitadas cortándoles las piernas, no supondrían una gran amenaza.

—¡Id a por sus piernas! —les gritó a sus soldados—. ¡Retroceded y retrasadlos lanzándoles tajos a las piernas!

Decidió seguir su propio consejo y espoleó la yegua para enfrentarse a la criatura más próxima. Guió a *Dancer* para apartarse del monstruoso golpe de alabarda de uno de los yelmorrunas, y a continuación, pasó rápidamente junto a la criatura, inclinándose en la silla para lanzarle un golpe a la pierna. Notó una fuerte sacudida al dar con lo que creyó que era el hueso, justo por encima de la rodilla, y se retiró justo cuando el ingenio se volvió torpemente para abalanzarse sobre ella. Su portaestandarte salió disparado desde el lado contrario y distrajo a la criatura, llamando su atención antes de retroceder para ponerse fuera de su alcance, y cuando ésta fue a por Merrith, Kara volvió a acercarse para asestarle otro golpe en la misma rodilla, pero esa vez por detrás, para cortarle el tendón. Aunque no sangrase ni sintiese dolor, la criatura seguía estando limitada por su naturaleza física; en algún lugar de su carne grisácea, aquel armazón debía permanecer unido gracias a algo parecido a huesos y nervios, y si éstos quedaban dañados, no podría moverse. El yelmorruna cayó al suelo cuando su pierna se dobló, pero a continuación aparecieron más monstruos grises avanzando desde varias direcciones.

—¡Kara! —gritó Sarth, que volvió a aterrizar con la ropa humeante—. ¡Los yelmorrunas te están rodeando! ¡Debes retirarte!

—No puede ser —murmuró.

Kara rodeó a un grupo de guardias del Escudo que trabajaban juntos, como una manada de lobos, para atraer y atacar a otro de los yelmorrunas, y se alejó de la lucha para tener una perspectiva más amplia de cómo se desarrollaba la batalla. Conmocionada y mareada, se dio cuenta de que lo que había dicho Sarth era cierto. A pesar de los esfuerzos desesperados del escudo de Wester, además del de Larken, los yelmorrunas sencillamente se habían abierto paso entre los soldados de Hulmaster y estaban girando hacia un lado u otro, abatiendo sistemáticamente a todos los que se interponían en su camino. Los guardias del Consejo iban a la zaga del asalto de los yelmorrunas, atravesando la brecha que éstos habían abierto entre gritos de triunfo.

Kara dudó un instante. Parte de ella insistía en redoblar sus esfuerzos, en no ceder terreno costara lo que costase, y quizá conseguir que los yelmorrunas y la Guardia del Consejo volvieran a retroceder..., pero el centro estaba destrozado de manera irreversible. Si hacía retroceder a su ejército, como mínimo perdería el campamento, y la retirada podría convertirse perfectamente en una victoria aplastante. Sin provisiones ni refugio, pasarían tan sólo uno o dos días antes de que su ejército quedara completamente desintegrado.

Sarth vio la duda en sus ojos, y se situó junto a ella.

—Kara, siempre nos queda el día de mañana —dijo—. Si Geran y yo tenemos

éxito esta noche, derrotaremos a los yelmorrunas por ti, pero necesitaremos a tu ejército para ocuparnos de la Guardia del Consejo.

—Quizá tengas razón.

—Kara miró a su alrededor una vez más, esperando encontrar alguna solución que le permitiera salvar el día sin abandonar el campo de batalla..., pero sabía que a cada momento de retraso disminuían las probabilidades de llevarse a un ejército intacto. Dejó escapar un gruñido y agitó la espada sobre la cabeza.

—¡Primer y tercer escudo, retirada! ¡Mazas de Hielo, retirada! ¡Dirigíos al punto de reunión! Hermano Larken, quiero que el segundo escudo permanezca en el campo de batalla. ¡Sois nuestra retaguardia!

El clérigo miró a Kara y asintió con gesto adusto. Muchos de sus soldados no vivirían para contarlo, pero si con ese sacrificio podían retrasar el avance de los yelmorrunas y de la Guardia del Consejo lo suficiente como para que el resto de las compañías pudieran alejarse, habría merecido la pena. Blandió su maza y volvió a la refriega, gritando las órdenes a sus soldados. Kara se preguntó si volvería a verlo.

Apareció una nueva avalancha de ingenios. Sarth y Kara tuvieron que retroceder para ponerse fuera de su alcance. A su alrededor, los guardias del Escudo seguían perdiendo terreno en una retirada ordenada a través de su propio campamento.

—Gracias a Tempus que practicamos estas maniobras —dijo en voz baja Kara. Demasiadas batallas acababan con uno u otro bando huyendo presas del pánico—. Sarth, mira a ver si puedes persuadir a la caballería mercantil para que guarde las distancias. No quiero que nuestros soldados acaben aplastados mientras nos retiramos.

El tiflin asintió.

—¿Podrás mantener la posición en lo alto de aquella colina?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —respondió Kara—. Aguantaremos como sea. ¡Ahora vete!

Sarth ascendió y salió despedido a la velocidad del rayo hacia los Mazas de Hielo mientras éstos se batían en retirada perseguidos por los jinetes de las compañías mercantiles. Kara se tuvo que tragar su amarga decepción ante el resultado de su primer enfrentamiento con las fuerzas de Marstel, y puso toda su atención en superar el reto de liberar a su ejército de la fuerza asesina de los yelmorrunas del mago. Había perdido la batalla, pero la guerra todavía no había acabado... El siguiente movimiento le correspondía a Geran.

VEINTIDÓS

14 de Ches, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Estaba anocheciendo en Hulburg cuando Geran metió su caballo en el pequeño establo que había detrás de la casa de Mirya; lo despojó rápidamente de la silla, las alforjas y el arnés. Sabía que debería darle al animal un buen cepillado y cuidarlo mejor, pero no tenía tiempo que perder y dudaba de que tuviera que volver a buscarlo. Si necesitaba una montura en las siguientes horas, la tomaría prestada o robaría la que más a mano tuviera.

Cuando terminó con las alforjas y las mantas, Mirya lo estaba esperando en el patio con un chal sobre los hombros.

—¿Estás listo? —preguntó.

Él asintió y partieron en dirección a Erstenwold. Estaba a poco más de kilómetro y medio, en la otra orilla del Winterspear. Se desviaron desde la calle de Mirya por la calle del Río, bordeando los canales de residuos. Geran se esforzaba por mantener un paso rápido y confiado, y algo alejado de Mirya. Ya había comprobado que su disfraz era lo bastante bueno como para protegerlo en las calles de Hulburg, pero ahora que estaba acompañando a Mirya, le pareció más arriesgado. Por supuesto, todo el mundo sabía que era amiga suya, y cualquiera que la viera recorriendo las calles, cuando la mayor parte de la gente se había retirado ya a sus casas, se preguntaría por qué estaba con un mago extranjero. Aún peor, si alguno de los soldados o espías de Marstel veían a través de su disfraz, también la cogerían a ella. Difícilmente podría negar que apoyaba a los partidarios de los Hulmaster si la cogían con él, y temía que sufriera las terribles consecuencias.

Se dijo que debería haberla dejado a salvo en su casa. Aquello era demasiado peligroso.

Torcieron por el camino Ceniciento y llegaron al Puente Medio. Había media docena de yelmorrunas custodiándolo. Geran se preparó para pasar junto a ellos, fingiendo la misma actitud desdeñosa que había mostrado con anterioridad. Pero los pasos de Mirya se tornaron vacilantes a medida que se acercaban a las imponentes criaturas. Le echó una mirada rápida, y se dio cuenta de que estaba temblando. Sus labios se movieron levemente, diciendo algo que no pudo oír, y tenía la mirada fija en los guerreros de arcilla. Comprendió que estaba aterrorizada. Aunque no se lo esperaba, había una diferencia entre desobedecer directamente a las autoridades con una reunión clandestina y caminar junto a él por las calles con descaro.

Geran hizo una mueca. Ya era demasiado tarde para regresar por donde habían venido sin que pareciera que estaban evitando a los monstruos. E incluso si lo hacían,

tendrían que cruzar el Winterspear por el Puente Bajo o por el Puente Quemado para llegar a la orilla oeste, donde estaba Erstenwold, y se encontrarían con más yelmorrunas por el camino. Se acercó a ella tanto como pudo.

—¡Ánimo, Mirya! —susurró—. ¡Has pasado junto a esas cosas cientos de veces antes! ¡Tan sólo haz como si no las vieras y sigue caminando!

Mirya no respondió, y caminó todavía más despacio. Geran, desesperado, la cogió por el brazo y tiró de ella, haciendo lo posible por hacer caso omiso de las criaturas que se cernían sobre ambos. Seguramente, los guardias humanos ya hubieran sospechado algo a esas alturas, pero éstos eran autómatas dotados con el poder de ejecutar las órdenes que se les daban. No tenían intuición ni empatía; quizá no notaran la angustia de Mirya, o lo solícito que se mostraba con ella un mago extranjero.

Le rodeó los hombros con el brazo y trató de hacerla caminar con más seguridad. Pero al pasar junto a la primera pareja de yelmorrunas, de repente se detuvo por completo. Con una expresión apagada y enfermiza en el rostro, alzó la vista hacia las viseras ciegas de las enormes criaturas y las miró en silencio.

—¡Mirya! —siseó nuevamente—. ¡Vamos!

Mientras miraba a los yelmorrunas, Mirya dijo claramente:

—Decidle a Rhovann que éste es Geran Hulmaster. Está aquí conmigo.

Geran la miró horrorizado. Intentó convencerse a sí mismo de que no lo acababa de traicionar. Pero lo había hecho. Se quedó parada, mirando con expresión ceñuda a los monstruos que los rodeaban, sin prestarle la menor atención. Los yelmorrunas ya se estaban poniendo en marcha, volviéndose para enfrentarse a él mientras bajaban las enormes alabardas.

De algún modo, tuvo la suficiente presencia de ánimo como para apartarse de Mirya, para que no la golpearan accidentalmente al balancear una de aquellas terribles hachas, y desenvainó la *Espada de las Sombras*. Si se podía teletransportar fuera del círculo que habían formado las criaturas a su alrededor, quizá podría eludirlas... Pero tuvo encima a los monstruos antes de tener tiempo siquiera para respirar o alcanzar la concentración necesaria para hacer magia. Se agachó automáticamente bajo la primera de las alabardas, se volvió para apartarse de una segunda y se lanzó salvajemente contra una tercera. *Umbrach Nyth* emitió un horripilante brillo morado al hacerle un corte profundo a uno de los yelmorrunas, y esa vez una gran gota de espeso vapor negro salió de la herida. La criatura se desplomó sobre el suelo cuando el encantamiento vinculado a ella se deshizo y falló al contacto de la *Espada de las Sombras*.

—¡Funciona! —dijo Geran en voz alta, y sonrió con fiereza.

Los yelmorrunas no poseían instinto de supervivencia, y ni siquiera trataban de defenderse de sus ataques, lo cual era una estrategia aceptable siempre y cuando

siguieran siendo casi inmunes a cualquier tipo de daño. Pero ahora tenía un arma que podía acabar con ellos con la misma facilidad que mataría a un oponente mortal. Bloqueó varios golpes más con una ráfaga de cuchilladas y golpes. La *Espada de las Sombras* infligía cortes profundos en la carne grisácea, y de ella salía un icor aceitoso de color negro. Durante un instante, tuvo la esperanza de que un solo corte de *Umbrach Nyth* fuera suficiente para cortar el vínculo del yelmorruna con el hechizo que lo animaba, pero se dio cuenta de que las criaturas seguían en pie después de sus ataques. Tenía que penetrar más profundamente en su sustancia para alcanzar la esencia mágica que albergaban, lo que en un oponente vivo hubiera sido una herida mortal.

Se volvió hacia el que tenía más cerca, tratando de alejarlo todavía más de Mirya (¿por qué lo habría delatado a Rhovann?), y se deslizó por debajo de sus defensas para clavarle la espada hasta el fondo justo por debajo del esternón, o lo que tuviera en su lugar. El yelmorruna se derrumbó, y Geran comenzó a albergar esperanzas de poder librarse luchando, a pesar de la superioridad numérica de sus enemigos. Se volvió para enfrentarse al siguiente monstruo, pero una pesada alabarda le dio un golpe de refilón y lo desequilibró, haciéndolo caer hacia los otros. Entonces, salido quién sabía de dónde, el mango de una de las alabardas apareció frente a sus ojos y le dio un fuerte golpe en la cabeza. El puente y la ciudad se volvieron del revés, y lo envolvió la oscuridad.

—Mirya —dijo con voz ronca. Tenía la boca seca, y le resultaba difícil hablar—. ¿Por qué?

Ella no le contestó. Ni siquiera dio muestras de haberlo oído. Lo último que vio fue a la mujer mirándolo desde arriba, con expresión confundida.

Luchó y se sacudió en medio de sueños oscuros durante lo que le pareció una eternidad, algo entre la conciencia y la inconsciencia. No era capaz de recuperarse del todo; se sintió como si lo hubieran envuelto en un montón de gruesas mantas que se le pegaban y lo cubrían de oscuridad. Poco a poco el dolor punzante de su cabeza le hizo volver en sí. Le dolía terriblemente la frente cada vez que algo le rozaba la costra de sangre seca que tenía sobre los ojos, y le goteaba sangre fresca por toda la cara. Apenas era consciente de que dos imponentes yelmorrunas lo estaban arrastrando por los brazos escaleras abajo. A continuación, lo desnudaron y lo pusieron contra una pared de piedra mientras le colocaban unos grilletes en las muñecas.

Se dejó caer débilmente, sujeto tan sólo por las crueles cadenas.

—¿Dónde estoy? —dijo con voz ronca, pero nadie le contestó.

Abrió lentamente los ojos y se encontró mirando un suelo de ladrillo cubierto por unas cuantas hebras de paja. Se dio cuenta de que estaba en las mazmorras de la Casa del Consejo. Ya lo habían tenido preso allí antes, cuando Kendurkkel Ironthane se

puso al servicio de su primo Sergen y se propuso atraparlo. Le resultó extraño haber sido capaz de reconocer las mazmorras en las que lo tenían retenido con tan sólo un vistazo al suelo; estaba claro que pasaba demasiado tiempo en las mazmorras. Durante un instante, Geran se perdió en toda aquella incongruencia, preguntándose cuánto tiempo podría retenerlo Sergen antes de que Kara y el harmach Grigor hicieran que el Consejo Mercantil se lo entregara. Sergen lo odiaba, y estaba conspirando para hacerse con el trono...

—No, no es así —murmuró Geran—. Sergen está muerto. Yo lo maté.

De repente se despertó por completo. Estaba exactamente donde pensaba, encadenado a una pared en la prisión que había bajo la Casa del Consejo. Había dos guardias elaborando un detallado inventario de su ropa y sus pertenencias en una mesa al otro lado de los barrotes de hierro. Sólo le habían dejado la ropa interior para cubrir sus vergüenzas. Había dos yelmorrunas junto a él, uno a cada lado, con sus miradas vacías fijas de continuo en él. Le dolía terriblemente la cabeza, y cuando alzó la vista hacia el ventanuco que estaba cerca de su celda, el súbito movimiento y el dolor insoportable le produjeron aturdimiento y le entraron ganas de vomitar. En el exterior pudo ver el brillo anaranjado de una farola sobre los adoquines mojados en aquel ambiente plomizo. Ya se había puesto el sol, pero no hacía mucho. En pocas horas se suponía que debía reunirse con Sarth y Hamil para entrar en el plano de las sombras y destruir la piedra maestra de Rhovann, pero Mirya había frustrado sus planes.

«Me ha traicionado», volvió a decir para sus adentros. No quería reflexionar acerca de ello, ni pensar en que la había oído decir lo que había dicho, pero era innegable. No sólo les había dicho a los yelmorrunas quién era él, sino que había sugerido que debían ir a Erstenwold, y lo condujo hasta los yelmorrunas que custodiaban el Puente Medio. Lo había planeado todo mientras hablaban en su cocina..., mientras él le abría su corazón y le preguntaba si quería ser su esposa.

Sus rodillas volvieron a ceder, ya fuera por la herida en la cabeza o por su corazón roto.

—¿Acaso ha sido todo una mentira? —murmuró.

¿Le había permitido que la adorara durante los meses que había pasado en Hulburg? No se lo podía creer. Sencillamente no era posible. Él la había rescatado de entre las garras de los piratas de la Luna Negra, y la había devuelto sana y salva a su casa. En ese momento, cinco meses atrás, no había ninguna duda de que se estaban acercando otra vez..., y después lo habían enviado al exilio antes de que pudiera salir algo de todo aquello.

Así que no, su amor por él no había sido fingido, al menos no en el momento en que lo habían expulsado de Hulburg.

—¡Ah!, nuestro príncipe durmiente está despierto —dijo uno de los guardias del

Consejo, un semiorco fornido. Entró en la celda y avanzó para coger a Geran por el pelo y levantarle la cabeza—. ¿Hay algún otro espía de los Hulmaster rondando por el reino del harmach Maroth, milord? Habla ahora, y quizá te facilitemos las cosas.

Geran hizo una mueca de dolor, pero permaneció callado.

El guardia semiorco lo agarró con más fuerza.

—Estoy seguro de que no te has colado en la ciudad sólo para hacerle una visita a Mirya Erstenwold —dijo con expresión desdeñosa—. ¿A quién más has visto? ¿Cuáles son tus planes?

—Mis planes son matar o expulsar a Rhovann Disarnnyl, a ese gordo patán de Marstel y a todos los bandoleros y gorilas que se hacen llamar sus soldados —respondió Geran—. ¿Por qué si no iba a estar aquí?

La expresión del semiorco se oscureció. Retrocedió un paso y le asestó a Geran un fuerte golpe con el dorso de la mano en la mandíbula. El mago de la espada se tambaleó, atado a las cadenas, y el dolor de su cabeza se intensificó mientras escupía sangre al suelo de la celda. El guardia alzó la mano para golpearlo nuevamente, pero uno de los yelmorrunas lo agarró de la mano.

La visera descendió para mirar al guardia semiorco.

—No le hagas más daño a Geran Hulmaster —entonó la criatura—. Iré a ocuparme de él dentro de poco. ¿Lo has entendido?

El guardia palideció y retrocedió.

—Sí, lord Rhovann. Estaremos esperándote —respondió—. ¿Qué hacemos con Mirya Erstenwold? Está aguardando arriba.

—Enviadla a casa —respondió la criatura—. Me ha prestado un gran servicio.

El yelmorruna soltó el brazo del guardia, que se retiró rápidamente.

Geran cerró los ojos, esperando que eso aliviara su dolor. Los guardias lo ignoraron, y él volvió al tema de la traición de Mirya. Sabía que no había nada que pudiera haberla hecho volverse contra él antes de que lo exiliaran de Hulburg, así pues, ¿qué podía haber cambiado entretanto?

—Selsha —susurró. Tenía que ser eso.

Cuando había vuelto a Hulburg y la había visitado en Erstenwold, dijo que la había enviado fuera para mantenerla a salvo. Pero ¿y si Rhovann o sus capitanes habían amenazado a su hija? Ésa era la única explicación que encontró para la traición de Mirya. No podía haberlo hecho por dinero ni para salvar su propia vida.

Pero, si lo había traicionado por Selsha, no habría tenido necesidad de admitir que lo amaba. ¿Acaso había mentido cuando había dicho que era tonta por amarlo, y que no podía soportar vivir dudando de su constancia? No, decidió que no era mentira. Ella lo amaba, quizá tanto como él a ella. Pero eso hacía que su traición le doliera más aún.

Fueran cuales fuesen sus razones, Mirya lo había puesto en una situación

verdaderamente desesperada. En cuestión de horas, Kara atacaría Hulburg, esperando borrar del mapa a los ingenios del mago. Si no llevaba a cabo el golpe contra la fuente de poder oculta de Rhovann, tendría que abrirse paso luchando con todos los yelmorrunas a las órdenes del mago. Decenas, quizá cientos, de guardias del Escudo y hombres leales a los Hulmaster morirían en esa batalla..., eso suponiendo que ganaran.

Ahora todo dependía de Sarth y Hamil. Cuando no apareciera a la hora acordada para su encuentro, se darían cuenta de que había tenido algún tipo de problema. Comprenderían que tendrían que destruir los conjuros de Rhovann de un modo u otro, si eso era posible. La empuñadura negra de *Umbrach Nyth* brillaba dentro de la vaina de cuero repujado en plata, entre la ropa de Geran y el resto de sus posesiones. ¿Sería siquiera posible destruir la perla maestra sin el regalo del lich?

Emitió un leve gruñido, lleno de frustración y se rindió a su negra desesperación. Se desmayó de nuevo.

VEINTITRÉS

14 de Ches, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Algún tiempo después, el chirrido metálico de las pesadas puertas de hierro de la mazmorra rescató a Geran de la oscuridad. Se oyeron pasos rápidos y ligeros en la sala, y entonces fue cuando apareció Rhovann, vestido con un largo chaleco azul, hecho a medida, sobre la camisa, con unos calzones de seda gris élfica, y unas botas de cuero hasta la rodilla. Llevaba la varita colgada de un cinto alrededor de la cadera y su mano de plata descansaba sobre un delgado soporte de marfil.

El mago elfo se detuvo a pocos pasos de Geran, estudiándolo con los ojos entrecerrados.

—¡Ah, qué visión más conmovedora! —dijo suavemente—. He aquí a Geran Hulmaster colgando de unas cadenas. ¡El temerario filibustero ajeno a las leyes, capturado por culpa de unas pocas palabras susurradas al oído de mis yelmorrunas!

Geran apoyó cuidadosamente los pies en el suelo y se incorporó hasta ponerse erguido. Tenía las manos encadenadas un poco por encima de la cabeza; hizo una mueca de dolor al notar punzadas en hombros y muñecas, pero la reprimió inmediatamente.

—Disfruta mientras puedas —le dijo a Rhovann—. No importa lo que me ocurra; tus días en Hulburg están contados.

—Tu confianza está fuera de lugar —respondió el elfo—. Yo diría que lo tengo todo bastante controlado. Te tengo exactamente donde quería, mi harmach se ha ocupado de tu ejército, con algo de ayuda de mis yelmorrunas, por supuesto, y pronto Mirya Erstenwold me ayudará a sofocar la pequeña resistencia que ha estado fomentando durante todo el invierno. No veo más que éxitos en todos mis empeños.

Geran hizo una mueca de enfado. ¿Ocuparse del ejército? Tuvo la funesta sensación de que Rhovann no se molestaría en mentirle teniéndolo en su poder, lo cual significaba que la estrategia de los Hulmaster había fallado en algún punto. Se suponía que Kara debía estar esperando cerca de Rosestone; no se hubiera desviado del plan que habían diseñado. ¿Acaso Rhovann ya había enviado a su ejército contra ella? Él y Kara habían resuelto que sería más prudente esperar a que los yelmorrunas estuvieran desactivados antes de conducir al ejército hacia el este, y en el último momento, habían resuelto que sería útil atraer a gran parte de las fuerzas de Marstel lejos de Hulburg, o llevar a sus propias tropas a una distancia considerable. Pero si Rhovann había sorprendido de algún modo a Kara a las afueras de la ciudad con un grupo de yelmorrunas, entonces seguramente habían caído de lleno en la trampa que Rhovann y sus subordinados les habían tendido. Realmente era el peor resultado

posible.

Se preguntó con cuántas catástrofes más se toparía a lo largo del día. Aunque no tenía ningún deseo de escuchar a Rhovann relatándole su fácil triunfo, tenía que averiguar más acerca de Kara y la Guardia del Escudo.

—No te creo —contestó—. Kara se ha pasado el invierno entrenando a ese ejército. No se vendrían abajo.

—Me importa poco si me crees o no —saltó Rhovann—. Aun así... es una lástima que permanezcas en la ignorancia con respecto al alcance de tu fracaso.

El mago se volvió para estudiar al yelmorruna más cercano y murmuró las palabras de un conjuro. Posó una mano en el hombro de la criatura, y extendió un dedo de su mano de plata y tocó a Geran entre los ojos.

—¡Observa!

En la mente de Geran apareció una maraña de imágenes confusas y se esforzó por encontrarles algún sentido. Fuera estaba oscuro, y caía una lluvia fría. Parecía estar al pie de una hendidura estrecha pero profunda que coronaba la falda de una colina; bajo sus pies había piedra desnuda y matas de hierba de los páramos. Había docenas de lámparas brillando en la oscuridad de la noche, iluminando a todas las compañías de la Guardia del Consejo y los yelmorrunas que intentaban ascender por la falda de la colina, resbaladiza por la lluvia. En lo alto de la hendidura, había un grupo numeroso de guardias del Escudo que todavía mantenían su posición, rechazando los ataques de los yelmorrunas con lo que parecían picas improvisadas a partir de los ejes de las carretas, mientras salpicaban las tropas de Marstel con una lluvia incesante de flechas. Geran vio brevemente a Kara en lo alto de las defensas Hulmaster, gritándoles a los guardias del Escudo que mantuvieran sus posiciones. Entonces, cambió su punto de vista, casi como si estuviera girando su propia cabeza; Geran se dio cuenta de que estaba viendo a través de los ojos de un yelmorruna, tal y como eran. «¿Es así como ve Rhovann lo que sus ingenios perciben?», se preguntó. Con la nueva perspectiva, vio que el ejército de Marstel tenía acorralados a la Guardia del Escudo y a los Mazas de Hielo en lo alto de la colina. No podían hacer que Kara saliera de la colina, pero tampoco ella podía abrirse paso luchando.

«Si pierden el campamento, no tendrán suficiente comida, ni agua, ni refugio», pensó Geran, furioso. ¿Cuánto más podrían aguantar en lo alto de aquella colina?

Rhovann retiró el dedo, y Geran perdió de vista las imágenes que le había mostrado el mago.

—Como ves, es sólo cuestión de tiempo. Quizá permita que tu prima se rinda y les perdone la vida a los soldados, o quizá no. —Dejó escapar una risita—. Debo admitir que jamás hubiera pensado en buscarte en Hulburg cuando te vi cabalgando para parlamentar con Marstel. Fue un truco muy inteligente; le debo gratitud a la señora Erstenwold por señalar mi error. Tendré que pensar seriamente en

recompensarla de forma adecuada.

Geran frunció el ceño.

—¿Qué pretendes hacer conmigo?

Rhovann sonrió fríamente.

—Podría haber ordenado tu arresto hace seis meses cuando volviste de la Luna Negra. Pero me habría enfrentado a una serie de incómodos disturbios si te hubiera impuesto un castigo severo después de que tus torpes esfuerzos parecían haber salvado a Hulburg de la amenaza de los piratas..., así que en vez de eso te envié al exilio, sabiendo que inevitablemente volverías para retarme. Ahora eres un traidor, un rebelde y un asesino. Por fin, podré asegurarme de que la justicia prevalezca y pagues por todos los insultos y todo el daño que me has hecho.

Geran alzó la cabeza y miró a Rhovann a los ojos, aunque sentía que se le iba a partir en dos a causa del dolor.

—Hazlo lo peor que puedas, entonces —dijo con voz ronca—, pero ahórrame tus aires de agravio y tu pequeño discurso moralista. Estás perdiendo el tiempo, y aquí no hay nadie más que tus criaturas.

—¿Aires de agravio? —rugió Rhovann—. Créeme, no hay nada de falso en los agravios que tengo contigo. Con la excepción de los Años de la Retirada, mi familia ha vivido en Myth Drannor durante casi tres mil años. Gracias a tus lisonjas y zalamerías frente a esa coronal de corazón indulgente, se te permitió arrebatarme el afecto de una princesa *teu Tel'Quessir* como si fueras uno de mis iguales ¡o de ella! ¡Nuestras Casas ya eran antiguas y gloriosas cuando tus ancestros endogámicos estaban agazapados en miserables cabañas manejando torpemente unos palos para hacer fuego! ¿Tienes idea de cuánta vergüenza has traído a mi familia y a la de Alliere?

»Y no olvidemos esto —continuó Rhovann, que se acercó y le puso la mano de plata delante de la cara.

El mago de la espada tuvo dificultades para enfocarla; la extremidad artificial estaba perfectamente fijada a la carne de la muñeca del mago. Alrededor de la base tenía inscritas unas pequeñas runas.

—Los Magos Rojos me dieron esta prótesis, un artefacto muy eficaz, por el que pagué un alto precio, debería añadir. Pero no pasa un solo día sin que sienta el dolor de mi mano amputada, o desee sentir lo mismo con estos fríos dedos de metal que con mis verdaderos dedos. ¡No pasa un solo día sin que recuerde constantemente cómo me mutilaste, Geran!

»Cuando por fin demostraste lo que valía un humano de alta cuna como tú con tu salvaje y taimado golpe contra mí estando indefenso ante ti, e incluso después de que Ilsevele tuvo que reconocer que no había lugar para ti entre los *teu Tel'Quessir*, todavía conseguiste arruinarme. ¡Tus amigos en el tribunal no podían soportar la idea

de que su mascota humana favorita fuera castigada, así que comenzaron a extender rumores acerca de mí, mentiras maliciosas e insinuaciones, hasta que todos mis asuntos se hicieron públicos y me vi obligado a soportar el mismo destino ignominioso que tú! —Rhovann descubrió los dientes en una expresión de pura ira mientras se acercaba cada vez más al rostro de Geran—. Y finalmente, llegamos quizá a tu mayor ofensa contra mí: yo, el descendiente de una Casa de treinta mil años de antigüedad, ¡recibí el mismo trato que un criminal humano común y fui desterrado de mi antigua tierra natal por tu culpa! Lo que para ti fue el final de una visita casual, para mí fue la negación de todo por lo que había luchado o lucharía jamás. ¡Ahora dime otra vez que me estoy inventando mi indignación! ¡Vamos!

Geran pestañeó, en un intento de quitarse la sangre seca de los ojos. Sabía que debía elegir sus palabras con cuidado, pero estaba cansado.

—Muchas de esas cosas te las buscaste tú solito, Rhovann —dijo—. El corazón de Alliere jamás fue tuyo, eso para empezar. Elegiste hacer tus pinitos con artes prohibidas en Myth Drannor. Y cuando tú y yo luchamos, fuiste a coger tu varita cuando ya te había vencido. Tú mismo has forjado tu destino, y serías un necio si me echaras la culpa a mí.

Se oyó un portazo en el pasillo, el sonido de unos pasos pesados y el roce de la cota de malla. Rhovann frunció el entrecejo, irritado, cuando un fornido oficial de la guardia apareció, flanqueado por varios soldados. Geran reconoció a Sarvin, el alcaide de Griffonwatch a las órdenes de Edelmark; había visto a aquel hombre desde lejos en anteriores visitas al Hulburg ocupado. El rostro del alguacil tenía una expresión fiera, que tan sólo abandonó para emitir un bufido de satisfacción al ver a Geran encadenado.

—Perdonad mi interrupción, mi señor —le dijo a Rhovann—. Tengo noticias urgentes que no pueden esperar.

—¿Y bien? —dijo Rhovann con brusquedad—. ¿De qué se trata?

El alguacil Sarvin volvió a mirar a Geran, y Rhovann puso los ojos en blanco y se dirigió a la otra punta de la habitación, donde cogió al oficial por el brazo. El hombre le susurró con tono de urgencia al elfo, mientras Geran intentaba escuchar lo que le estaba diciendo a Rhovann. Estaba demasiado lejos para oír nada, pero después de un instante, Rhovann hizo un gesto de asentimiento y le dio una respuesta al alguacil, que al parecer resultó satisfactoria. Sarvin hizo una reverencia y se marchó de la habitación, haciéndoles señas a sus guardias para que lo siguieran. Rhovann permaneció en silencio un instante, absorto en sus pensamientos, y después se volvió de nuevo hacia Geran.

—Malas noticias, espero —dijo Geran.

—Parece ser que dejé marcharse a Mirya Erstenwold demasiado pronto —respondió Rhovann—. Los leales a los Hulmaster se están armando para alzarse

contra el harmach por toda la ciudad. Y, por supuesto, la mayor parte de mi ejército está disperso por los Altos Páramos en persecución del tuyo. Sin duda no formaba parte de tu plan, pero podría causar algún que otro inconveniente. Bueno, no importa. En pocas horas, los rebeldes serán aplastados. Después de mañana, nadie se atreverá a volver a desafiarme. —Hizo otra pausa, dejando que el mago de la espada pensara en lo que le había dicho—. No temas, Geran. Me aseguraré de que vivas para ver la destrucción de tu Casa y la inutilidad final de tus esfuerzos para derrocar a mi harmach antes de permitirte morir.

Geran lo miró, inexpresivo, negándose a permitir que Rhovann lo viera hacer una mueca de dolor. Si no hubiera permitido que lo capturaran, los yelmorrunas de los que tanto se enorgullecía Rhovann ya habrían sido saboteados y la batalla por Hulburg ya estaría ganada. Pero a menos que Sarth y Hamil encontraran alguna manera de seguir sin él, Rhovann aún conservaría a sus ingenios en un futuro predecible. Volvió a mirar a la pila de ropa y al equipo que le habían quitado al encerrarlo. Los pergaminos para caminar entre las sombras y *Umbrach Nyth* estaban con el resto de sus pertenencias en la mesa, junto a la puerta de la celda. Por ahora, Rhovann no había pensado en inspeccionar atentamente las cosas que Geran llevaba consigo..., y si albergaba cualquier esperanza de lanzarle un ataque inesperado a la piedra maestra a la que todas las criaturas estaban vinculadas, no podía dejar que Rhovann averiguase que le daba mayor importancia al hecho de ocuparse de los poderosos ingenios del mago.

—Puede ser que pagues a tus mercenarios y construyas a tus autómatas, pero nadie te es realmente leal —le dijo al mago—. No confías en nadie, y por lo tanto, nadie confía en ti. ¿Cuánto tiempo podrás controlar Hulburg sin aliados?

—Los aliados van y vienen; siempre y cuando tenga el poder en esta ciudad, no me faltarán aliados. —Rhovann lo estudió fríamente, y su rostro se retorció en una cruel sonrisa—. A pesar de lo mucho que me gustaría seguir con esta conversación, debo admitir que sería un gran inconveniente para mí permitir que tus desorientados rebeldes causaran algún tipo de daño. Por desgracia, eso significa que no tengo más tiempo para intercambiar palabras contigo. Pero, antes de irme, creo que te dejaré con un pequeño recuerdo mío, y una promesa de más conversaciones futuras.

El mago se dirigió a los yelmorrunas que estaban cerca de Geran. Las criaturas lo cogieron por los brazos y lo mantuvieron firmemente sujeto contra la pared de la celda, con los brazos estirados. Sacó la varita de su delgado cinturón y avanzó hacia el mago de la espada, indefenso.

—Soy un hombre razonable —comentó Rhovann—. Provocaste que me exiliaran de mi hogar, y yo te hice lo mismo. Me humillaste y me deshonraste; creo que debo pensarme bien cómo devolvértelo, ojo por ojo. Pero primero y más importante, me mutilaste. Me pregunto qué compensación debería pedir por eso.

A pesar de su resolución de no dar signos de debilidad ante su enemigo, Geran sintió un súbito nudo en el estómago provocado por el miedo. Apretó los labios, negándose a decir nada.

—¿Ninguna sugerencia?

Rhovann enarcó una ceja, esperando a que Geran hablase. Al ver que seguía en silencio, lo miró con expresión tonta.

—Como quieras, entonces —dijo. Le apuntó con la varita a la mano derecha y rugió—: *¡Aítharach na viarl!*

De la varita salió disparado un líquido brillante de color verde, un chorro suficiente para cubrir la palma de la mano de Geran y la mayor parte de sus dedos..., y al instante comenzó a consumir su carne, burbujeando y chisporroteando. El ácido era terriblemente eficaz, y deshizo la piel en pocos segundos, para pasar a disolver el músculo y los tendones. A pesar de su resolución de no hacer ni el más mínimo gesto, Geran aulló de dolor mientras un millar de agujas candentes le atravesaban la piel y la carne. El olor de su propia carne quemada le llenó las fosas nasales. Volvió a mirar, y vio asomar los huesos ennegrecidos. Las náuseas y el dolor lo superaron.

De repente, su brazo quedó liberado de los grilletes, y cayó al suelo, sostenido tan sólo por la cadena que rodeaba su muñeca derecha. Por un instante, pensó que de algún modo había conseguido liberarse y había conservado la mano..., pero cuando se miró la muñeca derecha, tan sólo había un muñón ennegrecido que latía con un dolor insoportable, tan intenso que le llegaba hasta el hombro, mientras el corazón latía desbocado. Dejó escapar un gemido de sufrimiento casi animal.

—No ha sido algo tan limpio ni tan rápido como la herida que tú me hiciste, pero desde luego el resultado final es muy similar —gruñó Rhovann. Miró a los yelmorrunas—. Mandad llamar a un sanador para que le limpie y le vende la herida. No debe morir hasta que yo lo diga. Volveré cuando me haya ocupado de los leales a los Hulmaster.

Luego se dio la vuelta y salió de la mazmorra a grandes pasos, mientras su capa ondeaba tras él.

Geran volvió a mirar los huesos carbonizados de su muñeca y se desmayó.

VEINTICUATRO

15 de Ches, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Mirya recorrió a toda velocidad las calles iluminadas por las farolas, pisando el suelo húmedo por la lluvia mientras huía de la Casa del Consejo y de la terrible toma de conciencia de lo que acababa de hacer. Tenía los ojos anegados en lágrimas, y por una vez, no le importó quién pudiera verla. Cerca de la esquina entre las calles del Tablón y del Carro, se refugió en el umbral de una puerta, luchando contra su desconsuelo. No hacía más que pensar que había matado al hombre que amaba, que Rhovann lo despellejaría vivo, y Geran moriría pensando que ella lo había traicionado y lo había vendido a sus enemigos. Se estremeció, horrorizada, y dejó escapar un sollozo ahogado. Se cubrió el rostro con las manos, permaneciendo así durante un buen rato, y se abandonó al llanto por completo.

Todo aquel episodio había sido un sueño extraño y oscuro en el que se veía a sí misma diciendo y haciendo cosas que jamás había querido hacer, un espectador dentro de su propia cabeza. Había luchado furiosamente por despertar mientras conducía a Geran al lugar donde pretendía entregarlo a sus enemigos..., pero él había confundido su lucha silenciosa con miedo, sin comprender que la magia de Rhovann era lo que la estaba obligando a avanzar. Los yelmorrunas no habían hecho el menor caso de ella, y los guardias la habían dejado marchar después de recibir instrucciones de Rhovann al respecto..., sin duda creyendo que aún estaba bajo su influencia. Pero ella había despertado del encantamiento poco antes, en la escalera que conducía a la Casa del Consejo, y el terrible descubrimiento de lo que había hecho había caído sobre ella como una avalancha.

Por fin, se sacudió brevemente.

—Lo hecho, hecho está, Mirya —se dijo—. Detén esta estupidez y piensa. Debe de haber algo que puedas hacer.

No parecía probable que Rhovann fuera a matar a Geran sin pensárselo, o que ya lo hubiera hecho. En su lugar, el mago lo había hecho prisionero. Quizá creía que Geran tenía información valiosa acerca del ataque de los Hulmaster, o quizá lo estaba manteniendo vivo como rehén en previsión de que la batalla por Hulburg se volviera en su contra. O quizá era lo que ella se temía, y Rhovann pretendía matar lenta y dolorosamente a Geran... Pero, en cualquier caso, lo mantendría con vida aunque fuera un corto período de tiempo. Eso significaba que era posible rogar clemencia, encontrar a alguien que pudiera interceder o rescatar de algún modo a Geran.

—Marstel y Rhovann no tienen piedad, y no me puedo imaginar quién tendría el poder de intervenir —murmuró.

¿Tal vez una de las compañías mercantiles, o algún templo? Los Sokol podrían ayudar, pero a lo largo de los meses se había fijado en que la voz de Nimessa estaba perdiendo influencia en el Consejo. Tendría que rescatarlo. Tendría que encontrar el modo de introducirse en las mazmorras de la Casa del Consejo, liberar a Geran a pesar de la presencia de los guardias y los yelmorrunas, y posiblemente del mismo Rhovann, y llevárselo otra vez.

—No es posible —se dijo, y se introdujo en las sombras del callejón con expresión ceñuda. Aun cuando consiguiera reunir a los miembros de su célula rebelde, sería un suicidio. Quizá con algo de magia...—. ¡Sarth! —susurró.

Se suponía que el hechicero se reuniría con Geran en el Puente Quemado, junto con Hamil. Si ellos no podían ayudarla, nadie podría. Quizá los amigos de Geran pudieran reparar su traición antes de que Geran sufriera algún daño irremediable.

Por supuesto, estaba la cuestión espinosa de si conseguiría llegar hasta el Puente Quemado tal y como estaban las cosas en la ciudad. Las calles estaban llenas de bandas de soldados de las compañías mercantiles que defendían los almacenes y las tiendas de sus compañías, unos pocos destacamentos de la Guardia del Consejo yendo de un lado para otro, bandas de matones de las Escorias que vagaban en busca de alguna tienda que saquear, o de viandantes a los que atracar, y grupos de hulburgueses que se reunían en las plazas para ponerse viejas cotas de malla o jubones de cuero y repartirse lanzas, hachas, horquillas y armas viejas que tuvieran guardadas o herramientas que pudieran servir como tales. De vez en cuando, pasaban escuadrones silenciosos de yelmorrunas que dispersaban a las multitudes y hacían retirarse a las bandas... No les había llevado mucho tiempo tanto a las bandas de extranjeros como a las milicias leales averiguar que las creaciones del mago eran casi invulnerables a cualquier tipo de armas que pudieran encontrar.

Decidió que sería mejor ir por las calles subterráneas. Llegaría lo bastante cerca. Mirya, con una nueva resolución en mente, salió de entre las sombras del umbral de la puerta donde había estado, y corrió hacia Erstenwold. La tienda no estaba muy lejos, tan sólo a media manzana, así que rodeó el edificio rápidamente para meterse por la parte trasera; de alguna manera, el hecho de abrir la puerta principal, con todos los rufianes que había rondando por ahí, no le pareció prudente. Se detuvo para echar el pestillo a la puerta trasera y bajó corriendo al sótano. Bajo un enorme lienzo la esperaban la ballesta y una lámpara que solía dejar preparadas para cuando se aventuraba por los viejos pasadizos que había por debajo de las calles. No le gustaba la idea de vagar por las calles subterráneas por la noche, pero tampoco estarían mucho más oscuras que durante el día. Encendió la lámpara, se colgó la ballesta a la altura de la cadera y bajó al laberinto subterráneo.

Recorrió a toda prisa los oscuros y polvorientos pasadizos, siguiendo la ruta que solía utilizar hasta el lugar de reunión de su banda, una bodega que había bajo las

ruinas de la casa de un rico mercader en el viejo Hulburg. Se paró a pensar qué camino debía seguir a través de los oscuros y polvorientos túneles, intentando recordar la correcta combinación de pasadizos y sótanos que la llevarían hasta el Puente Quemado.

Algo se movió en la oscuridad a sus espaldas. No fue un ruido muy fuerte, tan sólo el golpeteo de una piedrecita sobre las losas; seguramente alguien descuidado la habría golpeado con el pie, pero a Mirya le dio un vuelco el corazón. De inmediato apagó la lámpara y se metió en el lugar más oscuro y estrecho que pudo encontrar; retrocedió entre dos antiguos estantes de un almacén y alzó la ballesta. No volvió a oír nada durante un breve instante, pero después se oyó el roce casi imperceptible de unos pasos, y la vieja cámara se iluminó débilmente. Ella le quitó el seguro a la ballesta. Una figura corpulenta y encapuchada entró en la habitación sosteniendo una lámpara en una mano y empuñando una hachuela en la otra.

Mirya suspiró, aliviada.

—Estoy aquí, Brun —dijo en voz baja, y salió de entre las sombras.

El joven tabernero se sobresaltó al oír su voz, y dio un salto.

—¿Mirya? —preguntó—. No esperaba encontrarte aquí... Estaba a punto de volver a El Bock del Troll.

—Yo tampoco esperaba encontrarte aquí, pero me alegro de verte. Necesito tu ayuda. Han capturado a Geran Hulmaster; Rhovann lo tiene prisionero en las mazmorras de la Casa del Consejo.

—¿El señor de los Hulmaster está en la ciudad? —susurró Brun—. ¡Debemos ayudarlo! ¿Cómo diablos lo ha capturado el mago de Marstel?

—Por mediación mía —respondió Mirya—. Rhovann utilizó su magia para espíarme, esperando encontrar a Geran.

Aquello era lo más cercano a la verdad que Mirya podía admitir. Pensó durante un momento en lo que quería exactamente que hiciera. No sabía si Hamil y Sarth podrían liberar a Geran solos, pero incluso en ese caso, sencillamente ignoraba si estarían donde habían quedado en encontrarse con Geran, o si serían capaces de ponerse a la tarea cuando probablemente tuvieran cosas más importantes de las que ocuparse, en cuyo caso, Mirya tendría que recurrir a la ayuda que pudiera reunir entre sus vecinos. Asintió para sí misma y tomó una decisión.

—Brun, quiero que reúnas al resto de nuestra célula, a tantos como puedas encontrar en media hora —le dijo al corpulento tabernero—. Llévalos al sótano que hay bajo el almacén de Wennart y espérame allí. Está justo detrás de la Casa del Consejo; es el lugar seguro más cercano que conozco. Voy a ver si puedo encontrar a los amigos de Geran.

Brun se quedó pensando un instante. Mirya supuso que estaba haciendo una lista de a quién podría encontrar en tan poco tiempo.

—Sí, mira a ver si puedes encontrar a unos cuantos guerreros en ese tiempo. ¡Nada de lo que podamos hacer esta noche es tan importante como arrancar a lord Geran de entre las garras de Marstel!

—Buena suerte, te veré en el sótano de Wennart.

Mirya le apretó brevemente el brazo a Brun antes de volver a dirigirse apresuradamente en dirección norte. Detrás de ella, el tabernero dio la vuelta y regresó por donde había venido.

Mirya continuó por las calles subterráneas tan lejos como pudo, y finalmente trepó hasta la superficie de nuevo a través de un sótano lleno de escombros, que daba directamente al exterior, cerca de la calle Norte. La lluvia le cayó sobre el rostro. Estaba fría, y después de haber estado en los pasadizos subterráneos, la hizo estremecerse. Aquel vecindario era una de las zonas de Hulburg que jamás había llegado a reconstruirse del todo. Había algunas casas adosadas construidas con materiales baratos apiñadas cerca del camino de Keldon, en las que vivían muchos de los extranjeros pobres que habían llegado a Hulburg en los últimos años; normalmente, no era un vecindario que Mirya hubiera elegido cruzar por la noche. Pero los problemas y los disturbios que había por toda la ciudad parecían haber captado la atención de todo el mundo, y no había nadie rondando por los distritos en ruinas.

Llegó a la pequeña plaza en el extremo oeste del Puente Quemado y vaciló entre las sombras. Por supuesto, el puente no estaba en ruinas; era una estructura de madera perfectamente útil que había sido construida sobre los pilares de piedra del puente que se había quemado en los años anteriores a la Plaga de los Conjuros. No podía estar segura, pero creyó ver más monstruos grises de los de Rhovann custodiando el puente cerca del centro.

—¿Tendré que encontrarme con ellos a este lado, al otro, o en el medio? —se preguntó en voz alta.

Realmente, no le gustaba ninguna de las dos últimas opciones; se negaba a acercarse de nuevo a los yelmorrunas si podía evitarlo.

Mirya se quedó observando y escuchando durante unos minutos, deteniéndose en los lugares donde le parecía que podía realizarse un encuentro clandestino. Se fijó en un viejo molino en ruinas justo pasado el puente. No pudo distinguir nada entre las sombras de sus muros vacíos..., pero cada vez que apartaba la vista sus ojos volvían a posarse en aquel punto. Decidió confiar en su intuición y bordeó la plaza hasta llegar al pie del puente, aventurándose en el viejo edificio vacío.

—¿Hola? —preguntó en voz baja—. ¿Hay alguien ahí?

No se oía más que el golpeteo de la lluvia y el gemido del viento ascendente. Entonces, le llegó un súbito crujido procedente de algún lugar entre los escombros cercanos; una enorme rata correteó por ellos. Mirya emitió un gritito de sorpresa y

retrocedió de un salto mientras la criatura desaparecía en una grieta, en dirección a la orilla del río. Se reprendió, pensando que había sido una tontería ir allí. ¿Y si hubiera habido una banda de rufianes esperándola?

Se arrebujó en su capa y decidió volver a la calle..., pero entonces oyó otro ruido.

—¿Mirya, eres tú? —dijo Hamil.

El halfling salió de la oscuridad, en el otro extremo del molino, envainando el cuchillo que brillaba en su mano.

—¿Qué haces esperando aquí?

—Estáis aquí de verdad —dijo con un suspiro de alivio.

Fue rápidamente hacia Hamil, que estaba en el centro del edificio. Pudo distinguir la silueta con cuernos de Sarth en la pared más alejada.

—Se trata de Geran. Lo han capturado, y Rhovann lo tiene en las mazmorras de la Casa del Consejo.

—¡Maldita sea! —dijo el halfling, que se puso a caminar de un lado a otro—. ¿Y ahora qué? No teníamos previsto algo así.

Sarth frunció el entrecejo y miró a Mirya.

—¿Cómo nos has encontrado?

—Geran ha venido a mi casa esta tarde, antes de que lo cogieran. Ha mencionado que se reuniría con vosotros aquí a medianoche. No tengo ni idea de lo que planeáis vosotros tres, pero espero que podáis ayudarlo.

—Yo también —masculló Hamil. Miró a Sarth mientras andaba—. ¿Tenemos tiempo para liberarlo y seguir con el plan? Lo que es más: ¿podemos liberarlo? Seguro que está bien custodiado.

—Geran tiene los pergaminos y la espada —señaló Sarth—. Podría trasladarnos a los dos hasta el plano de las sombras, pero Esperus dijo que necesitaríamos a *Umbrach Nyth*. ¿Podremos llevar a cabo el plan sin la espada, o sin Geran para blandirla?

El halfling hizo un gesto de desánimo y se detuvo de repente. Volvió a mirar a Mirya.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó.

Mirya no fue capaz de mirarlo a los ojos.

—Lo traicioné —dijo en un susurro—. Rhovann me hechizó hace semanas, y ni siquiera lo he sabido hasta que he entregado a Geran. Es culpa mía.

Hamil la miró fijamente, con una expresión severa que la dejó helada. Después miró a Sarth, y Mirya se dio cuenta de que estaba hablando telepáticamente con el hechicero. El tiplin la estudió unos instantes y se encogió de hombros.

—Es un plan inteligente y sin escrúpulos —le dijo a Hamil—. Rhovann es un mago con unos conocimientos formidables, brillante y sin conciencia. ¿Por qué debería sorprendernos que haya planeado algo como esto?

—Porque odio que el enemigo resulte ser más listo de lo que pensaba —respondió Hamil—. ¿Cómo sabemos que no está todavía bajo la influencia del mago? Ha utilizado a Mirya para coger a Geran; quizá ahora pretende usar a Geran para cogernos a nosotros.

—Puedo comprobarlo —dijo Sarth.

Avanzó hasta donde estaba Mirya y la miró a los ojos. Los ojos del tiflin eran como orbes de brasas candentes brillando en la oscuridad.

—Quédate quieta, Mirya. Esto no te hará daño, pero debo asegurarme. *Zamai dhur othmanna*.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, alzó el cetro de runas y utilizó su magia; sus ojos brillaban tanto como la luz de las velas, y Mirya notó una extraña sensación de cosquilleo en su piel. Se estremeció, pero no intentó apartarse.

Un momento más tarde, Sarth asintió para sí mismo.

—No está controlada por ningún encantamiento, pero detecto la marca atenuada de uno que la ha poseído recientemente. Podemos confiar en ella.

—Es un alivio —dijo Mirya—. Temía estar todavía bajo el hechizo de Rhovann sin saberlo.

—Empieza por el principio, entonces, y cuéntanos lo que ha ocurrido —dijo Sarth.

Mirya empezó a hablar, pero después se detuvo.

—No, no tenemos tiempo para esto —respondió—. Tengo varios guerreros leales que están a punto de reunirse cerca de la Casa del Consejo. Cada segundo que nos retrasamos es un segundo más que Geran permanece en poder de Rhovann.

El halfling y el tiflin se quedaron mirándola. A continuación, lentamente, Hamil asintió.

—Está bien. Quizá Rhovann no espera que haya alguien capaz de montar una operación de rescate tan deprisa. O quizá acabemos todos muertos. ¿No tendrás un plan por casualidad?

Ella meneó la cabeza.

—Os puedo llevar hasta la Casa del Consejo sin que nadie nos vea. Después de todo, esperaba que se os ocurriera alguna idea.

Hamil rió quedamente.

—Me sorprendes, Mirya. Eres demasiado pragmática para todas esas tonterías. Bueno, llévanos y veremos qué se puede hacer.

—Por aquí, entonces —respondió Mirya.

La mujer condujo al halfling y al hechicero hasta el sótano a cielo abierto y la entrada secreta a las calles subterráneas. A lo lejos, un rayo cruzó el cielo mientras ella bajaba hasta la vieja puerta, y comenzó a llover cada vez más intensamente. Sus compañeros se detuvieron mientras volvía a abrir la puerta, mirando vacilantes hacia

el oscuro pasadizo. Mirya cogió la lámpara y se agachó para entrar; un momento después, oyó cómo Sarth y Hamil la seguían.

—Bueno, ahora comprendo lo que querías decir con eso de llegar hasta la Casa del Consejo sin ser vistos —dijo Hamil en voz baja mientras corrían—. No tenía ni idea de que todo esto estaba aquí abajo. ¿Hasta dónde llegan estos túneles?

—Están debajo de gran parte de la ciudad nueva, en los lugares donde se construyó sobre las ruinas de la vieja —respondió Mirya—. Llegan hasta la calle del Carro, hacia el sur, y hasta la calle Alta hacia el este, pero no cruzan el Winterspear, por supuesto. Aun así, son muy útiles para el contrabando y para moverse sin ser visto.

Pasaron a través de la vieja bodega, pero allí no había nadie; Mirya no perdió el tiempo y simplemente siguió caminando todo lo deprisa que podía. Después de haber recorrido otros cien metros, pasó junto a la estrecha puerta que conducía al sótano de Erstenwold y torció por una ramificación del pasadizo a la derecha. Dio un par de giros equivocados, pero finalmente encontró el camino hacia un sótano amplio, pero de techo bajo, con un montón de escombros. Viejos toneles, barriles y baúles estaban amontonados alrededor de la parte de abajo de una escalera de madera que conducía a una trampilla del mismo material.

A la débil luz de una lámpara, vio varias figuras encapuchadas esperando a los pies de la escalera. Brun Osting levantó el farol para que iluminara un poco más.

—Mirya, ¿eres tú? —preguntó en voz baja.

—Sí, soy yo —respondió—. He traído a Hamil Alderheart y al hechicero Sarth. Nos ayudarán a liberar a Geran de la Guardia del Consejo.

Mirya hizo rápidamente las presentaciones entre los amigos de Geran y su pequeño grupo de partidarios: Brun, su prima Halla, Lodharrun el herrero y Senna Vannarshel, la arquera. Parecía que eran todos los que Brun había podido encontrar con tan poco tiempo; Mirya decidió que tendrían que apañárselas.

—¿Seremos suficientes? —preguntó Senna Vannarshel—. Podría haber decenas de guardias custodiando la Casa del Consejo.

—No te preocupes por ellos —dijo Sarth, y sonrió fríamente—. Por muchos que sean, no les valdrá de nada.

Mirya hizo un gesto de asentimiento a la débil luz de la lámpara. Había visto al hechicero en combate en ocasiones anteriores, cuando Geran libró el duelo contra su primo Sergen en la cubierta de un barco de guerra que se deslizaba por el cielo de la Luna Negra. El tiflin no estaba presumiendo cuando hablaba de ese modo.

—Subid la escalera —les dijo a los otros—. E intentad no hacer ruido.

Subieron por la empinada y polvorienta escalera. En lo más alto hubo un pequeño retraso, ya que Brun tuvo que forzar la puerta para poder abrirla porque habían dejado apoyados contra ella numerosos y pesados barriles. Hamil se deslizó rápidamente

junto al fornido tabernero y se dirigió hacia la puerta del almacén, limpiando un trozo de una ventana polvorienta. Tras echar un breve vistazo, abrió la puerta unos centímetros y sacó la cabeza para mirar a ambos lados de la calle. El tamborileo de la lluvia aumentó de volumen, y una ráfaga de aire frío y húmedo —fresco y limpio tras haber estado en los subterráneos cerrados de Hulburg— entró en el almacén.

—No hay nadie a la vista. ¡Seguidme!

Salieron en fila al callejón y avanzaron entre chapoteos, apiñándose contra una puerta de la parte trasera de la Casa del Consejo. Hamil, Sarth y Mirya estaban a la izquierda, y Brun, Halla, Lodharrun y Senna Vannarshel a la derecha. El halfling les lanzó a todos una mirada de advertencia, y a continuación, intentó abrir la puerta sigilosamente. No se abrió.

—Está cerrada —susurró—. Dadme un momento. —El halfling se arrodilló junto a la cerradura y se sacó una pequeña ganzúa de la manga.

—¿He de suponer que no tenemos ni idea de dónde encontrar a lord Geran? —susurró Senna.

—En la prisión de debajo de la casa. Vi cómo lo llevaban allí. Hay una sala de guardia que bloquea la entrada a las celdas; allí habrá guardias del Consejo.

—Ya está —murmuró Hamil.

El halfling alzó la mano para indicarles a los demás que guardaran silencio, y echó un rápido vistazo al interior. El brillo de una débil luz amarillenta salió al callejón. Se deslizó al interior tras hacerles una seña para que esperasen.

—Recordad, no estamos aquí para buscar pelea. Cuanto más rápidos y silenciosos seamos, más probabilidades tendremos de llegar hasta Geran y sacarlo de aquí —dijo Mirya, dirigiéndose a Brun y a los demás mientras esperaban al halfling—. Cuando llegue el momento de retirarnos, intentaremos volver a esta puerta y huir hacia los subterráneos de Hulburg. Es nuestra mejor oportunidad de perder a cualquiera que nos siga.

—Revelaremos el secreto de las calles enterradas —murmuró Lodharrun.

—Mañana por la noche habremos ganado o perdido, y ya no tendremos que movernos furtivamente por los sótanos —respondió Mirya—. Si lo revelamos, que así sea.

—Recordad, los yelmorrunas se comunican unos con otros —añadió Sarth—. Desde el momento en que nos encontremos con uno, todos ellos sabrán de nuestra presencia, y lo más probable es que Rhovann también. No debemos entretenernos.

Hamil volvió a salir por la puerta, e hizo un gesto para que se callaran.

—*Hay un montón de guardias del Consejo aquí* —dijo mentalmente, mientras su mirada pasaba de uno a otro—. *Creo que podremos llegar a la sala de los guardias sin luchar, pero necesitaremos una distracción, algo que los haga salir.*

Mirya se quedó unos instantes pensando, y miró a su banda de rebeldes.

—¿Y si les disparamos flechas o viroles a los guardias que custodian la puerta principal? —preguntó—. O bien saldrán a darnos caza, o cerrarán las puertas para protegerse, pero no se interpondrán en nuestro camino.

Hamil reflexionó sobre ello y asintió. Mirya se volvió hacia Senna y Halla; la arquera era muy hábil con el arco, como era de esperar, y Halla era casi tan buena como ella con la honda.

—Creo que ése será vuestro trabajo —dijo—. Ocultaos bien entre las sombras, y moveos entre disparo y disparo. Si salen a perseguiros, ya sabéis lo que hay que hacer. Contaremos hasta doscientos para daros tiempo a situaros.

—Haremos lo que podamos —respondió Senna.

Halla se mordió el labio, pero asintió. La vieja arquera y la mujer joven bajaron rápidamente por el callejón, internándose en la lluvia. Mirya rezó una oración en silencio a los dioses de la piedad y la buena fortuna, esperando no haber enviado a las dos mujeres a la muerte. Esperó con los demás un rato en el callejón, contando mentalmente. En el interior de la Casa del Consejo se oían pasos ocasionales, voces y puertas chirriantes que se abrían y se cerraban, pero ninguno parecía muy cerca. Entonces, Hamil les hizo señas y los condujo al interior.

Estaban en una enorme cocina, entonces desocupada. Por un momento, Mirya pensó para qué diablos necesitaba el Consejo Mercantil una cocina, pero se dio cuenta de que había que preparar la comida para los prisioneros en las celdas y los guardias que los vigilaban en algún lugar. Además, seguramente el Consejo Mercantil organizaba banquetes allí cuando la ocasión lo requería. Atravesaron la habitación en silencio, después recorrieron un pasillo de servicio que estaba al fondo, pasando por delante de varias puertas que se abrían a ambos lados, hasta que llegaron a la última puerta.

En ese punto, Hamil se detuvo.

—*Ahora esperaremos un momento a las amigas de Mirya —dijo—. Si llaman la atención de los guardias que custodian la puerta principal, deberíamos poder cruzar el pasillo al otro lado de la puerta y bajar agachados la escalera hacia la sala de la guardia sin ser vistos.*

Abrió la puerta con cuidado, dejando la anchura de un dedo para poder echar un vistazo. Las voces y movimientos de los soldados que estaban en el exterior subieron de volumen, y Mirya se preparó para la violencia. Pero entonces se oyó un grito agudo a poca distancia, y de fuera les llegaron chillidos de alarma y juramentos iracundos. Hamil les guiñó rápidamente el ojo y salió a toda prisa de su escondite. Sarth, Brun y Lodharrun lo siguieron; Mirya iba cubriendo la retaguardia, justo detrás del enano. Se arriesgó a echar un rápido vistazo a su derecha mientras cruzaban un amplio vestíbulo. Varios guardias estaban agrupados alrededor de la puerta principal del edificio, algunos esforzándose por ver lo que había fuera, y otros atendiendo a

uno de sus compañeros, que estaba en el suelo con una flecha en el estómago. A continuación, bajaron la escalera que conducía a las mazmorras.

Hamil desapareció tras una curva en la escalera, empuñando dos cuchillos. Un instante después, se oyó otro grito de alarma proveniente de la habitación que había bajando la escalera, seguido por un súbito entorchocar de acero. Sarth rodeó la esquina detrás de Hamil, y se oyó la voz ronca del tiflin pronunciando palabras mágicas; Brun y Lodharrun se metieron en la refriega después de los dos héroes. Mirya, echando un rápido vistazo a la parte superior de la escalera, también rodeó la curva detrás de sus amigos, con la ballesta preparada para disparar.

La violencia de la escena la dejó horrorizada. Había un guardia en el suelo, intentando en vano detener la sangre que salía a borbotones de una herida de arma blanca en la parte superior del muslo, y Hamil estaba lanzándole tajos y puñaladas de manera sistemática a otro guardia cuyos débiles esfuerzos por defenderse no durarían más de unos pocos segundos. Al otro lado de la habitación, había otro par de guardias desparramados entre vísceras congeladas después de haber sido atravesados por una explosión de carámbanos de hielo que los había acribillado, al igual que a la pared que tenían detrás. Brun Osting y el enano Lodharrun atacaron a los dos guardias que quedaban; el corpulento tabernero estranguló a su oponente con el mango del hacha, mientras el enano practicaba la esgrima con el suyo. Desde su posición ventajosa en la escalera, Mirya vio la posibilidad de dispararle limpiamente al oponente del herrero, así que sin pensárselo dos veces, apuntó con la ballesta y lo hizo. El grueso virote le atravesó de repente el hombro derecho al hombre, haciéndolo dar media vuelta; el enano avanzó un paso y lo atravesó mientras estaba distraído. En poco tiempo, el silencio volvió a invadir la habitación.

Brun Ostia levantó la vista del hombre al que acababa de matar y sonrió.

—Bueno, no ha ido tan mal —dijo.

—Lo que es difícil no es entrar —le dijo—, sino volver a salir. —A continuación cogió las llaves que colgaban del cinturón del sargento de guardia y fue corriendo a abrir la puerta que conducía a las celdas.

La prisión de la Casa del Consejo no era demasiado grande; no había más de dos pasillos que se cruzaban y una docena de celdas. Al llegar al cruce, vieron a Geran, que iba vestido sólo con su ropa interior, en la celda que estaba al final del pasillo principal, inconsciente y con una mano encadenada a la pared.

Había dos yelmorrunas custodiándolo. Los poderosos ingenios se pusieron en movimiento tan pronto como vieron al grupo de rebeldes, sacando mazas de mango corto de sus arneses, ya que había poco espacio para blandir sus enormes alabardas.

—No sienten dolor ni tampoco sangran —les advirtió Sarth—. Pero están hechos de hueso y músculo, que se pueden destruir. Romped huesos y cortad miembros hasta que no puedan seguir luchando.

—Creo que no he traído el arma adecuada —murmuró Hamil, pero se lanzó contra ellos, esquivando limpiamente un golpe de maza y atacando a la rodilla del ingenio.

Brun y Lodharrun se unieron al halfling, mientras Sarth atacaba al segundo monstruo y le lanzaba un chorro de verdes y rugientes llamas. Por un momento, el asalto del grupo de rebeldes pareció sobrepasar a las criaturas, mientras recibían cortes y trozos de carne arcillosa salían volando. Pero un golpe con el dorso de la mano derribó a Brun a medio camino, y antes de que el tabernero pudiera volver a su lugar, junto a Lodharrun, el yelmorruna que estaba a la izquierda se apartó del fuego de Sarth para dejar caer su maza sobre el enano. No llegó a darle en la cabeza, pero le destrozó el hombro, la clavícula y las costillas con un terrible crujido de huesos rotos, derribando a Lodharrun. El herrero cayó al suelo con un débil grito y no volvió a moverse.

Mirya apuntó y disparó a través del hueco que de repente se había abierto en la batalla; no era el arma adecuada para aquella pelea, pero esperaba por lo menos distraer momentáneamente a la criatura. Su virote alcanzó al primer yelmorruna en el centro de la visera, y atravesó la armadura. Para su sorpresa, el monstruo se tambaleó mientras una sangre negra y espesa le chorreaba desde debajo del yelmo. Alzó la mano para intentar quitarse el virote, y Brun Osting saltó sobre él con un rugido furioso y le hundió el arma en el hombro. Cuando la criatura se desplomó, el tabernero comenzó a asestarle hachazos en el cuello, y consiguió cortarle la cabeza tras varios golpes salvajes.

—¡La visera protege un punto débil! —gritó Hamil; Buen disparo, Mirya! ¡Hazle lo mismo al otro!

Tan deprisa como pudo, Mirya recargó la ballesta para dispararle al segundo yelmorruna. La criatura avanzó implacable hacia Sarth, quitándose de encima todo lo que el hechicero le lanzaba hasta que éste le derretió la visera de hierro con otra intensa bola de fuego. La criatura agitó los brazos, cegada, hasta que Hamil trepó por su espalda y le clavó la daga con precisión entre el cráneo y la espina dorsal. El yelmorruna se desplomó sobre el suelo sin emitir un solo sonido.

Mirya bajó la ballesta y corrió junto a Geran. Estaba sentado en una extraña posición, acurrucado sobre su brazo derecho, mientras que el brazo izquierdo aún colgaba de los grilletes.

—¡Geran, despierta! —exclamó, arrodillándose junto a él—. Hemos venido a sacarte de aquí. —Suavemente le hizo girar la cabeza para mirarlo a los ojos; él gimió, abriéndolos con dificultad. El brazo derecho cayó a un lado mientras se agitaba.

Le faltaba la mano derecha.

Mirya retrocedió, horrorizada, y se cubrió la boca para sofocar un grito.

—¡Oh, no! —gimió.

El muñón estaba cubierto por un sencillo vendaje, y en los bordes se podían ver pequeñas áreas de piel ennegrecida alrededor de la herida. No podía soportar mirarlo. ¿Eso era lo que le había hecho al hombre que amaba? Se reprendió duramente, diciéndose que él había confiado en ella y había pagado un alto precio por ello. Lo había entregado a sus enemigos, y ellos lo habían mutilado.

—Por el negro corazón de Bane. —Hamil dejó escapar un juramento, enfurecido—. ¡Bastardos!

El rostro del halfling se ensombreció por la ira, y arrojando los cuchillos, corrió con la llave maestra del sargento, buscando la llave de los grilletes. Los abrió en un momento, y Geran cayó en brazos de Mirya al ser liberado.

—Geran, lo siento mucho; es todo culpa mía... —comenzó a llorar.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas y enterró la cara en su cuello, abandonándose al llanto, apenada por el daño que le habían hecho.

—¿Qué creías que ocurriría si me entregabas a Rhovann? —preguntó con voz ronca.

Se lo veía pálido y su rostro estaba crispado por el dolor, pero recobró las fuerzas lo suficiente como para empujarla a un lado, y extendió la mano hacia Hamil para que lo ayudara a incorporarse.

—¡Ojalá me hubieras contado que te estaba coaccionando! Os habría protegido a ti y a Selsha de él.

Mirya se apartó, mortificada. Él sabía que no quería hacer lo que había hecho, pero aun así la odiaba por ello.

—Geran, yo... —dijo, tratando de encontrar las palabras mientras seguía llorando.

—Mirya estaba hechizada, Geran —dijo Hamil—. Lo que hizo no fue culpa suya.

—¿Hechizada?

—La examiné y descubrí la marca del conjuro hace menos de una hora —dijo Sarth.

Geran miró a Mirya a los ojos y bajó la cabeza.

—Por supuesto. Debí saberlo. Siento haber pensado cualquier otra cosa.

Intentó ir hacia ella; Mirya se apresuró a volver junto a él y le pasó el brazo alrededor de los hombros, aguantándolo mientras salía de la celda arrastrando los pies.

—¿Puedes caminar? —le preguntó Mirya.

—Por supuesto, saldré caminando de este maldito lugar —respondió—. Dejadme coger mis pertenencias y podremos marcharnos.

Hamil se apresuró a coger la ropa de Geran, mientras Brun examinaba a Lodharrun. El tabernero meneó la cabeza y volvió para echarle una mano a Mirya con

Geran. A continuación, el pequeño grupo se apresuró a salir de la prisión del Consejo.

VEINTICINCO

15 de Ches, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Geran no recordaba gran cosa de la siguiente media hora. A pesar de sus valientes palabras, apenas se tenía en pie y no le faltaba mucho para desmayarse de dolor. La mano cercenada le ardía como si la hubiera metido en un brasero lleno de tizones ardientes y la hubiese dejado ahí; con cada latido de su corazón, sentía sacudidas en todo el brazo que pinchaban como agujas. En la habitación de los guardias, Sarth desató una tormenta de bolas de fuego chirriantes que acabó con todos los guardias que en ese momento bajaban por la escalera para impedir su huida. Mirya tiró de él por los pasillos de la Casa del Consejo y lo sacó al exterior, donde todavía seguía cayendo la típica tormenta de primavera. El agua helada sobre la espalda desnuda le hizo recobrar la conciencia mientras cruzaban hacia la vieja sastrería que estaba detrás del edificio. Vislumbró brevemente una nube de humo naranja que salía por las ventanas y las puertas rotas antes de que Mirya lo condujera rápidamente hacia el sótano. Brun Osting los siguió, y después lo hicieron Sarth y Hamil.

—¡Continuad! —exclamó el halfling—. ¡No debemos entretenernos!

Corrieron por las calles subterráneas, pasando por varios sótanos y pasadizos polvorientos, hasta que Geran perdió por completo la noción de dónde se encontraban. Mirya sabía dónde estaban, y lo iba guiando. Notó cómo iba afianzando el paso a medida que avanzaban, y cuando finalmente se detuvieron en una antigua bodega, pudo tenerse en pie y dejar de pensar en el dolor, concentrándose en lo que debían hacer a continuación. El resto de la banda se detuvo detrás de él y de Mirya; Hamil se apostó junto al pasadizo que acababan de recorrer, aguzando la vista y el oído por si los perseguían.

Brun le llevó sus pertenencias y las puso en el suelo.

—Vuestras cosas, lord Geran —dijo.

—Te lo agradezco, Brun. Recordaré quién vino a sacarme de la prisión de Marstel.

Geran le dio una palmada en el hombro con la mano izquierda.

Sarth metió la mano en una bolsita que llevaba colgada del cinto, sacó un pequeño vial y lo abrió.

—Bébetelo, Geran —dijo el hechicero—. Es una poción curativa. Me tomé la libertad de adquirir un par antes de abandonar Thentia. Debería ayudarte un poco con el dolor.

—Agradezco tu previsión —dijo Geran, que cogió el vial y se bebió el contenido.

El elixir sabía como aguamiel tibia, dulce pero embriagador. Le dejó una

sensación de ardor en el estómago, y una oleada de fuerza le recorrió los miembros. A la altura de la muñeca derecha pareció reunirse una calidez intensa y vital, casi demasiado caliente como para soportarlo. Mientras la poción hacía su trabajo, apareció en su rostro una mueca de dolor. Cuando la magia se desvaneció, se sintió mucho mejor, aunque sus pasos todavía eran algo vacilantes, pero ya no estaba encorvado sobre el brazo herido. Se vio tentado a mirar bajo la venda que cubría el muñón, pero decidió no hacerlo; el vendaje estaba bien hecho y no quería deshacerlo.

Sarth sonrió al ver que Geran se enderezaba y parte del dolor desaparecía de su expresión.

—¡Ojalá pudiera hacer algo más! —dijo.

—Bien —dijo Mirya—. Ahora vístete y te sacaremos de Hulburg. Contamos con varias maneras de salir de la ciudad sin ser vistos.

Él meneó la cabeza, tratando de hacer caso omiso del temblor de sus extremidades.

—No pienso irme. Todavía tenemos trabajo que hacer en el plano de las sombras, y Kara depende de nosotros para lograr sobrevivir.

De hecho, basándose en lo que había visto a través de los ojos del yelmorruna, Kara y la Guardia del Escudo corrían grave peligro.

—¡Pero no estás en condiciones de luchar! —protestó Mirya—. ¿Qué más esperas de ti mismo?

—No hay deshonra en retirarse, Geran —le dijo Sarth—. Nosotros nos ocuparemos de todo.

—Confía en mí; no estoy en condiciones de pelear ahora mismo, pero Rhovann me mostró al ejército de Marstel y a sus yelmorrunas rodeando a la Guardia del Escudo. Destruir el dominio que ejerce Rhovann sobre sus criaturas podría ser la única opción de supervivencia. Pretendo cruzar a la sombra y terminar lo que comencé... Cuanto antes, mejor.

Sus compañeros permanecieron en silencio durante un instante. Finalmente, Hamil asintió.

—Está bien. Te llevaremos a donde necesites ir, y te ayudaremos a hacer lo que Esperus te dijo que hicieras. Pero debes dejarnos la lucha a Sarth y a mí.

Cruzó una mirada con Mirya. Después de un rato, también asintió.

—Muy bien. A veces la sabiduría viene disfrazada de necesidad, y ésta podría ser una de esas veces.

Geran miró el montón de ropa y frunció el entrecejo.

—Me temo que voy a necesitar ayuda para vestirme.

—Por supuesto —dijo Mirya.

Mientras Hamil y Sarth esperaban, la mujer lo ayudó a ponerse la camisa y a abotonársela, le sujetó la parte derecha de los pantalones mientras se los ponía, le

calzó las botas, y después le facilitó la tarea de ponerse la chaqueta. Sonrieron incómodos cuando manoseó su cinto antes de que ella se lo abrochara. La parte difícil fueron la vaina y la trinch, que las tenía acomodadas sobre la cadera izquierda para desenvainar con la mano derecha. Mirya resolvió el rompecabezas poniéndole la trinch del revés, y desenganchando la vaina para darle la vuelta. La empuñadura de la espada estaba un poco más atrás de lo que a Geran le hubiera gustado, lo cual lo haría desenvainar más despacio. Pero, de todos modos, no se sentía con fuerzas para un duelo en ese momento.

—Estoy listo —anunció—. Ahora o nunca.

Hamil lo miró, vacilante.

—¿Puedes luchar con la izquierda?

—Un poco. Daried solía entrenarme de vez en cuando con la izquierda. Muchos cantores de la espada son ambidiestros, o casi, y pensó que era importante que aprendiera la técnica tanto como fuera posible. Pero espero que tú y Sarth podáis solucionar cualquier problema que se nos presente.

—Debería ir con vosotros —dijo Mirya.

—No creo que sea muy buena idea... —comenzó a decir Geran.

—Yo tampoco, pero iré de todos modos —lo interrumpió ella—. Tú mismo has dicho hace un momento que no sabes muy bien qué esperar. Bueno, yo podría ayudaros perfectamente, en especial si Sarth y Hamil se encuentran demasiado ocupados para ayudarte con lo que sea que tengas que hacer. Y no te atrevas a decirme que es demasiado peligroso cuando tú estás empeñado en intentarlo a pesar de estar herido.

—En eso tiene razón —comentó Hamil.

El mago de la espada estaba dispuesto a no ceder terreno, pero luego suspiró.

—De acuerdo. Cruzar a las sombras puede funcionar tan bien con tres como con cuatro. Además, dudo de que haya algún sitio seguro en Hulburg esta noche, así que será mejor que te tenga donde pueda vigilarte. Pero debes prometer que harás lo que te pida, sin dudar. El plano de las sombras es un lugar peligroso. Brun, será mejor que vayas a ver si puedes reunir a todas las bandas de rebeldes que encuentres y evitar cualquier pelea seria hasta que sea el momento adecuado para atacar.

El cervecero frunció el ceño.

—¿Cómo sabré cuándo es el momento?

—Supongo que tendrás que observar a los yelmorrunas —respondió Geran—. Y ahora vete, o te verás arrastrado a las sombras con nosotros cuando crucemos.

Grun asintió con expresión seria y se agachó para pasar bajo un arco, alejándose por los túneles.

—¿Quieres los pergaminos? —preguntó Hamil.

El mago de la espada negó con la cabeza.

—Si Sarth está de acuerdo, preferiría guardarlos por si algo fallara.

Después de todo, si usaban los pergaminos y Sarth quedaba incapacitado o lo mataban, no podrían volver al plano de las sombras si alguna otra creación de Rhovann requería su atención.

—Estoy de acuerdo —dijo Sarth, que señaló el viejo sótano en el que se encontraban con un movimiento de cabeza—. ¿Queréis que realicemos el cruce aquí? Nos trasladaremos a un equivalente de este sótano en las sombras. Quizá prefiráis que lo hagamos en la superficie.

—Aquí está bien —decidió Geran—. Será mejor que permanezcamos ocultos el mayor tiempo posible.

—Entonces, acercaos a mí, cogeos de las manos y quedaos quietos. Cruzar en sí no es peligroso, pero no tenemos manera de saber qué nos espera al otro lado.

Sarth esperó hasta que Geran, Hamil y Mirya estuvieron situados como él quería; a continuación, sacó un enorme vial de debajo de su túnica y vertió una tinta negra de olor acre para formar un tosco círculo a su alrededor. Volvió a tapar el vial, cogió el cetro de runas y murmuró unas palabras de mando, apuntando con el extremo en forma de cuña a la mancha de tinta del suelo. Bajo la influencia de su magia, la tinta fluyó y tomó la figura de distintos glifos de poder. Geran no los reconoció, pero eso no era extraño; había comprobado que los conocimientos de Sarth eran distintos de los que enseñaban en Myth Drannor. Mientras cada uno de los glifos adoptaba su forma final, la tinta negra comenzó a emitir un brillo violeta. Sarth entonó una serie de cánticos mientras trabajaba, dándole forma al círculo. A medida que el diagrama se completaba, el tiflin se introdujo con cuidado dentro de los límites para estar cerca de sus compañeros, y les lanzó una mirada de aviso sin interrumpir las palabras del conjuro.

Mirya, que estaba junto a Geran, se puso rígida y se agarró fuertemente al brazo de él. La luz del sótano en el que se encontraban estaba cambiando; su brillo cada vez era más mortecino, de algún modo extraño que no implicaba dejar de ver. Las sombras parpadeantes de las runas brillantes de Sarth, que danzaban en las paredes y en el techo, comenzaron a adoptar una apariencia viscosa e inquietante, deslizándose y fluyendo sobre el ladrillo como si fueran de aceite. El fin del cántico de Sarth comenzó a acercarse, y el tiflin completó el último glifo del círculo que los rodeaba. El dibujo latió una vez; Geran sintió lo que parecía un extraño tirón o sacudida en el estómago, proveniente de una dirección que no pudo determinar, y el círculo se volvió negro.

El sótano casi parecía el mismo..., pero Geran se dio cuenta enseguida de que las puertas estaban ligeramente dobladas, los montones de escombros y desperdicios eran aún más altos, y el aire era más frío y estaba más silencioso. Mirya se estremeció a su lado, y él le rodeó los hombros con el brazo izquierdo, acercándola a su cuerpo.

—¿Qué es este lugar? —murmuró.

—El mundo de las sombras —dijo Geran—. Algunas veces llamado plano de las sombras. Es un eco imperfecto de nuestro propio mundo, que lleva una existencia paralela, pero raramente se tocan. En cierto modo, estamos exactamente en el mismo lugar en que estábamos antes de que Sarth realizara el conjuro. Pero si estuvieras en el sótano que acabamos de abandonar, nos habrías visto desaparecer por completo.

—Ya veo que estás familiarizado con el plano de las sombras —dijo Sarth.

—Durante mi época como guardia de la coronal, formé parte de una pequeña compañía a la que enviaron al plano de las sombras para recuperar un artefacto élfico que había sido robado por los shadarkai —respondió Geran—. Jamás llegué a dominar el ritual de cruce, pero aprendí lo que necesitaba saber acerca de este reino y sus peligros.

—¿Peligros? —preguntó Hamil.

—Los poderes de la oscuridad son muy fuertes en este lugar —dijo Sarth—. Aquí es donde las incansables sombras de los muertos vagan cuando se niegan a acudir a su juicio final. Y hay entes antiguos y llenos de odio que rondan por las sombras más oscuras. Es mejor evitarlos.

—Me lo puedo imaginar —murmuró el halfling—. Bueno, comencemos con esto. ¿Dónde está la ciudadela de Rhovann?

Geran estudió los alrededores, permitiendo que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad opresiva que los rodeaba.

—Yo diría que está en la copia de sombra de Griffonwatch. Es el lugar más sólido y seguro de Hulburg, así que sería razonable pensar que también estará allí. Mirya, ¿cuál es el acceso más rápido a la superficie desde aquí?

Mirya se agitó y señaló al pasadizo que iba hacia el norte.

—Hay una puerta a menos de quince metros por ese pasillo que conduce a la bodega del antiguo concejo del Águila Negra.

—Bien.

Geran permitió que Hamil fuera en cabeza, y avanzó detrás de Sarth. La puerta resultó estar un poco más lejos de lo que Mirya recordaba, pero, claro, eso podía deberse a las desconcertantes proporciones del plano de las sombras; las distancias no eran tan constantes allí como en el mundo de donde provenían. Cuando finalmente la encontraron, estaba bien cerrada. Geran y Sarth tuvieron que empujarla juntos para abrirla. Al otro lado había una escalera desvencijada que conducía al nivel de la calle en medio de un edificio que había sido consumido por las llamas. A través de un hueco en el suelo, por encima de sus cabezas, pudieron ver el cielo nocturno sin estrellas. A pesar de la falta de farolas, luna o estrellas, había una débil luminiscencia que les proporcionaba luz suficiente —o al menos, una disminución de las sombras— como para poder ver. Subieron en silencio y se abrieron paso hasta la calle. No

estaban lejos del Winterspear, en el extremo norte de la calle del Pez.

—Mirad el castillo —dijo Hamil en voz baja.

Geran se dio cuenta de que el débil brillo grisáceo no ocultaba las cosas que estaban lejos de la misma manera que en una noche normal. El peñasco negro sobre el que se alzaba Griffonwatch se cernía sobre los tejados destartados y los muros derruidos de Hulburg, visiblemente más estrecho y empinado que en el mundo normal. Recorrió con la vista las almenas, subiendo hasta la Torre del Harmach, en la parte más alta, que se inclinaba de forma precaria sobre el borde del acantilado. Unos remolinos de luz débil y parpadeante giraban alrededor de la parte superior del castillo como un amanecer purpúreo.

—Las defensas mágicas de Rhovann —observó Sarth—. Interesante, los conjuros que utiliza para proteger el castillo pueden verse en este plano.

—Vamos —dijo Geran—. Kara nos está esperando, y ya hemos perdido unas cuantas horas.

El mago de la espada los condujo primero hacia la izquierda, y luego en dirección norte —si es que las direcciones tenían algún sentido en el plano de las sombras—, a través de los distritos en ruinas de la orilla oeste del Winterspear. Esos vecindarios habían sido arrasados hacía mucho en el mundo de la luz, y se sintió aliviado de que allí estuvieran más o menos igual. Sobre los montones de escombros crecían hirsutas matas de hierba y zarzas espinosas, salpicadas aquí y allá por la silueta inclinada de un muro que aún seguía en pie. Sarth conjuró un pequeño orbe rubicundo de luz que iba volando a poca distancia por encima de él. No iluminaba demasiado, pero a Geran le levantó algo el ánimo, y no era lo bastante brillante como para que pudieran verlo a gran distancia. Una o dos veces, mientras avanzaban rápidamente por entre los montones de escombros, creyó oír siniestros correteos o susurros que provenían de los montones de deshechos que los rodeaban, y se dio cuenta de que Hamil miraba con desconfianza las sombras más cercanas. Geran prefirió no decirle nada a Mirya; no quería asustarla innecesariamente si resultaba que no era nada, puesto que ya estaba bastante nerviosa.

Llegaron a la pequeña plaza donde el camino de Keldon se encontraba con el Puente Quemado. El puente no estaba. Los viejos pilares de piedra se encontraban donde siempre, pero la pasarela nueva de madera no existía.

—¿Qué demonios? —murmuró Mirya—. ¿Y ahora cómo cruzamos?

—Es la naturaleza del plano de las sombras —contestó Sarth—. Algunas veces, las cosas que han sido destruidas en nuestro mundo permanecen intactas aquí, y otras veces, cosas que todavía están enteras en nuestro mundo, aquí han sido destruidas. Es algo caprichosa.

—Bueno, sea caprichosa o no, es un maldito inconveniente —dijo Hamil—. Todavía estamos en el lado equivocado del Winterspear. —Miró al río, cuyas aguas

oscuras bajaban con rapidez en la omnipresente oscuridad—. Odio pensar que tendremos que cruzarlo a nado. ¿No podríamos teletransportarnos o volar sobre él?

—Es demasiada distancia para mi conjuro de teletransporte —dijo Geran—. Sarth, ¿podrías llevarnos uno a uno?

—Si pude contigo una vez, puedo con Hamil y Mirya. —El hechicero calculó la distancia y suspiró—. Empezaremos contigo, Geran.

Sarth murmuró las palabras de su conjuro de vuelo; Geran notó como las sombras se arremolinaban en torno a ellos mientras la magia tomaba forma, pero no ocurrió nada más. El tiflin se puso detrás de él y lo cogió por debajo de los brazos, y a continuación se elevó por los aires. Las frías aguas bajaban raudas bajo los pies de Geran, y los pilares de piedra rotos del viejo puente pasaron por su izquierda. Después, ambos aterrizaron pesadamente sobre las ruinas que estaban junto a la orilla del río, no muy lejos de donde estaba El Bock del Troll en el Hulburg que Geran conocía. Sarth trató de recuperar el aliento.

—Bien hecho —le dijo Geran—. Ahora trae a Mirya; no quiero dejarla sola en un lugar como éste.

El hechicero asintió y volvió a elevarse hacia el cielo oscuro. Geran se volvió para estudiar los alrededores, plenamente consciente de su soledad. Nunca había sido de los que se asustan fácilmente, pero el mundo de las sombras no era lugar para que un humano vivo se quedara parado mucho tiempo en un sitio, y sabía perfectamente que si algo ocurría, era muy vulnerable. Podía ver más de la vieja muralla de la ciudad de lo que esperaba; parecía que el plano de las sombras recordaba a Hulburg como la ciudad en ruinas que había sido hacía cien años, y no como la próspera ciudad que era en ese momento. No muy lejos, oyó el sonido de alguien escarbando, como si algo o alguien estuviera abriéndose paso entre los montones de escombros llenos de vegetación.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró suavemente.

Llevó la mano izquierda a *Umbrach Nyth* y la desenvainó, apuntando en la dirección en que la criatura se movía entre las sombras. No ocurrió nada más, así que se tomó un momento para realizar un par de movimientos de ataque y defensa con la espada oscura. La sentía preparada y receptiva en su mano, a pesar de lo extraño que resultaba usar el brazo izquierdo. Prescindiendo de la falsa modestia, Geran sabía que era un espadachín excelente en condiciones normales; tan sólo había conocido a unos pocos que fueran mejores que él en sus años de aventuras y viajes. Aunque luchara con la izquierda, seguía teniendo el entrenamiento, los conocimientos, el juego de pies y la magia de la espada, pero su fuerza y rapidez habían disminuido. Probablemente podría con algún oponente fuerte pero sin experiencia, o quizá con un espadachín de habilidad media y sin gran talento natural, pero no arriesgaría la vida apostando por el resultado.

—Mejoraré con el tiempo —se dijo a sí mismo.

Por desgracia, no creía que fuera a tener mucha necesidad de luchar dentro de seis meses, o un año, pero quizá sí tuviera que luchar en las próximas horas..., probablemente varias veces. Rhovann no podía haber elegido peor momento para dejarlo tullido.

El aleteo de una capa llamó su atención justo cuando Sarth volvía, llevando a Mirya sujeta por la cintura mientras ella le pasaba un brazo sobre el hombro. El tiflin aterrizó, y Mirya se apartó, ansiosa.

—Gracias por evitarme el chapuzón, Sarth, pero creo que dejaré lo de volar para los pájaros —dijo—. No es natural que una persona lo haga.

Sarth sonrió.

—A mí ha llegado a gustarme —dijo y a continuación, salió volando nuevamente hacia la oscuridad.

Mirya le echó una mirada a Geran, y frunció el entrecejo al darse cuenta de que empuñaba la espada.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja.

—Me pareció oír que algo se movía. Probablemente no sea nada. Una rata, tal vez.

—¿Hay ratas en este lugar?

Mirya puso el estribo de su ballesta en el suelo y tensó el cable mientras estudiaba las sombras que los rodeaban.

Geran iba a encogerse de hombros justo cuando atacaron las criaturas. Varios monstruos con aspecto de galgos descarnados salieron de entre las sombras de los muros derruidos y los montones de escombros y se abalanzaron sobre los dos humanos. Su carne parecía estar hecha jirones y desecada, y se les veían los huesos; tenían los ojos hundidos, unos pozos negros en los que brillaban pequeñas ascuas encendidas.

Geran fue a interceptarlos sin pensárselo dos veces.

—*¡Cuillen mhariel!* —gritó, invocando automáticamente el velo de platacero para protegerse durante la lucha.

Unas serpentinas de niebla plateada tomaron forma y comenzaron a fluir a su alrededor, y también alrededor de Mirya, ya que estaba justo detrás de él. Luego saltó hacia delante, apuntando directamente al pecho del primer sabueso de ultratumba al mismo tiempo que pronunciaba las palabras de otro conjuro de la espada.

—*¡Reith arroch!*

Un brillo blanco y radiante envolvió la hoja de ébano al encontrarse con el pecho de la criatura a la mitad del salto. Apartó al monstruo moribundo con el hombro cuando chocó contra él, impulsándose hacia atrás para esquivar un mordisco.

—¿Qué son esas cosas? —exclamó Mirya.

La ballesta resonó detrás de Geran y derribó a otra de las criaturas. Ésta le lanzó un mordisco al virote antes de volver a levantarse con dificultad.

Geran miró fijamente a la siguiente criatura que los atacaba.

—*Naerren* —susurró.

Había invocado un conjuro de constreñimiento que adoptó la forma de una serie de látigos rojos y dorados que se movían a la velocidad del rayo alrededor del monstruo para alejarlo de Mirya. Después fue corriendo a enfrentarse al que había recibido el disparo de Mirya justo cuando la estaba persiguiendo de nuevo. Mirya gritó, asustada, y retrocedió mientras la criatura gruñía e intentaba morderla. Geran la azotó con la espada y consiguió tan sólo darle un golpe de refilón en los huesudos hombros. Aquellas cosas apestaban a corta distancia; el aire se llenaba de un horrible hedor a podredumbre, y su estómago, que no estaba demasiado asentado desde hacía rato, amenazó con revolvearse del todo. Consiguió hacerla retroceder con una sucesión de tajos salvajes antes de volverse hacia la otra, que seguía atrapada en su conjuro de constreñimiento. El sabueso de ultratumba fue hacia él y le saltó encima. Esa vez la estocada de Geran falló, hundiéndose en el ancho hombro de la criatura en vez de atravesarle el corazón. El impacto le hizo perder el equilibrio, y por puro reflejo echó el brazo hacia atrás para detener la caída. Pero golpeó con el muñón contra el suelo y gritó al sentir un dolor tan intenso que casi hizo que perdiera el conocimiento. Sólo el escudo protector de platacero le salvó la vida, ya que resistió los mordiscos del monstruo mientras éste trataba de alcanzar su garganta.

—*¡Kythosa zurn!*

Geran oyó la potente voz de Sarth detrás de él, retumbando entre las ruinas, y una ráfaga de orbes de fuerza dorados golpearon al siniestro bicho, derribándolo. Los orbes le abrieron heridas del tamaño de puños en el flanco, haciendo que saliera despedido. Geran rodó hacia un lado y se levantó trabajosamente. Sarth y Hamil luchaban furiosamente contra el resto de la manada, mientras Sarth golpeaba a los monstruos con un conjuro tras otro. En pocos segundos, la manada se dispersó y retrocedió, pero no antes de que Mirya disparase otro virote a una de las criaturas en plena huida y la derribara con un proyectil clavado en la espina dorsal.

—Geran, Mirya, ¿estáis heridos? —preguntó Sarth con urgencia, descendiendo al suelo.

—Uno me desgarró el dobladillo de la falda, pero estoy bien —respondió Mirya.

Geran envainó la espada y se sacudió la ropa.

—No, sólo mi orgullo —respondió—. Habría sido peor si no hubierais aparecido en el momento que lo hicisteis.

De hecho, estaba seguro de que los hubieran matado a ambos. Pensó furioso que no lo habrían visto como una presa fácil si hubiera estado en su mejor forma. Miró en dirección a las sombras con expresión ceñuda.

—¿Esas criaturas eran de Rhovann? —preguntó Mirya.

—Lo dudo. Que yo sepa, nunca ha utilizado sirvientes no muertos. Prefiere trabajar con sujetos inanimados.

Geran se obligó a dejar a un lado su frustración; no tenía pensado darle vueltas al hecho de que lo habían atrapado y mutilado. Se preguntó si aquello lo envenenaría igual que a Rhovann. Más tarde tendría todo el tiempo del mundo para desear cambiar el pasado, pero ahora tenía cosas que hacer.

—No, creo que los perros esqueléticos son sólo habitantes de este lugar. Deberíamos ponernos nuevamente en marcha antes de atraer a más. El castillo no está muy lejos.

—No me gusta la idea de entrar directamente por la puerta principal —comentó Hamil.

—A mí tampoco —respondió Geran, y menos porque dudaba de que fuera a ser de mucha ayuda si tenían que abrirse camino luchando.

Estudió la imponente sombra del peñasco sobre el que se asentaba Griffonwatch, coronado por las cortinas parpadeantes de luz violeta. Las torres y las almenas del castillo de los Hulmaster tenían un aspecto recortado y amenazador, y se elevaban contra el cielo sin estrellas como una maraña de lanzas. Los pisos más bajos se perdían en la oscuridad, pero pudo ver destellos de luz en las partes superiores del vetusto castillo. Le pareció posible que Rhovann se hubiera apropiado de la parte más segura y confortable de la vieja fortaleza para su propio uso, y eso significaba que debía ser la Torre del Harmach o alguna parte cercana.

—Pero ¿cómo entramos sin ser vistos?

Mirya dirigió la vista hacia Sarth.

—¿Nos puedes llevar volando hasta la parte superior? —le preguntó.

—Es posible, aunque dudo de que pudiera aguantar trasladando a Geran a tanta altura. Sin embargo, no lo aconsejo. —Sarth señaló hacia la aurora parpadeante que rodeaba la fortaleza—. Tendríamos que pasar a través de esas protecciones de ahí. Si me incapacitaran o suprimieran mi magia de volar...

Mirya se estremeció sólo de pensarlo.

—No te preocupes, entonces. No estamos hechos para volar, de todos modos.

—Iremos por la poterna —decidió Geran—. Es fácil pasarla por alto, y Rhovann no le habrá prestado mucha atención. Si tenemos cuidado, los guardias apostados por Rhovann no notarán nuestra existencia hasta que ya nos hayamos adentrado en el castillo.

Tiró de la correa para acomodarse mejor la espada y los condujo desde el claro que había junto al Puente Quemado hacia las sombras del castillo de Rhovann.

VEINTISÉIS

15 de Ches, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Geran y su pequeño grupo no se encontraron con más sabuesos de ultratumba ni con no muertos de especie alguna mientras se abrían paso a través de la oscuridad de la Hulburg sombría. De vez en cuando oían ruidos extraños en los callejones oscuros, o el crujido de los suelos de madera tras las puertas, y Geran sintió en un par de ocasiones como si lo mirasen con intenciones poco amistosas; pero no hubo nada que saliera a causarles problemas. Cerca de la plaza del Paso del Harmach se encontraron con una serie de edificios intactos —casas, talleres y tiendas— más o menos en el mismo sitio donde hubieran estado en el Hulburg de los vivos. Las ventanas estaban oscuras, y no salía luz tras las contraventanas, pero Geran tuvo la impresión de que aquel lugar no estaba tan vacío como parecía.

Mirya debió notarlo también, porque se apretó más contra él.

—¿Quién construyó esos edificios? —susurró—. ¿Vive alguien aquí?

—No creo que nadie los construyera. Están aquí porque alguien puso una casa, una tienda o un taller en Hulburg.

—¿Aparecen de la nada aquí cuando alguien los construye en nuestro Hulburg? ¿Y por qué todos tienen cosas que no encajan? —Mirya señaló el patio de trabajo de un tonelero mientras pasaban—. Ése es el taller del viejo Narath, pero la puerta principal da al otro lado de la calle, y debería haber un hermoso laspar en el patio.

—Ésa es la naturaleza del plano de las sombras. Es un reflejo en un espejo roto. Lo que se muestra no es la realidad.

—¿Y qué hay de la gente? Los puedo sentir cerca. No habrá una copia de mí en este lugar, ¿verdad?

—En este lugar vagan las almas —le contestó Sarth—. Los soñadores sólo están de paso, y los muertos se quedan aquí, algunas veces durante siglos, antes de desvanecerse hacia los dominios divinos. Algunos saben que son fantasmas incorpóreos y que no tienen una vida verdadera en este lugar. Otros no perciben su incorporeidad, y siguen con las costumbres y los lugares que tienen, o tenían, en el firmamento del que venimos. Y también están aquellos pocos que, como nosotros, se encuentran al mismo tiempo en cuerpo y alma. La mayoría son viajeros que no se quedan demasiado tiempo, pero hay otros que construyen casas aquí por sus propias razones. Jamás los he visto, pero he oído historias acerca de extrañas posadas y ciudades sombrías donde se reúnen aquellos que viven en las sombras.

Mirya se estremeció.

—¿Así que lo que sentimos a nuestro alrededor son las sombras de los muertos?

Geran se acercó más a ella y la cogió de la mano.

—No los percibimos porque la mayoría ya se están desvaneciendo. Sólo los más decididos, o los más confusos, adoptarían una forma visible para nosotros.

—Qué lugar tan horrible —dijo en voz baja—. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

Bordearon la base del paso elevado y se dirigieron hacia los bosques que estaban al sur del gran peñasco sobre el que se levantaba el castillo. El pequeño trozo de bosque que había en el corazón de Hulburg era agreste y oscuro incluso en el mundo normal, pero allí, en el plano de las sombras, la oscuridad bajo las ramas parecía físicamente impenetrable. Requirió un esfuerzo consciente por parte de Geran recorrer el estrecho sendero que pasaba entre los árboles.

El silencio y la oscuridad los rodearon, aún más espesos que antes. Notó como Mirya se apretaba más a él desde atrás, e incluso Sarth y Hamil dudaron antes de seguirlo. Tras recorrer unos cien metros, llegaron a la parte sur del peñasco, una sombra imponente que se cernía amenazadora sobre ellos. A la izquierda de Geran, una valla de hierro forjado se inclinaba hacia delante, marcando un pequeño lugar donde un tramo de escaleras de piedra conducía a una gruesa puerta blindada en un lateral del peñasco. Atravesó la portezuela oxidada y se acercó a la puerta.

—Permitidme que examine la puerta —dijo Sarth, que murmuró su conjuro de detección, examinando atentamente la poterna. Un momento después asintió para sí mismo—. Tiene una protección mágica, pero creo que puedo anularla.

—Hazlo —le dijo Geran.

Volvió a sacar la *Espada de las Sombras* y esperó mientras Sarth comenzaba a entonar su conjuro, moviendo las manos con los complicados gestos de su oficio. El mago de la espada notó la concurrencia de magia, que ejercía una presión invisible contra las protecciones mágicas que sellaban la puerta. Con cuidado, Sarth contuvo su poder, haciendo el menor ruido posible. Geran esperó oír el súbito traqueteo de los yelmorrunas saliendo del bosque, o el azote de alguna trampa mágica mortífera..., pero el momento de tensión pasó, y la poterna se abrió de par en par bajo el poder del hechicero. Más allá los esperaba una oscuridad impenetrable.

—No puedo garantizar que Rhovann no se dé cuenta de lo que he hecho aquí —dijo Sarth—. Es posible que haya notado una brecha en sus defensas.

—En ese caso, será mejor que no le demos mucho tiempo para reaccionar —respondió Geran.

Con la *Espada de las Sombras* en la mano, se zambulló en la oscuridad del otro lado de la puerta. En el interior, un corto pasadizo conducía a una sala de reuniones de techo bajo, vacía, en la que los defensores del castillo se podían reunir para una salida en masa con el objetivo de defenderse de cualquier esfuerzo enemigo por forzar la poterna. Geran casi esperaba encontrarse a los sirvientes de Rhovann en el

interior, esperándolos, pero la sala estaba vacía; era evidente que el mago contaba con su magia para proteger la puerta. En el extremo opuesto de la sala había una escalera que subía en espiral a través de la roca del peñasco, hacia las salas y edificios del castillo propiamente dicho. Murmuró las palabras de un hechizo de luz para hacer desaparecer la oscuridad que se cernía sobre ellos; después, cruzó la sala y comenzó a subir por la escalera.

Parecía más larga y estrecha de lo que Geran recordaba, otra sutil mentira del plano de las sombras. Se mareó ligeramente y la mano cortada comenzó a dolerle mientras subía con rapidez los escalones. Cuando llegó arriba, el corazón le latía desbocado y sentía las piernas débiles y gomosas. Se detuvo, apoyándose en la pared para recuperar el aliento. Mirya lo observó atentamente, con expresión preocupada.

—¿Te duele? —le preguntó en voz baja.

—No tengo tiempo para eso —contestó, e hizo una mueca de dolor.

Ella dejó escapar un bufido, sin dejarse engañar por su bravuconería.

Hamil y Sarth llegaron arriba.

—¿Por dónde? —preguntó el halfling.

Geran llevó la mano a la empuñadura de la *Espada de las Sombras* y extendió el brazo buscando el toque de magia, oscuro y fuerte. Estaban en un pasillo que iba por debajo del patio superior. A la izquierda, conducía a las cocinas y los almacenes cercanos a la gran sala. A la derecha, acababa en otro tramo corto de escalera que subía hacia los aposentos construidos en el lateral del acantilado, bajo la Torre del Harmach, y el resto del anillo superior del castillo. El aire pareció estremecerse en esa dirección con la potencia de las protecciones mágicas de Rhovann.

—A la derecha —decidió. Realmente no había esperado que Rhovann escondiera la piedra maestra de los yelmorrunas en la cocina, después de todo.

Los condujo hasta el siguiente nivel del castillo. Ahora estaban justo debajo de la biblioteca y de la torre. Allí, en la cara sur de Griffonwatch, la parte superior del peñasco había sido nivelada y excavada para que los cimientos del edificio tuvieran hileras de ventanas que dieran al Mar de la Luna y sirvieran como un piso intacto y habitado por derecho propio. Geran llegó al largo pasillo, cuyas ventanas miraban hacia la noche oscura e interminable que había fuera. Delante de él había una escalera que subía hasta la Torre del Harmach, pero las corrientes mágicas invisibles no lo llevaron hacia arriba, sino que venían de la izquierda, donde había una gran habitación del Consejo y una sala de trofeos al final del pasillo. Un par de yelmorrunas montaban guardia fuera; retrocedió rápidamente, esperando que no lo hubieran visto.

—La sala de los trofeos —les susurró a sus compañeros—. El artefacto de Rhovann está en la sala de los trofeos.

—Yo también lo noto —dijo Sarth—. ¿Hay alguna otra manera de entrar?

—Me temo que no hay más puertas. Hay una serie de grandes ventanas, pero la mayoría dan al acantilado. Quizá tú podrías llegar hasta ellas con tu conjuro de vuelo, pero nosotros necesitaríamos una cuerda.

—Parece que vamos a tener que ocuparnos de los guardias, entonces —susurró Hamil.

El halfling se agachó junto a la esquina, sacando los cuchillos mientras se preparaba para salir corriendo..., y de repente se oyó un repiqueteo y una serie de crujidos bastante fuertes procedentes del pasillo que tenían detrás. Media docena de los ingenios de Rhovann aparecieron por la escalera de la poterna y cargaron contra Geran y sus compañeros sin mediar palabra.

—¡Detrás de nosotros! —gritó Mirya.

Sarth profirió un juramento en su propia lengua y se volvió.

—¡*Narva saizhal!* —gritó, alzando el cetro hacia los imponentes monstruos.

Una ráfaga de mortíferos carámbanos de hielo se formó en el aire antes de salir disparada por el pasillo. Docenas de los misiles helados ensartaron a los yelmorrunas que iban en cabeza, pero no les hicieron mucho efecto, al no haber órganos vitales que perforar, ni vasos sanguíneos que cortar. Cada carámbano se extendía como una mancha de escarcha que agarrotaba la carne de los ingenios y ralentizaba sus movimientos, pero aun así siguieron avanzando. La fina capa de hielo que cubría el suelo y las paredes después del conjuro de Sarth resultó ser más eficaz que la lluvia de mortíferos carámbanos; a pesar de que era difícil hacerle daño a un yelmorruna, podían resbalar y caerse tan fácilmente como cualquier humano. Varios de los guardias grises se enredaron unos con otros brevemente en el pasillo, pero los dos que venían en cabeza seguían avanzando.

Geran desenvainó la *Espada de las Sombras* e invocó la protección de escamas de dragón.

—*Theillalag na drendir* —dijo en voz baja.

Conjurando un campo de fuerza parpadeante que ondeaba y fluía alrededor de su cuerpo como una ajustada cota de malla, avanzó para enfrentarse a uno de los yelmorrunas que iban a la carga, mientras Hamil corrió a toda prisa por la escalera para enfrentarse al segundo.

—¡Geran Hulmaster!, ¿has perdido la cabeza? —le dijo Mirya con brusquedad—. ¡No estás en forma para la esgrima!

—Me temo que los monstruos de Rhovann no piensan lo mismo —respondió.

La criatura que estaba frente a él le lanzó una poderosa estocada con la punta de la alabarda, intentando atravesarlo. Se concentró para no tratar de parar el ataque de la pesada arma con la mano izquierda, y en su lugar, agacharse y procurar permanecer lo más lejos posible de la peligrosa punta hasta que se abriera una brecha en sus defensas.

—*¡Ilyeith sannoghan!* —exclamó, invocando un conjuro de rayos para la espada mientras saltaba hacia delante, sobrepasando el extremo de la alabarda.

Los crepitantes jirones de luz adquirieron una tonalidad distinta sobre *Umbrach Nyth*; en su espada de Myth Drannor siempre habían tenido un color azul blanquecino brillante, pero sobre el acero negro de la *Espada de las Sombras* tenían un profundo color violeta. Lanzándole un salvaje tajo de revés al yelmorruna, le abrió un profundo corte en la gruesa garganta. Un rayo púrpura destelló alrededor de su visera de hierro y crepitó bajo la pechera de placas; el ingenio se sacudió y giró débilmente mientras los rayos recorrían su carne, y después se desplomó en el suelo.

Geran sonrió con gesto adusto, dándose cuenta de que, después de todo, no estaba tan indefenso. Por supuesto, los yelmorrunas no eran oponentes demasiado hábiles. Concentraban toda su atención en destruir lo que tuvieran delante. Se volvió hacia el yelmorruna contra el que estaba luchando Hamil, y lo hizo caer al suelo con un corte en la pierna. La criatura cayó, pero arremetió contra Geran con la parte trasera de la alabarda mientras lo hacía. El mango de madera le dio en la cadera derecha y lo derribó, haciéndolo rodar por el suelo unos pocos metros. Antes de que el yelmorruna pudiera hacer retroceder el arma para volver a golpearlo con la afilada hoja o con el gancho que el arma tenía en el otro extremo, Hamil y Mirya tiraron rápidamente de Geran para apartarlo.

—*¡Ten cuidado!* —le dijo Hamil mentalmente—. *Mirya jamás me perdonaría si te mataran intentando cubrirme las espaldas.*

Sarth le lanzó otro conjuro al yelmorruna lisiado, quemándolo, pero ahora los que habían estado enredados temporalmente sobre el suelo resbaladizo se estaban incorporando. Lo que era peor, se oían más pesados pasos y ruidos metálicos resonando por los pasillos del castillo.

—Esto es una locura —gruñó el tiflin—. No tiene sentido luchar con ellos uno por uno. ¡Geran, ve y destruye la piedra maestra antes de que nos superen! Yo mantendré a raya a las criaturas de Rhovann aquí.

Geran dudó, ya que no quería dejar a Sarth, pero Mirya lo cogió por el brazo y tiró de él hacia el pasillo que conducía a la sala de trofeos.

—Sarth está en lo cierto —dijo—. Esta batalla se puede ganar con un único golpe.

—Muy bien —reconoció.

Sarth le hizo un breve gesto con la cabeza, y Geran se alejó de la lucha junto a la escalera de la poterna y torció corriendo la esquina en dirección a la sala de trofeos y los yelmorrunas que custodiaban su puerta. Hamil y Mirya lo siguieron un paso por detrás. Los guardias de la puerta los percibieron de inmediato; en un instante, pasaron de estar quietos como estatuas a bajar las alabardas para avanzar un par de pasos y bloquear el camino.

—Dispárale al de la izquierda a través de la visera si puedes —le dijo Hamil a Mirya—. Parece dejarlos fuera de combate. Geran, remátalo mientras entretengo al otro.

—De acuerdo, lo haré —respondió Mirya, que comenzó a hacer retroceder su ballesta...

Y las puertas al final del pasillo se abrieron de par en par.

Rhovann Disarnnyl, envuelto en las formas fantasmagóricas de poderosos hechizos, estaba en la puerta; su rostro era una máscara de furia descontrolada. Tras él, la vieja sala de trofeos estaba llena de aparatos arcanos y más yelmorrunas comenzando a moverse dentro de los grandes tanques en los que crecían.

—Eres más tozudo que un troll —rugió el mago, dirigiéndose a Geran—. ¡Estúpido ignorante! ¿Qué más tengo que hacer para que comprendas que ya te he vencido?

—Hubieras hecho mejor en matarme cuando me tuviste en tus manos —respondió Geran.

En la habitación que había detrás del mago pudo sentir las corrientes invisibles y los torbellinos formados por los artefactos del mago y los artificios de conjuros, cada uno con una sutil vibración tejida por Rhovann. La *Espada de las Sombras* pareció temblar ligeramente, resonando con el poder concentrado en el laboratorio del mago. Había un foco de poder en el centro de la habitación, un cristal irregular de color púrpura oscuro dentro del cual brillaba una llama parpadeante... Se preguntó si sería la piedra maestra de los yelmorrunas. Entornó la mirada mientras la estudiaba, y decidió que, pasara lo que pasase, privaría a Rhovann de su juguete antes de que el mago lo destruyera a él.

—¡Enviaste a los seguidores de Cyric y a sus diablos a Lasparhall para que mataran a mi familia, asesinos y monstruos sueltos para acabar con un frágil anciano y docenas de hombres y mujeres cuya única ofensa había sido ser leales a los Hulmaster! ¿Acaso creías que algo que no fuera la muerte me detendría después de eso?

Rhovann soltó un bufido.

—No debí esperar menos. Inocente; fueron los vaasanos los que ordenaron la muerte del harmach. Yo no tuve nada que ver. Te has arriesgado a morir por un error.

«¿Los vaasanos?», se preguntó Geran. ¿Podría ser cierto que Rhovann no hubiera ordenado la muerte de Grigor? El elfo era su enemigo, y no era ajeno a la crueldad, pero no mentiría por una pequeñez. Realmente ahora no había mucha diferencia; aunque Rhovann no hubiera enviado a los asesinos a Lasparhall, había puesto en marcha acontecimientos que habían puesto en peligro de muerte a la familia de Geran, y había conspirado con Sergen Hulmaster antes de aquello.

—No importa —dijo—. La muerte de mi tío sigue siendo culpa tuya, y pienso

matarte por ello.

—Cree lo que quieras. Ahora corregiré mi anterior descuido, y podrás llevarte a la muerte todas tus nociones erróneas de venganza inalcanzable si te da la gana. —El estruendo creado por la magia de batalla de Sarth resonó a través del oscuro pasillo, y el mago elfo adoptó un aire despectivo—. ¿De verdad creías que no tomaría medidas para proteger mi santuario? Tu hechicero diabólico no podrá vencer mis defensas en el plano de las sombras. Tú y tus compañeros, incluso tu querida Mirya, no volveréis a ver la luz del sol.

—Ya te vencí una vez —dijo Geran—. Me pregunto si dudas a la hora de empezar con esto porque tienes miedo de que aún sea mejor que tú, incluso tullido como estoy. —Le echó una mirada a Hamil y le habló mentalmente—. *Cúbreme las espaldas si puedes, pero sobre todo ocúpate de proteger a Mirya.*

—*No te fallaré* —respondió Hamil—. *Haz lo que tengas que hacer.*

—¿Mejor que yo? —siseó Rhovann—. ¡Ya veremos! —Y alzó la varita.

—*¡Sieroch!* —dijo Geran, invocando su conjuro de teletransportación.

Hacía tiempo había utilizado el conjuro para acercarse a Rhovann y pillarlo con la guardia baja; el mago profirió un juramento y se apartó de un salto, esperando que Geran apareciera detrás de él. Pero en lugar de materializarse cerca del mago, para poder atacarlo con la espada, Geran apareció de la nada a unos diez pasos más allá de la puerta donde estaba Rhovann. La piedra maestra colgaba de su marco de hierro a poca distancia; Geran le lanzó un golpe con toda la fuerza que pudo reunir en su brazo izquierdo. El filo de acero negro golpeó sobre el cristal y abrió una grieta en forma de telaraña blanca en la superficie; salieron volando varios pequeños fragmentos de cristal púrpura. Los torbellinos de magia invisible presentes en la habitación se sacudieron como si un titán hubiera golpeado la campana de un templo, emitiendo turbias protestas. Pero el marco de acero se interpuso en el camino de la larga espada con un golpe discordante, evitando que Geran terminara limpiamente.

—*¡Necio!* —chilló Rhovann.

Le lanzó una bola de rayos dorados que azotó a todo lo que había en la habitación, destrozando cristales y arrancando astillas a la madera. Las protecciones mágicas del mago de la espada aguantaron lo justo para que pudiera arrojararse a un lado, tirándose al suelo para cubrirse. Un rayo punzante lo alcanzó en la pantorrilla y le hizo un agujero humeante en la pierna mientras aterrizaba con gran estruendo sobre una serie de barriles y moldes que había junto a los tanques de los que los yelmorrunas se esforzaban por salir.

Hamil fue previsor y le lanzó la daga a Rhovann entre los omóplatos, pero uno de los yelmorrunas intactos que estaba cerca del mago, sencillamente se puso en el camino de la daga para proteger a su maestro. El arma se clavó profundamente en su pálido torso; la criatura no le prestó atención. Rhovann le echó una mirada por

encima del hombro y dijo con brusquedad:

—¡Matadlos a todos! —y después volvió a atacar a Geran.

El yelmorruna dañado fue hacia el halfling, apuntándolo con la gran alabarda. Mirya apuntó con cuidado y le atravesó la visera de un disparo, haciéndolo tambalearse; pero antes de que Hamil pudiera rematarlo, más yelmorrunas aparecieron tras ellos desde el pasillo.

Geran se puso en pie y volvió a dirigirse hacia la piedra maestra. Rhovann rodeó la pesada mesa, apuntándole con la varita. Lanzó otro conjuro, alcanzando a Geran con un chorro siseante de ácido verde, pero Geran le respondió con un rápido conjuro de parada.

—¡*Haethellyn!* —exclamó, alzando torpemente la espada oscura para bloquear el ataque.

Un extraño brillo azul envolvió el acero antes de que el chorro de ácido lo alcanzara y rebotara. Si hubiera tenido un mejor control, Geran podría habérselo devuelto a Rhovann, pero en vez de eso sólo consiguió hacer que se estrellara contra el suelo a sus pies mientras una lluvia de pequeñas gotas burbujeaba a su alrededor. Varios agujeros humeantes aparecieron en la ropa de Geran, pero también en la de Rhovann. El elfo murmuró un juramento mientras se apartaba torpemente del charco hirviente que tenía delante, agitando la mano para disipar los gases ácidos.

Geran aprovechó el momento de distracción de Rhovann para volverse nuevamente contra la piedra maestra y alzó su espada para asestarle otro golpe, pero una mano gris y húmeda lo agarró por el tobillo y, tirando de él, lo derribó. Uno de los yelmorrunas incompletos lo había agarrado y trataba de arrastrarlo.

—¡Maldita sea! ¡Déjame en paz! —rugió, y le partió la cabeza en dos con *Umbrach Nyth*.

De la terrible herida comenzó a borbotear un oscuro icor cuando sacó la espada, pero los dedos siguieron aferrando su tobillo, y le llevó varios instantes preciosos librarse de ellos.

—¡Geran, destruye la maldita piedra de una vez! —gritó Hamil desde el pasillo.

El halfling corría con temeridad de un yelmorruna a otro, esquivando golpes de alabarda que rompían el suelo y hacían grandes agujeros en las paredes. Uno de los monstruos se volvió hacia Mirya, haciendo retroceder su arma para atravesarla mientras ella manejaba torpemente la ballesta; con una embestida a la desesperada, el halfling dio un salto y le clavó un cuchillo en la parte trasera de la rodilla, moviéndolo a la derecha mientras la pierna se doblaba. La criatura le lanzó un golpe a Hamil con el dorso de la mano; el halfling salió volando a unos tres metros para golpear contra la pared contraria con tal fuerza que se oyó el sonido de huesos rotos antes de que se desplomara sobre el suelo. Otro yelmorruna se preparó para aplastarlo mientras estaba inconsciente en el suelo, pero en ese momento apareció un brillante

rayo verde procedente del pasillo y le dio en la cabeza. La visera de hierro y la cabeza de arcilla se desintegraron con un destello color esmeralda gracias a la magia de Sarth, y el ingenio sin cabeza se desplomó sobre el suelo.

El hechicero, maltrecho y sangrando, esbozó una sonrisa torva en lo alto de la escalera por las que habían subido.

—Creo que finalmente he encontrado el mejor modo de destruir a estas criaturas —dijo.

Después, Sarth se vio asediado por los yelmorrunas que quedaban en el pasillo, y respondió a sus ataques con una furiosa ráfaga de dardos de fuerza y lanzas de fuego.

A Geran le ardían varios pinchazos abrasadores en el toso y en los brazos, justo donde le habían caído las gotas de ácido, pero apretó los dientes y se obligó a no hacer caso al dolor. En vez de atacar la piedra maestra directamente, salió disparado alrededor del gran aparato en la dirección de las agujas del reloj, buscando a su enemigo. Por dos veces había atacado la piedra en lugar de castigar al mago; era el momento de cambiar de táctica de manera temporal. Atravesó una nube de humo —al parecer, el conjuro de rayos de Rhovann había provocado un incendio—, y encontró a Rhovann a poca distancia, dirigiéndose hacia él. Sin dudarlo un momento, Geran lo embistió, lanzándole una torpe estocada al estómago. Rhovann se apartó, profiriendo un juramento y desviando la estocada con un golpe de la mano de plata. Saltaron chispas brevemente cuando se encontraron la *Espada de las Sombras* y la mano llena de runas; el elfo sobrevivió con un largo y profundo corte bajo las costillas.

—¡Maldito seas! —siseó Rhovann.

El elfo se apartó de un salto mientras Geran se recuperaba de la arremetida, y lo apuntó con la varita. Esa vez no pudo esquivar la furia del mago; Rhovann gritó, lanzando un conjuro de poder atronador que golpeó a Geran como si fuera un muñeco y lo lanzó al otro lado de la habitación. Las mesas de trabajo estallaron en nubes de cristales rotos y astillas de madera; los yelmorrunas incompletos quedaron reducidos a trozos de masilla informes por el impacto. Geran se encontró tirado de espaldas sobre el suelo de piedra, cubierto por escombros y el contenido de los tanques de Rhovann. Gimió y sacudió la cabeza, incapaz de suprimir el zumbido de sus oídos. La habitación se oscureció y comenzó a dar vueltas mientras luchaba por permanecer consciente.

Lentamente, rodó boca abajo e intentó levantarse. Tan sólo había conseguido ponerse de rodillas cuando Rhovann le quitó la espada de un golpe y le apuntó con la varita a la cara.

—Por fin hemos comprobado quién es mejor —escupió el mago—. Adiós, Geran. No volveremos a vernos. —Comenzó a entonar palabras mágicas..., y de repente, lanzó un grito ahogado y se dio media vuelta.

Tenía un virote de ballesta clavado en lo alto del hombro derecho. Geran lanzó

una mirada hacia la puerta del taller y vio a Mirya allí de pie, cargando otra vez la ballesta para volver a disparar.

—¡Eso es por haberme hechizado! —gritó.

A sus espaldas, varios yelmorrunas se apartaron de Sarth y Hamil, y fueron directos a por ella. Miró por encima del hombro y esquivó las enormes armas que iban directas a su corazón.

—¡Termina de prisa, Geran!

—¡Cuilledyr! —dijo Geran con voz ronca, poniéndose de pie.

La *Espada de las Sombras* tembló y se elevó por los aires para ir a parar directamente a su mano mientras avanzaba tambaleante hacia la piedra maestra, y no hacia Rhovann. Con una fuerza desesperada, embistió con la punta de acero negro al centro de la grieta que ya había hecho en el cristal púrpura. El impacto le provocó una sacudida tan potente en el brazo que se le cerraron las mandíbulas de repente y se mordió la lengua, pero una enorme grieta blanca se abrió de un lado a otro de la piedra y comenzó a extenderse. Los yelmorrunas que estaban detrás de Mirya se desplomaron en silencio, llevándose torpemente las manos a las viseras y dejando caer las alabardas al suelo.

—¡No! —gritó Rhovann—. ¡No dejaré que me venzas!

El mago cogió a Geran por la camisa mientras éste retrocedía para asestar su golpe final, tirando de él. Geran luchó por liberarse para volver a atacar; en pocos segundos, se encontraron forcejeando, furiosos. Geran trató de situar la hoja de la *Espada de las Sombras* en una posición que le permitiera asestar un golpe mortal, pero Rhovann consiguió agarrarle la mano que sostenía la espada con la mano izquierda, y con la derecha lo asió por la garganta. La mano de metal era terriblemente fuerte, y los fríos dedos le apretaron el cuello para intentar romperle la tráquea. Se bambolearon y tambalearon inmersos en su desesperado forcejeo, hasta que se toparon con un círculo de runas que estaba marcado en el suelo.

A pocos metros de distancia, la herida mortal de la piedra maestra se iba extendiendo. Ahora toda ella estaba cubierta de grietas blancas, y la llama vacilante de su interior se extinguió. En el mismo momento en que la piedra se oscureció, se hizo pedazos con una tremenda explosión de energía oscura, sacudiendo el Griffonwatch sombrío y destrozando el santuario del mago. El diagrama mágico bajo los pies de Geran latió, activado repentinamente por la liberación de la energía sombría procedente de la piedra rota; incluso mientras trataba de respirar y su visión se difuminaba en un túnel cada vez más estrecho y largo, sintió la sacudida de la magia.

Entonces, todo se oscureció al mismo tiempo que él y Rhovann salían despedidos del plano de las sombras.

VEINTISIETE

15 de Ches, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Los truenos retumbaban a lo lejos, hacia el norte, sobre los páramos de Thar, mientras Kara Hulmaster escudriñaba a través de la lluvia fría y persistente las filas del ejército de Marstel que rodeaban las yermas colinas en las que estaba atrapada. Las densas nubes que se cernían sobre la tierra ocultaban la proximidad del amanecer, pero la oscuridad no era total; las lámparas protegidas y las hogueras de vigilancia diseminadas por los contornos daban un resplandor rojizo al campo de batalla.

La Guardia del Escudo estaba extendida a lo largo de un corto y escarpado promontorio, rodeando la colina; aproximadamente a un kilómetro, Kara distinguía la silueta de la abadía de Rosestone contra la leve luminosidad del incipiente amanecer. Entre el humo y la bruma que se extendían a sus pies, los mercenarios del ejército de Marstel se organizaban para lanzar el último asalto contra la Guardia del Escudo, precedido por casi cien de los grandes guardianes de piel cenicienta de Rhovann. De vez en cuando, cuando la lluvia amainaba, Kara podía oír el distante entrecuchar de armas o el rugido de voces airadas provenientes de alguna escaramuza que se producía en las proximidades de la colina.

—¿Dónde estás, Geran? —murmuró Kara para sí misma.

Se suponía que ella debería estar marchando hacia Hulburg a esas alturas, ya destruidos o incapacitados los ingenios guerreros de Rhovann, con la Guardia del Consejo vencida y huyendo a su paso. En lugar de eso, había pasado las ocho o nueve últimas horas luchando encarnizadamente para evitar la aniquilación mientras los comandantes de Marstel lanzaban una ofensiva tras otra contra sus improvisadas defensas. Sólo la escarpada ladera de la cumbre redondeada y sembrada de guijarros había impedido que los yelmorrunas acabaran con lo que quedaba de su ejército; mientras las criaturas trataban de subir los últimos metros del promontorio, podían ser derribadas por pesadas rocas que echaba a rodar desde lo alto un par de hombres corpulentos con ayuda de una gran palanca de madera. Aquello no producía grandes daños a los ingenios, pero cada vez tenían que levantarse y volver a intentar el ascenso. Marstel había dejado que sus incansables autómatas lo intentaran una y otra vez antes de decidirse, finalmente, a enviar también a soldados humanos contra los guardias del Escudo... Pero los arqueros de Kara habían derribado por docenas a los guardias del Consejo, desbaratando el primer asalto generalizado. Ahora Marstel se disponía a intentarlo de nuevo.

Kara se volvió a mirar las filas desiguales de la Guardia del Escudo. Los Mazas de Hielo y el tercer escudo se las habían arreglado para retirarse de Rosestone

relativamente intactos, pero había perdido nada menos que una tercera parte del primer escudo de Wester en el asalto de los yelmorrunas, y sólo un puñado del segundo escudo de Larken había llegado al punto de encuentro después de actuar como retaguardia al resto del ejército. El propio Larken había desaparecido; Kara suponía que estaba muerto o había sido capturado. La mayor parte de los quinientos soldados, más o menos, que le quedaban estaban acurrucados debajo de sus capotes o de sus propios escudos, tratando de descansar un poco después de toda una noche de combate.

Un tintineo de mallas y un juramento a media voz en enano anunciaron la llegada de Kendurkkel Ironthane. El enano trepó por la pendiente llena de cantos rodados sobre la que ella estaba de pie afirmando sin problema sus pesadas botas. La consabida pipa relucía suavemente en la oscuridad a pesar de la lluvia.

—No tardarán en lanzar otro ataque contra nosotros —dijo.

—Es lo más seguro —respondió la mujer, mirando las compañías enemigas que formaban al pie de la colina.

Kara podía ver mejor que los demás en la oscuridad y eso le permitió apreciar el gran daño que la Guardia del Escudo había infligido a la del Consejo. Incluso habían conseguido destruir a una docena aproximadamente de los yelmorrunas. Pero ellos habían sufrido peores daños, y la superioridad numérica del ejército de Marstel era aún mayor ahora.

—Van a lanzar una ofensiva por varios flancos para tratar de superarnos.

—El plan no está nada mal —admitió Kendurkkel.

En los anteriores ataques, los capitanes de Marstel se habían concentrado en un estrecho acceso de la cara oriental de la colina que formaba una especie de rampa hacia la cumbre, pero los guardias del Escudo lo habían atascado con rocas y carretas volcadas, y como era lógico, Kara había concentrado ahí sus fuerzas. Ahora la amenaza de una escalada general la obligaba a desplegar a sus soldados por todo el borde del promontorio. Kara dudaba de poder detener a Marstel esa vez. Sus arqueros casi se habían quedado sin flechas, y sus soldados prácticamente habían agotado las piedras de tamaño manejable que podían arrojar contra los yelmorrunas.

—¿Has tenido noticias de lord Hulmaster? —le preguntó el enano en voz baja.

—Todavía no —admitió Kara—. Debería haberlas tenido hace horas. Me temo que algo pueda haber salido mal.

—¿Qué piensas hacer en caso de que él haya sido derrotado?

—Luchar para abandonar esta colina y replegarme a Thentia hasta que encontremos una manera de liquidar a los guerreros grises del hechicero.

Con tiempo para reorganizarse y prepararse, Kara pensaba que podría encontrar alguna manera de acabar con los yelmorrunas aun cuando Geran no consiguiera derrotarlos, pero sabía que se estaba aferrando a un clavo ardiendo. Si conseguía

replegarse desde ese punto —suponiendo que pudiera hacerlo, lo que era algo bastante dudoso—, no habría una segunda campaña para liberar a Hulburg, a menos que otra potencia del Mar de la Luna se decidiera a ponerse de su lado.

El enano asintió.

—Puede ser que eso no dependa de ti —señaló—. Marstel no tiene motivo alguno para dejarte ir. ¿Has pensado en las condiciones para una rendición?

—Sí, lo he pensado. Mi vida está perdida, por supuesto, pero lo haría si creyera que con eso podría salvar a mis guardias del Escudo. Por desgracia, no me fío de Marstel. Creo que aceptaría nuestra rendición y a continuación ejecutaría hasta al último soldado hulburgués que hubiese cogido las armas contra él. Ya se ha hecho antes. —Vaciló y luego añadió—: Por otra parte, tus Mazas de Hielo podrían tener una oportunidad de rendirse, eso si os permiten abandonar el campo de batalla.

—Puede ser que lo hayas olvidado, lady Kara, pero Marstel dijo sin cuartel, sin dar ni pedir cuartel.

—Por lo general, a los mercenarios no se les da ese trato.

—Ya, pero, como tú misma has dicho, no me fío ni de Marstel ni de sus capitanes. Además, tú te has comportado justamente conmigo y con los míos. No estaría bien que te dejáramos ahora.

—Te estás volviendo un sentimental, maese Ironthane.

—No está de más forjarse fama de leal —dijo el enano—, a menos, claro está, que con eso consigas que te maten por una causa perdida, en cuyo caso deja de ser buen negocio. Supongo que todavía no estoy convencido de que la tuya sea una causa perdida. Jamás he visto a nadie que pueda compararse contigo en el campo de batalla, lady Kara.

La mujer le sonrió con tristeza.

—Si sólo tuviera tres compañías más a la altura de tus Mazas de Hielo, maese Ironthane, no tendría miedo a nada, desde Phlan a Mulmaster.

Permanecieron en silencio un momento, observando cómo ocupaban sus lugares los soldados, allá abajo.

—Suponiendo que no estemos todos muertos en la próxima media hora, ¿cuánto tiempo piensas mantener la colina? —preguntó el enano.

—Todo el tiempo que pueda; hasta que sepa que ha fracasado, todavía espero que Geran consiga lo que propone —replicó Kara—. Si sólo ha sufrido un retraso, todavía podríamos...

Se interrumpió de repente cuando los soldados de abajo lanzaron un coro de gritos de guerra y empezaron a subir las laderas, con los yelmorrunas abriendo la marcha. Intercambió una breve mirada con el capitán enano y llamó a su portaestandarte.

—¡Sargento Vossen! ¡Haz correr la voz de que se preparen!

A su alrededor, todas las compañías del Escudo se pusieron de pie, se despojaron de sus capotes y capuchas, y sujetaron los escudos mientras retomaban la formación en lo alto del promontorio.

—¡Buena suerte! —dijo Kendurkkel—. ¡Me voy! —Salió al trote hacia los Mazas de Hielo, que protegían la parte trasera de la colina.

Por su parte, Kara indicó a Vossen que la siguiera y ocupó su lugar en medio del escudo de Wester, que protegía la cara sur, relativamente baja, de la colina; la cara norte era demasiado escarpada para subir por ella y el escudo de Merrith Darosti bloqueaba el acceso. El sargento Kolton y los guardias de la Casa se unieron a Kara cuando ella ocupó su puesto en medio del escudo de Wester. No quedaban hombres de reserva; ése era el lugar donde se decidiría la batalla.

—Aquí estamos una vez más —le dijo Wester.

El terrateniente convertido en capitán estaba cansado y tenía una marcada cojera por una fea herida en la pierna izquierda, pero en sus ojos brillaba una furia implacable.

—¿Todavía no se han dado cuenta de que no vamos a dejar que nos desalojen de esta colina?

—Eso parece —respondió Kara y le hizo una seña a Vossen—. ¡Que todos los arqueros disparen a discreción! ¡Que nadie ahorre flechas ahora! ¡Y que no las malgasten en los yelmorrunas!

El rasgueo de las cuerdas de los arcos resonó en el aire húmedo de la noche y una vez más las flechas hicieron estragos en la Guardia del Consejo y en los mercenarios de sus casas mercantiles aliadas. La distancia era poca, y los soldados enemigos, unos blancos excelentes mientras trepaban y resbalaban entre las piedras. Docenas de ellos gritaban y caían bajo la mortífera andanada..., pero también caían guardias del Escudo, arrancados de la colina por los ballesteros de la Guardia del Consejo. Con un furioso bramido, los soldados de Marstel llegaron al pie del promontorio en una línea desigual.

Los yelmorrunas y los guardias del Consejo empezaron a trepar por todo el perímetro de la colina. Los guardias del Escudo los recibieron al borde del promontorio, empujándolos montaña abajo, mientras trataban de afirmarse y desalojar a los yelmorrunas con maderos y ejes de carretas. A la derecha de Kara, varios guardias del Escudo consiguieron empujar un gran pedrusco colina abajo. No dio contra el yelmorruna al que iba dirigido, pero abrió un surco en las filas de Marstel. Los guardias, expectantes, lanzaron un sonoro grito de triunfo al ver las brechas que se abrían en el enemigo. Entonces, de repente, docenas de soldados de Marstel consiguieron coronar la cima, demasiados como para que la Guardia del Escudo pudiera detenerlos. Los yelmorrunas que habían evitado que los tiraran colina abajo penetraron en las filas de los de la Guardia del Escudo, cobrándose una

macabra cosecha con sus grandes alabardas. Por encima del entrecocar de aceros y del ruido brutal de las hojas de las alabardas que destrozaban cotas de malla y carne, se elevaron gritos de dolor y bramidos de ira.

Espada en mano, Kara se sumó a la refriega para ayudar contra las terribles criaturas. Los guardias del Escudo lanzaban golpes contra los miembros de los monstruos y trataban de evitar las sibilantes hojas de las alabardas, pero los yelmorrunas tenían una fuerza y una resistencia arrolladoras. Los guerreros que se exponían aunque sólo fuera un instante para lanzar una estocada a una rodilla o una muñeca eran segados por réplicas feroces o salían despedidos por los aires, destrozados o sangrantes. Dando gracias a los dioses de la guerra por haber podido al menos demorar a algunos de los monstruos, Kara se lanzó contra el más próximo y logró asestarle un corte poco profundo en el hombro, antes de apartarse de la trayectoria de una alabarda que podría haberle cercenado una pierna. En cuanto se hubo librado, volvió al ataque contra el mismo hombro, profundizando la herida. La visera negra se fijó en ella, y el yelmorruna le lanzó un ataque directo con la punta de la alabarda. Ella esquivó con un rápido bloqueo la aguzada punta, pero el golpe era tan potente que la parte plana de la cabeza del hacha empujó la espada hacia ella y le hizo perder pie. La capitana trató de recobrar el aliento que había perdido.

El yelmorruna que la había derribado giró ágilmente sobre sí mismo y levantó la alabarda para descargar un golpe que no tenía esperanzas de evitar. Kara vio la muerte cerniéndose sobre ella y alzó una mano para protegerse..., pero cuando el arma del monstruo gris describía su arco final, de pronto se estremeció violentamente. Los glifos mágicos inscritos en su carne emitieron destellos púrpuras y una voluta de humo salió de su visera de hierro. La cosa emitió un grito agudo y metálico —el primer sonido que Kara había oído jamás a un yelmorruna— y cayó de rodillas, soltando la alabarda, que dio en el suelo a su lado. Mientras observaba, sorprendida, los glifos se difuminaron y desaparecieron como la tinta en el agua.

—Geran lo ha conseguido —dijo en voz alta—. ¡Geran lo ha conseguido! ¡Ha destruido la piedra maestra de los yelmorrunas!

El que había estado a punto de matarla empezó a ponerse de pie trabajosamente, pero un curtido guardia del Escudo surgió a su lado y le clavó el hacha de guerra en la nuca. Kara se recompuso y miró en derredor; por toda la cima de la colina, sus soldados estaban haciendo pedazos a los yelmorrunas y les arrojaban sus restos a los guardias del Consejo.

—¿Estás herida, lady Kara? —preguntó Vossen, preocupado.

—No, estoy perfectamente —respondió. Sabía que no era del todo cierto, pues sospechaba que más tarde se le formaría un enorme cardenal.

A su alrededor, el escudo de Wester estaba despejando rápidamente el promontorio de los enemigos que habían conseguido llegar a la cima.

—Algo les pasa a los guardias grises —dijo el portaestandarte, señalando—. Mira, apenas pueden tenerse en pie.

Kara miró hacia donde apuntaba su brazo y vio docenas de yelmorrunas que ya no trataban de subir la colina. Unos se apoyaban en sus alabardas; algunos caían de rodillas en la hierba húmeda del páramo, y otros simplemente estaban inmóviles en el suelo. Sin los imponentes monstruos para ir abriendo camino, los guardias del Consejo ya se retiraban en desbandada. El portaestandarte de Marstel vaciló en la base del promontorio y un grupo desorganizado de mercenarios y de soldados de la Guardia del Consejo huía aterrorizado al ver que sus poderosos aliados no respondían. Kara estudió el panorama y vio que el portaestandarte no estaba tan lejos y que a ella le quedaban todavía un par de compañías que estaban más o menos intactas...

—¡Sargento Kolton, mi montura! —gritó—. ¡Capitán Wester! ¡A mí con tu escudo! ¡Vossen, haz señas a los Mazas de Hielo y al tercer escudo de que sigan nuestra carga! ¡Vamos a ir tras el estandarte!

Nils Wester asintió de inmediato.

—¡Será un placer, lady Kara! ¡Vamos, muchachos, ahí está ese culo gordo de Marstel! ¡Vamos a contarle lo que pensamos de su reinado!

El primer escudo formó enseguida a uno y otro lado de Kara, golpeando los escudos con las espadas y gritando insultos a las fuerzas de la Guardia del Consejo.

Los hombres del sargento Kolton trajeron sus monturas desde donde las habían dejado atadas y Kara montó rápidamente en *Dancer*. La gran yegua resopló ansiosa, percibiendo el estado de ánimo de Kara, y el resto de los guardias de Kolton también subieron a sus cabalgaduras.

Kara esperó un momento a que los soldados de Wester se situaran; luego describió un círculo con la espada por encima de su cabeza al mismo tiempo que gritaba:

—¡A la carga! —y espoleando a *Dancer* se colocó a la cabeza de sus hombres. En una rápida carrera bajó la colina seguida de sus guardias.

Los soldados de Wester lanzaron un rugido de furia batalladora y corrieron tras ella, resbalando por las piedras húmedas al saltar desde el borde del promontorio al terreno de abajo, sembrado de cadáveres. Kara se lanzó directa sobre Marstel, sorteando con agilidad los restos de los yelmorrunas y los grupos de guardias del Consejo que se volvían para impedirle el paso; los dejó para que los soldados de Wester se ocuparan de ellos. La arremetida de los guardias del Escudo arrasó a los mercenarios desorganizados y a los ingenios, haciendo retroceder el frente de batalla cincuenta metros colina abajo y convirtiéndolo en una gran masa revuelta de guerreros que gritaban y silenciosos yelmorrunas. Cuando los hombres de Wester no habían hecho más que abandonar sus sitios, el tercer escudo y los Mazas de Hielo

ocuparon sus puestos para formar un anillo defensivo en torno a la colina. La carga de Kara descargó toda la fuerza de sus tropas contra sólo una porción de las de su enemigo.

Kara se iba acercando al portaestandarte de Marstel mientras Kolton y sus hombres le guardaban las espaldas. Cuando vio delante al viejo lord con su armadura de placas, rodeado de sus propios guardaespaldas y capitanes, Kara echó atrás el brazo, preparando un mandoble poderoso de su sable contra el falso harmach, pero cuando estaba apenas a cinco metros de su objetivo, Marstel apartó la vista de su preocupación más acuciante y se dio cuenta de que ella se acercaba.

—¡Guardias! —gritó, haciendo recular a su caballo—. ¡A mí! ¡A mí!

Un guardia del Consejo espoleó el caballo y se puso en el camino de Kara, bloqueándole el paso. Con un rápido movimiento de rodillas, la mujer se agachó todo lo que pudo en su montura y dejó que la yegua golpease al corcel del soldado con el pecho en el flanco, haciéndolo caer al suelo. El guardia quedó apresado bajo su cabalgadura, pero el impacto hizo dar una media vuelta a *Dancer* y la apartó varias zancadas del lugar. Para cuando Kara se recuperó y se enderezó, Marstel estaba fuera de su alcance, y el capitán mercenario Edelmark apareció en su camino, montado en un pesado caballo de guerra y con la espada desenvainada.

—¡Ven aquí, zorra marcada por un conjuro! —le gritó—. ¡Quiero ver si eres tan buena como dicen!

Kara entrecerró los ojos. Seis meses antes, Edelmark había liderado el asalto por sorpresa contra Griffonwatch con ayuda de la magia de Rhovann, y a sus oídos habían llegado noticias de su brutalidad al frente de los soldados de Marstel. Tenía mucho de que responder.

—Vale —le respondió—. Temía que fueras a rendirte.

Con un grito, espoleó a *Dancer* para ir a su encuentro. Él paró su primera arremetida y contraatacó con un tajo a la cara que ella evitó agachando la cabeza para recuperarse justo a tiempo de bloquear su ataque tirando un tajo a la nuca de su contrincante. Acto seguido, se colocó a su lado, haciendo girar a *Dancer* para atacar nuevamente mientras él procuraba dar la vuelta a su cabalgadura para volver a enfrentarse a ella. Kara espoleó la yegua y se le colocó detrás, por la izquierda, mientras Edelmark, profiriendo una maldición, se retorció en la montura para protegerse la espalda. La cota de malla lo salvó de un buen corte en la clavícula, y antes de que Kara pudiera descargar un golpe mejor dirigido, él espoleó su caballo y se puso fuera de su alcance. Una vez más, Kara y *Dancer* salieron en su persecución por la izquierda, y en esa ocasión, Edelmark giró a la izquierda frente a ella y se puso de pie sobre los estribos. Le lanzó un mandoble descendente con los ojos llenos de furia cuando sus monturas se encontraron. El mercenario mulmasterita era más fuerte que Kara, de modo que ella, en lugar de parar sus ataques con la fuerza de su brazo,

los desviaba a uno u otro lado, esquivándolos uno por uno.

—¡Estate quieta, maldita seas! —dijo él con desprecio, y otra vez le lanzó un mandoble que Kara paró con su juego de muñeca, desviándolo hacia la izquierda.

Antes de que él pudiera recuperarse, la mujer dirigió hábilmente la punta de su sable describiendo un arco mortífero que lo alcanzó a la altura de los ojos. Edelmark dio un chillido y se llevó las manos a la cara, lo que Kara aprovechó para ensartarlo por la axila mientras la sangre manaba de su rostro. El capitán cayó lentamente de la montura y el corcel salió disparado, apartándose de su atacante.

—¡Buen combate, mi señora! —le gritó Kendurkkel.

El enano estaba a horcajadas sobre un yelmorruna desmembrado a unos cuantos metros de allí, sosteniendo una pesada hacha.

—¡Nunca me gustó mucho ese tipo!

Kara le respondió con una torva sonrisa e hizo una pausa para hacer inventario del combate. Se dio cuenta de que tenía sabor a sangre en la boca y de que le dolía la mandíbula; en algún momento del furioso intercambio de mandobles se había golpeado en la boca con su propio guantelete y ni siquiera lo había notado. Al este, el cielo se iba aclarando decididamente y la lluvia se había convertido en una gris llovizna. En torno a ella, la Guardia del Consejo se estaba disgregando y los soldados huían sin orden ni concierto, perseguidos por alguna que otra banda vociferante de guardias del Escudo. Ahora que no tenían a los yelmorrunas para respaldarlos, los matones de Marstel no eran contrincantes para sus hombres. La Guardia del Escudo estaba mejor armada, mejor entrenada y tenía el aliciente del repentino cambio de suerte.

—No pensé que fueran a dispersarse tan pronto —murmuró de forma audible.

El enano dio un buen puntapié al yelmorruna que tenía a sus pies para asegurarse de que estaba acabado y se colgó el hacha al hombro. Señaló hacia el este, por encima de los páramos, donde Marstel y los supervivientes de su batallón portaestandarte volvían a Hulburg a galope tendido.

—El espectáculo de su amo y señor corriendo para salvar la vida no ha sido demasiado bueno para su moral.

—No subestimemos la tarea que nos queda por delante, maese Ironthane. Todavía tenemos un largo día ante nosotros.

Kara miró en derredor, tratando de evaluar el combate. Quizá la Guardia del Consejo estuviera vencida, pero todavía tenían que sacar a los Jannarsk, los Veruna y el Anillo de Hierro de sus campamentos fortificados, y estaban además los Puños Cenicientos y la plebe de las Escorias. Como colofón, tendría que tomar Griffonwatch, aunque la tarea sería mucho más fácil con el tipo de magia que Sarth o Geran dominaban.

—Nada se habrá terminado hasta que tengamos el control del castillo, y Marstel y

su hechicero estén en nuestras manos.

—Bueno —dijo Ironthane con un bufido—, no veo por aquí a ningún mago, pero todavía puedes dar caza a Marstel si te das prisa.

—¡A por ellos! —gritó Kara, espoleando a *Dancer*.

Wester y Ironthane podrían ocuparse de los guardias del Consejo que no habían huido. Kolton, Vossen y el resto de su pequeña banda de guardias y mensajeros —de los que sólo quedaban veinte hombres— la siguieron. No era mucho, pero eran casi todas las tropas montadas que tenía. Tras recorrer cincuenta metros, Kara y sus jinetes dejaron atrás el caos y se lanzaron al galope por el camino que llevaba a Hulburg. Marstel y los suyos les llevaban apenas doscientos metros de ventaja.

Marstel se volvió para mirarla por encima del hombro con una mezcla de terror y furia. A continuación, se agachó sobre el cuello de su corcel y le clavó las espuelas. A lo largo de casi un kilómetro, el falso harmach y sus guardias siguieron huyendo perseguidos por Kara, pero entonces una compañía de otros veinte hombres armados cubiertos con armadura y capote negros apareció desde el este y se unieron al pequeño grupo. Los jinetes pronto rodearon a Marstel y a los capitanes que le quedaban, reforzándolos.

—¿Qué demonios...? —murmuró Kara, tirando de las riendas.

Los guerreros de negro cabalgaban bajo un estandarte oscuro..., un estandarte con la insignia gris y oro de Vaasa. A la cabeza de la compañía de Vaasa iba un hombre alto con armadura de placas, capote carmesí y el casco astado de un caballero de Warlock. Esperó un momento mientras Marstel hablaba con el caballero. Kara tenía los dientes apretados a causa de la frustración. Por mucho que le apeteciera ir directa a por Marstel, no disponía de fuerzas suficientes para enfrentarse a los vaasanos que habían tomado posiciones en torno al viejo lord y a sus guardias supervivientes. Al parecer, después de todo había algo de cierto en los informes sobre la ayuda de Vaasa a Marstel. Los caballeros de Warlock habían tenido alguna colaboración con la horda de los Cráneos Sangrientos. ¿Acaso sería eso algún complot de los suyos, o simplemente se aprovechaban de la oportunidad que el caos imperante en Hulburg les brindaba?

Marstel le echó a Kara otra mirada de furia y desprecio, y a continuación reanudó su regreso a Hulburg con su escolta, tomando hacia el este por la senda que pasaba por la vieja abadía.

—¿Debemos perseguirlos? —preguntó a su lado el sargento Kolson.

Kara hizo una mueca mientras pensaba la respuesta. Tenía que hablar con Geran cuanto antes; la aparición de los caballeros de Warlock era algo totalmente inesperado.

—No; tienen más jinetes que nosotros —respondió por fin—. Enviaremos un par de exploradores para que los vigilen y para asegurarnos de que vuelven a casa, y

esperaremos a reunir más guardias del Escudo antes de lanzarnos tras ellos.

Hizo dar la vuelta a su cabalgadura y dejó a Marstel y a sus compañeros vaasanos librados a su suerte. Luego volvió para reincorporarse a la lucha que seguía librándose al pie de la colina.

VEINTIOCHO

15 de Ches, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

La gris luminosidad de la mañana parecía precipitarse sobre Geran desde una distancia incalculable, como si estuviera cayendo a través de una negrura total hacia un pequeño círculo de luminiscencia. Echó una ojeada a las formas lóbregas de grandes murciélagos de cobre y mesas de trabajo atestadas que pasaban a su lado a toda velocidad; la cabeza le daba vueltas con una tremenda sensación de vértigo mientras la razón le decía que tenía que estarse de pie y quieto. Entonces, de repente, él y Rhovann dejaron de caer a través de la sombra para encontrarse de pie y tambaleándose en un diagrama de runas plateadas que relucían en el suelo de una abigarrada galería, la antigua sala de trofeos de los Hulmaster, llena ahora de artilugios y aparatos arcanos de Rhovann. Y Geran seguía con la mano de plata de Rhovann atenazándole la garganta.

—Necio inconsciente —dijo el mago elfo entre dientes—. ¿Tienes idea de lo que has destruido? ¡Esa piedra era irremplazable, mucho más valiosa que esto que tu miserable ralea familiar llama castillo!

Geran abrió la boca para responder y se encontró con que no podía hablar. De sus labios salió apenas una bocanada de aire. Trató desesperadamente de encontrar las palabras de un conjuro para deshacerse de la mano de Rhovann, pero a pesar de que en su mente brillaron los sigilos mágicos, no pudo pronunciarlos. Le dolía el pecho por la necesidad de aire, y ante sus ojos empezaron a bailar puntos negros. Sintió que le fallaban las rodillas mientras su lucha con el mago los arrastraba a los dos fuera del círculo de plata y los hacía caer en la mesa de trabajo más próxima, lanzando al suelo papeles y vasijas de cristal.

Una sonrisa malévola apareció en las facciones de Rhovann cuando éste percibió el debilitamiento de Geran.

—Esto es impropio de un mago de mi categoría —dijo el elfo entre dientes—. Debería matarte con mis conjuros, en lugar de estrangularte como un asesino cualquiera. Pero no deja de haber cierta ironía en esto de despacharte con la mano que tú me diste. Con eso podría bastarme. ¿Qué piensas tú, Geran?

Otra vez Geran consiguió apenas una exhalación. Volvió a tratar de soltar su mano izquierda o de zafarse de la presión de Rhovann, pero el hechicero siguió primero sus pasos vacilantes y después le dio un giro abrupto, estampándolo sobre otra mesa de trabajo. El mago de la espada puso en juego toda su voluntad, toda su determinación, para aferrarse a la conciencia, pero sabía que estaba a punto de perder la batalla. Habiendo perdido su mano derecha, no tenía posibilidades de arrancarse

del cuello la mano de Rhovann, ninguna manera de contraatacar, sólo un doloroso muñón bajo un vendaje fino y ensangrentado. El hechicero lo sujetó con fuerza contra la mesa, y Geran se empezó a sumergir en la oscuridad... Pero tuvo un breve atisbo de las plumas rojas del virote de Mirya asomando por detrás de Rhovann.

No podía golpear a gusto con la mano perdida, pero no era necesario. Manoteando torpemente, golpeó el virote que sobresalía por encima del hombro de Rhovann. Con el hueso duro de la parte interna de su antebrazo, a media altura entre la muñeca y el codo, atizó el virote de madera y hurgó cruelmente en la herida.

Rhovann dio un grito de dolor y se tambaleó, llevándose la mano a la espalda por puro reflejo. De pronto, la presión que atenazaba la garganta de Geran desapareció y pudo volver a respirar hondo. Levantó la *Espada de las Sombras* para asestar un golpe, pero el hechicero conservaba presencia de ánimo suficiente para sujetarle el brazo de la espada antes de que lo consiguiera, cogiendo esa vez a Geran con su mano de plata.

—¡Bastion! —gritó el elfo—. ¡Ayúdame!

Desde la puerta del laboratorio, una gran criatura gris con jubón y capucha de color pardo giró y miró a Geran con ojos negros, sin vida. Tenía casi tres metros de estatura. Era un golem de arcilla del tamaño de un ogro, más alto y corpulento que los propios yelmorrunas. La criatura extendió una manaza enorme, cogió una gran mesa de madera que pesaba fácilmente unos setenta kilos y la levantó como si nada apartándola de su camino. Entonces, avanzó a paso decidido hacia Geran, sin apartar los ojos de su rostro. Rhovann miró una vez por encima del hombro e hizo una mueca victoriosa al ver acercarse a su imponente secuaz.

—¡Destruye a Geran! —gritó.

Geran alzó la vista hacia el monstruo que se le acercaba y se le encogió el estómago. Mientras forcejeaba con su viejo enemigo, el golem podía romperle el cuello o arrancarle los miembros, y eso sería su fin. Consiguió ganar unos segundos más de vida rodeando la mesa y alejándose unos pasos del alcance letal de Bastion. Sin saber cómo, encontró la determinación para apartar la mirada del golem y centrarse en su lucha con Rhovann. Buscó con desesperación la claridad mental necesaria para hacer aflorar un conjuro a sus labios.

—¡*Sanhaer astelie!* —Con voz ronca pronunció las palabras de un conjuro de fuerza.

Un segundo después sintió que las corrientes arcanas de la sala inundaban sus miembros, cargando sus músculos de fuerza sobrenatural durante un breve momento. Rhovann pronunció a su vez un conjuro, y zarcillos de fuego esmeralda brotaron de su mano de plata, chamuscando el brazo izquierdo de Geran. Pero con su conjuro de fuerza, Geran consiguió liberar el brazo con que sostenía la espada, y *Umbrach Nyth* relumbró en su mano.

Tuvo tiempo para descargar un mandoble de revés, asestando un feroz corte que atravesó el cuello de Rhovann describiendo un arco breve e inclemente. La *Espada de las Sombras* no hizo el menor ruido; Rhovann dio un leve respingo antes de que la cabeza se le desprendiera de los hombros y su cuerpo se desplomara al suelo. Llamadas verdes bailotearon sobre su mano argéntea antes de apagarse. Geran miró un momento el cadáver del hechicero, tratando de recobrar el aliento.

—¡Maldito seas, Rhovann! —dijo—. ¿Era eso lo que estabas buscando?

El cadáver no respondió nada, pero en el último momento, unos pesados pasos advirtieron a Geran de la carga de Bastion. Vio al golem que se lanzaba hacia delante, tratando de asirlo con sus enormes manazas. El mago de la espada se retiró un par de pasos y trató de encontrar un conjuro de teletransportación..., pero descubrió que en ese momento no tenía ningún conjuro de ese tipo fijado en su mente. Retrocedió, tambaleante, y afirmó los pies para lanzar un feroz mandoble a la mano derecha del golem, que se tendía hacia él. *Umbrach Nyth* penetró en la carne de arcilla y cercenó dos dedos y la mitad de la mano, pero el golem asió a Geran por el cuello con la mano que tenía ilesa, lo levantó y lo lanzó al otro extremo del laboratorio.

Geran surcó el aire como lanzado por una catapulta y fue a estamparse contra los pesados cristales emplomados, que se hicieron añicos a su alrededor. De no haber sido por su conjuro de escama de dragón que lo protegió, lo habrían destrozado. Sólo los resistentes travesaños de madera que aguantaban de las grandes ventanas impidieron que saliera volando hacia el vertiginoso abismo del otro lado, donde el promontorio del castillo caía a pico sobre la planicie que había junto a la puerta de la poterna. No obstante, salió con unas costillas rotas y un golpe en la cabeza que le produjo un corte y le hizo ver las estrellas. Cayó al suelo en medio de una lluvia de cristales rotos y madera astillada, meneando la cabeza con mirada ausente.

—Eso te pasa por olvidarte del golem —se dijo.

Daried se habría sentido muy decepcionado, ya que su antiguo maestro cantor de la espada parecía tener ojos en la nuca para tener vigilado el entorno en todo momento. Geran gruñó y se puso de pie, cogiendo la empuñadura de la *Espada de las Sombras* justo a tiempo para hacer frente al siguiente ataque de Bastion. Por un momento, mantuvo al golem a raya, obligándolo a guardar distancia con la punta de su espada; el imponente monstruo era lo bastante listo como para no ensartarse en ella, pero seguía luchando con ferocidad torva y silenciosa, tratando de ponerle las manos encima. Geran se apartó de la ventana cojeando y descubrió que le dolía todo el cuerpo. Entonces, Bastion apartó la punta de la espada y dio un paso adelante para estampar el otro medio puño en el centro del torso de Geran. El golpe lo dejó sin aire y lo lanzó disparado a cinco metros de distancia, donde cayó y siguió dando volteretas hasta quedar boca abajo sobre el frío suelo de piedra.

Umbrach Nyth cayó con estruendo contra las losas hasta frenar junto a un rodapié

a tres metros de él.

«Tiene gracia —pensó sin mucha claridad—; derrotó a Rhovann, y ahora su maldito golem va a acabar conmigo». No parecía tener mucho sentido tomarse el trabajo de seguir luchando cuando iba a ser aplastado o despedazado en unos minutos más. No obstante, aunque lentamente, Geran empezó a arrastrarse hasta donde lo esperaba la espada, gimiendo por el esfuerzo.

Bastion lo estudió en silencio; sin duda, estaba considerando las últimas instrucciones de su creador. El golem carecía de malicia y no se molestaba en infligir dolor por el mero hecho de causarlo. Dentro de su propia lógica implacable se decidiría por la forma más rápida y eficaz de producir la muerte y, a continuación, pondría en práctica su plan. No se detendría, no podía detenerse hasta que él dejara de existir. Al observar que todavía no estaba muerto, se puso en movimiento y fue tras él. Geran hizo una mueca de dolor y trató de arrastrarse más deprisa.

La mano entera de Bastion se cerró sobre sus tobillos cuando sus dedos llegaron a la empuñadura de la espada. El golem tiró de él hacia atrás y lo levantó en el aire, mientras trataba de sujetar el brazo del hombre, que no cesaba de moverse con su media mano. Quizá intentara arrastrarlo de vuelta hacia la ventana para tirarlo por ella, aplastándolo contra la dura piedra, o simplemente arrancarle los brazos y las piernas. Geran no sabía cuál era su intención; no dejaba de agitarse y retorcerse, sujeto por el pie, pero el brazo con que sostenía la espada estaba libre por el momento.

Tratando de atravesar el torso del golem desde su posición invertida, le clavó la *Espada de las Sombras* debajo del esternón. El golem dejó escapar un gruñido sin soltar todavía a Geran. Luego, lentamente, el encantamiento que lo tenía encadenado fue desapareciendo y se derrumbó como una marioneta rota. A Geran le dio tiempo a lanzar un grito sorprendido antes de que la enorme criatura se le cayera encima. Dio con la cabeza contra las losas del suelo y, a continuación, sintió encima el inmenso peso de la criatura. Todavía se debatió un momento, tratando de liberarse, pero las heridas y el agotamiento habían hecho mella en él. La oscuridad fue subiendo desde el suelo y se apoderó de Geran.

Durante largo tiempo estuvo ajeno a todo, flotando en un sueño gris, del que entraba y salía constantemente. En un momento sintió que necesitaba levantarse, abrirse camino entre lo gris hasta la vigilia, aunque no sabía cómo hacerlo. Una laxitud placentera lo mantenía abrazado, calmando sus heridas. Llegó a pensar si estaría muriéndose y a preguntarse cómo era que no le preocupaba..., pero finalmente el sonido de su nombre lo despertó... minutos, horas después, no tenía ni idea del tiempo transcurrido. Un enorme peso lo aplastaba, pero luego se hizo a un lado y sintió que unas manos lo arrastraban, sacándolo de debajo. Un pequeño sorbo de algo que sabía como el aguamiel le llenó la boca y tragó. Tosió débilmente y se removió,

comenzando el largo y agotador ascenso hacia la conciencia.

—Vaya, la poción está haciendo efecto. Creo que está volviendo en sí —dijo una voz familiar cerca de él.

—¡Geran! ¿Puedes oírme, Geran? ¿Estás herido? —Abrió los ojos y vio a Mirya inclinada sobre él, sosteniendo su única mano en las suyas mientras lo miraba desde muy cerca—. ¡Di algo!

—He tenido días mejores —musitó.

Sintió que las manos de Mirya le rodeaban el rostro y luego se inclinó para besarlo cuando él estaba a punto de añadir algo. Las lágrimas que bañaban el rostro de la mujer le dejaron un sabor salobre en la boca. Después de un largo rato, ella lo soltó y se incorporó.

—¡Geran Hulmaster, no me vuelvas a hacer esto nunca más! ¡Pensé de verdad que estabas ahí tirado, muerto!

—Yo también. —Se sentó con cuidado, tomándose un momento para recuperar el equilibrio.

La luz que entraba a raudales por las ventanas rotas seguía siendo gris. La forma monumental del golem destruido estaba a su lado y se dio cuenta de que había quedado pillado debajo de Bastion cuando éste se había derrumbado. Hamil estaba sentado al otro lado, y Sarth estaba allí cerca, cerrando la faltriquera que llevaba al cinto. Geran frunció el entrecejo, tratando de encontrar el sentido de todo aquello.

—¿Otra poción sanadora? —preguntó.

—Me temo que la última —respondió Sarth—. Os aconsejo a todos que no sufráis más heridas graves en el día de hoy.

—Ésa me parece una idea muy sensata en cualquier circunstancia —replicó Geran.

La magia sanadora amortiguaba el dolor de la espalda, la quemadura de la pierna, el ardor de garganta. Sin embargo, en la habitación había algo extraño..., la luz era mucho más brillante de lo que recordaba. En el exterior era pleno día, a pesar de las nubes.

—¿Qué hora es?

—Casi mediodía, creo —respondió Mirya.

—¿Mediodía? Estaba amaneciendo cuando Rhovann y yo atravesamos el portal... —murmuró Geran.

Debía de haber estado inconsciente más tiempo de lo que había creído. ¿Qué estaba pasando con el ejército de Kara? ¿O con los leales a Hulmaster de la ciudad?

—¿Habéis estado esperando para despertarme?

—No, hemos llegado hace un momento —dijo Sarth. El tiflin estaba cerca, estudiando el maltrecho laboratorio—. No pudimos volver de la sombra de forma inmediata. Creo que el punto de cruce de Rhovann fue desbaratado por la destrucción

de la piedra maestra. Me llevó algo de tiempo poner en marcha el ritual de traslación. Lamento no haber podido llegar antes.

—Estaba segura de que estabas muerto —dijo Mirya—. La última vez que te vi estabas peleando con Rhovann y los dos desaparecisteis...

—Hablando de Rhovann, parece ser que finalmente has resuelto tus dificultades con él —observó Hamil, señalando con la cabeza el cadáver del mago que yacía en el suelo en medio de un charco de sangre—. ¡Sí que te desembarazaste bien de él!

Mirya miró a Rhovann e hizo una mueca.

—Está realmente muerto —dijo en voz baja—. ¿Será éste el verdadero final de los problemas que nos ha ocasionado?

—Casi —respondió Geran—. Todavía tenemos que ocuparnos de Marstel, y de las compañías mercantiles que son sus aliadas. —Tampoco había olvidado lo que había dicho Rhovann de los vaasanos.

Se puso de pie y cojeando se acercó a *Umbrach Nyth* y se agachó para recogerla. Observó que no había sangre adherida al acero oscuro a pesar de la gran cantidad que Rhovann había derramado sobre el suelo. No obstante, incluso con la poción sanadora, le dolía todo el cuerpo: sentía un dolor sordo en la muñeca herida; le dolía la espalda cuando se daba la vuelta demasiado deprisa; no se podía ni tocar el pecho, y además, en la paliza que le había dado Bastion, se había dado un buen golpe en la cabeza y se había torcido una rodilla. Sin embargo, seguía de pie por el momento. Con un suspiro, enfundó la espada.

—Ahora que lo pienso —dijo Hamil, frunciendo el entrecejo—, nunca llegamos tan lejos cuando planeábamos la liberación de Hulburg. ¿Es que esperábamos estar muertos a estas alturas? ¿O acaso nos imaginamos que con la derrota de la magia de Rhovann quedaría definitivamente resuelto el rompecabezas? ¿Qué viene ahora?

—Tenemos que averiguar dónde está el ejército de Kara y si las tropas leales siguen combatiendo aún. Podrían necesitar toda la ayuda que podamos darles. Si Marstel está atrincherado en Griffonwatch o el Consejo Mercantil se retira a sus cuarteles podrían quedar más días de lucha encarnizada para desalojarlos.

—Para ti no, no los habrá —dijo Mirya—. Por ahora has hecho suficiente. Tus heridas necesitan atención y también te hace falta un buen descanso. Otros pueden ocuparse de eso hasta que termine.

Geran le dirigió una sonrisa irónica.

—Me temo que eso depende de Marstel, dado que nos encontramos en medio del castillo que según supongo, sigue controlando. Salir de Griffonwatch podría ser todo un reto. De hecho, tal vez ya sea hora de marcharnos. Es indudable que Marstel echará de menos a Rhovann y a sus capitanes; tarde o temprano se pondrán a investigar.

—Geran, echa una mirada a esto —dijo Sarth.

El tiflin estaba junto al cuerpo de Rhovann; Geran miró lo que le señalaba y vio que la mano de plata del mago se había desprendido de la muñeca. Unas pequeñas runas oscuras rodeaban la réplica en el entorno por el que había estado unida al brazo.

—¿Se la arrancaste tú?

—No. A punto estuvo de estrangularme con ella, pero todavía la tenía pegada al brazo cuando lo decapité. Se le debe de haber desprendido después de muerto.

Geran se llevó la mano al cuello para frotarse suavemente donde le dolía. No creía que le quedara mucho que hacer en la batalla ahora que le faltaba la mano con que manejaba la espada. Con *Umbrach Nyth* en la mano derecha en lugar de la izquierda, podría haberse abierto camino entre los yelmorrunas en el páramo y haber salido prácticamente ileso; podría haber desintegrado la piedra maestra de un solo golpe, y Rhovann no habría sobrevivido más de diez segundos tras haberse puesto al alcance de su espada. Con la mano izquierda no era ni la mitad de hábil de lo que necesitaba. Sólo era cuestión de suerte que su herida no le hubiera costado la vida en las últimas horas. Bueno, a él, o a Hamil, o a Mirya, que tanto daba. Y era muy probable que todavía estuvieran lejos del final.

A los Nueve Infiernos con todo, decidió. No podía darse el lujo de estar incapacitado en ese momento.

—Sarth, déjame ver eso —dijo.

El tiflin lo miró con extrañeza, pero se agachó y recogió la mano artificial de Rhovann. La estudió minuciosamente, murmurando las palabras de un conjuro de detección mientras la examinaba.

—Es una magia compleja y sutil —dijo por fin—. No sé lo que puede hacer. ¿Estás seguro de querer probarla?

—¿Probar qué? —quiso saber Mirya.

—La mano de plata. A Rhovann le sirvió como sustituta de la suya. También me podría servir a mí.

Geran se valió de la mano izquierda y de los dientes para desatar y luego desenrollar el vendaje de su muñeca derecha. Una punzada le recorrió todo el brazo al eliminar la presión y el muñón recuperar la sensibilidad. Ni las dos pociones sanadoras habían conseguido curarlo. Un olor punzante le inundó las fosas nasales y pensó que eran todavía vestigios del ácido.

Mirya se estremeció.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Cómo puedes pensar en ponerte esa cosa en la muñeca? A saber qué conjuros habrá usado Rhovann para unirla a su carne.

—He leído algo de eso —replicó Sarth—. Los artilugios mágicos que reemplazan extremidades suelen estar encantados para unirse al cuerpo de quien los usa. Suele ser así como se hacen, y el experimento es sencillo de realizar. Sin embargo, pienso que es una locura confiar en las habilidades artesanales de Rhovann o en sus intenciones.

Hasta averiguar lo que pagó por esa mano o si puede quitarse una vez que se ha unido al brazo, sería más prudente esperar.

—No en un día como éste —dijo Geran—. Muchas vidas dependen de mí. No puedo permitirme estar lisiado, si no hay otra alternativa. —Extendió la mano izquierda para coger el artilugio de plata, con la intención de probárselo él mismo.

Sarth suspiró y meneó la cabeza.

—No, si insistes en seguir adelante, es mejor dejar que otra persona la coloque. Podría adosarse a ti de forma instantánea, y si es así, lo mejor es que nos aseguremos de que está correctamente colocada. Veamos, apoya el brazo sobre esta mesa. Hamil, sujétale bien el brazo en su sitio. Mirya, mantente vigilante también y ayúdame a unirla perfectamente al muñón.

Mirya torció el gesto, pero hizo lo que Sarth le pedía, inclinándose para estudiar el aparato de plata y el muñón ennegrecido de Geran. Cuando Sarth acercó el artilugio, Geran se dio cuenta de que la mano no coincidía a la perfección con la que había perdido; era apenas un poco más delgada y de dedos más largos que la suya.

Hamil se acercó y sujetó bien el antebrazo de Geran mientras lo miraba y le decía mentalmente:

—*Espero que sepas lo que estas haciendo. El último recuerdo que tiene esta mano es el de haber estado oprimiendo tu garganta. ¿Quién te dice que no va a intentar estrangularte otra vez?*

—Hazlo —murmuró Geran.

Sarth aplicó la base de la mano de plata a los huesos de la muñeca de Geran; Mirya intervino girando el artilugio unos milímetros. Geran sintió el choque frío de la mano contra el hueso descubierto, una descarga helada que le corrió todo el antebrazo. Emitió un silbido de rechazo, pero no apartó la extremidad. El hechicero estudió las runas que relucían en la base de la prótesis y pronunció las palabras arcanas que allí había grabadas:

—*Izhia nur kalamakoth astet; ishurme phet hustethme...*

Al parecer, no había pasado nada, y Geran suspiró. Pensó que había valido la pena intentarlo. Trató de enderezar el brazo, y entonces las runas de la superficie plateada relucieron con un destello de fuego purpúreo. La plata de pronto tomó temperatura y se volvió flexible; Sarth, sorprendido, dijo algo entre dientes, pero siguió manteniendo la mano pegada al extremo del brazo de Geran. Una descarga de dolor punzante recorrió todo su brazo cuando la plata de pronto fluyó por dentro de la herida en la que terminaba su brazo. A pesar de su firme determinación, dio un grito y cayó de rodillas. Hamil lanzó un juramento en su lengua y abrió mucho los ojos, pero sostuvo el brazo de Geran con todas sus fuerzas. Salieron humo y olor a carne quemada del extremo del muñón cuando la prótesis mágica se unió a los huesos del antebrazo de Geran y se modificó, formando una unión blanda y estrecha alrededor

de la carne dañada. Geran sintió como si aquello estuviera relleno de su brazo de metal fundido; el dolor era insoportable y le hizo perder brevemente el sentido.

Poco después volvió en sí en brazos de Mirya, que estaba de rodillas detrás de él y lo sostenía incorporado. El brazo le dolía, pero ya era un dolor soportable. Farfulló algo y se removió entre los brazos de la mujer.

—¡Geran Hulmaster, maldito necio! —le espetó ella—. Ya han sido dos las veces que te he visto inconsciente en el último cuarto de hora. ¡No vuelvas a hacer algo así! Pensé que te morías víctima de alguna espantosa maldición de Rhovann. ¿Qué tienes dentro de esa cabezota?

No respondió de inmediato. Con cuidado, levantó el brazo derecho para estudiar la mano de plata que estaba unida a la carne de su brazo por una cinta metálica de apenas un par de centímetros de ancho, pero por el peso se dio cuenta de que estaba anclada tan firmemente a los huesos del brazo como lo había estado su propia mano. Para bien o para mal, aquello era irreversible. Cautelosamente trató de cerrar el puño, y los bruñidos dedos de metal respondieron a su deseo. Incluso pudo sentir la presión de las puntas de los dedos contra la palma de la mano, aunque como algo extrañamente distante y amortiguado. Todavía le dolía la muñeca, y sospechaba que eso seguiría durante bastante tiempo, pero sentía el brazo entero y firme.

—Funciona —murmuró.

—Es mejor que no pruebes con la espada hasta que te hayas acostumbrado a ella —le aconsejó Hamil—. Puede ser que el tacto sea diferente y que te rechace.

El mago de la espada se disponía a responder, pero unos golpes repentinos en la puerta lo interrumpieron. Todos se miraron inquietos y se pusieron de pie de un salto. Entonces, sonó una voz en el pasillo exterior.

—¡Lord Rhovann, perdona la interrupción, pero el harmach Maroth me ha dicho que te llevara ante él ahora mismo! ¿Estás bien, milord?

Geran intercambió miradas con Mirya, Hamil y Sarth.

—Parece que Marstel echa de menos a su mago —susurró Mirya—. ¿Qué vamos a hacer?

—Esperar a que se vayan —aconsejó Sarth—. No queremos poner sobre aviso a todo el castillo.

—¡Mi señor! —volvió a llamar el hombre desde fuera.

Entonces, se oyó el tintineo de un pesado llavero junto con el murmullo de una conversación.

Hamil miró el cadáver decapitado en el suelo y volvió a mirar a Geran.

—Perdona que diga esto —dijo—, pero Marstel no va a estar contento contigo.

—¡Qué mala suerte! —dijo Geran entre dientes.

Daba la impresión de que pronto iba a descubrir si la mano de plata respondía a sus órdenes.

VEINTINUEVE

15 de Ches, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Geran se quedó paralizado un momento, buscando una forma de salir de la estancia, y entonces se oyó el ruido de la llave en la cerradura de la puerta del laboratorio. No había nada que hacer, tendrían que vérselas con el que apareciera en la puerta. Le hizo una señal a Hamil, que rápidamente atravesó la habitación para colocarse a un lado de la puerta. Geran le indicó que esperara.

—¿Quién anda ahí? —dijo con voz airada, imitando en todo lo posible el acento elfo de Rhovann.

El ruido de la llave cesó de inmediato. Geran no pudo por menos que sonreír. Al parecer, la idea de molestar al mago del harmach en su santuario resultaba bastante intimidante.

—El alcaide Sarvin y el guardia Murn, mi señor.

—¿Qué pasa? —inquirió Geran.

—Te necesitan, milord... El ejército de Hulmaster está a las puertas y el harmach necesita tu consejo. ¡Hay que hacer algo!

—¿*El ejército de Hulmaster está a las puertas?* —observó Hamil en su lenguaje silencioso—. *Kara debe de haberle sacado el máximo partido a la oportunidad que le dio la destrucción de la piedra maestra.*

Geran asintió.

—Es cierto; algo habrá que hacer —dijo.

Alargó la mano de plata para abrir la puerta. Pareció responder muy bien a sus órdenes, aunque apenas pudo sentir el picaporte bajo sus dedos.

—¡Entrad!

Hubo una breve vacilación antes de que empujaran la puerta. El alcaide Sarvin, el corpulento oficial de barba negra que Geran había visto en la mazmorra de la Casa del Consejo, y su guardia entraron con cierta inquietud. Se pararon en seco, confundidos ante el espectáculo del laboratorio destrozado, los restos del golem y la presencia de Mirya y Sarth al otro extremo de la habitación. Entonces el cuchillo de Hamil apareció amenazando la garganta del mercenario mientras Geran aplicaba la punta de *Umbrach Nyth* a la hebilla del cinturón de Sarvin. Los dos hombres se quedaron de piedra y apartaron las manos todo lo que pudieron de sus armas.

—Buena idea —les dijo Geran a los guardias—. Rhovann está muerto y yo estoy aquí para recuperar mi castillo. Decidme: ¿dónde podría encontrar a Maroth Marstel?

Los dos hombres guardaron silencio hasta que Hamil presionó al mercenario con el cuchillo.

—¡En el patio! —respondió el guardia—. El harmach se dispone a abandonar Griffonwatch. Los vaasanos nos han ofrecido refugio seguro. Nos enviaron para ver qué retenía a lord Rhovann.

—¿Los vaasanos? —comentó Hamil—. ¿Qué diablos tienen que ver con esto?

Geran se encogió de hombros. No sabía con certeza qué estaban haciendo los vaasanos en Hulburg, pero era la segunda vez que encontraba pruebas de la intromisión de un caballero de Warlock en los últimos tiempos. Un año antes, los caballeros de Warlock habían ayudado a las hordas de los Cráneos Sangrientos; él mismo se había batido contra un hechicero vaasano durante la Batalla del Terraplén de Lendon. Además, Rhovann había dicho que los vaasanos habían incitado a Valdarsel a asesinarlo. ¿Ahora los vaasanos estaban esperando para sacar de allí al falso harmach? Eso no presagiaba nada bueno.

—¿Cuánto falta para que salgan? —preguntó.

—Ahora mismo está esperando en el patio con los vaasanos —respondió Sarvin—. No queremos más enfrentamientos contigo, lord Hulmaster. Sólo queremos abandonar este lugar.

—Tendríais que haber pensado eso antes de aceptar el dinero de Marstel —replicó Mirya—. ¿Qué hacemos con estos dos, Geran?

—Atadlos y dejadlos aquí. Han respondido, y por eso les perdono la vida —dijo torvamente—. Después, creo que me gustaría bajar e intercambiar unas palabras con el harmach Marstel y esos vaasanos antes de que se marchen.

Hamil y Mirya se apresuraron a atar a los dos guardias. Geran se dio cuenta de que el alcaide del castillo llevaba un buen par de guanteletes de cuero; se probó el derecho sobre la mano de plata. Lo avergonzaba un poco llevar la mano de Rhovann anexa a su brazo, y prefería mantenerla oculta. Tras comprobar que el guante le iba bien, hizo un gesto a sus amigos y se adentraron en el castillo.

Las estancias de Griffonwatch estaban extrañamente silenciosas mientras Geran, Mirya, Sarth y Hamil bajaban a toda prisa hacia el patio inferior. Al parecer, no había por allí ni sirvientes ni guardias; Geran supuso que se habrían escabullido en las últimas horas para unirse a las tropas leales en las calles o que estarían escondidos esperando a los acontecimientos. Tampoco había a la vista mercenarios de Marstel, ya que las torres y las murallas parecían abandonadas. Lo que sí encontraron fue a algunos yelmorrunas mientras bajaban, pero los ingenios de Rhovann estaban inmóviles. Los glifos mágicos que les cubrían la carne casi habían desaparecido por completo, y por debajo de sus viseras de hierro se colaba un fluido negro.

—¿Deberíamos destruir a esas cosas a nuestro paso? —preguntó Hamil mientras pasaban entre cuatro de los guardias grises reunidos en torno a la entrada superior del gran salón.

—No creo que vayan a constituir una amenaza —observó Sarth—. Sospecho que

la destrucción de la piedra maestra dejó sin efecto todas las órdenes e instrucciones que Rhovann pudiera haberles dado, y es evidente que ahora no puede darles otras. Con algo de tiempo, podría determinar si están inutilizados, o si esperan nuevas órdenes.

—No te preocupes —respondió Geran—. No tenemos tiempo que perder con ellos... Debemos impedir que Marstel escape.

—No tengo motivos para sentir compasión por Maroth Marstel, pero ¿tiene alguna importancia a estas alturas? —preguntó Mirya—. No era más que un pelele en manos de Rhovann. Sin el mago no es más que un viejo necio y borracho.

—Eso es verdad, pero no puedo dejar que los vaasanos se hagan con él. Si los caballeros de Warlock tienen a alguien que pueda aspirar al gobierno de Hulburg en su fortaleza, podrían causar problemas sin límites a la causa. Podrían enviar un ejército propio para apoyar la pretensión de restablecer a Marstel en el trono. Como mínimo, les daría una excusa para seguir entrometiéndose durante años.

Geran iba delante mientras bajaban la escalinata trasera del gran salón y corrían hasta las puertas de entrada de la estancia. Apoyó la mano en el picaporte y estaba a punto de abrir de golpe una de las grandes puertas cuando Hamil le sujetó el brazo.

—Cuidado —dijo el halfling en voz baja—. ¡Escucha!

Geran se detuvo y aguzó el oído. Pudo oír el ruido de cascos de caballos y gritos ansiosos de algunos hombres al otro lado. En lugar de abrir la puerta, entreabrió la mirilla y miró lo que pasaba fuera. El frente del gran salón daba al gran patio inferior del castillo. Caía una leve llovizna y el suelo estaba lleno de charcos. A la izquierda y a la derecha había torres, barracones y establos; justo enfrente del gran salón estaba la casa de la guardia, donde acababa el camino que subía desde el pie de la colina del Harmach. En el espacio empedrado, dos docenas de guerreros —algunos con los uniformes rojo y amarillo de la Guardia del Consejo de Marstel, y otros con los trajes negro y carmesí de Vaasa— esperaban, montados unos, otros sosteniendo a sus caballos por la rienda. Maroth Marstel estaba montado sobre un gran caballo de guerra y llevaba una gran armadura de placas; junto a él había un caballero de Warlock con un casco negro y astado con expresión impaciente.

—Mi señor harmach, hemos esperado tanto como era prudente —le dijo a Marstel—. Nuestro paso ya debe de estar bloqueado. Tenemos que irnos ya, y confiar en que lord Rhovann nos siga en cuanto le sea posible.

—No me gusta la idea de irnos sin él —respondió Marstel. Miró hacia las altas torres del castillo—. Tal vez debería ir a hablar personalmente con lord Rhovann.

—No tenemos más tiempo, harmach Marstel. Yo me marcho ya, con mis guardias. Si esperas sacar ventaja a los soldados de Kara Hulmaster, debes seguir nuestro consejo y venir con nosotros. —El vaasano puso su montura en frente de Marstel—. Rhovann es un mago muy competente. No tendrá problemas para

encontrar el camino de salida de Hulburg, estoy seguro. Pero si tú te dejas coger aquí, tal vez echas a perder cualquier intento en el que esté empeñado Rhovann. La mejor manera de ayudarlo es marcharnos ahora.

Marstel hizo una mueca de desagrado debajo de su bigote blanco.

—Muy bien, lord Terov. Tal vez tengas razón. Vamos.

El caballero de Warlock —Terov, o eso le pareció a Geran— asintió e hizo una sucinta señal a sus hombres. Acompañado del crujido de las sillas de montar y del repiqueteo de los cascos sobre las gastadas piedras del patio, el grupo de jinetes empezó a desfilar saliendo por la puerta del castillo y a descender por el camino de acceso.

—Se marchan —gruñó Geran—. ¡Deprisa, tras ellos!

Antes de que pudiera pensar en lo que hacía, abrió la puerta de golpe y salió corriendo al patio en pos de los jinetes en retirada, desenfundando la espada. La sintió sólida en su nueva mano, tal vez un poco rígida, pero firme bajo su control. Hamil lo siguió, arrojando sus cuchillos, mientras Sarth se detenía en la puerta donde conjuró un relámpago verde y lo lanzó al grupo de soldados que todavía esperaba para poder salir. Detonó con un ruido atronador, alcanzando tanto a los guardias del Consejo como a los soldados vaasanos con proyectiles color esmeralda.

Los caballos relincharon aterrorizados y los guerreros cayeron al suelo cuando sus cabalgaduras se encabritaron y empezaron a alzarse de manos. La ballesta de Mirya silbó y un guardia cayó al suelo con el muslo atravesado por un virote. Algunos guerreros espolearon a sus caballos y fueron en pos de los que ya habían salido, otros se volvieron para hacer frente al sorpresivo ataque por detrás, y algunos quedaron en medio, presas de la indecisión.

Geran corrió hacia Marstel con la intención de arrancar al lord gordo y viejo de su montura o de matarlo en el intento. Por un momento, en medio del caos y la confusión reinantes, pensó que podría llegar a él sin problemas, pero un par de vaasanos armados se apresuraron a interceptarlo, poniéndose en su camino. El mago de la espada se encontró luchando contra un par de competentes espadachines que no estaban dispuestos a franquearle el paso; con los dientes apretados por la frustración, detuvo su impulsiva carga para bloquear el acero de los vaasanos con *Umbrach Nyth*, iniciando el consabido intercambio de bloqueo y ataque. La muñeca le dolía a cada entorchocar de aceros, pero la empuñadura de la espada se sostenía firme en la mano de plata, y por un momento, casi olvidó que no era su propia mano de carne la que sostenía la empuñadura de cuero de la *Espada de las Sombras*.

—¡Sarth! —gritó—. ¡Detén a Marstel!

El tiflin apuntó al usurpador con su cetro.

—¡*Ummar Skeyth!* —dijo.

Un rayo blanco y humeante brotó del bastón y fue directo hacia Marstel, pero una

mujer con un velo carmesí que montaba un caballo próximo al caballero de Warlock, sacó una varita de su manga y pronunció un conjuro contrario. El mordaz rayo blanco se encontró con un escudo invisible creado por la bruja vaasana y salió desviado hacia arriba, estrellando un gran bloque de hielo en el lateral de una de las torres que daban al patio.

Entonces, Terov sacó a Marstel corriendo del patio, seguido por la mujer vaasana de la varita. Salieron al galope y se perdieron de vista por el camino de acceso, seguidos por la mayor parte de los guardias, no sin que Sarth derribara a otros dos con otra ráfaga relampagueante.

Geran se agachó para evitar el potente embate de uno de sus adversarios y aprovechó el impulso ascendente para clavar varios centímetros de la hoja de su espada en el costado del otro, desmontándolo de su caballo. El otro guardia a punto estuvo de arrollarlo mientras él esquivaba los cascos y los mandobles; pero Hamil dio una voltereta y se colocó debajo del vientre del caballo, cortando hábilmente la correa de la silla. El caballo trató de apartarse del halfling, y la silla de montar resbaló por la grupa del animal, llevándose consigo al vaasano, que aterrizó de mala manera sobre el empedrado. Antes de que pudiera levantarse, Geran se adelantó y de una patada lo dejó inconsciente. El último de los escoltas de Marstel desapareció por la puerta del castillo, dejando a seis de los sujetos muertos, heridos o atontados en el patio.

—¡Sarth, ve en pos de ellos! —gritó Geran—. ¡Haz lo que puedas para retrasarlos!

—Su maga es muy hábil, pero haré lo que pueda —respondió el tiflin.

Invocó un conjuro de vuelo y se elevó por encima de las murallas, marchando hacia el norte en su persecución.

—¡Encuentra un caballo! —le dijo Geran a Hamil.

Se volvió para seguir su propia orden y vio un gran caballo negro, cuyo jinete yacía sobre las piedras, chamuscado por los conjuros de Sarth. Se acercó con mucho cuidado, tratando de no espantar al animal.

—¡Sooo! —dijo, intentando tranquilizarlo—. Buen chico, sooo.

El caballo resopló, desconfiado, pero se estuvo quieto el tiempo suficiente como para que Geran pudiera cogerlo por las riendas y le diera unas palmaditas en el cuello antes de montar de un salto.

—Puede ser que no los contaras, pero los hombres de Marstel todavía nos superan por diez a uno —observó Hamil. El halfling estaba tratando de calmar a una huidiza yegua, un animal bastante inadecuado para su estatura—. ¿Qué te propones exactamente si conseguimos darles caza?

—Improvisaré sobre la marcha. ¿Estás listo?

—Casi —respondió Hamil.

—Yo lo estoy —respondió Mirya.

También la mujer se había procurado un caballo y rápidamente había rasgado la falda por delante y por detrás para montar con los pies en los estribos.

—Mirya... —dijo Geran, frunciendo el entrecejo.

—No voy a admitir ninguna de esas tonterías ahora, Geran Hulmaster, no después de las cosas tan descabelladas que te he visto hacer en las últimas horas —dijo, decidida—. Si te he seguido al plano de las sombras, no voy a dejar ahora de cabalgar a tu lado.

Geran vaciló antes de responder.

—Entonces, al menos prométeme que te quedarás apartada de cualquier combate en el que nos veamos metidos.

—Si eso hace que te sientas mejor...

Mirya clavó los talones en los costados de su cabalgadura y salió al galope por la puerta del castillo. Geran hizo un gesto de contrariedad y espoleó el corcel negro tras ella. Hamil consiguió subirse a la silla y salió en pos de los dos.

Velozmente bajaron hasta la pequeña plaza llamada Paso del Harmach. La fría lluvia los golpeaba mientras corrían detrás de Marstel y su compañía. Desde la altura en que se encontraban, Geran atisbó media docena de finas columnas de humo elevándose hacia las nubes bajas. El repiqueteo de los cascos de su caballo en el pavimento casi no le dejaba oír nada más, pero pudo ver que en las calles del pueblo había pequeños grupos de personas que corrían de un lado para otro. Daba la impresión de que había una revuelta o una escaramuza en el Puente Medio, y le pareció oír un entrechocar distante de armas que resonaban en la mañana gris. A su derecha, a unos doscientos metros por delante de ellos, la compañía de jinetes de Marstel se encaminaba hacia el norte por el Camino del Valle. En aquella dirección se veían destellos de conjuros y resonaba el estruendo de rayos mágicos. A continuación, perdió su perspectiva a medida que el camino iba descendiendo para encontrarse con el Camino del Valle.

Mirya debía de haber visto lo mismo que él, porque se desvió hacia el norte y galopaba en pos del falso harmach. Geran la siguió, y Hamil también. Iba echado sobre el cuello del animal, animándolo a apurar la marcha. Durante algunos cientos de metros cabalgaron como locos por el camino embarrado, hacia los suburbios de la ciudad y la muralla parcialmente reparada junto al Puente Quemado y El Bock del Troll.

—*Por delante de nosotros no hay mucho más que campo abierto* —le dijo Hamil, comunicándose mentalmente—. *¿No crees que deberíamos seguirlos a cierta distancia y ver si podemos sorprenderlos más tarde? ¿O tal vez reunir más gente antes de enfrentarnos a ellos?*

Geran tardó un momento en responder. Era una sugerencia sensata, pero no estaba dispuesto a abandonar todavía la persecución. Por fin, se enderezó en su silla y

empezó a aflojar un poco las riendas, pensando en la mejor manera de actuar... Pero de repente surgió una escaramuza por delante de él, en un pequeño promontorio. Más destellos de magia y truenos, y el sonido agudo del entrechocar de aceros llegaron claramente a sus oídos. Salió otra vez al galope, compartiendo con Mirya una mirada rápida cuando la adelantó. Juntos llegaron al punto más alto.

Por debajo de ellos vieron a docenas de guardias del Escudo corriendo y gritando en persecución de Marstel y de sus jinetes, que iban a galope tendido por el camino hacia el norte. En su huida se habían topado con una compañía de soldados de Hulmaster. Media docena de guardias del Escudo quedaban tendidos en el camino o en los cenagosos campos adyacentes..., pero los acompañaban otros tantos vaasanos y guardias del Consejo.

A un lado del camino estaba Sarth, con un virote de ballesta clavado en un muslo y la otra pierna en una postura muy rara, mientras en las proximidades esperaba un pequeño grupo de guardias del Escudo. Los arqueros hicieron amago de apuntar a Geran y a sus compañeros al tomarlos por rezagados del grupo de Marstel, pero inmediatamente bajaron los arcos.

—¡Es lord Geran! —gritaron—. ¡Está aquí!

—Lo siento, Geran —dijo Sarth desde el suelo—. He hecho lo que he podido, pero la bruja del caballero de Warlock me ha lanzado un conjuro de negación y ha cancelado mi conjuro de vuelo cuando estaba a bastante distancia del suelo. Me temo que me he roto una pierna.

—Ésa ha sido siempre una de las grandes desventajas de la táctica de combate desde el aire —señaló Hamil—. Eso, y el hecho de que todos en un kilómetro a la redonda saben dónde estás, especialmente cuando disparas truenos y bolas relampagueantes a un lado y a otro. Bueno, por lo menos, la bruja no te ha cogido cuando volabas demasiado alto, pero ¿cómo has acabado con ese virote en la pierna?

Sarth hizo una mueca.

—Uno de los vaasanos me ha disparado cuando estaba en el suelo. Supongo que pretendía acabar conmigo mientras estaba distraído.

Geran se arrodilló junto a su amigo y le puso una mano en el hombro.

—Has hecho todo lo que esperaba de ti. Un poco de mala suerte ahora no desmerece en nada el servicio que le has prestado a Hulburg. —Hizo una mueca—. Lamento haberte dejado sin pociones sanadoras.

—Yo también. Creo que la próxima vez tendré cuidado de reservarme una.

El mago de la espada sonrió.

—No te lo reprocharía —iba a decir cuando apareció otro grupo de guardias del Escudo con estandartes galopando desde el oeste.

Venían a campo traviesa por los campos desde el Puente Quemado. Kara Hulmaster encabezaba la pequeña compañía.

—¡Kara! —gritó Geran, alzándose en los estribos y saludando con la mano.

La expresión de Kara fue de sorpresa al verlo. Se acercó a él al trote y se dejó caer de la montura para darle un rápido abrazo.

—¡Geran! ¿Dónde diablos te habías metido?

—Las cosas no salieron como las habíamos planeado —dijo Geran, devolviéndole el abrazo—. Rhovann me cogió ayer y me arrojó a las mazmorras. Mirya, Hamil y Sarth no pudieron rescatarme hasta horas después. No hemos llegado a la piedra maestra de Rhovann hasta poco antes del amanecer.

—Me temía lo peor hasta que los yelmorrunas han empezado a caer. —Kara estudió su cara y frunció el entrecejo—. Por Ilmater, te han dado una buena paliza. ¿Estás bien?

—No tanto como quisiera, pero sigo aquí.

Decidió contarle lo que Rhovann le había hecho y mostrarle la mano de plata cuando tuvieran tiempo para toda la historia; no era algo que quisiera hacer en medio del camino con los guardias del Escudo mirándolos.

—¿Qué ha pasado con los yelmorrunas cuando hemos hecho trizas la piedra? ¿Y cómo es que estás aquí?

—La Guardia del Consejo y los yelmorrunas nos expulsaron de nuestro campamento en Rosestone. Nos rodearon en la colina de cumbre redondeada que hay un poco al oeste de la abadía...

—Sí, lo vi.

—¿Qué lo viste? ¿Cómo?

—Lo siento; Rhovann me mostró lo que podían ver sus yelmorrunas. Quería que supiera que estabas vencida.

—A punto estuvimos —respondió Kara—. Toda la noche hemos estado repeliendo sus ataques. Al filo del amanecer, Marstel ha lanzado su mayor ofensiva, pero cuando los yelmorrunas estaban a punto de arrasarnos, de repente han vacilado. La fuerza que los movía ha fallado de pronto. Supongo que ha sido en el momento en que has destruido la piedra maestra. Desde ese momento, han quedado prácticamente impotentes, y sin los yelmorrunas, el ataque de la Guardia del Consejo ha sido un absoluto fracaso. Hemos bajado de la colina y los hemos derrotado. Entonces, nos hemos puesto de inmediato en marcha hacia Hulburg. —Kara señaló hacia el lado oeste del valle de Winterspear—. Hemos conseguido montar a la mayor parte del tercer escudo en caballos capturados a Marstel, y yo he cabalgado al frente de ellos para hacer un cerco alrededor de Hulburg y mandar desde allí patrullas de exploradores. Los Mazas de Hielo y el resto de la Guardia del Escudo, los que todavía pueden andar, nos siguen a pie. Probablemente estarán descendiendo al valle por la senda de la abadía ahora mismo. Tenía pensado enviar mensajeros a todos los leales que estuvieran combatiendo en la ciudad y ver si podemos unir nuestras

fuerzas.

—Envía también recado a los Sokol y a la Doble Luna —añadió Hamil—. Ellos nos ayudarán.

—Bueno —dijo Geran—. El castillo es nuestro. Marstel y sus hombres lo han abandonado. Envía a algunos soldados a protegerlo en cuanto puedas. Aunque sea una docena para vigilar la entrada; con eso bastaría.

—¿Marstel ha huido? —preguntó Kara.

—Estaba con los vaasanos. Están tratando de llevárselo a toda prisa, pero no veo razón alguna para permitir que los caballeros de Warlock se queden con él, sobre todo porque tiene mucho de qué responder aquí.

Kara se volvió y llamó a Kolton, que esperaba allí cerca.

—¡Sargento Kolton, necesito a todos los jinetes de que pueda disponer! ¡Vamos a perseguir a Marstel y a sus amigos vaasanos antes de que se pongan fuera de nuestro alcance!

—¡A la orden, lady Kara! —respondió el viejo soldado.

Se volvió y empezó a lanzar órdenes a los guardias del Escudo que lo rodeaban. Los soldados se movilizaron de inmediato para reunir todos los soldados del enemigo disponibles, mientras otros montaban en los suyos y se ponían de camino. Kara se volvió y se cogió a su silla para volver a montar.

—¿Y qué pasó con Rhovann? —preguntó por encima del hombro.

—Está muerto —respondió Geran con una gélida sonrisa.

Kara le dedicó un gesto de aprobación.

—Bien hecho.

—Parece que debes seguir sin mí —le dijo Sarth a Geran—. Buena cacería, amigo mío.

—Les daré tus recuerdos a los vaasanos —respondió Geran.

Se puso de pie y volvió a montar, sin prestar atención a los estremecimientos que la fatiga imprimía a sus piernas. Podía cabalgar y combatir un poco más si era necesario. Muy pronto estaba espoleando a su cabalgadura hacia el norte, otra vez en marcha, corriendo a galope tendido junto al Winterspear mientras Hamil, Mirya, Kara y quince guardias del Escudo encabezados por el sargento mayor Kolton le iban pisando los talones.

TREINTA

15 de Ches, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

El sol, tímido y pálido, asomó entre las nubes cuando Geran y su pequeña compañía surcaban, con ruido atronador, el Camino del Valle. Siguieron rumbo al norte algo menos de un kilómetro, describiendo curvas y vueltas familiares a través de los campos cenagosos y de tramos arbolados donde los árboles seguían tristes y desnudos por efecto del invierno. Geran se inclinaba sobre el cuello de su cabalgadura, pidiéndole más velocidad; el aire brumoso le salpicaba la cara con gotas de agua fría, y los cascos del animal, que parecían alados, iban levantando barro a su paso.

Al galope entraron en un denso bosque que impedía ver el camino por delante y pasaron junto a un caballo que permanecía parado junto a un guerrero caído, un mercenario de la Guardia del Consejo que, evidentemente, había cabalgado hasta donde se lo habían permitido las heridas sufridas en el combate de Puente Quemado. La compañía de Hulmaster pasó al lado del mercenario caído sin detenerse, y por fin dejaron atrás los árboles y salieron a la última extensión de campo abierto antes del viejo Terraplén de Lendon.

Marstel y su escolta vaasana estaban a escasos cien metros por delante de ellos, en un lento cabalgar hacia el norte. Los mercenarios y los de Vaasa miraron hacia atrás con horrorizada sorpresa, atónitos ante la aparición de sus perseguidores, antes de espolear a sus caballos entre gritos de alarma. Dos o tres jinetes se quedaron rezagados casi de inmediato.

—¡Tienen más heridos a causa del enfrentamiento junto al puente! —le gritó Kara a Geran—. ¡Ya son nuestros!

El lord y sus aliados también se dieron cuenta de la suerte que les esperaba. Siguieron huyendo unos cuantos metros más hasta que llegaron al punto donde el Camino del Valle atravesaba una brecha en el Terraplén de Lendon. Allí se pararon para presentar batalla en el punto más favorable. Varios prepararon sus ballestas mientras los guardias del Escudo se aproximaban más, y Geran percibió el silbido de los proyectiles que pasaban a su lado; oyó gritos de dolor y el ruido de un guerrero que caía de su silla. Se arriesgó a echar una rápida mirada hacia atrás y vio a Mirya y a Hamil sofrenando sus caballos cerca de donde se había producido la caída. Sintió un gran alivio al ver que Mirya tenía suficiente sentido común como para saber que su puesto no estaba entre los soldados, hombres y mujeres, protegidos con cotas de malla y entrenados para luchar a caballo. Se deslizó de la montura y empezó a preparar la ballesta.

—*No es una lucha de cuchillos* —le transmitió el halfling—. *Sigue adelante, Estaré aquí si me necesitas.*

—¡A por ellos! —les gritó Geran a sus guerreros, y marchó el primero mientras se cerraban las líneas.

El mago de la espada atisbó a una mujer con un velo que le cubría la cara que cabalgaba detrás del caballero de Warlock y que empezó a pronunciar un conjuro apuntándolo con una varita. Segundos después, un rayo relampagueante de color púrpura atravesaba el espacio que los separaba. Geran alzó la espada para bloquearlo al mismo tiempo que pronunciaba un contraconjuro. El relámpago arcano se desvió al contacto con *Umbrach Nyth* y dejó un profundo surco en el barro, junto al camino. Geran sintió una sacudida en el brazo, pero no sufrió el menor daño. Se encontró a continuación en medio de un violento enfrentamiento, arrastrado por su caballo al centro mismo del enemigo. Rodilla contra rodilla peleó con un jinete vaasano, alternando mandobles y bloqueos, y poniendo en ello las fuerzas que le quedaban, mientras los guardias del Escudo castigaban a sus enemigos sin desmayo.

—¡Por Hulburg y por el verdadero harmach! —gritó un guardia del Escudo, y otros lo repitieron.

La maga vaasana volvió a apuntar a Geran, que estaba cogido en medio de los combatientes. El mago de la espada trató de maniobrar para poder parar su conjuro, pero de repente apareció Kara, que se incorporó al combate con vertiginosa agilidad y arrancó a la maga de su montura con un amplio movimiento de su sable. La mujer cayó con un grito, y su varita salió volando de los dedos que la sujetaban.

El adversario de Geran fue apartado de él cuando la superioridad numérica de los guardias del Escudo empezó a notarse. Buscó a otro adversario y atisbó a Terov, el caballero de Warlock, con su negra armadura de placas. El caballero vaasano se batió brevemente con un jinete de Hulburg antes de derribarlo de su montura con un conjuro que hizo saltar motas negras a lo largo de su espada grabada con runas. Geran corrió hacia él, esquivando la espada del vaasano para clavarle la suya en el cuello, pero la gorguera del hombre desvió el golpe. Terov respondió con un golpe descendente contra el brazo de Geran, pero el mago de la espada lo paró al pasar llevado por el impulso de su caballo.

En lugar de seguirlo, Terov se dio la vuelta para gritarle algo a Marstel.

—¡Harmach Maroth, huye! Mi torre de hierro está a menos de un kilómetro de aquí.

Marstel, que estaba apartado de la refriega, hizo dar la vuelta a su caballo y salió corriendo como un loco hacia el camino abierto, seguido por el caballero de Warlock. Geran trató de abrirse camino entre el apretujamiento de jinetes, pero había demasiados soldados —guardias del Escudo, vaasanos y guardias del Consejo— apiñados en la brecha del viejo terraplén. Por el momento, no había posibilidad de

paso.

—¡Marstel se escapa! —gritó Kara, imponiéndose al ruido del combate.

—¡Lo sé! —dijo Geran.

No podía abrirse camino entre los combatientes, pero podía saltárselos... Antes de reconsiderar siquiera el desesperado plan que se le había ocurrido, se dejó caer de la montura al cenagoso camino y fijó la vista en un punto un poco más adelante de los que trataban de escapar.

—¡*Sieroch!* —dijo, pronunciando mentalmente su conjuro de teletransportación. Con paso confiado atravesó un instante de negrura helada y reapareció en el camino unos cuantos metros por delante de Marstel y Terov, que avanzaban a galope tendido. Justo antes de que pudieran embestirlo, realizó con su espada una compleja floritura y lanzó su siguiente conjuro:

—¡*Nhareith syl shevaere!*

Una brillante corona de fuego azul tomó forma sobre la oscura hoja de la *Espada de las Sombras*, haciendo brotar un arco de llamaradas azules mientras la espada de Geran bailaba en su mano. Con un movimiento final, el mago de la espada lanzó la feroz andanada contra sus enemigos. Los caballos gimieron y se retrajeron ante el muro de fuego. Tratando de evitar a Geran y la amenaza de sus llamas, perdieron pie. Terov lanzó una maldición y desvió, al menos en parte, la descarga feroz, con un contraconjuro propio, pero la parada en seco de su montura lo hizo salir despedido de la silla. Marstel no contaba con esa magia para protegerse y el fuego azul abrió una negra brecha en su pectoral, de la cadera hasta el hombro. El usurpador cayó al suelo al desplomarse su caballo. Geran trató de esquivar al caballo cuando se desplomó a su lado, pero en su caída también lo derribó a él.

Cayó chapoteando en el suelo embarrado y sintió la impresión del agua fría, que le empapó la ropa. La caída lo dejó sin aire, pero un segundo le bastó para recuperarse, ponerse de pie y avanzar tambaleante hacia Marstel. El viejo lord yacía boca abajo en el fango, hecho un ovillo, mientras de su pectoral brotaba un hilillo de humo acre. Geran echó mano de él y le dio la vuelta, aprestándose a darle el golpe de gracia hundiéndole la punta de *Umbrach Nyth* en la garganta o en el corazón.

No fue necesario. Por un momento, Marstel fijó sus ojos en los de Geran mientras el aliento y la sangre salían a borbotones de su cuerpo y, a continuación, cerró los ojos y lanzó el último estertor.

—Viejo necio —le dijo Geran con voz ronca.

Bajó la espada y buscó a su alrededor al caballero de Warlock, con la idea de ocuparse de él a continuación. El vaasano manoteaba en el suelo a unos dos metros de él, respirando entrecortadamente por el dolor mientras trataba de desembarazarse de la silla de montar y de los estribos. Geran se disponía a ir hacia él cuando se detuvo, asombrado, al producirse a su espalda una gran erupción de humo y sonidos

burbujeantes. Se volvió de un salto justo a tiempo para ver que el cuerpo de Maroth Marstel se desintegraba y dejaba un charco de líquido negro y espumoso.

—¡Por los Nueve Infiernos! ¿Qué es esto? —dijo a media voz mientras retrocedía varios pasos con gesto de estupor.

El ruido del combate que tenía lugar detrás de él se amortiguó cuando los guardias del Escudo y los vaasanos también se detuvieron, distraídos por el espectáculo. Kara, que se había abierto camino entre los combatientes y estaba ahora detrás de Geran, miró curiosa aquella mezcla maloliente.

—¿Qué demonios le has hecho, Geran? —preguntó.

—No fue ningún conjuro mío —replicó Geran—. Eso era una maldita falsificación, no el Marstel real. ¡Tiene que haber sido eso!

No era un experto en esa magia, pero Rhovann sí que lo era. Ahora que estaba muerto, volvía al caldo de cultivo alquímico del que seguramente lo había fabricado el mago.

—¿Una falsificación? —preguntó Terov con desprecio.

El caballero de Warlock había perdido el casco astado en la caída y tenía ahora todo el aspecto de un hombre corriente, un hombre con facciones adustas y cabello gris acerado. Sólo sus ojos rojos daban a su cara un toque sobrenatural.

—¿Era una simulación lo que yo trataba de poner a salvo? ¡Maldita sea la perfidia de Rhovann Disarnnyl! Me ha tomado el pelo y se guardó al Marstel real para sí. — Por fin consiguió desenganchar los pies de los estribos e intentó ponerse de pie, sin demasiada estabilidad.

—Sea lo que sea lo que hiciera, no le sirvió de mucho —replicó Geran, que volvió a centrar su atención en el vaasano y avanzó hacia él hasta apoyar la punta de *Umbrach Nyth* en la garganta de Terov, antes de que el caballero de Warlock pudiera afirmar los pies—. Estás en desventaja, milord. Ríndete y ordena a tus hombres hacer lo mismo, o te mato ahora.

Terov miró con furia a Geran un momento antes de lanzar un suspiro y alzar la mano hacia el puñado de soldados que todavía se mantenía de pie.

—Muy bien —dijo—, me rindo. Borys, Naran y los demás, deponed las armas. Ya no podemos hacer nada más aquí.

Kara avanzó al trote y desmontó junto a Geran.

—¿Dónde está el auténtico Marstel? —le preguntó a Terov con tono autoritario.

—No tengo la menor idea —respondió el otro—. Si vosotros no la tenéis y yo no la tengo, supongo que estará muerto o encerrado en alguna mazmorra segura de Rhovann. Esto que aquí veis —dijo, señalando con la cabeza al líquido viscoso que había en la armadura vacía— ha estado gobernando Hulburg desde hace un par de meses.

Geran se arriesgó a echar una mirada a la lucha interrumpida. Varios guardias del

Escudo yacían en el suelo, pero no había ningún guardia del Consejo a la vista, y sólo quedaban cuatro vaasanos. Hamil y Mirya se aproximaban al paso mientras el sargento Kolton daba órdenes a sus soldados de desmontar y desarmar a sus prisioneros. Mirya cerró los ojos y murmuró una plegaria de agradecimiento al ver que Geran estaba ileso; Hamil contempló la escena con una ancha sonrisa y le hizo un guiño a Geran.

—*Parece que tienes al bellaco justo donde querías* —le dijo a Geran—. *Acaba con él de una vez y vámonos a desayunar.*

—No tan deprisa —murmuró Geran, volviéndose a mirar al vaasano—. ¿Quién eres? ¿Qué agravio te mueve contra Hulburg?

Hubiera dado lo mismo que la cara del caballero de Warlock fuera de piedra.

—Soy Kardhel Terov, fellthane y caballero de Warlock. No tengo ningún agravio en particular. Simplemente a Vaasa no le interesa tener a Hulburg en manos de un gobernante débil que pueda caer bajo el influjo de Mulmaster o de Hillsfar.

—Dices que no tienes ningún agravio que cobrarte, pero yo no lo veo así. El año pasado, en este mismo lugar, combatí contra los caballeros de Vaasa que se habían aliado con los Cráneos Sangrientos para lanzar un ataque contra Hulburg. Mhurren y sus orcos habrían arrasado Hulburg si no hubiéramos combatido y derramado aquí nuestra sangre para detenerlos. Ahora me encuentro con que te proponías mantener a Maroth Marstel como una marioneta para usarlo otra vez contra nosotros cuando te viniera en gana. —Geran entrecerró los ojos—. Tú le has costado a mi familia y a mi pueblo mucha sangre, sinsabores y lágrimas, vaasano. No juegues conmigo si valoras en algo tu vida.

—Matar a un caballero de Warlock tiene consecuencias, Hulmaster.

—Que en este momento me importan un bledo.

Terov hizo una mueca.

—No estoy jugando contigo. No hemos hecho nada más que respaldar a la facción más fuerte en nuestro designio de atraer a Hulburg a nuestra órbita. El año pasado, el poder en auge en el norte del Mar de la Luna era el jefe Mhurren. Este año, el poder en auge era el mago de Hulburg. Si tu posición nos hubiera parecido más sólida, nos habríamos acercado a ti, pero en realidad, la supervivencia de la Casa Hulmaster nos parecía muy poco probable hasta hace un par de días. Me encantaría saber cómo desbarataste a los guerreros contruidos por Rhovann de un solo golpe, dicho sea de paso. De todos modos, las penurias que ocasionamos a tu familia fueron algo atribuible sólo a vuestra propia falta de fuerza.

—¿De modo que lo que nos habéis hecho está justificado porque parecíamos débiles? —le soltó Geran—. ¡Muéstrame tu anillo de hierro!

Terov vaciló, pero la punta de la espada se mantenía inflexible sobre su garganta. Se quitó el guantelete y levantó la mano derecha. El anillo tenía un aspecto

sorprendentemente corriente, una simple argolla de hierro.

Geran pasó la espada a la mano izquierda y cogió la mano derecha de Terov en su puño de plata cubierto por el guantelete de cuero.

—Jura sobre tu anillo que contestarás la verdad a la próxima pregunta que te haga.

—Eso no es necesario...

—Júralo o te mato con mis propias manos —dijo Kara que estaba al lado de Geran.

La furia hizo que Terov lanzara fuego por los ojos, pero asintió.

—Juro que responderé la verdad.

—¿Diste orden al sacerdote de Cyric Valdarsel de ocuparse del asesinato de mi familia? —preguntó Geran con un tono helado.

Terov se estremeció... No mucho, fue apenas un parpadeo, pero se notó.

—Sí —respondió—, pero tal como dije...

—¡Cállate! —le soltó Geran, y antes de saber siquiera lo que iba a hacer, soltó la mano de Terov y lo abofeteó con la mano derecha.

Una nueva punzada de dolor le recorrió el brazo al absorber el impacto los dañados huesos de su muñeca, y un hilillo de sangre empezó a brotar de debajo del puño de plata en el extremo de su brazo, pero a Terov se le partió la mandíbula bajo el peso del puño de hierro. El caballero de Warlock cayó al suelo, escupiendo sangre y dientes rotos. Geran se adelantó y lo cogió por la gorguera, apoyándole en la garganta la punta de la espada.

—¡Bastardo asesino! —dijo Hamil en voz alta—. Si no lo matas tú, Geran, tendré mucho gusto en ocuparme personalmente.

—¡Me he rendido, maldita sea! —dijo Terov a través de sus labios ensangrentados.

Geran miró al vaasano con furia, pero a la mente le vino la imagen del harmach Grigor dando las últimas boqueadas en Lasparhall y los cuerpos de los guardias y sirvientes muertos esparcidos por toda la propiedad. El brazo con que sostenía la espada casi temblaba de ganas de cobrarse la vida del vaasano. Sintió en la distancia el gesto de profundo disgusto de Mirya al presentir lo que se aprestaba a hacer. En cierto modo se dio cuenta de que no quería que ella viera lo que se proponía llevar a cabo; su desaprobación lo disuadió de ejecutar al caballero de Warlock. Por un instante, miró al villano indefenso bajo su espada. Era indudable que Kardhel Terov se merecía cualquier castigo que quisiera imponerle, que sus manos estaban manchadas con la sangre de Grigor Hulmaster y tal vez de cientos de hulburgueses más, pero por mucho que la mereciera, su muerte no impediría a Vaasa seguir entrometiéndose en los asuntos de Hulburg.

«Como Hulmaster, puedo hacer justicia matándolo —pensó Geran en medio de la

fría furia que lo invadía—, pero como lord Hulmaster, ¿es esto lo apropiado para Hulburg?»

—Mátalo si crees que es lo correcto, Geran —dijo Kara en voz baja—. Se lo ha ganado.

La mirada de Geran se dirigió al guantelete de cuero que cubría la mano de plata que ahora llevaba en lugar de la suya.

Había una mancha de sangre en el punto en el que la mano de Rhovann se unía con su brazo. De pronto, se sintió exhausto, cansado de la interminable sucesión de guerra y sufrimiento en la que parecía cogido. Al mirar otra vez a Terov, se dio cuenta de que no lo odiaba. Después de todo, apenas lo conocía. Odiaba las cosas que Terov había hecho, pero eso no era lo mismo. Además, sabía que una guerra con Vaasa sólo podría acabar de una manera para Hulburg.

—Si lo hago, esto no se acabará nunca —murmuró en voz audible.

«Ésta es la razón por la que no debería ser harmach —dijo para sus adentros—. No soy transigente por naturaleza». Suspiró y bajó la espada, retirándola de la garganta de Theron.

—¿Puedes hablar por Vaasa? —preguntó—. ¿Quedaré vinculado el Consejo de Caballeros por lo que tú y yo pactemos aquí?

Terov se enjugó la sangre del mentón y asintió.

—Sí —respondió.

—Júralo.

—Maldita sea, sí, lo juro por mi anillo; mi palabra es vinculante para el Consejo de Caballeros.

Geran volvió a levantar la mano de Terov con el anillo.

—Entonces, júrame que Vaasa nunca volverá a interferir en los asuntos de Hulburg ni a dar respaldo a los enemigos de Hulburg con el propósito de hacer daño a mi familia ni al reino, y dejaré que te marches vivo.

Terov negó con la cabeza.

—No puedo hacer ese juramento. La palabra nunca lo hace inviable. Podría prometerte cinco años.

—Que sean veinte —dijo Kara.

Terov hizo una mueca mientras se sujetaba la mandíbula con cuidado.

—Diez, y con toda sinceridad, es todo lo que puedo prometer. No es que quiera esquivar el compromiso. La autoridad que ostento en representación del Consejo tiene sus límites.

—Diez años, pues —decidió Geran—. Júralo y podrás marcharte.

—Juro en nombre del Consejo de Caballeros que ningún caballero de Warlock o agente de Vaasa se entrometerá en los asuntos de Hulburg ni dará apoyo a los enemigos de Hulburg para hacer daño al reino ni a personas de la familia Hulmaster,

y ese compromiso se mantendrá por el plazo de diez años.

Geran sintió un remolino de magia que se concentraba en el anillo que tenía bajo la mano. Soltó a Terov y dio un paso atrás, enfundando a *Umbrach Nyth*. El caballero de Warlock se puso de pie lentamente y se quedó mirando a Geran un buen rato. La sombra gris de su torre de hierro era una presencia oscura entre los árboles, a orillas del lago Hul.

—¿Podemos recoger a nuestros heridos y muertos? —preguntó Terov.

—Adelante —respondió el mago de la espada—, pero quiero esa torre fuera del territorio de Hulburg antes de que termine el día de mañana.

—Nos marcharemos antes de esta noche.

Terov hizo una señal a sus soldados, que rápidamente recogieron a sus camaradas heridos. La maga del velo estaba malherida, y Geran no estaba seguro de que pudiera sobrevivir, pero los vaasanos pronto le improvisaron unas angarillas. Dejaron a los Guardias del Consejo donde habían caído y a los heridos bajo vigilancia, y se pusieron en marcha a pie por el camino.

—Se ha acabado por ahora, pero ¿qué sucederá dentro de diez años? —preguntó Mirya mientras veía cómo se alejaban Terov y sus soldados.

—No tengo ni idea —respondió Geran—, pero debo creer que en el plazo de diez años podremos encontrar la forma de convencer a los vaasanos de que somos capaces de ocuparnos de nuestros propios asuntos, o al menos, de que podemos causarles tantos problemas que no les merezca la pena meterse con nosotros. —Se sacudió y volvió la mirada hacia Hulburg—. Venga, vámonos a casa.

EPÍLOGO

11 de Tarsakh, Año del Flujo de las Aguas Profundas (1480 CV)

Algo menos de un mes más tarde, el gran salón de Griffonwatch estaba más lleno de lo que Geran lo había visto jamás. Daba la impresión de que la mitad de Hulburg se había reunido en el salón del harmach, Por los altos ventanales entraba el sol a raudales y las vigas ennegrecidas por el humo habían sido desempolvadas, cepilladas y repintadas. Los tapices que habían retirado los sirvientes de Marstel estaban otra vez en su sitio, reparados y limpios para la ocasión; al fin y al cabo, habían pasado más de treinta años desde la coronación del último harmach. Geran se apoyó en el quicio de una puerta, al fondo del salón, para observar a su pequeña prima Natali sentada en el trono del harmach, recibiendo los juramentos de fidelidad y los buenos deseos de sus nuevos súbditos. Llevaba para la ocasión un vestido amarillo brillante y el pelo oscuro sujeto bajo una fina tiara de oro. Sus ojos eran grandes, oscuros y tal vez tuviera un poco de miedo, pero había sido debidamente preparada para la ceremonia, y Kara —vestida con un hermoso vestido y elegantemente peinada, sin la ropa de montar ni las armas que eran habituales en ella— permanecía de pie a su lado.

—Lo harás muy bien, Natali —murmuró Geran, aunque estaba demasiado lejos para que ella pudiera oírlo.

En el otro extremo del salón, los músicos tocaban una pequeña fanfarria con las trompetas. Ovociones de aprobación, aplausos y gritos de «¡harmach Natali!» o «¡viva la harmach!» resonaron en todo el recinto. Geran se sumó a ellos, optando por alzar el puño al aire y gritar «¡viva!» y ya que las veces que había intentado aplaudir le habían resultado muy dolorosas. No había encontrado manera alguna de quitársela como no fuera por amputación lisa y llana, de modo que se había limitado a mantenerla cubierta por un fino guante de cuero que hacía juego con su levita formal.

—Bueno, a punto estuviste —le comentó Hamil. Él, Mirya y Sarth observaban la ceremonia a su lado—. Casi te hacen rey aquí. Menos mal que elegiste la silla equivocada, pero ¡pobre Natali!

Geran le respondió a su amigo con una sonrisa y cogió a Mirya de la mano mientras admiraba el vestido que llevaba: un elegante traje de un tono rosa pálido con hermosos bordados de diminutas perlas blancas. No tenía ni idea de cómo habría conseguido algo así en Hulburg, pero jamás la había visto más hermosa. Ella leyó en sus ojos el cumplido y le dedicó una cálida sonrisa.

—El reino está en buenas manos —dijo Mirya—. Y creo que esta mano seguirá así. Has tomado la decisión correcta.

—Eso espero. —Geran se volvió hacia Sarth y le puso la mano en el hombro. El tiflin todavía se apoyaba en un bastón, pero Geran suponía que no por mucho tiempo—. Tienes buen aspecto, Sarth. Me alegro de que estés aquí.

—Es un gran día para tu familia. No podía faltar —respondió Sarth.

—¿Te quedarás, entonces? —le preguntó Mirya.

—Creo que sí —dijo Sarth, señalando con la cabeza a la gente que llenaba el salón—. Hulburg es uno de los pocos sitios en los que he estado donde mis hazañas parecen pesar más que mi aspecto. De hecho, Kara me ha pedido que ocupe el puesto de mago del trono y creo que me gusta la perspectiva.

—Yo, en cambio, he decidido que no puedo aguantar la perspectiva de otro verano donde nunca hace calor suficiente para quitarse los zapatos o echarse al sol, o para que a uno le apetezca zambullirse en las frescas aguas de un lago —dijo Hamil, con un estremecimiento dramático—. Creo que pronto voy a volver a Tantras. Hace tiempo que no dedico atención a la Vela Roja, y si me quedo mucho más, no tardaré en descubrir que ya no soy un hombre de recursos, lo cual sería realmente trágico.

—Espero que nos visites pronto —dijo Mirya—. Ya sabes que Selsha piensa que el sol sale y se pone por ti.

—Bueno, lo cierto es que no puedo confiar en que Geran vigile el negocio aquí sin ayuda. Volveré por lo menos una vez antes de que acabe el verano para ocuparme de unas cuantas cosas. Tal vez más de una vez, si Geran se mete en líos y tengo que solucionarlo.

Kara apareció al lado de Geran tras escaparse un momento de todos los que la saludaban. Se inclinó para abrazar a Sarth, luego a Hamil y también a Mirya.

—Gracias a todos por venir —dijo—. Y gracias especiales a cada uno por lo que habéis hecho por nosotros. Sin vuestra ayuda, Maroth Marstel todavía reinaría en este castillo. No podríamos haber enderezado las cosas sin vosotros.

Mirya hizo una reverencia, y Sarth inclinó la cabeza.

—Fue un placer —replicó Hamil, saludando a su vez—. Y además era lo que debíamos hacer, señora regente.

—Deja ya esa tontería, Hamil —replicó Kara—. Y vosotros también, Sarth, Mirya. Mi nombre es Kara, y me dolerá mucho si no lo usáis. Ahora, espero que no os importe, pero me gustaría decirle algo a Geran. Prometo que os lo devolveré enseguida.

Geran miró a Mirya y a sus camaradas, y se encogió de hombros.

—Os ruego que me perdonéis.

—Vamos a tomar el aire un momento —dijo Kara.

Lo llevó a la escalera y se cogió de su brazo. Juntos subieron a la balconada desde la que se accedía al salón y pasaron al patio superior, la tradicional línea divisoria entre las estancias públicas y la residencia personal de los Hulmaster. El sol brillaba y

el día prometía ser cálido para lo que era normal en Tarsakh, pero en la sombra todavía se mantenía el fresco. La primavera en Hulburg nunca era tan cálida.

—¿He hecho bien las cosas con Natali? —le preguntó Geran a Kara mientras iban andando—. Siento como si con lo de hoy le hubiera robado el resto de su infancia.

—Por momentos, le resultará difícil, pero no tienes que preocuparte por Natali. Todavía puedo protegerla durante algún tiempo, y nos tendrá a todos para vigilarla. Nadie esperará que sea otra cosa que una niña vivaz y alegre durante unos años, salvo cuando tenga que vestirse en alguna ocasión para un banquete o una ceremonia.

Geran se detuvo y la miró.

—Gracias, Kara. Me tranquilizas la conciencia.

—No me des las gracias todavía, Geran. Aún no he acabado contigo. Me debes algo por encadenarme al trono durante los próximos diez años.

—¿Deberte?

—Sí, me lo debes. Supongo que piensas quedarte cerca de Hulburg.

Geran pensó en Mirya y en Selsha. No, no se iría a ninguna parte durante un tiempo..., ni quería irse, además. Hulburg era el lugar donde se proponía estar, y lucharía por conseguirlo.

—Creo que ya sabes que esta vez pienso quedarme.

Kara le sonrió.

—En ese caso no te importará ocupar un puesto en el Consejo del Harmach. Necesito a alguien que haga por mí lo que yo hacía para el tío Grigor, un miembro de la familia en quien poder confiar totalmente, alguien que vea cosas que yo, como regente, no pueda ver.

—¿Quieres que sea capitán de la Guardia del Escudo? —preguntó, frunciendo el entrecejo.

—No, a menos que quieras hacerlo. Si necesitamos a la Guardia en campaña los capitanearé yo misma; no es una tarea para ti. No, a ti te va más la improvisación, saltarte las normas, actuar cuando los demás no lo harían, cosas que a mí nunca se me han dado bien. —La expresión de Kara se volvió seria—. Tenemos poderosos enemigos a los que vigilar: los Mulmaster, los Cadenas Rojas, las tribus de Thar, y muy pronto los caballeros de Warlock. Quiero que tú los vigiles por mí. Considérate el jefe real de espionaje si te place, pero conociéndote, imagino que te fiarás más de tus propios ojos y oídos que de los ajenos. Haz las cosas que no puedo hacer desde el trono del harmach y dime lo que necesito saber. ¿Estás dispuesto?

Geran se lo estuvo pensando un momento. En realidad, había estado un poco inquieto pensando en qué hacer con su vida. Había supuesto que lo mantendrían ocupado los negocios de la Vela Roja en el Mar de la Luna..., pero como Hamil se encargaba de recordarle a menudo, él no era un comerciante. Lo que Kara le pedía que hiciera le despertaba la curiosidad, y ya empezaba a darle vueltas a los pasos que

debería dar para establecer fuentes de información. No había razón alguna para que la harmach de Hulburg no fuera la gobernante mejor informada del Mar de la Luna, y eso sería un poderoso instrumento en manos de Natali cuando le llegara la hora de ocupar el trono.

—Estoy dispuesto —le dijo a Kara—. No nos van a volver a sorprender nuestros enemigos, eso, al menos, te lo prometo.

—¡Muy bien! —dijo ella.

Volvieron a la escalera que llevaba desde el patio superior a la balconada que dominaba el gran salón lleno del sonido de la música y de alegres risas.

—En ese caso, creo que el Consejo del Harmach está completo. Deren Ilkur ha accedido a volver a ocupar su puesto como recaudador de derechos y el viejo Theron también vuelve como supremo magistrado. Sarth se ha comprometido a asumir el cargo de mago mayor, y Mirya sería una buena guardiana de las llaves.

—¿Mirya? —preguntó Geran, sorprendido.

—Ya era hora más que sobrada de que se retirara Wulreth Keltor, especialmente porque dio la impresión de que estaba muy cómodo al servicio de Marstel cuando se despidió al resto del consejo de tío Grigor. Mirya sabe llevar muy bien las cuentas y ha sacado adelante Erstenwold durante años, a pesar de la competencia de las compañías mercantiles. Creo que al tesoro de la Torre le vendría bien alguien como ella para poner en orden las finanzas de Hulburg. —Kara le dio un pequeño codazo—. Y debo decirte que si no te has enterado de la conversación que tuvimos Mirya y yo esta mañana, no es un comienzo muy prometedor de tu carrera como espía.

—¡Ésa no es una prueba justa!

—Eso lo dices tú. En cualquier caso, me temo que debo volver con nuestros invitados. Sin duda, hay una docena de personas con las que debo hablar, y si no lo hago, corro el riesgo de ofender a alguien a quien no debería desairar.

Kara se soltó del brazo de Geran y se alzó en puntillas para darle un beso en la mejilla. Tomó aire para darse ánimos y descendió por la escalera para reincorporarse a la multitud y acudir en rescate de Natali; la joven harmach y su madre, Erna, estaban rodeadas de una docena de nobles huéspedes de reinos vecinos.

Geran se detuvo en la balconada, disfrutando del espectáculo de tantos rostros familiares reunidos en el salón: hulburgueses del pueblo como Brun y Halla Osting, el joven Kardin Ilkur, Burkel Tresterfin y su familia, y el capitán de la milicia Nils Wester, todos ellos héroes orgullosos de la Restauración; el secretario Anton Quillon, Kolton, el antiguo chambelán Dostin Hillnor, y una docena más de servidores de la familia Hulmaster; Kendurkkel Ironthane, que movía la cabeza al compás de la música mientras fumaba su pipa; Sarth, espléndidamente ataviado, que reía en voz baja con Nimessa Sokol mientras compartían algún comentario jocoso; Hamil, que tenía a media docena de niños, incluidos Kirr y Selsha, subyugados con algún

ridículo relato mientras le guiñaba el ojo a una halfling encantadora que Geran reconoció como una dama de honor de los Marmarathen de Thentia; y allí, no muy lejos de Hamil y de su cautivado público, Mirya Erstenwold, con su larga cabellera negra —Geran observó que no la llevaba trenzada— cayendo como un río de medianoche sobre su espalda. Como si hubiera sentido sus ojos fijos en ella, alzó la vista por encima del hombro y sus miradas se encontraron. Ella le sonrió, una sonrisa cálida y sincera que Geran había llegado a amar más que al amanecer o a las estrellas en el cielo.

Se separó de la barandilla y bajó mezclándose con la gente, sin apartar de ella los ojos ni un solo instante mientras Mirya se iba abriendo camino para salir a su encuentro.

Cuando se encontraron, Geran no pudo contenerse; la cogió por los hombros y la besó intensamente en los labios. Ella se dejó llevar largamente antes de apartarse, ruborizada.

—Será mejor que dejes de hacer eso, Geran Hulmaster —le dijo—. ¡Comportarte así delante de todas estas buenas gentes! ¿Qué van a pensar de ti?

—Que soy un hombre muy afortunado, supongo —respondió.

De hecho, tuvieron un sorprendente momento de privacidad en medio del bullicio, ya que casi todos los que estaban alrededor se esforzaban por echarles la vista encima a Natali y Kara, y no les prestaban mucha atención a ellos dos.

—Me has estado ocultando algo.

—Entonces, supongo que Kara te lo ha dicho ya. —Mirya buscó con la vista a la regente y suspiró—. No estoy nada segura de ser la persona adecuada para el trabajo, y tendré que contratar a alguien que se ocupe de Erstenwold por mí, ya que no puedo encargarme de la tienda y de las finanzas de la Torre al mismo tiempo.

—No tienes idea de lo fuerte que eres, Mirya. Lo harás muy bien.

Ella lo miró con agradecimiento.

—¿Qué vas a hacer tú ahora que ya no eres el señor de los Hulmaster?

—¡Ah!, le echaré una mano a Kara en lo que pueda, pero sobre todo espero cuidar de ti y de Selsha.

—¿Crees que necesito que me cuiden? —preguntó con un atisbo de fuego en los ojos.

—Sé que no lo necesitas, Mirya, pero también sé que te necesito. —Le cogió las manos y la miró a los ojos, en la esperanza de que ella viera lo que había en su corazón, todo lo que había en su corazón—. Te hice una pregunta hace ya algunos días, y no me has contestado. ¿Me aceptarás como esposo, Mirya?

Mirya se quedó tan quieta como una estatua, mirándolo.

—¿Todavía quieres casarte conmigo? ¿A pesar de lo que me hizo hacer Rhovann?

—Claro que sí —dijo—. Con toda mi alma.

Mirya trató de hablar, pero se contuvo. Después, casi como si ni ella misma esperara escucharlo, susurró un sí.

Geran se sorprendió sonriendo, embobado.

—¿Sí? ¿Has dicho sí?

Mirya rió y asintió con la cabeza.

—¡He dicho sí! —gritó, y echándole los brazos al cuello lo besó intensamente.

Se quedaron allí, ausentes de todo, hasta que Geran se dio cuenta de que a su alrededor había una tremenda ovación y gritos de aprobación. Alzó la vista y vio que por fin la gran multitud había reparado en ellos dos. La gente corriente, los guardias del Escudo, los mercaderes, los nobles, todos sonreían y los aplaudían. Kara rió con deleite y aplaudió junto con los demás.

Cerca de ellos, Hamil le sonrió.

—Ya iba siendo hora de solucionar eso —le dijo el halfling—. ¿A qué diablos estabas esperando? ¡Lord Geran, lady Mirya! —gritó, y la multitud hizo suya la aclamación:

—¡Lord Geran, lady Mirya!

Al lado de Hamil, Selsha daba saltos de alegría. Mirya le sonrió a su hija y le tendió la mano. Como un relámpago de oscura cabellera, Selsha corrió y se pegó a su madre, abrazándolos al mismo tiempo a ella y a Geran.

—¡Mamá! ¡Geran! ¿Es cierto? —preguntó—. ¿Os vais a casar? ¿Cuándo? ¿Cuándo?

Geran miró a Mirya, y ambos sonrieron. Él se inclinó para abrazar a Selsha.

—Pronto —dijo—. Pronto, te lo prometo.

A continuación, entre las escandalosas aclamaciones de los cientos de personas allí reunidas, rodeó a Mirya con los brazos y la volvió a besar.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, quisiera dar las gracias a mis editores, Susan Morris y Phil Athans. Susan ha estado trabajando codo con codo conmigo durante casi tres años en Espadas del Mar de la Luna, y realmente me ha ayudado a mejorar la calidad narrativa de estos libros.

En enero de 2009, precisamente cuando estaba iniciando el primer borrador de Vengador, hubo en los alrededores de mi casa una gran inundación del Río Blanco. Apareció una cantidad increíble de gente dispuesta a ayudar, absolutos extraños cuyos hogares estaban apartados de la inundación se prestaron a llenar sacos terreros. Equipos de Protección Civil (y muchos otros) ayudaron a achicar el agua de las plantas bajas sin cobrar nada. Un grupo de *boy scouts* limpió nuestros huertos de los restos de la inundación. Amigos nuestros de la iglesia —especialmente Chris Zabriskie, Joe Hockwalt, Leah Barfoot, Cynthia Schmidt y Brad Beeman— nos ayudaron a recoger todo lo que teníamos en nuestro garaje, repleto de cosas e inundado, para proceder a las reparaciones, y se hicieron cargo durante días de nuestro golden retriever. Jamás me había encontrado entre los afectados de un desastre natural (ni siquiera uno tan pequeño como la inundación del Pacífico) y me llenaron de asombro la energía y el entusiasmo de la gente que simplemente se dejaba llevar por la necesidad de ayudar. ¡Mi más sincero agradecimiento a todos!

Tampoco quiero olvidarme de los dos años y medio de escritura intermitente que se requieren para componer una trilogía como la de Espadas del Mar de la Luna. Para mí, fueron un montón de tarde y fines de semana, y la necesidad de interrumpir algunas vacaciones para quedarme en casa y trabajar sin descanso, y hubo momentos en que pensé que había tocado fondo.

El apoyo y aliento de mi familia y mis amigos me ayudó más de una vez a salir del atolladero. Gracias a todos los que me impulsaron a seguir adelante, en especial a mi siempre paciente y comprensiva esposa. Creo que ahora ya me toca fregar a mí.